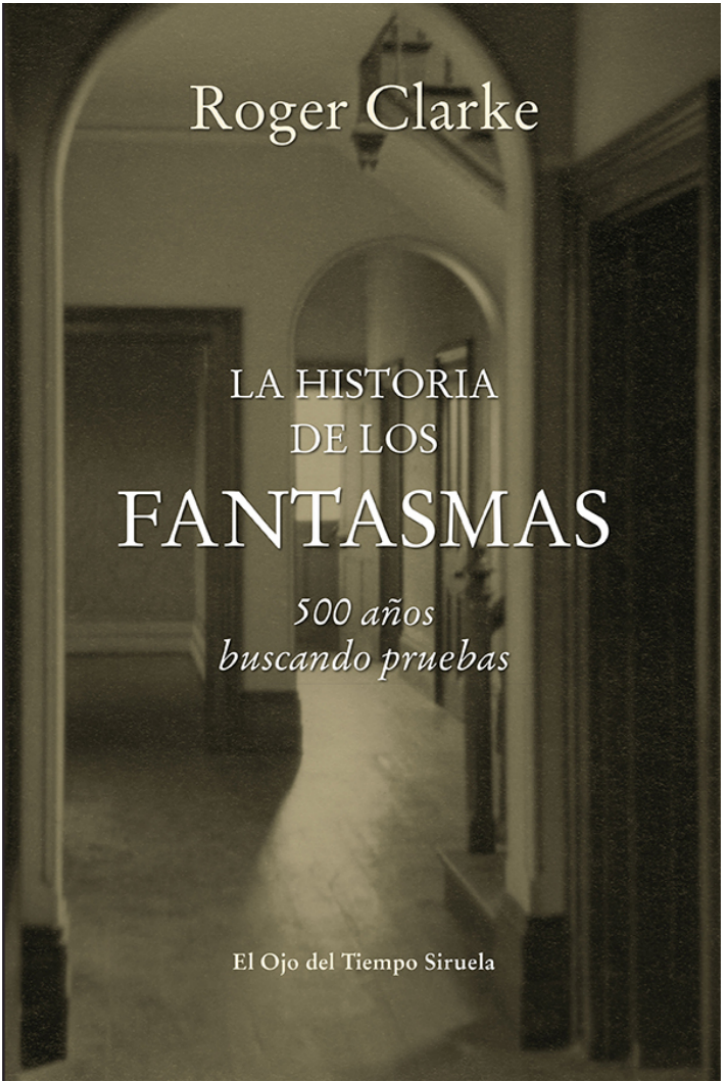




Roger Clarke

LA HISTORIA
DE LOS
FANTASMAS

*500 años
buscando pruebas*

El Ojo del Tiempo Siruela

Roger Clarke

La historia de los fantasmas

500 años buscando pruebas

Traducción del inglés de

Julio Hermoso

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

Cubierta
Portadilla
Listado de ilustraciones
La historia de los fantasmas
Mis casas encantadas
Taxonomía de los fantasmas
El diván visible: una breve historia de la caza de fantasmas
Una casa encantada hasta los cimientos
Una especie de América
El Diablo de Mâcon
Nos adentramos en la escala de Epworth
La aparición de la señora Veal
El ritual de las historias de fantasmas
El novedoso teatro de la señorita Fanny
Unas sanguijuelas y el espejo del cerebro
Sobre la vulgaridad de los fantasmas
La vibrante emoción de las mesas
Ángeles en los cielos y demonios en las profundidades
La Dama de Marrón de Raynham Hall
Asesinato en la casa del párroco
El Rey de los Terrores y otros relatos tecnológicos
La más encantada de todas
Cronología
Para saber más
Agradecimientos
Créditos de las ilustraciones
Notas
Créditos

Para mi madre, Angela H. Clarke, quien sí vio un fantasma.

Listado de ilustraciones

1. Boceto a lápiz de Knighton Gorges con el aspecto que podría haber tenido
2. El dormitorio encantado de Sawston Hall
3. La calavera aulladora de Bettiscombe House
4. Harry Price, el más conocido de los cazadores de fantasmas ingleses del siglo xx
5. Hans Holzer, el investigador del Horror de Amityville
6. Joseph Glanvill, cazador de fantasmas oficial del Estado inglés
7. Grabado de William Faithorne del Tamborilero de Tedworth con algo más que un simple tufillo a azufre
8. Frontispicio del *Saducismus Triumphatus* de Glanvill
9. La rectoría de Epworth, en Lincolnshire, donde pasó la infancia John Wesley
10. Frontispicio de *La aparición de la señora Veal*
11. M. R. James hacia el año 1900 © Hulton Archive / Getty Images
12. La habitación fantasma, Cock Lane
13. «Credulidad inglesa, o el fantasma invisible»
14. Reacción de Hogarth ante el fantasma de Cock Lane
15. El Barón Fantasma investiga a Eva Carrière en 1909
16. Figura de cera de la señora Manning en Madame Tussauds (Londres)
17. Un grabado del fantasma de Hammersmith
18. Daniel Dunglas Home posa como Hamlet
19. La médium Florence Cook hace que se materialice su espíritu, Katie King, en casa de William Crookes
20. Una representación humorística de una médium, la señora Guppy, sujeta por unos espíritus
21. El submarino maldito
22. Ilustración de Arthur Forrester de los Ángeles de Mons, extraída de *Illustrated London News*
23. La famosa fotografía de la Dama de Marrón de Raynham Hall
24. David Brewster
25. Ted Serios
26. Un pasillo de la rectoría de Borley
27. Plano que hizo Glanvill de la planta baja de Borley

28. El fantástico ladrillo volante
29. La pintada «Marianne»
30. Un grabado que muestra cómo funcionaba el fantasma de Pepper
31. *Of Ghosts and Spirits Walking by Night*, de Lewes Lavater
32. Un fantasma de *A Treatise on Spectres*, de Pierre le Toyer
33. *Wesley's Ghost*: un panfleto de 1846
34. Houdini muestra algún detalle interesante al fantasma de un sombrío Abraham Lincoln

La historia de los fantasmas

Mis casas encantadas

*Oh, muerte, mece gentil mi lecho
y tráeme el descanso silente,
que mi espíritu hastiado, inocente,
abandone la prudencia de mi pecho.*

Ana Bolena lo escribió, según se dice,
en la Torre de Londres antes de su ejecución

Había una mujer muerta al final del pasillo. Jamás llegué a verla, pero sabía que estaba allí. El pasillo se encontraba en lo alto de las escaleras y giraba a la izquierda hacia la habitación desocupada y el dormitorio de mis padres. El fondo siempre estaba en penumbra. Me desagradaba mucho aun en pleno verano. Al regresar de la escuela del pueblo a media tarde estaba solo en casa, y todos los días retrasaba el momento de subir las escaleras, hasta que emprendía una carrera alocada camino de mi cuarto, con los ojos cerrados con todas mis fuerzas y las manos frías.

Vivíamos en una antigua rectoría del siglo xvii, una casita de campo con el techo de paja, rosales que crecían descontrolados por la fachada oeste y unos antiquísimos muros en el jardín. Era la década de los sesenta, y la isla de Wight seguía siendo una Inglaterra que Thomas Hardy habría reconocido. De un ruralismo inmemorial. La escuela del pueblo cerraba durante la feria agrícola anual: los padres de muchos de los niños trabajaban en el campo.

En el colegio, la señora que nos servía la comida solía contarnos historias. Algunas me calaron, como la del fantasma de un centurión romano en un bosque en las inmediaciones de Bembridge, o la del espectral jinete que se hundía en las marismas cerca de Wolverton, un lugar atravesado por un arroyo de aguas claras al que solíamos ir de excursión.

Comencé a devorar libros sobre el tema. Una de las cosas más intrigantes que aprendí, tal y como se repetía una y otra vez, fue que en Inglaterra había más fantasmas por kilómetro cuadrado que en cualquier otro país del mundo. Ahora bien, ¿por qué?

Al percatarse de mi creciente fascinación por la materia, mi madre mencionó que había visto el fantasma de una mujer al final de aquel pasillo en lo alto de las escaleras. Una amiga, de visita,

corroboró que también la había visto. El fantasma entró en la habitación cuando ella estaba tumbada en la cama. La pregunta surgió en el desayuno: «¿Quién es?». Fuera quien fuese aquella mujer, su energía parecía disiparse cuando se producía alguna alteración en la casa.

Aun así, perseveró en mi mente.

Cuando cumplí los quince nos trasladamos a vivir a un edificio aún más antiguo, una casa solariega que antaño perteneció a una abadía normanda; y también estaba encantada. El último rey pagano de la isla de Wight estaba enterrado en uno de los bosques de la colina cercana¹. Junto al estanque, un anciano tejo había crecido contra la rueda de un molino, como un dedo que se hinchase en el interior de un anillo nupcial. El panelado de una habitación estaba muy deteriorado. Había marcas con la forma de barcos de vela que los contrabandistas habían grabado en la caliza de un palomar medieval.

A veces se oía charlar a los fantasmas —un hombre y una mujer— dentro de la casa; era como si alguien se hubiese dejado la radio encendida. Los perros gruñían en dirección a un lugar específico de la cocina. También había fantasmas en el exterior. Al caballo de mi padre le asustaba la cantera de yeso que había a unos cientos de metros de distancia, en el prado de Shalcombe Down, donde se estrelló un hidroavión en 1957. Iba camino de Mallorca, lleno de parejas en su luna de miel; fallecieron cuarenta y cinco personas y, según me cuentan, a los caballos sigue sin gustarles aquella cantera. En lo alto, cerca de una hilera de abetos, hay toda una escombrera de hierros retorcidos bajo la hierba del bosque.

La habitación de invitados no era un buen lugar para dormir. Allí subieron a los cadáveres del siniestro por la escalinata de piedra del exterior y durante más o menos un día el lugar hizo las veces de morgue.

Pensaba constantemente en los fantasmas y en su búsqueda. Había montones de libros sobre gente que los veía, pero casi nada sobre qué podían ser. Algunos fantasmas parecían conscientes de la presencia de los vivos, otros no. Empecé a cartearme con los autores de aquellos libros que leía con tanta pasión.

Uno de ellos era el cazador de fantasmas Andrew Green, quien creía que los fantasmas o bien los provocaban campos eléctricos en el cerebro, o bien eran campos eléctricos en sí mismos. Green era

un humanista que destacaba por su bienintencionada incredulidad, y se convirtió en el arquetipo literario del intelectual escéptico asediado por unos fantasmas reales en los que no cree. Mantuve también correspondencia con Peter Underwood, autor de docenas de libros sobre fantasmas, quien acabó citando algunas de mis teorías en su autobiografía, *No Common Task* («Una tarea fuera de lo común», 1983). Siendo un adolescente, me encontré con mi nombre en el apartado de agradecimientos de libros tanto de Green como de Underwood, por aquel entonces los dos cazadores de fantasmas más conocidos de toda Inglaterra. Con catorce años me convertí en el miembro más joven de la Society for Psychical Research (Sociedad para la Investigación Psíquica), a propuesta de Andrew Green.

Sin embargo, continuaba sin ver un fantasma con mis propios ojos. Estaba empezando a ser un tanto tedioso.

Entre 1980 y 1989 visité cuatro lugares que se decía que estaban encantados: la Torre de Londres, Knighton Gorges en la isla de Wight, Sawston Hall en Cambridgeshire y Bettiscombe House en Dorset, famosa por su calavera aulladora.

La Torre de Londres era y sigue siendo una zona de muerte. De noche, hiede a muerte. Bajo sus cimientos descansa la cabeza cercenada de un rey mítico². El edificio original, la Torre Blanca, se erigió en 1077 a base de trabajos forzados y con la malévola intención de intimidar a la población londinense. La Torre de Londres fue una residencia real durante gran parte de su historia; después se convirtió en una cárcel, en especial para los condenados por traición, con celdas de distintas categorías que iban desde los aposentos de Ana Bolena hasta la famosa celda conocida como Little Ease, de «escasa comodidad», un espacio donde el prisionero no cabía de pie ni tampoco tenía ocasión de tumbarse. Vivía allí en tiempos medievales un matrimonio de herreros: él fabricaba los instrumentos de tortura; ella, los grilletes y las esposas.

Durante el día es un enclave turístico *kitsch* que goza de una gran popularidad; durante la noche, unas instalaciones de alta seguridad custodiadas por miembros regulares del Ejército británico. Los avistamientos de fantasmas son comunes dentro de la reducida comunidad que vive allí. En 1957, un guardia galés apellidado Johns vio una silueta informe sobre la Torre de la Sal a las tres de la madrugada, que surgió lentamente en el aire frío y húmedo con el

rostro de una joven. Un oficial de su regimiento comentaría más adelante: «El guardia Johns está convencido de haber visto un fantasma. En nombre del regimiento, nuestra postura es “Muy bien, dice usted entonces que ha visto un fantasma; dejémoslo ahí”».

Solo se ha escrito un libro sobre los fantasmas de la Torre de Londres, obra de un Yeoman Warder^{3*} llamado George Abbott que sirvió durante treinta y cinco años en la RAF como suboficial antes de lucir el típico uniforme Tudor de la guardia de la fortaleza en 1974. Abbott escribió cuatro libros sobre distintos aspectos de aquellas instalaciones, el más conocido de ellos sobre los instrumentos de tortura, y después de jubilarse aparecería de manera ocasional en documentales sobre la tortura, luciendo una larga y resplandeciente barba de custodio, para aportar datos tan asépticos como escalofrantes.

En un atardecer del otoño de 1980, con dieciséis años, me encontraba ante la Torre del Medio, que da acceso a la fortaleza, justo cuando se acababan de marchar los últimos de los centenares de visitantes diarios y se cerraban las puertas. Allí me estaba esperando George Abbott, y entramos. Estaba oscuro. Tenía la fortaleza una etérea inmensidad que no me esperaba. Sin turistas, quedaba suspendida en el tiempo. Cerca de la Torre de la Campana, un centinela nos dio el alto y nos pidió que nos identificásemos antes de acceder a través de las apestilladas puertas de la Torre Sangrienta. Nos encontrábamos en una especie de penumbra, sin más luz que los fosforescentes focos de seguridad blanquecinos de la zona ajardinada, que proyectaban un espectáculo de sombras de árboles mecidos por el viento sobre las viejas murallas, al estilo de una linterna mágica. Abbott señaló hacia un rincón oscuro donde podrían haber yacido los pequeños príncipes Plantagenet antes de que sus asesinos entrasen desde las almenas. Me quedé mirando la puerta. Todo el tiempo parecía a punto de abrirse. Gran parte de la historia de un fantasma es la propia expectación.

Tuve la misma sensación expectante cuando nos encontrábamos en el exterior, en una de las vías empedradas, y Abbott me mostró un lugar próximo a la Torre Martin donde una vez apareció el fantasma de un oso detrás de la puerta de la sala de las joyas de la Corona para enfrentarse a uno de los guardias. Lo observé casi como si aguardase a que diera comienzo el espectáculo, pero no sucedió nada. El viento continuaba soplando entre los árboles y seguían encendidas las implacables luces como si fueran focos de un

estadio que alumbrasen un campo de muerte en el que el césped bien cuidado cubriese el lecho de una verdadera masacre. Un técnico afinaba el órgano de la capilla de San Pedro ad Vincula. El instrumento jadeaba una sucesión de acordes indomables y generaba el efecto de una intensidad gótica que se acrecentaba por momentos.

En la cripta, Abbott me enseñó una tumba del tamaño de un microbús encastrada en un lateral, a lo largo de toda una pared. A la mayoría de los prisioneros de la Torre los sacaban al exterior para ejecutarlos, pero a pesar de ello todavía quedaban muchas desapariciones sin explicación. La silueta de la barba de Abbott se posó en la piedra pulida como aquella imagen de Iván el Terrible en la película de Eisenstein. «Había que llamar a la policía cada vez que alguien intentaba plantar un rosal», me contó. «Siempre aparecían restos humanos, así que hace ya un tiempo que decidimos excavar una zona amplia y acabar con esto de una vez por todas; se reunieron una tonelada de huesos, más o menos, y se les dio cristiana sepultura».

Tras su ejecución a apenas unos metros de distancia, Ana Bolena fue enterrada bajo el altar de esta capilla. En 1882 alguien publicó un libro bajo el pseudónimo de Spectre Stricken, «asediado por espectros», que contenía el relato de otro soldado que había visto luces en la capilla de San Pedro. En lugar de entrar (obviamente, estaba al tanto de los rumores), buscó una escalera de mano y se subió a ella para mirar desde fuera al interior de la capilla, que encontró iluminada por una especie de irradiación espectral: «Lentamente, recorría el pasillo una procesión señorial de damas y caballeros con ropas antiguas, encabezada por una mujer elegante cuyo rostro no alcanzaba a ver, pero su imagen recordaba mucho a la que él mismo había visto en supuestos retratos de Ana Bolena. Tras recorrer la capilla varias veces, desapareció la procesión entera junto con la iluminación».

En otro incidente, en 1864, un centinela le dio el alto a una silueta blanca que se acercaba caminando hacia él y que también vieron otras dos personas que observaban desde la Torre Sangrienta, afortunadamente para él, ya que el centinela fue sometido a un consejo de guerra bajo la acusación de haberse quedado dormido mientras estaba de servicio. Cuando cargó contra aquella forma con su bayoneta, el guardia recibió una descarga que le hizo perder el conocimiento. Otros centinelas se habían llevado

un susto provocado por unas mujeres decapitadas en los alrededores de la Torre Sangrienta, y también por un ente indescriptible que los siguió arriba y abajo durante su ronda desde el río Támesis por la entrada de Sally Portal. En 1978, otros dos recibieron una lluvia de piedras desde unas almenas que estaban clausuradas y a las que era imposible acceder.

En la noche de un sábado de 1817, el señor Edmund Lenthal Swifte —guardián de las joyas de la Corona cuyo taciturno retrato, obra de John Opie, puede verse en la página web de la galería Tate Britain— ofrecía una cena en la Torre Martin. Funcionario de la Torre de Londres promocionado por el duque de Wellington, Swifte era un antiguo abogado irlandés y poeta menor —aunque publicado— que se casó cuatro veces y tuvo veintiocho hijos. Y también le fascinaban los fantasmas.

Aquella noche, en lo que él denominó de un modo imaginativo como «la hora bruja», las tres puertas de la habitación estaban bien cerradas y las cortinas echadas cuando el guardián se sentó con su mujer, su cuñada y su hijo de siete años. Se decía que aquella estancia, con paredes de casi tres metros de altura, había sido la celda de Ana Bolena. La chimenea sobresalía mucho hacia el interior de la habitación, y sobre ella colgaba un óleo.

Swifte se sentó de espaldas al fuego y, justo cuando se llevaba una copa de vino a los labios, su mujer gritó: «¡Por Dios santo!... ¿Qué es eso?». Suspendido sobre la mesa alargada había lo que él describió como un cilindro translúcido de unos ocho centímetros de diámetro, y, en su interior, un color blanco y azulado que se entremezclaba en un flujo constante. Aquello se desplazó hasta la espalda de su mujer y ella se encogió para apartarse, conforme exclamaba: «¡Cristo bendito! ¡Se ha apoderado de mí!». Impactado, Swifte reaccionó, se puso en pie de un salto y le lanzó la silla a aquella cosa en el preciso instante en que esta cruzaba sobre la mesa y se desvanecía por el hueco de una ventana. Swifte salió disparado de la habitación y llamó al servicio. «Aun ahora, mientras escribo, siento el vivo horror de aquel momento», escribió más adelante. «El asombro de todo esto se ve aumentado por el hecho de que ni mi cuñada ni mi hijo presenciaron esta aparición»⁴.

La Torre de Londres fue un epicentro de tortura y muerte durante mil años, así que tal vez no sea tan sorprendente que su propio tejido se haya empapado de ello. En un momento concreto del reinado de Eduardo I, por ejemplo, se hacinó a seiscientos judíos en

diversas mazmorras, incluso en las jaulas de los animales. Con todo, algunos de los fantasmas de la Torre son más sutiles: un bebé que llora, una mano en el hombro al sentarse en un cuarto de baño, el olor a incienso y a sudor de caballo que parece surgir de la nada, el sonido de las sandalias de un monje que golpetean contra el suelo alfombrado como si estuviese caminando por él; pero el resto forma un retablo sangriento. No hace mucho, en los años setenta, se oyeron gritos que provenían —se sugirió— del fantasma de Elizabeth Pole, condesa de Salisbury, que echó a correr por el patíbulo en la zona ajardinada de Tower Green perseguida por el verdugo, quien acabó por derribarla a hachazo limpio.

Otra de las casas encantadas de mi vida se encontraba más cerca de la mía. Aproximadamente en la misma época en que mantenía correspondencia con George Abbott, me obsesioné con un lugar a unos pocos kilómetros de donde yo vivía. Atravesé las colinas montado en mi motocicleta Suzuki de color rojo y, en cuestión de minutos, allí estaba yo ante los abandonados y ruinosos pilares que sostenían la verja de entrada de Knighton Gorges. No es que la casa estuviera encantada: el fantasma era la propia casa, un edificio señorial antiquísimo demolido a comienzos del siglo xix en un acto de puro rencor.

Esta es la historia con la que yo crecí. La casa, en su origen un pabellón de caza sajón que utilizaba el conde Godwin antes de la conquista de los normandos, tenía un tejado musgoso hecho a base de gruesas losas de piedra caliza de Bembridge. Estaba amortajada por la hiedra. En su esquina nororiental se alzaba una torre que tenía una sala encantada conocida como la «habitación de las lágrimas». Fue allí donde murió, en el siglo xiv, un noble de una casa vecina a causa de las heridas sufridas al combatir las incursiones francesas que convirtieron la isla de Wight en un lugar casi inhabitable en aquel periodo.

Me encantaba aquel relato, pero resultó que no era cierto, ni remotamente. No obstante, Knighton tenía sin duda su historia: su primer propietario fue uno de los caballeros que mataron a santo Tomás Becket, Hugo de Morville: templario, cruzado y excomulgado cuyos restos descansan en la mezquita de Al-Aqsa, en Jerusalén. La finca pasó a ser propiedad de los Dillington, que la rehabilitaron y levantaron aquellos pilares de la verja tan rústicos y rematados con su escudo de armas del león antes de que Knighton cayese en manos

de un jovial vividor, George Maurice Bisset, en la década de 1780.

Bisset adquirió una notoriedad aún mayor cuando huyó con la esposa del gobernador de la isla de Wight. Cuenta la leyenda que cuando la hija de Bisset se casó en contra de la opinión paterna, este juró que la joven jamás volvería a poner los pies en aquella casa, y se aseguró de que así fuese, derribándola. En 1821, sifilítico, envenenado por mercurio y trastornado, hizo que trasladaran su cama a la caseta del jardinero, mandó llamar a unos demoledores y vio con satisfacción cómo echaban la casa abajo.



1. Un boceto de Knighton Gorges de comienzos del siglo xix en el que se aprecia la «habitación de las lágrimas», el rectángulo de mayor tamaño en la parte superior de la torre.

Es otra buena historia, pero la casa, en realidad, se quemó por completo entre 1815 y 1816. Bien pudo haber sufrido serios daños

estructurales cuando un inmenso corrimiento de tierras provocó un terremoto en la costa sur de la isla unos pocos años antes. No se reconstruyó. Tras su destrucción, Bisset se trasladó primero a Shepton Mallet y después a la residencia de la familia Bisset cerca de Huntly, en Aberdeenshire, que había heredado hacía no mucho tiempo. Sería enterrado en el panteón familiar en Lessendrum y sus hijas jamás fueron desheredadas.

Muchos de los aspectos de lo que la mayoría de la gente acepta como la historia clásica los describió por vez primera Ethel C. Hargrove, autora de dos guías sobre la isla de Wight. Ethel tuvo dos experiencias en Knighton Gorges, una de ellas en la Nochevieja de 1913 a 1914, cuando al llegar la medianoche oyó «una maravillosa manifestación auditiva del canto de una soprano [...] y en último lugar unos refinados y primorosos aires de minueto».

Dos años más tarde volvió a organizar la misma vigilia de Nochevieja, y volvió a plantarse ante la antigua verja a la espera de ver qué sucedía, con una amiga que afirmó que había podido ver una «casa cuadrada y blanca con la parte baja cubierta de hiedra», además de a invitados que llegaban y a un hombre ataviado al estilo del siglo xviii que proponía un brindis por el año entrante. Se diría que la música es un elemento temático de esta aparición, junto con los ruidos del ladrido de los perros y las ruedas de los carruajes. Por lo visto, la casa original no tuvo nada de aquella blancura georgiana; es más, el salón principal, lugar donde se habría celebrado cualquier fiesta, se hallaba en la primera planta y no en la planta baja, y tampoco había ventanas en voladizo, tal y como se describían. Fuera lo que fuese lo que vio aquella noche la compañera de Ethel, no es desde luego la casa que aparece en los grabados populares.

Dos párrocos locales le dieron un poco más de vitalidad a la historia. Francis Bamford, entusiasta anticuario, se inventó una historia de un salto en el tiempo protagonizada por una muchacha llamada Lucy Lightfoot, quien se enamoró de la estatua de la tumba de un caballero templario en la iglesia de Gatcombe y, durante una terrible tormenta con aparato eléctrico, se las ingenió de alguna manera para viajar atrás en el tiempo y estar con él. La verdadera efígie de madera en la que esta historia se basa procede casi con toda certeza de las descripciones del demolido oratorio medieval de Knighton. El otro narrador con alzacuello fue un tal R. G. Davies, quien en un periódico publicado por el Club de Campo de

Hampshire menciona la habitación de las lágrimas y la tradicional música fantasmagórica⁵.

Los detalles de la visión fantasmal de Knighton en 1916 recuerdan a la conocida experiencia que dos académicas eduardianas —Charlotte Anne Moberly (1846-1937) y Eleanor Jourdain (1863-1924)— narraron y titularon *Una aventura en el tiempo*, publicada tan solo cinco años antes. Ambas mujeres creían haber viajado a la época de María Antonieta y relataron su experiencia en Versalles, donde tuvieron contacto con personajes y edificios ya desaparecidos (abundaremos en esto en el siguiente capítulo). Otra forma de salto en el tiempo es la leyenda de los Ángeles de Mons, ampliamente aceptada, según la cual los arqueros de la batalla de Agincourt de 1415 se aparecieron para ayudar a unas tropas británicas sitiadas en 1914. El hecho de que aquella experiencia en Knighton se produjera también en una época de guerra resulta significativo; tal y como veremos en capítulos posteriores, los tiempos de guerra parecen incrementar la tendencia a creer en fantasmas, y aquel momento de la Primera Guerra Mundial lo hizo de manera especial.

Sin embargo, la historia de Knighton se remonta mucho más atrás que aquel 1916, hasta otra escritora: Constance MacEwen. El salto a la fama de MacEwen se debió a la burla de la que fue objeto por parte de Oscar Wilde a causa de su protofeminista réplica a Jerome K. Jerome, *Three Women in One Boat* («Tres mujeres en un bote»), el relato de una aventura de tres damas con su gato, Tintoretto, en barca de remos por el Támesis. En 1892, MacEwen publicó una empalagosa novela de amor histórica titulada *A Cavalier's Ladye* («La dama de un caballero») que pretendía ser el diario de una mujer del siglo xviii llamada Judith Dionysia Dyllington.

Sin duda alguna, la isla de Wight está en el origen de su inspiración. MacEwen le dedicó el libro al fiscal general de la Corona, sir Richard Webster, que era además el representante de la isla en el Parlamento, y es bastante posible que en uno o dos días de relajados paseos por los senderos de la campiña cerca de la casa de este, recién construida en Luccombe, la autora llegase hasta Newchurch y allí conociese la tradición del folclore local sobre cierta casa desaparecida y su fantasmagórica reputación, y visitase las tumbas de los Dillington. Su novela cuenta con un prólogo titulado «Datos», que incluye detalles sobre unos esqueletos de gran tamaño desenterrados en el jardín de Knighton, testimonios sobre

una música que se escuchaba y el relato de una ocasión en que se hizo venir a un sacerdote del pueblo cercano de Brading para exorcizar la casa. Con casi total certeza se trataba del recuerdo popular del clérigo Legh Richmond, quien escribió sobre su visita en *La hija del lechero*. Con el correr de los años, aquella historia habría permanecido en el vecindario y se habría ido tergiversando al pasar de familia en familia y de generación en generación. En capítulos posteriores volveremos a encontrarnos con esta forma de tradición oral entrando en acción una y otra vez.

La de Knighton Gorges sigue siendo una de las pocas historias genuinamente folclóricas todavía activas en Inglaterra. La gente se presenta allí cada Nochevieja con la esperanza de ver aparecer la casa. En este enclave abandonado e invadido por el matorral silvestre aún queda hueco para la imaginación. Qué más da que aquella casa jamás se consideró encantada cuando estaba en pie.

Para la gente que aparece por allí se trata de un lugar donde el velo que separa ambos mundos es muy fino. El fenómeno que se menciona con mayor frecuencia son los cortes eléctricos en los vehículos junto a la verja, seguido del relato de gente que oye música y caballos, y personas que ven los leones heráldicos restaurados en su sitio sobre los pilares de la cancela.

Para mi gran decepción, yo no he presenciado nada en Knighton, a pesar de haberme ofrecido en repetidas ocasiones para la experiencia y haberme acercado a todas las horas del día y de la noche, y bajo todas las condiciones climáticas posibles.

Un año antes de marcharme a la universidad me dediqué por fin de manera formal a la búsqueda de fantasmas. Cuando cumplí los once años, mi padre me regaló un libro titulado *Folklore, Myths and Legends of Britain* («Folclore, mitos y leyendas de Gran Bretaña»), que casi siempre tenía entre las manos. Copié a mano las historias y para los trabajos de la clase de dibujo copié sus aguafuertes, xilografías y linograbados. Una de las ilustraciones más fascinantes que contenía, entre sus muchas maravillas, era una fotografía de una cama isabelina con dosel y unos tapices detrás, en una habitación panelada, sombría y evocadora.

El pie de foto afirmaba que aquella era la habitación más encantada de toda Inglaterra. Decidí que yo mismo dormiría allí algún día. A falta de apenas un mes para mi decimonoveno cumpleaños, escribí al propietario de Sawston Hall, en

Cambridgeshire. Me fui hasta allí en un crudo atardecer de enero, dormí en la cama y quedé, supongo, encantado.

No fui solo. Hablé con la Society for Psychical Research y ellos me pusieron en contacto con un miembro de la sociedad en Cambridge, Tony Cornell, una figura destacada en el mundo de lo paranormal y con un especial interés en los poltergeists. Cornell trajo consigo a un pequeño grupo de licenciados de Cambridge y esa noche acampamos todos en la casa, que —salvo por la famosa cama— había sido prácticamente despojada de todo mobiliario de cara a su nueva vida como escuela de idiomas.

Los ejércitos protestantes quemaron Sawston hasta los cimientos en 1553, durante el breve reinado de lady Jane Grey. Iban persiguiendo a María, la hija católica de Enrique VIII, que se había detenido allí de camino hacia Suffolk; incendiaron la casa como represalia contra la familia católica de los Huddlestone, que le había dado cobijo. Sería luego reconstruida con fondos aportados por la propia reina María. La imagen que yo había visto —y la cama, que allí seguía a pesar de que los Huddlestone lo habían vendido todo al cabo de cuatrocientos años— era la de su cama. Al contrario que en el caso de la Gran Cama de Ware⁶, no era el propio lecho el que estaba encantado, sino que constituía algo así como el epicentro de aquella dramática historia.



2. El dormitorio encantado de Sawston Hall: esta es la fotografía con la que yo estaba obsesionado a los once años. Ocho años después, dormí allí.

Cuando llegué, tarde en aquel anochecer invernal, una gélida humedad se elevaba de las ciénagas de Cambridgeshire: buen clima para los fantasmas, y la temporada también. Harry Price, el cazador de fantasmas más famoso de Gran Bretaña, era de la opinión de que en el mes de enero hay más manifestaciones que en las épocas más tradicionales de la Navidad y el mes de diciembre.

Tony Cornell siguió la práctica habitual de asegurar la casa; cuando sales al campo, no son inusuales las bromas si los jóvenes de la zona se enteran de que se lleva a cabo una búsqueda de fantasmas. Se cerraron con pestillo todas las puertas exteriores. Se realizó una búsqueda por la casa y se dio razón de todos los presentes. En la sala de estar se encendió un fuego con unos troncos en la enorme chimenea Tudor. Había un inesperado ambiente de seriedad en todo aquello, bien distinto del vodevil de las búsquedas de fantasmas televisadas de hoy en día. Estábamos entrando en comunión con los muertos.

Daba la sensación de que la casa se hallaba imbuida de teología, un punto crítico del enfrentamiento entre la creencia católica en los fantasmas y el escepticismo protestante. Los numerosos habitáculos ocultos tras las paredes habían puesto a salvo a los sacerdotes perseguidos durante las purgas protestantes del reinado de Isabel I; aquellos sacerdotes católicos sí habrían creído en los fantasmas, al contrario que los protestantes que los perseguían. Al desaparecer tras los paneles de aquellos muros, aquellos clérigos iban, en cierto sentido, camino de convertirse en fantasmas ellos mismos.

Nos estuvimos paseando toda la noche, unas veces juntos, otras por separado. No recuerdo mucho de las demás personas que estaban allí. En el pasillo conocido como Long Gallery coloqué un fragmento de cuarzo que llevaba encima siguiendo las instrucciones de una médium a la que había conocido en la isla de Wight. Con algo semejante a unos susurros, invité a los espíritus del lugar a utilizarlo para comunicarse con ella. Mientras estaba allí, hablando, me sentí como un tonto, pero de algún modo percibí un cambio en la elasticidad del aire.

Dormí a ratos, y no me metí en la cama, sino que me tumbé sobre la colcha sin dejar de mirar la rendija de luz bajo la puerta, que tenía fama de abrirse y cerrarse por su cuenta. Los fantasmas muestran un particular interés en las puertas y las ventanas; por qué motivo, nadie lo sabe. Creí oír entonces el sonido de los botes de la pelota de un niño.

Todo el mundo se metió en la habitación de madrugada, y allí permanecimos tumbados en los sacos de dormir. El antiquísimo sistema de calefacción lo tenía bastante difícil contra aquel frío húmedo. Al principio todo estaba en calma, pero me desperté hacia las cuatro de la madrugada tras oír unos golpes, unos toques suaves en secuencias ordenadas. Encendí una grabadora y volví a quedarme dormido. Continuaron los golpes, pero todos seguimos durmiendo. Cuando reproducimos la cinta magnetofónica más adelante, entre los movimientos y las toses de los presentes surgieron otros sonidos más extraños: nada menos que tres notas tocadas con un instrumento de viento.

Nos despedimos todos aquella mañana y jamás volví a ver a ninguno de los presentes. Unos días más tarde, al regresar a mi hogar en la isla de Wight, le llevé el fragmento de cuarzo a la médium, una mujer bien adentrada en la mediana edad que vivía en una casa de ladrillo en el soleado Undercliff de Ventnor y que ya había escrito varios libros sobre sus experiencias paranormales. La primera vez que nos vimos me contó cómo un espíritu le había rociado la ropa con «agua de violeta», un aroma que entraba de inmediato en descomposición y hedía a vegetación podrida en cuestión de minutos. Tuvo que quemar toda la ropa. Tras tener agarrado el cuarzo por unos instantes, la médium me lo devolvió. Estaba caliente, de un modo inusual, casi quemaba como una magdalena recién salida del horno; desde luego, se encontraba mucho más caliente de lo que estaría por el solo efecto del calor corporal. Era como si crepitase de energía. Ella cogió un bolígrafo y empezó a escribir velozmente y de forma automática.

Recuerdo el ficticio registro de época con el que escribió —«¡Soltadme, señor, vergüenza debería daros!»— y recuerdo la historia de una joven primero preñada y después asesinada por uno de los hijos de la casa.

En una llamada de teléfono, Tony Cornell me contó que los ruidos grabados en la cinta presentaban los sonidos invertidos o función rampa que se observaban en algunos casos de poltergeists: al analizarla, la onda sonora iba hacia atrás, algo que es imposible en la naturaleza. En los años ochenta aquello era lo último en parapsicología. Sin embargo, yo nunca llegué a escuchar la grabación. Fue objeto de un ensayo publicado en una edición de la revista trimestral *SPR Journal* de 1984; la grabación consta ahora como desaparecida.

Pasó el tiempo. Comencé a sentir un cierto apuro con mi obsesión y, poco a poco, otras pasiones fueron ocupando el lugar de los fantasmas. Sin embargo, unas Navidades —las de 1989— fui con unos amigos a pasar unos días a una casa que resultó ser otra de aquellas sobre las que había leído de niño: Bettiscombe House, en Dorset. La familia Pinney, que había vivido allí durante siglos, acababa de venderla. Prácticamente lo primero que hice nada más llegar en aquella tarde de diciembre fue subir al desván, donde la calavera aulladora de Bettiscombe se encontraba metida en una caja de cartón con una Biblia sobre la tapa. Se cuenta que era la cabeza de un esclavo africano que había jurado que su espíritu no descansaría hasta que su cuerpo fuera enterrado en su país natal. Sin embargo, la leyenda relata que se oían gritos por toda la casa y se producía actividad poltergeist siempre que se sacaba la calavera de la vivienda.

Más o menos un día después pillé la gripe y me metí en la cama a primera hora de la tarde. Hacia las cuatro, mis amigos subieron a verme. ¿Por qué andaba yo haciendo tanto ruido? Echaron un vistazo por la habitación. Sonaba como si hubiera estado arrastrando muebles, pero yo no me había movido de la cama en ningún momento.



3. La calavera aulladora de Bettiscombe House.

Aquella noche me acosté en el dormitorio principal, donde el nuevo propietario de la casa había visto las siluetas de una mujer y una niña pequeña. Durante toda la noche tuve la sensación de que había gente entrando y saliendo, un ambiente muy ajetreado. A la mañana siguiente descubrí que mi amigo Matteo, compositor, se había pasado toda la noche en vela por culpa de un estruendo horrible de golpes como si —dijo él— alguien hubiera estado tratando de arrancar una chimenea con una palanca. De nuevo, yo no había oído nada.

Así llegamos al momento presente, y al motivo de que haya escrito este libro.

A la mayor parte de los fantasmas se los ve una sola vez, y nunca más. La mayoría de los avistamientos ni queda recogida por escrito ni se graba. Me encontré con que hay muy pocas historias genuinas de fantasmas con un comienzo, un desarrollo y un final; sin

embargo, en este libro me he centrado en aquellas que funcionan como narración. A menudo me he topado con que me interesaba más la persona que lo veía que el propio fantasma. Al parecer, tenemos la idea de que, sean lo que sean los fantasmas, lo que intentan es aterrorizarnos. Cada uno responde de manera muy diferente ante el miedo. Tal vez no estén tratando de asustarnos, ni mucho menos. Quizá, tal y como sucede en la película *Los otros*, se hallen atrapados sin más en un universo que ellos mismos han creado; es posible que nosotros no seamos más que sombras para ellos y que los encuentros entre ambos sean producto de confusiones infinitamente complejas.

La temática de los fantasmas se ha visto degradada por la desinformación y por quienes buscan el sensacionalismo puro y duro. El discurso no ha avanzado desde el siglo xviii, y la mayoría de la gente, si es que cree en fantasmas, todavía piensa que sus manifestaciones suponen un encuentro con alguien que está muerto pero activo.

Sin embargo, las cosas han empezado a cambiar. Poco a poco se va descifrando la química cerebral y, tras décadas ignorando lo paranormal, el academicismo ha hallado un nuevo interés en la creencia en los fantasmas y en el folclore para retomarlo allá donde se quedó hace ciento cincuenta años. El discurso se encuentra ahora en plena renovación. En esta obra he incluido muchos trabajos académicos recientes, además de algo de material sobre las movilizaciones espontáneas de masas de gente en el Londres victoriano y los últimos descubrimientos en los archivos sobre el Tamborilero de Tedworth y la aparición de la señora Veal.

Afortunadamente, el debate se ha desviado de los esfuerzos por demostrar o desmentir la existencia de los fantasmas. Esa idea pertenece al Londres de la década de 1880. En un sentido básico, los fantasmas existen porque la gente no para de contar que los ha visto. Este libro no trata sobre si los fantasmas existen o no. Esta obra versa sobre lo que vemos cuando vemos un fantasma, y sobre las historias al respecto que nos contamos los unos a los otros.

Taxonomía de los fantasmas

«Esa pregunta tan propia de las reuniones para tomar el té, “¿Creéis en los fantasmas?”, es una de las más ambiguas que uno puede formular, pero si la interpretamos como un “¿Creéis que en ciertas ocasiones se puede ver una aparición?”, la respuesta, sin duda, es sí».

Profesor Harry Price

Los fantasmas tienen su taxonomía o, lo que es lo mismo, hay muchos tipos de fantasmas. Tras toda una vida dedicada a recopilar e investigar historias de fantasmas, Peter Underwood estableció ocho variedades, y es un punto de partida tan bueno como el que más. Son las siguientes:

- Elementales
- Poltergeists
- Fantasmas históricos o tradicionales
- Manifestaciones de improntas mentales
- Apariciones relacionadas con situaciones de crisis o cercanas a la muerte
- Saltos en el tiempo
- Fantasmas de los vivos
- Objetos inanimados encantados

Los elementales suelen ser «fantasmas vinculados a lugares de enterramiento», escribe Underwood, y son «manifestaciones primitivas o de memoria atávica». Es probable que algún cazador de fantasmas norteamericano dijese que son diabólicos. Muchos de los fantasmas de Gales y Escocia son elementales, fragmentos desprendidos de un pasado pagano, como los *kelpies* de los lagos. Robert Aickman (1914-1981), uno de los mejores autores de relatos de fantasmas que haya dado jamás Inglaterra, los describe así:

Según se cree, los elementales son entidades extraordinariamente primitivas: se instalan en un lugar concreto y, si se mantiene la mirada fija en uno, incluso en la oscuridad (aunque parece que de manera ocasional se presentan en todo su horror a la luz del día), la locura es instantánea⁷. [...] Un conocido político británico que tenía un gran interés en los fenómenos psíquicos (muchos sabrán quién era)⁸ acudió con otras personas a visitar el elemental que se manifiesta de forma esporádica en el sótano de una

mansión de Somerset [...]. Un miembro del grupo lo estuvo mirando durante demasiado tiempo y nunca volvió a ser el mismo. El político jamás volvió a visitar un elemental.

El fantasma que Edmund Lenthal Swifte vio en la Torre de Londres se encontraba dentro del espectro de los elementales. Los fantasmas de los relatos de M. R. James (1862-1936) tienden a ser o bien elementales relacionados con prácticas de magia negra, o bien cadáveres reanimados al estilo medieval o escandinavo⁹. Por razones teológicas, algunos puritanos jacobeos clasificaron todos los fantasmas como elementales o *larvae*, en referencia a la máscara o el aspecto de seres humanos que a veces adoptan.

Gracias a Hollywood, los poltergeists son ya uno de los tipos más conocidos de fantasmas¹⁰. Se presentan como energías violentas vinculadas a una persona concreta, aunque según Guy Lyon Playfair (nacido en 1935), el mayor experto vivo en el mundo, existe un cierto debate sobre la cuestión de si están «vivos o muertos». El poltergeist se concentra por lo general en un adolescente, normalmente una niña. En los años treinta, el psicólogo Nandor Fodor (con el que nos encontraremos en otro capítulo más adelante) propuso la idea de que los poltergeists eran resultado de una ira reprimida o un deseo sexual frustrado. El más famoso de los casos modernos es el poltergeist de Enfield, de finales de los setenta, que presentó la gama completa de fenómenos asociados al mismo¹¹. El universo de los relatos de fantasmas está marcado por las diferencias de clase, y en ocasiones se etiqueta el poltergeist como el «fantasma de la vivienda social». El paradigma de estas historias suele constituirlo una familia asediada por toda una serie de fenómenos alarmantes y desagradables; tal vez los casos más famosos sean el inmensamente peculiar de la Bruja de los Bell¹², que sucedió en Tennessee en 1817, y el del Tamborilero de Tedworth, que describiremos en un capítulo posterior.

La categoría de los fantasmas tradicionales resulta bastante sencilla: son las almas de los muertos, conscientes de la presencia de los vivos y capaces de relacionarse con ellos.

Las manifestaciones de improntas mentales son aquellas que describe asimismo la teoría conocida como *stone tape* («cinta de piedra»), cuyo nombre procede de un telefilme emitido por la televisión británica en 1972. De algún modo, la efusión de una energía mental impregna un lugar concreto, por lo general una habitación, y representa un modelo psíquico de un estado anímico

extremo. Estos fantasmas repiten los mismos actos una y otra vez, como abrir una puerta y cruzar una habitación, y no muestran consciencia alguna. Asimismo, son fantasmas que tienden a estar asociados a una fecha y una periodicidad establecida. Suelen aparecerse en aniversarios —un ejemplo sería lady Jane Grey, de quien se dice que se aparece en la fecha de su ejecución— aunque, dado que el calendario se modificó en el siglo xviii, cabría pensar que tal cosa carece de sentido. Es más probable que esta idea guarde relación con la sublimación del catolicismo que marca la creencia inglesa en los fantasmas: los días de los fantasmas son más bien como los días de los santos. Al igual que Ana Bolena, Jane Grey es uno de los personajes malvados del panteón del folclore anglocatólico.

Las apariciones relacionadas con situaciones de crisis o cercanas a la muerte tienen su larga historia, y el sujeto suele ver o sentir a alguien con quien mantiene un fuerte vínculo en el instante de su muerte o en una situación de grave amenaza para su vida. Estos fantasmas son habituales en tiempos de guerra, como cuando Harold Owen prestaba servicio en el buque *Astraea* de la Armada Real británica y vio a su hermano, el poeta Wilfred Owen¹³.

Las experiencias de saltos en el tiempo causaron furor entre 1911 y el final de la Primera Guerra Mundial. Resulta difícil no interpretarlas como la nostalgia de un mundo perdido, o quizá un mundo que estaba a punto de hacerse añicos. Estos saltos en el tiempo son por lo general algo más bien pintoresco y decorativo, casi como poner el pie en el set de rodaje de una película, y atraen particularmente a quienes poseen una gran imaginación y un arraigado sentido de la historia.

Ya he mencionado en la introducción el salto en el tiempo más famoso de todos, que sucedió en Francia.

En una tarde de agosto del año 1901, dos damas inglesas disfrutaban de una visita al Palacio de Versalles. Tras buscar el palacete del Petit Trianon, Eleanor Jourdain y Charlotte Moberly se perdieron, y mientras caminaban desorientadas, se sintieron envueltas en un ánimo fúnebre y opresivo. Dos hombres vestidos con «abrigo largos de color gris verdoso y pequeños sombreros de tres picos» se acercaron y las guiaron hacia un cenador a la sombra de unos árboles, donde un individuo de aspecto repulsivo y rostro picado de viruelas se quedó mirando a ambas fijamente y de manera desagradable.

En ese instante llegó alguien a toda prisa y les advirtió de que se habían equivocado de camino. Les indicaron que cruzasen un pequeño puente y, cuando lo hicieron, llegaron ante lo que ellas asumieron que era el Petit Trianon. Había allí una mujer sentada en un taburete, haciendo un boceto. Llevaba un vestido antiguo, cubierto con una pañoleta de color verde claro. De nuevo, sintieron una pesadumbre intensa. De repente, un lacayo salió corriendo de un edificio cercano y cerró de un portazo tras de sí. El lacayo les dijo que la entrada del Petit Trianon estaba en el otro lado del edificio, de modo que dieron la vuelta a la casa y se encontraron con un grupo que celebraba una boda y aguardaba para hacer una visita guiada por las habitaciones. Se desvaneció la atmósfera lúgubre y no sucedió nada más fuera de lo normal.

En aquel momento, ninguna de las dos mujeres fue consciente de haber visto nada extraño, y transcurrieron tres meses hasta que se percataron de que sus experiencias no concordaban de manera exacta: por ejemplo, Jourdain no vio a la mujer que hacía el boceto. No tardaron en convencerse de que les había sucedido algo misterioso. Jourdain descubrió que el día de su visita había coincidido con un aniversario: en aquel mismo día del año 1792, Luis XVI y María Antonieta fueron apresados cuando los revolucionarios entraron en tromba por las puertas del Palacio de las Tullerías y lo saquearon.

Aunque ambas mantuvieron su identidad en secreto, el hecho de que estas mujeres fuesen la rectora y vicerrectora del St. Hugh's College de Oxford le otorgó bastante peso a la historia. Se trataba de dos personas con una respetabilidad y formación poco habituales para haber visto un fantasma (como veremos, las clases medias rara vez admiten las apariciones), y fueron muchos los que se convencieron de que estas damas sin duda habían regresado al mundo de María Antonieta. La señorita Moberly especuló con la posibilidad de que la señorita Jourdain y ella se hubiesen «adentrado de manera inadvertida en una instancia de la memoria de la reina cuando estaba viva».

Más adelante se sugirió que, en realidad, se habían tropezado con un baile de disfraces, pero los defensores de ambas damas argumentaron airados que aquello no serviría para explicar la alteración en los paisajes, edificios y puentes que ellas habían visto. Posteriormente, otras personas relataron experiencias similares, incluida la de la familia Dodsworth que se produjo treinta años

antes, en 1870. Sin embargo, parece probable que lo que viesen los Dodsworth fuera una de las últimas partidas imperiales de caza de Napoleón III antes del estallido de la guerra francoprusiana.

En 1908, antes de que se publicase el relato de Jourdain y Moberly, tres miembros de la familia Crooke vieron también a la mujer del boceto descrita por Moberly, que pareció surgir allí mismo «con un leve temblor de ajuste». No obstante, sería el libro de las dos respetables damas el que sentaría las bases de esta experiencia paranormal relativamente nueva.

Uno de los primeros y tal vez mayores descubrimientos de la Society for Psychical Research se publicó en 1886 en dos volúmenes bajo el título de *Phantasms of the Living* («Fantasmas de los vivos»). Contenía el estudio de 701 casos que decían mostrar un fenómeno que iba totalmente en contra de la percepción popular de los fantasmas, según la cual estos tenían que estar muertos. Algunas de estas experiencias de fantasmas de los vivos no consistían más que en una imagen mental, o medias imágenes capturadas entre el sueño y la vigilia. Curiosamente, el cazador de fantasmas Andrew Green¹⁴ se vio implicado en una de estas situaciones. Después de que Green abandonase su casa de Robertsbridge, en Sussex, la familia que se la había comprado acudió a hacerle una visita a su nueva casa en el campo. Cuando Green abrió la puerta, la hija del matrimonio se desmayó nada más verlo. Al volver en sí, blanca como una pared, contó que había visto a Green muchas veces en el jardín de la antigua residencia de este.

Cuando la mente de Green divagaba, parece que él se paseaba por algunos de los lugares que más solía frecuentar, en especial aquel jardín que tantos esfuerzos le había costado y que había dejado en aquella casa. Los fantasmas de los vivos tienen un especial interés para los parapsicólogos porque parecen sugerir que hay funciones cerebrales detrás de ciertos fenómenos paranormales, y podrían indicar que tales fenómenos en realidad no tienen absolutamente nada que ver con los muertos. De alguna forma, mediante el uso de la percepción extrasensorial y de la capacidad del cerebro para generar imágenes se accede a una señal invisible que luego se procesa.

El último elemento de la lista de Underwood son los objetos inanimados encantados. No es inusual que suceda con una cama, o con una silla en la que a alguien le gustaba sentarse¹⁵. El fantasma se traslada con el objeto, y aquellos que están asociados con la

muerte —como una espada o una pistola— pueden tener también algún ente suspendido a su alrededor. Asimismo es posible que las piedras preciosas y las joyas tengan su historia grabada en su estructura cristalina; hay varios ejemplos entre las joyas de la Corona, como el rubí del Príncipe Negro y el diamante Koh-i-Noor¹⁶. Existe un pujante comercio de «mobiliario embrujado» en eBay, y en Estados Unidos hay una fuerte creencia en los juguetes poseídos que no he encontrado en ningún otro lugar.

Underwood solo incluyó en su lista los fantasmas de personas, pero yo le añadiría los de animales. Lo sorprendente de los fantasmas de animales es que todos son de especies domesticadas: principalmente gatos, perros y caballos.

Se dice que en Londres hay un par de osos fantasmas. Los fantasmas de los perros suelen ser demoniacos, en otras palabras, elementales, como los sabuesos que rondan los caminos que atraviesan los campos de Suffolk y dejan profundas marcas en la puerta de la iglesia de Bungay. Estos perros tienen nombres bien sonoros: Galleytrot, Black Shuck y Barghest. El hecho de que se localicen principalmente en las regiones de East Anglia y Yorkshire parece sugerir una procedencia vikinga¹⁷.

Resulta de lo más habitual que alguien que acaba de perder a un perro o a un gato muy querido afirme haberlo visto. También existe la creencia popular de que las mascotas pueden sentir a los fantasmas, y abundan las historias de gatos, perros y también de niños que se quedan mirando a una presencia invisible que desciende por unas escaleras o que atraviesa una habitación. Se diría que la mente sin prejuicios es la que ve fantasmas.

Los perros y los caballos sin cabeza son motivo de historias de terror decimonónicas. Hay también otros animales folclóricos, como pájaros o liebres, que en el siglo xvii eran tomados por brujas capaces de cambiar de forma, o por augurios de algún poder sobrenatural invisible¹⁸. Se cuenta que en el Punch Bowl Inn de Lanreath, en Cornualles, un clérigo regresó adoptando la forma de un diabólico gallo negro.

Los habitantes del castillo de Arundel, en Sussex, temen que un pajarillo blanco se pose en su ventana, ya que lo ven como el anuncio de la muerte.

Los fantasmas han cambiado con el paso de los años y este es el motivo —me permito sugerir— de que sea tan necesario contar su

historia natural. Los primeros fantasmas de la *Epopéya de Gilgamesh* guardan poca relación con lo que vino después. Los muertos de Babilonia parecían suspendidos entre lo humano y lo inhumano. Los fantasmas de la antigua Grecia eran unos extraños seres con apariencia de espectros, alados y patéticos, que carecían de poder sobre los vivos. Los fantasmas medievales eran cadáveres reanimados o apariciones sagradas; los fantasmas jacobeos eran demonios que se hacían pasar por humanos.

Los fantasmas del periodo posterior a la Restauración regresaban para corregir injusticias, enmendar fechorías y suministrar información sobre documentos y bienes valiosos extraviados. Los fantasmas de la Regencia eran góticos. En la época victoriana, se interrogaba a los fantasmas en sesiones de espiritismo, y las manifestaciones de estos entes se asociaron de manera muy especial con la mujer. El periodo victoriano tardío abrió los brazos a lo paranormal y consideró lo fantasmal como una manifestación de las leyes de la naturaleza hasta el momento sobreentendidas. Los años treinta se toparon con el poltergeist.

Y bien, ¿cómo vemos ahora a los fantasmas? Hasta cierto punto, los descendientes de los jacobeos de la Costa Este, que llevaron la idea consigo al Nuevo Mundo en el siglo xvii, han reintroducido en el Reino Unido la idea del fantasma diabólico. La cultura popular cuenta con toda una serie de creencias contemporáneas, pero la gente tiene muy claro lo que es posible. Lo que se ha impuesto de un modo aplastante es lo relativo al ambiente, a la atmósfera, un roce en la cabeza en plena búsqueda de un fantasma, una brisa intempestiva, un descenso de la temperatura, puertas que se abren solas, ruidos repentinos y palabras sueltas o entrecortadas. Las apariciones a simple vista son raras, pero sí que son recogidas por la cámara, y ahora con la fotografía digital tenemos los llamados orbes, que, según nos cuentan, son fantasmas antes de ataviarse para ser percibidos por el ojo humano¹⁹.

En un estudio de 1999, un grupo de mujeres de Manchester creía que las manifestaciones tenían más que ver con presencias malignas —en otras palabras, un mal presentimiento— que con el alma de algún fallecido que se da a conocer.

Los fantasmas ya no son almas. Los fantasmas constituyen ahora un terreno emocional.

El diván visible: una breve historia de la caza de fantasmas

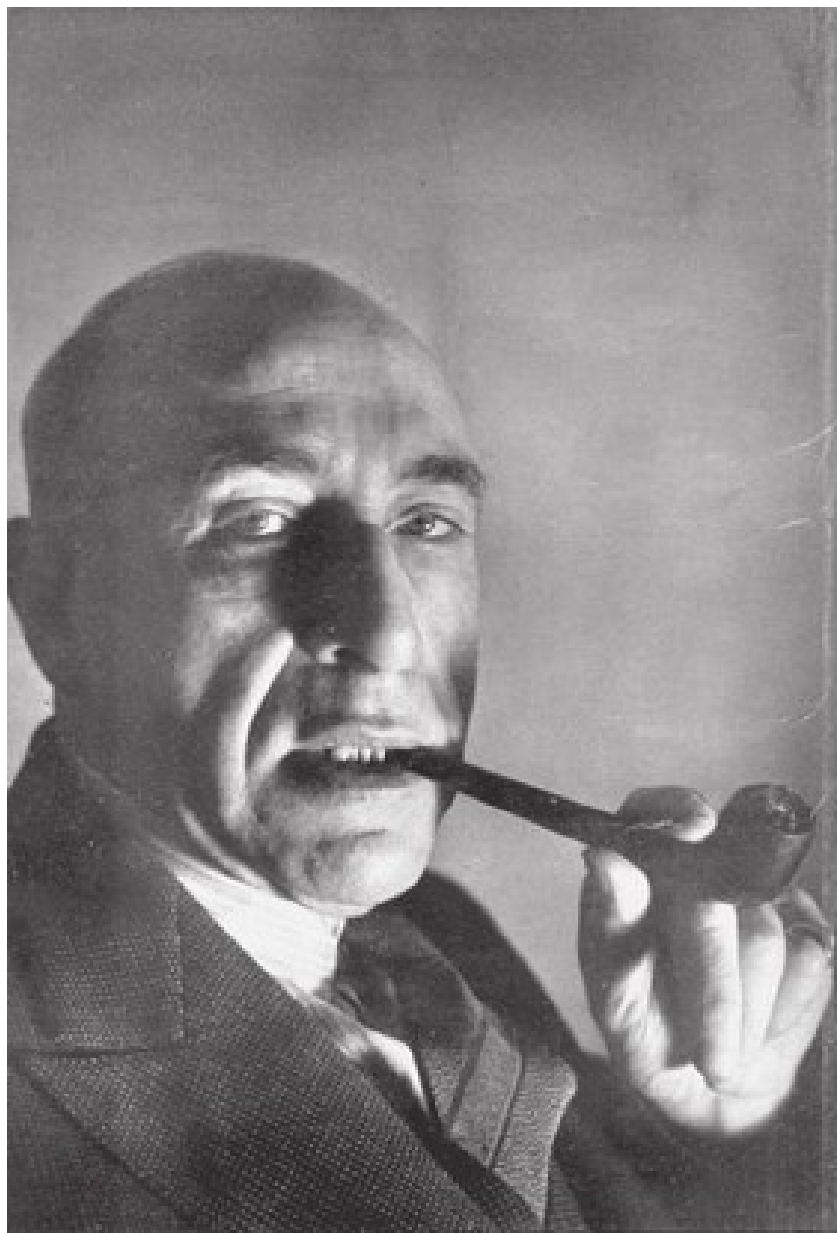
«¿Que si creo en los fantasmas? No, pero les tengo miedo».

Marie Anne de Vichy Chamrond, marquesa du Deffand

Decidí retomar las cosas allá donde las había dejado treinta años atrás: con la caza de fantasmas. El hombre que acuñó la expresión «cazar fantasmas» fue el irlandés Elliot O'Donnell (1872-1965) en su libro *Confessions of a Ghost-Hunter* («Confesiones de un cazador de fantasmas»)²⁰, aunque Harry Price sea con mucho el más célebre de los cazadores de fantasmas ingleses del siglo xx.

Price era un hombre de aspecto cadavérico, con las orejas puntiagudas y una expresión en los ojos descrita como «descortés» al menos por una joven²¹. Tenía tics nerviosos, fumaba como un carretero, tenía inclinaciones nazis y hacía cuanto estaba en su mano por disfrazar su acento *cockney*^{22*} con una forma confusa del inglés correcto. Sus colegas expertos en la materia consideraban dudosa su reputación, pero el público y la prensa lo adoraban.

Casi con total seguridad, Price debió de leer de joven la historias tremendamente populares de *Carnacki, el cazador de fantasmas*²³. Sin embargo, eso de sentarse a charlar con testigos tomando una taza de té no iba con él. Lo que había que hacer con una casa era precintarla, grabarla, escrutarla y utilizar para ello la tecnología. Nadie quería entrevistar a otros, lo que la gente deseaba era experimentar las cosas por sí misma, en persona; no es de extrañar que hubiera una petaca con brandy entre su equipo de cazador de fantasmas. Se trataba de una manera nueva y autoafirmativa de hacer las cosas que situaba al investigador en el centro de la historia.



4. Harry Price en una pose sobreactuada.

Price no era una figura que se granjease el afecto de la aristocracia y la nobleza de la Society for Psychical Research. Al fin y al cabo, este hombre había llegado con un cartel bien grande que

decía «COMERCIAL». Durante toda su vida desempeñó a tiempo parcial un empleo de viajante para Edward Saunders & Son, de Cannon Street, en Londres, vendiendo bolsitas de papel y envoltorios de té a las pastelerías y tiendas de ultramarinos.

Por la noche, sin embargo, volvía a la vida igual que el conde Orlok. Montó programas especiales de temática sobrenatural en Londres y en Alemania. Realizaba retransmisiones en directo con la BBC desde casas encantadas siete décadas antes de que los programas de cazadores de fantasmas se hiciesen populares en Estados Unidos y el Reino Unido.

El 10 de marzo de 1936 dirigió y presentó la primera de aquellas retransmisiones en directo desde una casa encantada, un programa de la radio de la BBC con dos conexiones desde Dean Manor, cerca de Rochester, en Kent²⁴. Entre los que se encontraban con él estaba el profesor C. E. Joad, del Birkbeck College de Londres, un individuo con ideas interesantes acerca de la naturaleza de los fantasmas²⁵.

A comienzos de los años treinta, Price aún creía en la posibilidad de convertirse en alguien respetable a base de desmentir las payasadas de todo médium al que le pudiese echar el guante. Por mucho que esto afectase a su amistad con hombres como H. G. Wells, Price se proclamaba un escéptico de manera firme y sin ambages. Su amistad íntima con Harry Houdini se basaba en la idea de que él era otro viajante, un prestidigitador bien formado capaz de detectar el fraude y las trampas. En realidad, tal y como sus posteriores actividades llegarían a poner de manifiesto, el escepticismo de Price estaba en venta.

Es posible apreciar cómo tiene lugar este cambio entre sus dos libros sobre la rectoría de Borley, conocida durante una época como «la casa más encantada de Inglaterra». Es como si los hubiesen escrito dos hombres distintos. El primero es serio y centrado; el segundo le cuenta a la gente lo que esta quiere oír. A la chita callando, el autor se ha ido pasando al lado oscuro y, en consecuencia, provoca la animadversión eterna de aquellos a quienes sí les importa la nueva ciencia de la parapsicología.

«La gente no quiere desenmascaramientos, lo que quiere son mascaradas», diría Price en cierta ocasión, con un pelín de mordacidad.

Escribía bien: negro sobre blanco mostraba sensibilidad y empatía, y rara vez decía una mala palabra sobre nadie. Y sabía

cómo contar una historia. El periodismo reconoció en Price a un autor sin reparos a la hora de adornar un relato con el fin de dotarlo de textura y color. En este sentido, estaba muy bien relacionado y no le costaba colocar sus historias en la primera plana de los periódicos de tirada nacional (algo que no le ayudó precisamente a ganarse el afecto de otros colegas en su campo, personas para quienes su sentido de la teatralidad resultaba en el peor de los casos fraudulento, y en el mejor de ellos, fuera de lugar).

Tras la muerte de Price, una creciente cantidad de libros puso en tela de juicio su compromiso con la autenticidad. Ciertamente es que nunca tuvo mucho interés en la ciencia, a menos que esta guardase algún tipo de relación con ese sentido suyo de la teatralidad o pudiera resultarle útil en su deseo de convertirse en lo más parecido a una figura consagrada. Tanto su vida como su creación de la caza de fantasmas moderna, presentada como forma de entretenimiento, siguen teniendo una gran influencia.

Aún se puede ver hoy en día algún vídeo de Price en YouTube, cortes en los que interpreta al típico erudito de Oxford o Cambridge en un estudio forrado de libros, en lugar de al comercial de Holborn que en realidad era. Los más generosos tienden a pensar que empezó bien, pero después se torció²⁶ por todo tipo de razones, y que no fue más que un pionero de los medios perteneciente a la clase obrera y bastante adelantado a su tiempo. Tuvo que ceder en su compromiso de ser fiel a la verdad para ganarse la vida, algo muy habitual entre los médiums a los que él solía poner a prueba. La ciencia, no obstante, es bastante implacable en lo referente a la fidelidad: un caso de mascarada significa que todo es una mascarada, aunque no sea así.

Price era un *showman*. Sin embargo, la caza de fantasmas se había iniciado en un ambiente de profunda seriedad. Joseph Glanvill (1636-1680) bien podría recibir el apelativo de «cazador de fantasmas oficial del Estado inglés», tras haber publicado una influyente serie de libros a propósito de lo sobrenatural y haber llevado a cabo trabajos de campo para demostrar lo que mantenía. En 1662 se convirtió en vicario de Frome Selwood, en Somerset, y fue allí donde comenzó a explorar su interés por la brujería y lo oculto. A pesar de no ser más que un párroco rural, gozaba de muy buena consideración y contaba con amigos muy poderosos entre la

clase dirigente. En el plano intelectual, hacía equilibrios entre sus creencias religiosas y el entusiasmo por la última ciencia experimental, y su elección como miembro de la Royal Society hizo que más de uno arqueara las cejas: allí estaba un hombre que creía en brujas y espectros trabajando entre los más modernos defensores del nuevo racionalismo. Desde luego, parece que Glanvill se cuidó de dejar a un lado aquellas creencias cuando trataba con los científicos²⁷.

Aunque la línea convencional del puritanismo acerca de los fantasmas consistía en negarlos —dado que el puritanismo sostenía que el purgatorio²⁸ (una doctrina católica teológicamente sospechosa) no existe—, Glanvill creía que los fantasmas eran la mejor forma, casi doméstica, de demostrar que Dios existía y que los ateos se equivocaban. Puede que los fantasmas constituyeran tan solo una modesta parte del espectáculo sobrenatural de luces que era Dios todopoderoso, pero no dejaban de formar parte de él. Si los fantasmas no procedían del purgatorio, entonces venían del infierno, lo cual no suponía una diferencia a efectos de la opinión de Glanvill²⁹: al fin y al cabo, había fantasmas en la Biblia³⁰. En este periodo de la historia de Inglaterra había un profundo temor al extremismo y se pensaba que los ingeniosos y los vividores que se mofaban de lo divino en los cafés de moda de Londres eran un síntoma de una crisis espiritual generalizada. Glanvill creía que el hecho de proporcionar pruebas racionales y meticulosamente investigadas de la actividad relacionada con lo oculto y lo fantasmal resultaría un útil baluarte en la lucha contra aquella crisis de espiritualidad.

El caso más famoso de Glanvill fue el del Tamborilero de Tedworth, sobre el cual regresaremos en un capítulo posterior.

Si bien los fantasmas volvieron a despertar un gran interés a partir de 1762, cuando el fantasma de Cock Lane convulsionó la nueva ola de revistas y periódicos impresos del Londres georgiano, en el siglo xviii no hay figuras que podamos reconocer como cazadores de fantasmas. No nos volvemos a encontrar con esta categoría hasta que llegamos a dos mujeres muy distintas de la época victoriana: Catherine Crowe (1790-1872) y Eleanor Sidgwick (1845-1936).

Catherine Crowe llamó la atención del público en 1848 con un libro titulado *The Night Side of Nature* («La cara oculta de la

naturaleza»). Esta investigación sobre los «fantasmas y quienes los ven» fue un superventas que llegó a las dieciocho ediciones en seis años y se distinguió por introducir en la lengua inglesa el término *poltergeist* (una palabra «encontrada» en primera instancia por Martín Lutero). Crowe hizo un gran esfuerzo por exponer las numerosas historias que ella había oído despojándolas de tantos adornos como pudo. Su manera de creer en los fantasmas era palpable y apremiante. En opinión de una influyente autora en esta materia, el libro supuso un punto de inflexión en «la relación de la sociedad con lo paranormal»³¹. Sin embargo, el éxito de Crowe y su posterior fama no le aportaron felicidad ni respetabilidad y, tras un desmoronamiento mental, la autora se retiró de la vida pública.

Una figura muy diferente y mucho más respetable, hermana de un futuro primer ministro británico³², fue Eleanor (o Nora) Sidgwick, una de las primeras administradoras de la Society for Psychical Research. Era una mujer formidable, de gran talento, amén de una asistente muy capaz para su cuñado, el físico lord Rayleigh, en sus trabajos de laboratorio, entre los cuales se cuenta el descubrimiento del argón³³. Se mostró reacia cuando la Society for Psychical Research le encargó oficialmente la investigación del fenómeno de las apariciones, ya que, según confesaba, no creía en ellas. Lógica de la cabeza a los pies, le inquietaba mucho, por ejemplo, el motivo por el cual las almas de los muertos lucían vestimenta, ya que la ropa no tenía alma; a su entender, esta era una prueba de que los fantasmas no podían ser muertos que habían regresado.

En 1901 investigó una casa encantada en Cheltenham. Los avistamientos consistían en una mujer alta con un vestido negro de lana que emitía un sonido cuando se desplazaba. Un pañuelo que sostenía en la mano derecha mantenía oculto su rostro de un modo bastante siniestro, y cuatro de las hermanas que allí vivían con el padre y la madre la habían visto: «No llevaba gorro en la cabeza, aunque el efecto general de la negrura sugiere un sombrero con un largo velo o una capucha». Algunas veces se la oía empujando la puerta de un dormitorio; otras daba la impresión de que se iba a poner a hablar. Caminaba con mucha suavidad, como si llevase unas botas de suela fina. Una de las hermanas intentó tocarla, «pero siempre parecía estar fuera de mi alcance».

En esta época no se contemplaba aún el concepto de una vigilancia estructurada dentro de una secuencia temporal ordenada. Se visitaba una casa y, sin duda, se serviría el té, aparecería una

tarta como si de un dulce aporte (transporte de objetos materiales sin un agente material) se tratase, y alguien sacaría un cuadernillo mientras hablaba el testigo. Después, se echaría un vistazo con el debido detenimiento a los lugares en los que se habían presenciado las apariciones, con el fin de comprobar la línea de visión, hacia dónde se abrían las puertas, etcétera.

Harry Price sería quien cambiaría todo aquello, y su enfoque, en especial el uso y la preponderancia de la tecnología, es el que más se ve hoy en día.

Hay otros dos cazadores de fantasmas del siglo xx cuyas diferentes perspectivas han ayudado a dar forma a este campo.

Nacido en 1927, Andrew Green fue un licenciado por la London School of Economics que en 1973 escribió un libro titulado *Ghost Hunting: A Practical Guide* («Guía práctica de la caza de fantasmas»)³⁴. Supuso la democratización final del proceso iniciado por Harry Price. A Green le gustaba utilizar una cierta cantidad de equipo en sus investigaciones, hasta su famosa aclamación final, cuando en el año 1996 pasó doce horas estudiando el Albert Hall en busca de actividades paranormales. Hasta su muerte, Green creyó que los fantasmas eran un residuo eléctrico de emociones que quedaban enredadas entre los vivos.

Esta convicción tenía su origen en una visita que hizo de adolescente a una torre abandonada en Ealing. Green acompañaba a su padre, un policía retirado al que le habían encomendado el realojo de las personas que habían perdido su casa en los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Aquella torre había sido escenario de un asesinato y de veinte suicidios, y el adolescente sintió un irrefrenable deseo de saltar desde lo alto. Consiguió echarse atrás, pero la cosa anduvo cerca. En aquella época sacó una fotografía de la torre que utilizaría más adelante en alguno de sus libros. En una ventana aparece el rostro de una mujer que lo observa desde el interior.

A Green le sobrevivió la otra figura seminal en este campo, Hans Holzer (1920-2009), un excéntrico austriaco. Su obra *Ghost Hunter* («Cazador de fantasmas») de 1962 marcó el inicio tanto de su carrera editorial como de su longevo programa de televisión. Investigó en 1977 el infame Horror de Amityville³⁵, que daría lugar a libros y películas, donde uno de los médiums con quien solía trabajar «canalizó» el espíritu de un jefe indio shinnecock. A Holzer

se le suele considerar el introductor del tema del cementerio indio, algo ahora tan familiar en la cultura popular sobre los fantasmas que parece formar parte del paisaje³⁶.

Su obituario del *Daily Telegraph* incluye una cita en la que explica que había tres «palabrotas» en su vocabulario: credulidad, incredulidad y sobrenatural. «Credulidad es la aceptación sin crítica de algo que no puedes demostrar», explicaba. «Yo trabajo sobre pruebas». Sin embargo, Holzer no creía demasiado en la utilidad de la tecnología. A pesar de haber estudiado en varias universidades y haber conseguido un título de posgrado, es probable que se sintiese más influenciado por el hecho de ser vegano y por ser un sumo sacerdote de la Wicca³⁷ que creía decididamente en las vidas anteriores.

Veía los fantasmas como un «recuerdo emocional superviviente», una especie de fragmento de un ser vivo que de algún modo se ha desprendido de su mente como la piel de una naranja. Estos fantasmas no suelen saber que están muertos y se muestran confundidos. «El fantasma, por su propia naturaleza, no es muy distinto del psicótico», escribe Holzer. «Es bastante incapaz de comprender plenamente el aprieto en el que él mismo se encuentra». Esta idea de que los fantasmas se comportan como alguien que sufre un tipo de daño cerebral es recurrente en la literatura contemporánea sobre la materia.

Holzer se veía a sí mismo casi como un médico para los fantasmas, alguien que ofrecía un diagnóstico a partir de sus golpes y su forma de llamar, igual que un médico lo haría tomando el pulso. «Cuando un fantasma expresa su pena, también alivia la presión que supone hallarse atrapado en el lugar donde se manifiesta», escribió. «Se parece un poco al psicoanálisis, salvo que el “paciente” no se encuentra en un diván visible»³⁸. Holzer sentía el deber «moral» de ayudar.



5. Hans Holzer: creía que los fantasmas necesitaban hacer terapia.

En los tiempos modernos y en el mundo occidental, los fantasmas están cada vez más relacionados con nuestro yo emocional y tienen cada día menos que ver con el hecho de proporcionar pruebas de

cualquier tipo de manifestación sobrenatural o paranormal. Holzer era una especie de vuelta al pasado: siempre andaba buscando una historia, mientras que la caza moderna de fantasmas lo que pretende es causar sensación.

En nuestros días, el programa de televisión es el rey en lo referente a la caza de fantasmas³⁹; posee un carácter inmediato, resolutivo y carente de clasismo que atrae a la mentalidad moderna. En estos tiempos son muy pocas las investigaciones formales que lleva a cabo la Society for Psychical Research, y apenas hay parapsicólogos cualificados que realicen trabajos de campo. En cierto modo, es mejor echar un vistazo a lo que hemos aprendido con el transcurso de los años, las grandes historias del pasado, en lugar de dar vueltas por ahí en grupos persiguiendo quién sabe qué experiencia. El acceso a los fantasmas es ahora del interés de las masas. Lleva siéndolo desde hace tiempo. La habitación encantada se ha abarrotado de gente.

Una casa encantada hasta los cimientos

«Me preguntó una dama en una ocasión si yo creía en fantasmas y apariciones.

Con sinceridad y simpleza le respondí: “¡No, señora! ¡Demasiados he visto ya con mis propios ojos!”».

Samuel Taylor Coleridge

Justo a tiempo de cara a las Navidades del año 1871, la revista *Gentleman's Magazine* publicó el relato del encantamiento de una casa de campo. Lo tenía todo: una mansión isabelina, una historia auténtica detrás, testigos fiables, apariciones, ruidos y golpes, música fantasma y unos lamentos horribles, tintineos en las ventanas... El lote completo.

Hoy en día, Hinton Ampner es propiedad del National Trust, el Patrimonio Nacional británico, y permanece abierta al público, presentada más bien como un jardín con una casa dentro. En un día soleado, todo es armonía por allí. Los entusiastas se pasean felices entre los jardines que levantó sobre un suelo poco prometedor el último propietario particular, Ralph Dutton, fallecido en 1986, quien legó al Estado la casa y sus cerca de veintisiete hectáreas de terreno. En la guía para visitar esta casa de estilo neogeorgiano tardío no hay rastro de lo sucedido allí doscientos años atrás, y apenas se menciona de pasada la ya desaparecida «casa Tudor encantada».

La versión resumida de la historia sería algo así: en 1771, una mujer llamada Mary Ricketts, bien conocida por su sentido común, acabó tan hastiada de una retahíla de inexplicables sucesos terroríficos que hizo las maletas y abandonó su hogar. Nadie más fue capaz de vivir allí y aquella casa acabó demolida.

Son muchas las razones por las cuales esta historia en particular resulta tan fascinante. La primera de ellas es averiguar por qué se mantuvo oculto el relato durante tanto tiempo: los detalles se fueron narrando en la intimidad de las familias afectadas a lo largo de cuatro generaciones. La segunda es el aspecto tan moderno del relato, en especial si tenemos en cuenta que se escribió en una época en que la idea que la mayor parte de la gente tenía de los fantasmas se basaba en la literatura griega y romana, y en la

dramaturgia del periodo isabelino. La tercera es la calidad, la cantidad y la coherencia de los testigos, entre los cuales se encontraban un futuro primer lord del Almirantazgo, un futuro cuñado del rey de Inglaterra y un futuro gobernador de Barbados.

Sin embargo, la razón más apasionante de todas quizá sea la posibilidad de que esta historia constituya la base de la obra *Otra vuelta de tuerca* de Henry James, y que sea la famosa historia de fantasmas «perdida» que supuestamente le contó el arzobispo de Canterbury —E. W. Benson— a James en un anochecer del invierno de 1895.

No hace mucho que se reavivaron los últimos rescoldos de esta historia en términos literarios. En 1968, Ralph Dutton publicó un libro sobre Hinton Ampner titulado *A Hampshire Manor* («Una casa solariega en Hampshire»; Hinton era la casa de sus antepasados). Dutton era un apasionado del arte italiano, en especial si trataba la representación de la grácil juventud. Adoraba el pórvido y el diseño de jardines relajantes, y era famoso en la localidad por la mordacidad de las comidas que organizaba. Como es natural, se sentía intrigado por la historia del fantasma; la postura adoptada por la mayor parte de los aristócratas consiste en ver las historias de fantasmas como una forma de culto a los ancestros. Dutton se cuidó bien de no dar ninguna pista al respecto de si él creía o no en fantasmas, y tampoco abordó de manera directa el rumor al respecto de que algunos de sus fantasmas se habían trasladado a la casa nueva, construida en 1793 a unos sesenta metros hacia el sur, y de que era posible escuchar ciertos ruidos de madrugada. Pero sí que conocía la historia.

Dutton mencionó que poseía un ejemplar impreso de aquel relato cuyas páginas había corregido a mano su propia abuela. La mujer escribió que la bisabuela de Dutton, lady Sherborne, «recuerda que cuando tenía unos seis años [hacia 1786], en Hinton, la despertaron por la noche y se la llevaron a la rectoría, pues los ruidos eran tales que lady Stawell no podía permanecer en la casa».

Al norte de la casa se divisa una zona de árboles frutales que se extiende hasta la iglesia de Todos los Santos, donde está enterrado Dutton con toda su familia. La bordean setos de tejo podado y a comienzos del verano parece descuidada, ya que se deja que los narcisos se sequen entre los brotes de los cerezos, y a estos les siguen los manzanos en flor y los membrillos. Nadie se fija mucho en esta zona, pues los visitantes suelen preferir los encantos del

paseo del Filadelfo o el jardín hundido hacia el sur. En su libro, Dutton menciona lo difícil que resultó conseguir que arraigasen allí los frutales, porque tenían las raíces muy apretadas debido a la compactación de los cimientos de la casa demolida.

No sabemos qué aspecto tenía esta vivienda. No hay ninguna imagen de aquellos dominios desaparecidos, ningún dibujo, ni boceto, ni descripción del exterior, y el interior solo se conoce de manera imperfecta a través del relato que Mary Ricketts hace del encantamiento y de lo poco que dice una inspección bastante escueta. Hay un plano de la casa apenas detallado en la Biblioteca Británica. Al parecer se trataba del clásico edificio con planta en forma de E y un gran vestíbulo central, quizá medieval en origen, y salones en las alas a ambos lados; en un ala había un comedor, y en la otra estaban la sala del desayuno, la habitación del ama de llaves y la cocina. Estaba construida en ladrillo, tal vez moldeado y cocido *in situ*, con las aristas revestidas de piedra de la cercana Selborne. Se hallaba orientada al norte, algo muy típico en las casas de esta época a causa de la creencia de que los vientos del sur traían enfermedades, y de que una puerta principal orientada al sur era una invitación para las fiebres palúdicas continentales.

Sabemos que en el piso de arriba se encontraban el Dormitorio Amarillo, especialmente afectado por el encantamiento, encima del comedor del servicio y, al parecer, orientado al sur, hacia el lugar donde ahora se alza la casa nueva; y también la Habitación Chintz, por encima del vestíbulo de la entrada y asomada sobre los gabletes del porche, según parece orientada al norte. Enfrente del Dormitorio Amarillo estaban la habitación de los niños y el dormitorio de la niñera (el Cuarto Rojo), y en la última planta, el ático o las buhardillas para el servicio. Una inspección de la casa en 1649 —después de que los parlamentaristas se apoderasen de la casa y la subastasen tras la Revolución inglesa— señala la presencia en sus terrenos de una fábrica de cerveza, un molino, un granero, un área de césped para jugar al *bowls*^{40*}, unos establos y una maltería.

A consecuencia de su conocimiento práctico de la situación y —al menos así me gusta a mí creerlo— de algún recuerdo familiar subliminal, Dutton tiene la impresión de que aquella casa era un lugar frío y con fuertes corrientes de aire, emplazada como estaba en lo alto de un pequeño promontorio, mucho antes de que se plantasen los árboles que ahora ayudan a protegerla de los vientos

que suben por el canal de la Mancha procedentes del golfo de Vizcaya. Otra de las «tempestades» que azotaron la propiedad fue la batalla de Cheriton de 1644, un enfrentamiento que al menos un historiador sitúa a las mismísimas puertas de la casa; fue una batalla horrible, a cara de perro, con una sucesión de escaramuzas. Supuso una victoria del bando parlamentarista, de modo que parece totalmente factible que tanto durante como después del combate hubiera desagradables consecuencias para la familia monárquica de Hinton Ampner.

De modo que así era entonces la casa solariega Tudor que vio Mary Ricketts cuando ascendió entre traqueteos por la pendiente, pasada la iglesia, en un día de enero de 1765. Allí permanecen las hileras de tilos a través de las cuales debieron de conducirla, y también algunos de los robles en los jardines, ahora con más de quinientos años de edad. Los registros climatológicos para la zona de Londres y el sur de Inglaterra en enero de 1765 hablan de unas mañanas luminosas seguidas de niebla y llovizna. Encontrarían la casa con un ambiente frío y oscuro después de un viaje desde Londres, aun cuando las chimeneas hubieran estado encendidas con antelación gracias al propio servicio de su casa en la capital, que había sido enviado de avanzadilla. Por primera vez en la historia de la casa, los Stewkeley y sus descendientes, los Stawell, se habían marchado por decisión propia. Lady Stawell había soportado allí una infancia penosa y, tras la temprana muerte de su marido —quien solo había utilizado la casa como pabellón de caza, según parece— lo mejor que podía hacer era marcharse.

De manera que allí estaban el señor y la señora Ricketts, junto con su hijo y heredero de dos meses, dispuestos a crear un hogar en una casa de campo, anticuada y un tanto aislada, del sur de Inglaterra. Mary Ricketts había conocido a su esposo, William Henry, en Jamaica, donde la familia Ricketts era célebre e influyente, pues el abuelo de William había sido capitán del ejército parlamentarista de Penn (William Penn, padre del fundador de Pennsylvania) y Venables que arrebató el país jamaicano a los españoles a mediados del siglo xvii. Ascendió hasta convertirse en general. La familia Ricketts formaba parte de una hábil estirpe de exmilitares que se había enriquecido en este periodo gracias al comercio en las colonias y que estaba a punto de entrar en la aristocracia, ya fuese por matrimonio o por la creación de un título nuevo. Alguna versión de la historia describe a William Henry

Ricketts como un *bencher*, un abogado del Lincoln's Inn, uno de los cuatro colegios de abogados de Londres.

La propia Mary Ricketts procedía de la sólida burguesía de Staffordshire, y su padre era abogado, consejero del Almirantazgo y tesorero del Greenwich Hospital de Londres. Su hermano, John Jervis, se convertiría en una figura destacada de la Marina Real y en un gran reformador de la institución que acabaría recibiendo el título de conde tras su participación en la batalla de St. Vincent, especialmente respetado como mentor de Horatio Nelson⁴¹.

Si hubiera que crear un personaje protovictoriano estoico y comprometido, entregado a la ciencia y ardiente defensor de una meritocracia bien ganada frente al poco varonil privilegio de ser elegido a dedo, ese sería John Jervis. No era hombre que tolerase ningún tipo de bobadas..., pero dejémoslo en un segundo plano. Aún tiene que ir a visitar Hinton.

Vayamos entonces con los fantasmas. Todo empezó al poco tiempo de la llegada de los Ricketts a Hinton. A la muerte de Edward, cuarto barón Stawell, en 1755, la casa ya se había labrado entre los habitantes de la zona la reputación de estar seriamente encantada.

«Poco después de que nos acomodásemos en Hinton», escribiría Mary Ricketts más tarde, en un diario privado y dirigido a sus descendientes⁴², «con frecuencia oía ruidos por las noches, como si alguien cerrase una puerta o, más bien, diese portazos con vehemencia». Se le pidió al señor Ricketts que lo investigara. Asumió que los ruidos eran producidos por algún intruso o, tal vez, por una conducta impropia del servicio, pero no halló rastro de ninguna de las dos actividades. No se sorprendió a ningún criado fuera de su cuarto, ni tampoco había pruebas de un allanamiento. Los ruidos continuaron oyéndose durante las noches siguientes. Se sustituyeron todas y cada una de las cerraduras de las puertas: «No era capaz de concebir otra causa posible más allá de que los aldeanos contasen con llaves fraudulentas para entrar y salir a su antojo». No hubo ningún cambio. Continuaban los portazos en plena noche. *Bum, bum, bum, ¡BUM!*

Una de sus gatas preferidas comenzó a comportarse de un modo extraño. En el salón del piso de abajo, «cuando estaba sentada en una mesa o en una silla con su habitual despreocupación, de repente se escabullía como si la hubiese abordado el mayor de los terrores, se ocultaba debajo de mi silla y acercaba la cabeza a mis

pies. En un breve espacio de tiempo, se mostraba bastante indiferente». El servicio contó algo similar a propósito de «un spaniel que vivía en la casa».

Llegó el verano. En un sofocante anochecer del mes de junio, una niñera llamada Elizabeth Brelsford se hallaba sentada junto al bebé en el cuarto de los niños del piso de arriba cuando le dio por alzar la vista. La puerta que daba al pasillo estaba abierta para permitir que circulase una corriente que refrescara, ya que la habitación estaba caldeada, y Elizabeth esperaba a que su compañera la criada Molly subiese con su cena en una bandeja. Vio pasar a un hombre por el pasillo, vestido con un «traje de colores apagados», y entrar en el Dormitorio Amarillo, una estancia que, según nos han dicho, «solía ocupar la señora de la casa». Cuando poco después apareció Molly con la cena, Elizabeth le preguntó con total normalidad quién era aquel hombre. Cuando se dieron cuenta de que había un extraño en la casa, ambas mujeres se dirigieron con una cierta alarma al Dormitorio Amarillo, pero no hallaron a nadie. No se lo contaron de inmediato a su señora y, cuando lo hicieron, se encontraron con que ella no las tomó demasiado en serio: era la suerte de la mayoría de los criados de aquel periodo y más adelante. «Lo traté como un producto del temor o la superstición a los que las clases bajas son tan propensas», escribió Mary Ricketts más adelante, está claro que con un cierto arrepentimiento, «de modo que aquello fue obliterado de mi mente por completo».

Con la llegada del otoño unos meses más tarde, sucedió que George —el hijo del mozo de cuadra, Richard Turner— estaba cruzando el gran vestíbulo para irse a la cama cuando también él vio a un hombre que lucía un «traje de colores apagados» al que «tomó por el mayordomo, que vestía tales colores pues había llegado hacía poco y no le habían hecho aún la librea». Igual que en el caso de la niñera, el incidente no le produjo al muchacho ninguna perturbación en sentido experiencial, ya que el hombre parecía corpóreo y no dio señal alguna de no serlo. Sin embargo, cuando Turner llegó a las habitaciones del servicio en la última planta, reparó en que el mayordomo estaba en la cama y, en consecuencia, se quedaba sin explicación para el hombre que él había visto.

En julio de 1767 tenemos otra aparición por la tarde, y esta es muy singular, dado que la presenciaron cuatro personas de manera simultánea y a plena luz del día.

Los Ricketts habían regresado de Londres con su segundo hijo, Edward, de cuatro meses por entonces, y algunos parientes de la familia se encontraban en Hinton pasando unos días. La casa estaba llena de gente y había ajetreo. Hacia las siete de la tarde, la cocinera —la señora Brown— estaba fregando unos cacharros en el cuartillo del fregadero anexo a la cocina, donde estaban sentados un postillón llamado Thomas Wheeler, dos doncellas y una cuarta persona, la señora Lacy. Lo primero fue un ruido: el sonido producido por el traje de seda de una mujer⁴³, pesado, y era evidente que quien lo vestía bajaba por la escalera trasera y se adentraba en el pasillo que conducía a la cocina. En un abrir y cerrar de ojos, una figura femenina entró con prisas en la habitación a través de la «puerta de la casa», y distinguieron una silueta alta vestida con ropas oscuras, si bien el hechizo se rompió cuando la cocinera, que había terminado con los platos, regresó de golpe a la cocina y propició que la mujer vestida de seda se desvaneciese ante sus ojos.

Curiosamente, otro criado que entraba desde el patio exterior no vio nada de nada. Pero imaginémoslo: dos puertas abiertas, pleno verano. Dos personas entrando, cuatro personas sentadas y un fantasma que desaparece con el roce de la luz del sol. Se trata de una situación única. No es explícito en el relato de Mary Ricketts, pero este fantasma da una impresión de agitación y de prisa, recogida tal vez en un esbozo del incidente que se incluye en *Poltergeist over England* («Poltergeist en Inglaterra») de Harry Price (1945), en el cual una figura punteada, vestida con ropa antigua y con un corte en vez de boca se apresura a pasar por delante de los criados.

Los ruidos «siguieron oyéndose de forma ocasional», afirma Mary Ricketts. La doncella de una de sus parientes de visita, la señora Poyntz, vio el fantasma en la cocina, y la doncella de otro familiar, una prima —una tal señorita Parker⁴⁴— quedó «aterrorizada por unos quejidos de lo más lúgubre y por el sonido de un roce alrededor de su cama». Mary, sin embargo, estaba ocupada con su tercer embarazo, y dio a luz a una niña en 1768.

En noviembre de 1769, William Henry Ricketts tuvo que regresar a la plantación de su familia en Jamaica por diversos motivos familiares y comerciales, incluida la compra de veinticuatro esclavos⁴⁵ para un pariente y la construcción de un mausoleo familiar (una de las características de las diferentes rebeliones de

los esclavos en Jamaica fue que profanaban con frecuencia las tumbas de los colonos blancos, de manera que William tuvo que acometer la tarea de hacer que construyesen una tumba nueva y supervisar el traslado de los restos de sus familiares a un emplazamiento más aislado). Decidieron que Jamaica no era lugar para los niños. Mary Ricketts prefirió quedarse en Hinton Ampner con su mayordomo suizo, Lewis Chanson, y otras seis personas: la doncella personal de Mary, Ann Sparks; el marido de Ann, el cochero John Sparks; la criada Lucy Webb; la señora Brown, cocinera; la niñera Sarah Horner, y John Horner, el nuevo postillón de dieciséis años (el postillón que había visto el fantasma en la cocina ya había fallecido).

Mary dormía ahora en un cuarto encima de la cocina que más adelante recibiría el nombre de Cuarto Rojo de los niños, para estar más cerca de sus hijos. Los fantasmas rondaban por el pasillo, afuera. Mary se encontró revisando constantemente el interior de los armarios en busca de alguien que no dejaba de pasearse por allí dentro y cuya ropa de seda rozaba contra la puerta, pero no con el dulce roce de la caída suave del tejido, sino que era algo «tan fuerte y tan continuado como para interrumpir mi descanso».

Fue también hacia esa época cuando supo de una historia local por boca de un anciano del asilo de los pobres de West Meon: este había conocido a un carpintero que había trabajado en la casa en la época de la Revolución inglesa. Había levantado las tarimas de los comedores para que sir Hugh Stewkeley ocultase una caja debajo; a continuación, sir Hugh ordenó al carpintero que volviese a sellar los suelos.

Por el motivo que fuese —tal vez ya estaban todos hartos— el servicio de Mary comenzó a marcharse. Su doncella y su cochero presentaron su renuncia; un breve intento de reemplazar a Ann Sparks con una tal Ruth Turpin no acabó bien porque, tal y como lo cuenta Mary, «al sufrir ella desórdenes mentales, no permaneció conmigo sino unos meses». No cabe duda de que los gemidos, el sonido de los pasos y las apariciones no fueron de ayuda. Finalmente, a la mujer que era su asistente para vestirse y esas cosas la reemplazó la hermana de un tendero local de ultramarinos, pero entonces se marchó también el mayordomo suizo. A estas alturas no quedaba ninguno de los miembros originales de su servicio.

Mary se encontraba en el Dormitorio Amarillo cuando escuchó

unos pasos. Volvía a ser verano, los días de canícula preferidos por los fantasmas de Hinton. Tan solo llevaba media hora acostada cuando escuchó claramente los pesados pisotones de un hombre que caminaba directo hacia los pies de su cama, como si pudiese ver en la oscuridad, y la mujer se alarmó tanto que salió corriendo de la habitación. Un relato posterior dice que los pasos vinieron precedidos del ruido producido por alguien que saltase desde el asiento bajo la ventana, lo cual sugería que habría entrado trepando desde la ventana del primer piso. La niñera ayudó a Mary en su búsqueda, pero huelga decir que no hallaron nada. «Esta situación de alarma me desconcertó más que cualquier otra de las precedentes al suceder dentro de mi propia habitación y siendo los pasos más nítidos que haya oído jamás, perfectamente despierta y en mis cabales». Dice mucho de Mary Ricketts el hecho de que regresara directa a la cama en aquella misma habitación y se negase a dejarse intimidar o asustar.

De todas formas, hacia el mes de noviembre se trasladó a otro dormitorio, esta vez a la Habitación Chintz, sobre el vestíbulo. Allí Mary estaba convencida de haber oído música en una o en dos ocasiones, y otra vez a alguien que llamó a la puerta principal con tres golpes muy fuertes y «violentos» que la asustaron lo bastante como para hacer sonar la campanilla junto a su cama e iniciar otra búsqueda, de igual modo infructuosa. Los golpes que oyó eran tan terriblemente fuertes que estaba convencida de que alguien intentaba abrir la puerta principal a la fuerza.

Los murmullos comenzaron poco después de las Navidades. Se trataba de unos susurros graves. Gente que hablaba; mucha gente. Era un ruido en lo más profundo de la casa. «Con frecuencia sentía un murmullo hueco que parecía apoderarse de la casa entera», escribió Mary. «No guardaba relación con el viento y del mismo modo se oía en las noches de mayor calma».

El 27 de febrero de 1770, la noche después de que la anterior ama de llaves hubiera sido enterrada apenas a unos metros de distancia, en la iglesia de Hinton, la nueva doncella de Mary, Elizabeth Godin, se llevó «el peor susto de su vida» a causa de los «lúgubres quejidos y el revuelo» alrededor de su cama en la habitación de la difunta ama de llaves. La mujer se había jubilado y había fallecido fuera de la casa, y tan solo Mary Ricketts era consciente de la coincidencia con el entierro. Decidió no mencionárselo a Elizabeth Godin con el fin de no empeorar la situación.

Debió de tratarse de un periodo bastante triste. El marido de Mary Ricketts estaba construyendo un panteón familiar a miles de kilómetros, su hermano erigía en una capilla de Gibraltar un monumento a un amigo de la familia que había sido asesinado hacía poco... y entonces llegó una carta sellada con lacre de color negro: el padre de Mary había muerto en la casa familiar de Staffordshire. Y la pobre Elizabeth Godin no levantaba cabeza: llegó el mes de abril y estaba en cama con fiebre. La campanilla de su señora la despertó a las dos de la madrugada. La mujer le preguntaba a gritos con dos puertas cerradas de por medio si podía ver a alguien fuera, en el pasillo. Mary Ricketts llevaba veinte minutos escuchando a alguien que se paseaba arriba y abajo, y los crujidos de la puerta como si la empujasen tratando de abrirla. Por primera vez pudo distinguir a más de una persona merodeando entre su puerta y el cuarto de los niños.

Mientras ambas realizaban una búsqueda por la zona, comprobaban la ventana, la chimenea y miraban debajo del sofá, la puerta que daba entrada al Dormitorio Amarillo, a su espalda, se movió de forma repentina, y continuó moviéndose «como si una persona escondida detrás jugara con ella abriéndola y cerrándola». Entraron corriendo en el cuarto de los niños y tocaron la campanilla de las habitaciones de los hombres del servicio; se acercó a investigar el nuevo mayordomo, Robert Camis: nada se encontró, ni tampoco había nada fuera de lugar.

Pasaron las semanas. Hacia el 7 de mayo, Mary sintió que aumentaba el volumen de las voces: «El murmullo era inusualmente alto», se lamentaba, y le impedía dormir. Describe cómo se paseó sin parar por la casa, durmió una hora con los niños en su cuarto, regresó después —presumiblemente— a la Habitación Chintz y de nuevo la despertó el fuerte martilleo de unos golpes en la puerta principal. Como estaba amaneciendo, saltó de la cama y se asomó para mirar hacia el porche, confiando en ver al causante con aquella luz grisácea del amanecer sobre el césped blanquecino. Examinaron la puerta y la encontraron cerrada y con el pestillo echado.

Mary se confesaba «agobiada y desconcertada». Una criada dormía ahora con ella para hacerle compañía y, sin la menor duda, para servir de testigo, ya que a aquellas alturas Mary mostraba un absoluto interés por tenerlo todo por escrito y rigurosamente atestiguado. «Tras el solsticio de verano, los ruidos se fueron

tornando más intolerables con cada noche que pasaba». Duraban hasta el amanecer y a veces incluso un poco más. Ahora era capaz de distinguir a distintas personas hablando. Había una mujer con la voz estridente y dos hombres, uno de ellos con el tono grave. Una noche fue como si alguien pasase rozando contra las cortinas del dosel de su cama. Había sonidos musicales, pero no era música, una «vibración de tonalidades armónicas»; había pasos, conversaciones, golpes y un abrir y cerrar de puertas que se repetían cada noche.

Cuando el hermano de Mary vino a pasar una temporada, ella no sabía muy bien qué hacer, consciente como era de que se trataba de un hombre muy serio. Cuatro meses antes, Mary se lo había confiado todo a unos amigos, el reverendo John Monk Newbolt y su mujer (él era el párroco de St. Maurice en Winchester), pero ahora no le bastaba simplemente con un oído comprensivo. Una mañana, no pudo aguantarlo más y le soltó: «Temí anoche que mis criados te molestasen, así que hice sonar la campanilla para enviarlos a la cama». Su hermano estaba confundido. Le respondió que no había oído nada. Pero, por lo menos, había sacado el tema de los ruidos nocturnos.

Unas horas después de que John Jervis se hubiese marchado camino de Portsmouth, Mary se topó con los incidentes más aterradores de los seis años de su estancia allí. Cayó la noche. Se fue a la cama. Se despertó a las tres de la madrugada. «¡Por Dios bendito! ¿Has oído ese ruido?», exclamó a Elizabeth Godin, que descansaba en una carriola en el mismo cuarto. Nada. Volvió a preguntarle. Elizabeth balbució titubeante. Estaba paralizada por el miedo. En ese instante se escuchó fuera de la habitación «el ruido más tremendo, profundo y estruendoso, que pareció acelerar y caer a una velocidad infinita». A continuación, se convirtió en «un chillido estridente y horrible [...] que se repitió tres o cuatro veces y fue perdiendo intensidad conforme descendía, pudiera decirse, hasta que se hundió en la tierra».

Hannah Streeter⁴⁶, que estaba con los niños en el cuarto de estos, lo oyó también y permaneció tumbada en estado de *shock* durante cerca de dos horas. Al describirlo dijo que sonaba como alguien a quien se llevaran a rastras al infierno.

John Jervis experimentó un retraso en Portsmouth. En aquel momento, Mary sufría un catarro en el pecho y una fiebre lenta y persistente. Tenía que estar preocupada por su cordura. Los ruidos continuaban asediándola tanto a ella como a la casa y, cuando su

hermano entró un día con paso decidido tras cabalgar desde Portsmouth, Mary trató de ocultar su desesperación. Aun así, tal y como sabemos por la correspondencia de este, Jervis se quedó profundamente impresionado por el aspecto demacrado y exhausto de su hermana, que logró contenerse por unas pocas horas más. «Por muy deseosa que estuviera de compartir la historia», recordaría ella más adelante, «me abstuve sin embargo hasta la mañana siguiente».

Era la primera semana del mes de agosto de 1771.

Aquella mañana, Mary se lo contó todo. Él era escéptico por naturaleza, pero sí debió de ver que los habitantes de la casa se venían abajo. Por la correspondencia de ella, parece ser que Mary invitó a los Newbolt a desayunar para que verificasen ante su hermano todo cuanto pudiesen de su historia. Justo cuando terminaba de contarla, pasó por allí de visita un vecino llamado Luttrell y, llegados al término de una segunda narración del relato, tanto Jervis como Luttrell habían decidido permanecer en vela aquella noche y capturar al impostor, pues una impostura tenía que ser.

Los capitanes Luttrell y Jervis (para entonces, Jervis ya comandaba su propio navío, el *HMS Alarm*) se prepararon para un enfrentamiento nocturno con lo que ellos asumieron que serían unos granujas locales que de algún modo se las habían apañado para acceder a hurtadillas a la casa. Jervis y su propio ayuda de cámara u ordenanza, John Bolton, examinaron meticulosamente la casa aquella noche, revisaron todos y cada uno de los armarios y posibles escondites antes de cerciorarse de que la vivienda estaba bien asegurada y cerrada a cal y canto. Una vez hecho esto, Jervis se retiró a su alcoba con el convencimiento de que no sucedería nada, con Bolton y Luttrell muy cerca, en la Habitación Chintz, dispuestos a montar guardia y despertarlo en caso de que ocurriese algo. «Se avisaría a mi hermano ante cualquier sobresalto». Ambos hombres se armaron con pistolas. No iban a correr el menor riesgo.

Todos los dormitorios de aquella planta estaban ocupados esa noche. Los niños se hallaban en su cuarto. Mary Ricketts, en la habitación de Elizabeth Godin. «Cerré con llave la puerta que da a dicha planta desde las escaleras de atrás, de forma que no había más entrada que a través de la estancia en la que Luttrell montaba guardia».

En otras palabras, habían asegurado una zona de la casa

siguiendo un método que, muchos años más tarde, se convertiría en el estándar en la investigación de los encantamientos y que ahora, sin duda alguna, sigue siendo una práctica común.

No tuvieron que esperar mucho.

Allí estaba de nuevo aquel sonido del roce de la seda, justo ante la puerta de la habitación en la que se encontraba Mary. Era esquivo al principio. Ordenó a Elizabeth Godin que se incorporase un rato y que, de continuar el ruido, fuese y se lo contara a Luttrell.

Poco después, Elizabeth «lo oyó y, al instante, la puerta del señor Luttrell se abrió de golpe y lo oímos hablar».

Resultó que Luttrell había oído también unos pasos y abrió la puerta al tiempo que decía «¿Quién anda ahí?», justo cuando «algo pasó por delante de él». Esto despertó a Jervis, quien por su parte oyó cómo continuaban los pasos hacia la habitación Chintz, cada vez más y más cerca. Luttrell, Bolton, Elizabeth Godin, Jervis y Mary Ricketts estaban ahora escuchando lo mismo: una mujer que caminaba hacia la Habitación Chintz. «¡Miren detrás de mi puerta!», gritó Jervis con fuerza al oír cómo se aproximaban los pasos.

Cuando salieron los hombres al pasillo, lo encontraron vacío, y la puerta de la escalera justo al lado de la habitación ocupada por Mary Ricketts estaba cerrada y claramente intacta. Subieron al ático a la carrera para comprobar que los criados estaban en sus dormitorios, que lo estaban; todo pareció quedar en silencio después de aquella visita, pero Luttrell y Jervis permanecieron despiertos en el cuarto del primero hasta el amanecer, cuando Jervis regresó por fin a la Habitación Chintz.

Así lo cuenta Mary: «Hacia esa hora me imagino que fue cuando oí que la puerta de la Habitación Chintz se abrió y se cerraba de golpe con la mayor violencia, e inmediatamente después se abrió y se cerró de la misma forma la del vestíbulo». Mary mencionó a Elizabeth lo mucho que le extrañaba que su hermano actuase de aquella manera, dado que él «siempre se cuidaba de no alarmar ni molestar a los niños». Una hora más tarde, la puerta principal se abrió y se cerró con tal fuerza que tembló la estructura de la casa. Sin embargo, Luttrell había percibido algo muy distinto: «Le aseguro que Jervis no hizo el menor ruido; las puertas que yo oí abrirse y cerrarse del modo que describe fueron la de usted y la siguiente».

Jervis no había oído nada, pero reconoció con una cierta vergüenza que cuando se fue a la cama en primera instancia sí que

había oído otros ruidos para los que no tenía una explicación, incluidos unos «quejidos horrorosos».

En el desayuno, Luttrell se atrevió a afirmar que la casa era «inhabitable para cualquier ser humano». Jervis, que era quien menos cosas había percibido, seguía siendo escéptico, aunque sí estuvieron de acuerdo en que había que ponerse en contacto con el agente de la arrendadora⁴⁷. Aquella mañana, Mary escribió a su amigo el reverendo Newbolt. «Mi hermano me autoriza a contarle que ni él mismo ni el capitán Luttrell son capaces de explicar cuanto han oído a partir de causa natural alguna». La mujer confiesa haber sentido «satisfacción al ver mi relato plenamente acreditado».

Jervis pasó en vela todas las noches de la semana siguiente, esperando y vigilando, sin duda molesto y enfadado. Como escribió Mary: «De madrugada en una de aquellas noches, me sorprendió el sonido de un arma o una pistola muy cerca de mí, inmediatamente seguido de lo que se dirían los quejidos de una persona agonizante, o moribunda, que parecían proceder de un lugar entre mi habitación y la siguiente, el cuarto de los niños». Sin embargo, ni lo oyó la niñera que estaba con los pequeños, ni tampoco estos —se entiende—, ni Jervis, que estaba despierto de guardia.

«En diversas ocasiones sucedió que una o dos personas oían unos ruidos estruendosos mientras que otros que se hallaban a la misma distancia o en la misma dirección no percibían lo más mínimo». En otras palabras: varias personas que se encontraban en el mismo sitio en el mismo momento no escuchaban los mismos sonidos. Esto es similar a lo sucedido en la cocina, cuando no todos los criados vieron lo mismo en función del lugar en el que se encontraban. Este rompecabezas cognitivo es, por cierto, común en los relatos más modernos, pero era desconocido en los escritos de este periodo.

Dado que Jervis permanecía despierto toda la noche, ahora dormía durante el día y, una tarde en que Mary estaba leyendo en uno de los salones del piso de abajo y los niños habían salido a dar un paseo, la mujer oyó cómo sonaba con violencia la campanilla del cuarto de su hermano. Se lo encontró inusualmente despeinado. Había oído un estruendo impresionante dentro de su propia habitación, «la caída al suelo de un peso inmenso a través del techo, justo al lado de aquel ropero de caoba». Nadie más oyó nada, ni siquiera su ordenanza, Bolton, sentado con otro criado en la habitación justo debajo. Si Jervis tenía dudas aún sobre la situación,

en ese momento se disiparon.

No sabía qué estaba pasando, pero sí sabía que no le gustaba, que Mary debía abandonar la casa y que él la ayudaría a marcharse; si lo llamaban de regreso a Portsmouth de forma precipitada, enviaría a un teniente de la Marina, un tal señor Nichols, para que cuidase de ella. Había decidido elevar el nivel de la cuestión y reconocer que se estaba produciendo una crisis⁴⁸.

Jervis escribió de inmediato a William Ricketts, en Jamaica⁴⁹. Conocía muy bien a su cuñado, pero aun así se trataba de una carta difícil de escribir. Era una cuestión de «naturaleza delicada», pero no había manera de disfrazar todo aquello:

Procedo, por tanto, a comunicarte que la casa de Hinton Ampner se ha visto alterada desde el pasado día 2 de abril hasta el momento presente, sin interrupción, o apenas sin ella, por unos ruidos tan extraños e inexplicables que resulta del todo inapropiado que tu familia permanezca aquí por más tiempo. Los niños, felizmente, no tienen la menor idea de cuanto sucede, pero mi hermana ha sufrido en modo extremo a causa de la falta de descanso y por guardar demasiado tiempo estos sucesos encerrados en su pecho.

A continuación, pasa a disculparse por no renunciar a sus deberes militares para quedarse con su hermana, pero en aquel momento estaba ocupado en el traslado a Italia del hermano del rey, el duque de Gloucester, y no había forma posible de librarse de ello⁵⁰. Aconseja a su cuñado y le dice que no hay necesidad de que se apresure a regresar de las Indias Occidentales —ella se siente «agobiada, no aterrorizada, por esta agitación continua»—, pues él ya estaba poniendo un plan en marcha. De un modo enigmático, la propia Mary añade una nota al final de esta carta en la que afirma que «desde que me vio mi hermano, me siento recuperada en la salud y en el ánimo en tal extremo que ya no hay lugar para la aprensión». Hizo también que la firmasen el reverendo Newbolt y su esposa a modo de confirmación, para mayor tranquilidad.

Aparte de una falta generalizada de sueño y de enfrentarse a las diversas formas de pánico y de alteración del servicio, Mary Ricketts lo estaba llevando bastante bien. Eran sus hijos quienes más la preocupaban, unos niños que, por increíble que parezca, eran los únicos inquilinos de Hinton Ampner que no habían experimentado ninguno de los fenómenos. Curiosamente, Mary apunta asimismo de pasada que, cuando los ruidos eran tan fuertes como para despertar a toda la casa, su joven postillón también

seguía durmiendo. No se vio atormentado ninguno de los presentes de edad inferior a los dieciocho años. Mary temía el momento en que sus hijos vieses u oyese a los fantasmas, que se mostraban más activos en lo que ellos llamaban «el descansillo», ante la puerta del cuarto de los pequeños. Sería algo terrible cuando finalmente sucediera, y sucedería. Aquella burbuja de calma que los envolvía no era más que eso, una burbuja. ¿Por qué los dejaban tranquilos los fantasmas?

En una carta a su hermana fechada el 11 de agosto (que ahora se conserva en la Biblioteca Británica y que no se ha publicado con anterioridad) y enviada desde el HMS *Alarm*, anclado entonces en Spithead, Jervis muestra ciertas e intrigantes dudas al respecto de la confiabilidad de Luttrell (una versión los sitúa discutiendo y argumentando que era el otro quien causaba los ruidos), pero aun así se confiesa «muy feliz por tu salida de aquel escenario terrorífico».

Ha llevado a cabo sus investigaciones y ya ha descubierto una arraigada tradición en Hampshire a propósito del encantamiento de Hinton. Había mantenido una charla con un miembro de la guardia de Portsmouth, John Blondon, hermano de la señora Brown, la cocinera: «Me hizo saber de numerosas historias sobre ruidos similares a los que ahora se producen, y que él ha oído mencionar a su padre y a su madre». El soldado habla de «Luke Stent, quien vivía con lord Stawell y después se encargó del White Hart de Waltham. El soldado afirmó que siempre que Stent se dejaba convencer y describía las alteraciones en Hinton, lloraba lágrimas de agonía y de angustia en relación con aquello que presencié con tanta frecuencia». Esto parece indicar que la casa ya estaba encantada cuando lord Stawell residía en ella: los fantasmas serían anteriores tanto a lord Stawell como a su hermana Honoria.

Siguieron unos días de unas condiciones climatológicas maravillosas. La ausencia de viento inmovilizó a Jervis ante las costas de Lymington, en uno de esos días de ensueño en los meses estivales, cuando las aguas del estrecho de Solent están tan tranquilas que parece una bañera. Envío de inmediato una nota a su hermana, fechada el 16 de agosto: «Cuanto más considero los incidentes, mayor veo la necesidad del paso decisivo, y casi pienso que resultaría apropiado renunciar a la casa, etcétera, en Navidad». A propósito de la casa, concluye «te ruego que no vuelvas a entrar nunca en ella» una vez que consiguiera marcharse de allí. Se

mantiene cauteloso al respecto de la naturaleza de las perturbaciones y de los motivos por los cuales debería ella irse, y en cambio prefiere quedarse con lo práctico. Aquello la estaba haciendo enfermar: debía marcharse.

Dos días después, Mary escribía a su marido: «He omitido la mención de varias personas que demostrarán que hace muchos años ya se conocían similares perturbaciones en Hinton».

Si estaban preocupados por su situación legal de cara a dejar la casa, sus preocupaciones pronto se disiparon. Lady Hillsborough⁵¹ liberó a los Ricketts de su acuerdo de arrendamiento sin poner la más mínima objeción. Dutton menciona que todo aquel tiempo lady Hillsborough había estado al tanto de que la casa estaba encantada. Lo hubiera sufrido ella en persona o no, sí conocía por lo menos las historias locales que contaban que su padre, lord Stawell, y su tía Honoria vagaban por la casa. Un par de elementos parecían vinculados con el día 2 de abril: se dice que en esta fecha en 1755 lord Stawell falleció de un infarto en uno de los salones; y Jervis menciona que el último episodio se había iniciado en aquella misma fecha. El gotoso pero leal agente de lady Hillsborough, un hombre llamado Sainsbury, clavó un anuncio en la puerta de tres iglesias de la localidad ofreciendo una recompensa de cincuenta guineas —que se elevó a sesenta y después a cien— a quienquiera que ofreciese algún detalle de cualquier trama orquestada para generar aquellos ruidos que se habían oído en Hinton durante el verano. La cantidad final, ofrecida al alimón por William Ricketts y lady Hillsborough, ascendía a casi el triple de los ingresos anuales de un trabajador de formación media de aquella época, pero nadie daría jamás un paso al frente para reclamarla:

20 de septiembre de 1771. Considerando que durante varios de los pasados meses cierta persona o personas con perversas inclinaciones han producido frecuentemente ruidos de diversa índole en la mansión ocupada por la señora RICKETTS, en Hinton Ampner. Por la presente se da noticia de que si cualquier persona o personas descubriesen ante mí al autor o autores de los mismos, tal persona o personas habrán de recibir una recompensa de cincuenta guineas, pagadera en el momento de la condena de los infractores, o si cualquier persona involucrada en hacer tales ruidos descubriese a su cómplice o cómplices en dicho asunto, tal persona será perdonada y obtendrá el derecho a la misma recompensa, pagadera en el momento en que se condene al infractor.

Ralph Dutton comenta: «No hay constancia de que se llevara a

cabo intento alguno de exorcizar la casa, y resulta sorprendente que la señora Ricketts, quien contaba con numerosos conocidos entre las filas de los obispos, no hiciese llamar a ninguno de estos pesos pesados con el fin de lanzar un ataque contra los fantasmas»⁵².

El clero, no obstante, sí acudió en ayuda de Mary Ricketts. En los archivos hay cartas que le remitía su vecino John Hoadly, dramaturgo y figura literaria menor que también fue canciller de la catedral de Winchester y capellán del príncipe de Gales. Hoadly la reprendía por marcharse de Hinton de una forma tan apresurada, y el aire afectuoso de aquellas cartas es una muestra de la elevada consideración en que los hombres inteligentes tenían a Mary Ricketts; poseía «la mente más preclara y el mejor corazón del mundo». Hoadly era escéptico en lo tocante al tema de los fantasmas: el *Dictionary of National Biography* («Diccionario biográfico nacional») cuenta que «él mismo, junto con Hogarth y Garrick, un gran amigo y correspondiente de Hoadly, interpretó una vulgar parodia de la escena de los fantasmas del *Julio César* de Shakespeare». Su actitud protectora hacia Mary resulta conmovedora. Condena «el vil intento de hacerle a usted sentir incómoda» y se pregunta cómo es que «no ha [...] dado usted el finiquito a todos y cada uno de los criados de su casa».

Mary se marchó temprano de allí y se alojó con sus amigos los Newbolt mientras que otro amigo más augusto, el obispo de Winchester, hacía los arreglos para que toda la familia se trasladase al antiguo palacio del obispado en el castillo de Wolvesey. Cuando estaba a punto de marcharse de Winchester, el obispo de St. Asaph⁵³ le ofreció también su casa de Londres. Mary Ricketts se llevaba muy bien con los estratos más altos de la Iglesia anglicana; aunque empezó con un simple párroco, en el plazo de los tres meses que habían transcurrido desde que abandonó Hinton se había alojado con dos obispos y un canónigo. Mientras se encontraba con este último, recibió la visita de lord Radnor y lord Folkestone, «muy deseosos de ver a la dama que venía de la casa encantada», tal y como ella misma cuenta. Se estaba corriendo la voz, en ciertos círculos al menos.

Mary envió por delante a los niños camino de Winchester, por fin fuera de peligro, y se quedó una temporada más en Hinton, alojada en el pueblo con la siempre fiel familia de los Camis, y visitando la casa tan solo para disponer el empaquetado y la mudanza de sus cosas. Su hermano la había advertido que no regresara. Pero ella lo

hizo. Y la casa se despidió de ella con un último y apoteósico espectáculo. En ciertos aspectos se trata del incidente más siniestro de todos, precisamente porque, esta vez, los detalles son muy difusos.

«Cuando regresé a la mansión, pronto me vi asaltada por un ruido que no había oído jamás, y el terror que sentí es indescriptible». Esta forma de reconocer el miedo resulta muy extraña en la formidable Mary. Fuera lo que fuese lo que oyó, fue tan malo que la mujer decidió que sería mejor no registrarlo siquiera, como si el acto de describirlo bastase para conservarlo de algún modo. Aquel sonido se quedaría encerrado en su interior hasta su muerte.

Ya de mayor —y vivió hasta una avanzada edad⁵⁴—, no se mostraba muy dispuesta a hablar del tema. Sin embargo, sí dejó constancia en uno de los diversos relatos que legó a sus nietos —un fardo de papeles que ahora se encuentra en la Biblioteca Británica— de cómo le contó al obispo de Winchester lo siguiente: «Le dije que Robert Camis sintió por tres veces que le llamaba desde la ventana una voz que él recordaba bien, la del administrador de lord Dartmouth⁵⁵. Dijo haberlo invocado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo [...] este administrador robó las hebillas de oro de su señor, y de él se sospechaban otras deshonestidades». Ah, sí, el fantasma en la ventana: el fantasma del administrador deshonesto en la ventana de la casa.

Este detalle se dio a conocer al gran público por vez primera en 1943, en *Poltergeists* de Sacheverell Sitwell, donde reprodujo gran parte de la documentación extra que rodeaba el caso. Esta es la pista que lleva a pensar que la historia de Hinton Ampner fue la fuente de inspiración de *Otra vuelta de tuerca*; las únicas personas que habrían conocido el detalle del administrador en la ventana eran miembros de las familias Ricketts y Camis, y de las altas esferas de la Iglesia de Inglaterra. En *Otra vuelta de tuerca*, el momento en el que el fantasma corrupto del criado muerto Quint se asoma a la ventana de Bly es una de las escenas clave.

Además, existen ciertas pruebas de que los clérigos les contaban la historia a otros sacerdotes; y así llegamos a los diarios de Frances Williams Wynn⁵⁶, en los que narra los cuentos de la tradición oral aristocrática. En las varias páginas que dedica a lo que ella denomina «la historia del fantasma de los Ricketts», fechadas el 15 de noviembre de 1830, menciona que «el señor Strong, que era capellán de Shipley, obispo de St. Asaph, cuando se encontraba en

Twyford y por sus terrenos aledaños, con frecuencia había oído contar la leyenda de la misma manera».

En otras palabras, el mismo obispo de St. Asaph que le había ofrecido su casa de Londres a Mary Ricketts no tuvo el menor reparo a la hora de contarle la historia a su capellán. Y no resulta sorprendente que tal historia, narrada por un par de obispos, llegase entre susurros a oídos del arzobispo de Canterbury varias décadas más tarde. El arzobispo Benson tenía también importantes lazos con Winchester, viajaba hasta allí una vez al año para visitar la tumba de su hijo, y su mujer se retiró allí poco después de la muerte de este. Es perfectamente posible que Benson se alojase en el Palacio del Obispo durante sus visitas a Winchester, justamente donde Mary Ricketts se había alojado tantos años antes.

Instalada en la seguridad de Winchester, Mary mantuvo el contacto con la familia Camis, que le echaba un ojo a la mansión hasta que expirase el arrendamiento. Robert Camis revela en una carta que el señor Sainsbury, agente de lady Hillsborough, fue por allí e interrogó detenidamente a su madre acerca de «los ruidos». Acto seguido, Sainsbury organizó una guardia en la mansión durante una noche. No sabemos qué encontraron ni qué oyeron, pero las manifestaciones continuaron a plena luz del día.

En una ocasión, Mary Camis y su hija Martha se hallaban en la cocina de Hinton a mediodía cuando oyeron «un quejido lúgubre y muy fuerte»; al parecer, procedía de la habitación del ama de llaves, la puerta siguiente. De nuevo, un día a las once de la mañana Martha estaba cosiendo a solas en la cocina cuando oyó un «ruido seco, como un trueno» que hizo temblar las ventanas. El ruido provenía del Dormitorio Amarillo. La cocina estaba situada debajo de los cuartos de los niños.

Hacia el 8 de marzo de 1773, los ruidos iban decayendo, y Robert Camis, comportándose casi como un miembro de la familia, le relata a Mary Ricketts uno de los sueños de su madre. Es un fragmento extraño y fascinante, una inusual mirada al subconsciente de un individuo de la clase trabajadora implicado en un encantamiento del siglo xviii⁵⁷:

Ha soñado tres noches, una detrás de otra, que se encontraba sobre la gran escalinata, en la zona del rellano que conduce a las buhardillas, y se sentía preocupada en sus sueños, y vagó un largo trecho, pero al final siempre estaba allí. Una de las noches soñó que estaba en el camino que viene de C..., y se encontró un par de zapatos de paño adornados con

mucha plata, y un par de guantes envueltos en gran cantidad de encaje, y se los llevó a usted, y los cosió para usted, y a continuación se los llevó a lo alto de la gran escalinata.

En algún momento entre la marcha de los Ricketts de la casa y el día en que lady Hillsborough volvió a tomar posesión de ella, un primo de los Ricketts, el teniente George Poyntz Ricketts (futuro gobernador de Barbados) se paseaba por los terrenos de pasto de los aledaños. Una de las razones de que los Ricketts no quisieran marcharse muy lejos era que habían comprado una gran cantidad de ganado como inversión, y habían alquilado una granja en Hinton. Cuando los primos pasaron por delante de la casa, cruzando el prado de la cara sur, «un gran ruido se oyó en su interior, ante lo cual uno de ellos dijo: “Ya están otra vez con sus jugarretas, vayamos a ver”».

Dado que Mary Camis había dejado las ventanas abiertas para airear la vivienda, los jóvenes treparon, entraron por una de ellas y recorrieron el interior en busca de fantasmas. «No se hallaba allí ser vivo alguno, ni tampoco había nada que en apariencia se pudiese mover como para ocasionar los sonidos que oyeron»⁵⁸.

Pasado un año, lady Hillsborough consiguió volver a alquilar la casa a otra familia, los Lawrence. Según parece, estos conocían con exactitud lo que estaban tomando en alquiler; le dieron al servicio la orden de no mencionar jamás el tema de los fantasmas so pena de despido. Se dijo entonces que una doncella había visto la aparición de una mujer en el pasillo ante la puerta del Dormitorio Amarillo. A nadie le extrañó que la familia Lawrence levantara el campamento de repente y en plena noche, sin explicación de ningún tipo, tan solo un año más tarde.

En 1793, el nuevo lord Stawell hizo que demolieran la casa y construyó un nuevo pabellón de caza de estilo georgiano en una ubicación más protegida: un cubo de ladrillo amarillo por debajo del punto más alto de la colina. Pudo deberse a que la casa estuviera encantada, o pudo ser simplemente que era incómoda y anticuada. Fuera cual fuese la razón, nadie quería ya vivir allí.

Sin embargo, la casa tenía reservado un último golpe de efecto. Durante la demolición se descubrió una caja. Una versión dice que estaba bajo la tarima del pasillo que había ante el Dormitorio Amarillo; otra, que estaba en la planta baja. En su interior se halló un cráneo pequeño, más bien simiesco, aunque tal vez fuese de un bebé humano. También se encontró una buena cantidad de papeles

escondidos⁵⁹.

Contra todo pronóstico, nos encontramos a Mary Ricketts de vuelta en el pueblo de Hinton Ampner, viviendo ahora en la casa del párroco. El 7 de julio de 1772, Mary decide poner fin a aquel capítulo de su vida. Se sienta a redactar una extensa explicación de los sucesos, y la letra apunta a que lo hizo agitada, con apremio y con énfasis. Va dirigida explícitamente a sus hijos. Sus motivos para ponerse a escribir aquello no están del todo claros, pero lo que parece más importante para ella es que, si sus hijos van a escuchar ciertas historias cuando crezcan, tienen que saber que su madre se comportó de un modo completamente cabal y racional. Agradece en especial a Dios y a «la peculiar misericordia de la Providencia» que los protegiese del «temor y el terror» que los rodeaba, y se toma grandes molestias para hacer hincapié en su propia e innata probidad, incluso hablando en tercera persona tal y como hace la gente honrada, afirmando que «conforme al testimonio de aquella excelente persona, el canciller Hoadly, ella era la verdad personificada».

Este documento y otros varios permanecieron en la familia durante mucho tiempo, y se fueron ampliando cuando fue posible. Nos encontramos, por ejemplo, con que la nieta de Mary, Martha Jervis, estuvo metida en el caso y visitó el pueblo de Hinton para recabar los últimos testimonios posibles antes de que falleciesen aquellos que experimentaron el fenómeno. «Visité a la vieja Lucy Camis en la granja», escribe Martha. Resulta que Lucy había ido a ver a la antigua niñera, también muy mayor, Hannah Streeter. Cincuenta años después sale a la luz otro incidente. Lucy le preguntó a Hannah si ella lo recordaba. Una noche, se encontraban ambas sentadas en la despensa, después de que el servicio se hubiera ido a dormir, cuando se produjo un sonido muy fuerte que las dos pensaron que era un «brasero de hierro» que se había caído con un extraño y ciclónico ímpetu: «¡Daba vueltas y vueltas! ¡Y más vueltas! Hasta que se hundió en el suelo». Lucy estaba tan aterrorizada que aquella noche no se atrevió a subir las escaleras hasta la buhardilla para dormir. Recuerda también que estaba durmiendo una noche en la habitación de la señora Ricketts cuando ambas se despertaron al oír música y los «pasos de alguien que se movía majestuoso al son de la misma».

Otro de los relatos incluido entre los papeles de la familia es el transcrito por Osborne Markham, quien se casó con Martha en

1821. Ha de asumirse que esto se escribió en algún momento de la década de 1820:

La primera aparición de algo que se viera o se oyese fue anterior a la toma de posesión de Hinton Ampner por parte de la señora Ricketts, a cuyo conocimiento no llegó hasta pasado un cierto tiempo de las perturbaciones vistas en la casa. Joseph Sibley (el mozo de cuadra) era por entonces uno de los criados que quedaban en el servicio de la casa, y, estando en la cama en la buhardilla, con la luz de la luna que entraba brillante en la habitación, y totalmente despierto, vio a un hombre con un abrigo de color apagado y las manos en la espalda a la manera en que las ponía su difunto señor, que lo miraba fijamente.

Fijémonos con detalle en este fantasma. Es visto tras la muerte de lord Stawell en 1755 por uno de sus criados; el mozo de cuadra solo sabe que es el difunto lord Stawell por su postura, pero asume que es él y deja de lado la pregunta de por qué iba él a estar en las habitaciones del servicio. Lo percibe luciendo un abrigo de color apagado, o pardo, algo que se suele asociar más con el uniforme de los criados de dicho periodo, al menos en la menor formalidad de la campiña. Podría ser simplemente que el fantasma se estuviera desvaneciendo un poco, tal y como sucede en otros fenómenos en los cuales se va perdiendo el color de un fantasma de cuerpo entero con el paso de los años. De ahí que, cuando George Turner ve la figura en el vestíbulo unos años más tarde, asuma que se trata en realidad de un criado. Para cuando la niñera lo vuelve a ver entrando en el Dormitorio Amarillo en una tarde de verano, no es más que un hombre vestido de color marrón. Y, desde luego, ninguno de los varones del servicio entraría en una estancia que solía ser la habitación de la señora de la casa, como es el caso del Dormitorio Amarillo. A menos, claro está, que se tratara de un criado que, de algún modo, hubiese ascendido más allá de su estatus.

Lord Bute, quien editó la documentación de los Ricketts para el *Journal for the Society for Psychological Research* en abril de 1893, sin duda pensó que este era el caso. Apunta que cuando murió lord Stawell de un ataque de apoplejía en el salón de la planta baja, «sus gritos pidiendo ser sangrado no fueron atendidos, como si quienes lo rodeaban desearan su muerte». Una de las primeras personas a las que despidió Mary Stawell tras la muerte de su padre fue el administrador (o mayordomo) llamado Isaac Mackrell. «Se habla de él como de alguien deshonesto», afirma lord Bute reiterando la

opinión de Mary Ricketts. «Si tal deshonestidad fuera, como se indica, notoria, su impunidad resulta extraña, y se diría que tuviera algún tipo de control sobre lord Stawell». Bute comenta asimismo que «Isaac Mackrell [...] fue también reconocido por su voz por Robert Camis». Los tres avistamientos del hombre vestido de color pardo tienen pinta de ser Isaac Mackrell.

Cuando murió la esposa de lord Stawell en la década de 1740, su cuñada Honoria se mudó a Hinton Ampner. Era joven y soltera, y se decía que lord Stawell mantenía con ella una relación ilícita, que dio a luz a un hijo de Stawell y que Isaac lo asfixió para salvar a la familia del escándalo. También se contaba que ocultó el cadáver bajo la tarima del suelo y que mandó llamar a un carpintero para que lo ayudase en la tarea. Hay quien afirma que el cráneo que se halló al derribar la casa es el de este bebé.

Cierto es que los testamentos de la soltera Honoria Stewkeley y el viudo lord Stawell tienen a Mackrell como testigo. En aquellos tiempos no dejaba de ser algo curioso que un criado hiciera las veces de testigo en el testamento de un barón. Pero lo hizo. Y, una vez leídos los testamentos, la hija de lord Stawell, Mary —que cinco años antes se había casado con Henry Legge, cuarto hijo del primer conde de Dartmouth—, despidió a Mackrell casi de manera inmediata. Y sus actos parecen significativos. Si, tal y como sugiere lord Bute, Mackrell estaba implicado en alguna clase de actividad ilícita encubierta y se había enriquecido con ella, tanto el control que este ejercía sobre lord Stawell como el desagrado que generaba en su hija debieron de ser notables. No está claro cuándo falleció Isaac Mackrell. No está enterrado en la iglesia de Hinton, como sí lo está la mayoría de los participantes en esta historia. No dejó testamento.

En *Otra vuelta de tuerca*, una institutriz es enviada a Bly, una gran casa de campo en los condados del sur de Inglaterra. Un hombre soltero la contrata en su casa de Londres para que vaya a la campiña a educar a sus jóvenes sobrinos Miles y Flora, pues se ha convertido en su protector tras la muerte del padre de estos. El hombre la impresiona «con un porte como nunca haya visto, salvo en un sueño o en una vieja novela, una tímida y ansiosa muchacha recién salida de una vicaría de Hampshire». La institutriz no ha de molestarle a causa de los niños bajo ningún concepto, y a ella le corresponde encargarse por completo de su bienestar. Hay un misterio al respecto de Miles: lo han expulsado de su colegio

privado a raíz de una falta cuya naturaleza permanece silenciada. No obstante, la institutriz se siente muy afectada por los niños, y se insiste mucho en la inocencia de los pequeños.

Entonces la joven ve al diabólico Quint. Al principio, él la observa desde lo alto de una torre; después desde más cerca, conforme se aproxima a su presa. Es una tarde lluviosa de domingo. Quint ha muerto, pero allí está, con la palidez de su rostro y sus rizos pelirrojos, mirando a través de la ventana del comedor como un zorro que estudiase un gallinero en busca de las gallinas. El ama de llaves, la señora Grose, lo identifica a partir de su descripción. El hombre se asoma a la ventana, exactamente igual que la descripción de Isaac Mackrell en la ventana de Hinton. En cuanto al fantasma del abrigo de colores apagados, hay un cierto misterio sobre quién es, porque viste la ropa de su señor. Parece que Henry James introdujo esta confusión de identidades en la estructura de *Otra vuelta de tuerca*: un criado lucía la vestimenta del señor en una inversión de la costumbre social. «Nunca se puso su sombrero, pero sí que lucía..., bueno, desaparecieron algunos chalecos», le dice el ama de llaves a la institutriz. Recordemos que Mackrell robó las hebillas de oro de su señor.

Mackrell reaparece en los archivos de Gloucester en el mes de agosto de 1750, en la firma de unos acuerdos entre su señor, lord Stawell, y un tal señor Gatehouse acerca del usufructo de unas tierras. Era como si actuase por poderes, o algo similar.

A continuación, en *Otra vuelta de tuerca* surge el fantasma de la antigua institutriz, la señorita Jessel, que mantuvo algún tipo de relación sexual pecaminosa con Quint, y que parecía haberse hecho extensiva a los niños. Su fantasma comienza a aparecerse. La institutriz se obsesiona con la idea de que Quint y la señorita Jessel han venido a por los niños de alguna manera incalificable; se trata de fantasmas depredadores y pedófilos. Está convencida de que los niños pueden verlos, aunque lo niegan. Finalmente, la locura alcanza tal grado que el pequeño Miles fallece —se le para el corazón— cuando la institutriz lo somete a una presión psicológica extrema con tal de confirmar que sí puede ver el fantasma de Quint en la ventana.

Honoraria muere en 1754 y lord Stawell la sigue en el plazo de unos pocos meses, en 1755. Su hija despidió al administrador. No sabemos cuánto tiempo pasó ella viviendo en la casa después de aquello, pero, con su marido ocupado con cuestiones de Estado,

parece poco probable que permanecieran mucho en Hampshire. Tal vez se enterase de las historias locales que hablaban de su hermanastra que yacía sepultada bajo la tarima del suelo. Debió de ser especialmente desagradable dado que su hermano, Stewkeley Stawell, había muerto a la edad de once años. Hay una placa dedicada a él en Westminster School: muerto de viruela solo dos meses después de iniciar sus clases, el 15 de agosto de 1731.

Muchas décadas más tarde, la historia iba desapareciendo en el seno de las familias Ricketts y Stawell, pero estaba a punto de salir de nuevo a la luz pública.

El 15 de noviembre de 1830, la viajera, escritora y anfitriona de actos sociales Frances Williams Wynn, hija de un noble galés, escribió un cuento en su diario que fue muy leído cuando se publicó en 1864.

La señora Hughes me contó el otro día que estaba escribiendo los detalles de la historia del fantasma de los Ricketts tal y como ella se la oyó contar en su infancia a la señora Gwyn, quien fue testigo ocular, o más bien auditivo, de la misma. Se hizo alusión a la historia; su tía interrumpió a la narradora y le rogó que aguardase a que la niña se hubiera ido a la cama. No se iba a desanimar fácilmente, y la pequeña urdió esconderse tras la cortina cuando se le dio la orden de marcharse a la cama: allí permaneció sin ser descubierta hasta que la historia llegó al episodio de la voz ronca, momento en que la niña se emocionó tanto a causa del terror que aquello superó al miedo que le tenía al castigo, salió corriendo de su escondite y cayó al suelo de bruces.

Esta es la misma señora Hughes que le contó la historia a un escéptico Walter Scott, que la publicaría en su *Letters on Demonology* («Cartas sobre demonología») de 1830, y la misma señora Hughes que también se la contó a Richard Barham, autor de *Ingoldsby Legends* («Leyendas de Ingoldsby»). Esta fuente de la versión pública de la historia por partida triple era una escritora de la cabeza a los pies: Mary Ann Hughes. Se trata de la esposa del vicario de Uffington⁶⁰ y la abuela del autor de *Tom Brown's Schooldays* («La época escolar de Tom Brown»); su marido, Thomas, fue también en algún momento canónigo de St. Paul de Londres, al igual que Barham⁶¹.

Sin tener conocimiento alguno de los documentos de los Ricketts, Scott despreció la historia con altanería, como si fueran habladorías de los criados, aunque también se sorprendiera al descubrir la

participación de John Jervis. Con bastante condescendencia, se preguntaba «si lord St. Vincent, entre las diversas y eminentes cualidades de un marino de primer orden, no pudiera tener en cierto grado algo de la tendencia de estos a la superstición».

Parece que Mary Gwynne es la fuente extrafamiliar del fantasma de Hinton como historia de transmisión oral. Otra versión de su relato trascendió en 1870, publicada en *The Life and Letters of Richard H. Barham* («Biografía y correspondencia de Richard H. Barham»). A estas alturas, los detalles habían recibido ya una enorme cantidad de adornos; los nombres están mal escritos y los datos más básicos son incorrectos. En ella, la señora Gwynne oye cómo un poltergeist produce unos sonidos, como si alguien arrancase la tarima del suelo, y corre en auxilio de Mary Ricketts en la ocasión en que Mary oye unos pasos dentro de su propio dormitorio. Igual que en el caso de la versión de Frances Williams Wynn, se da una mezcla de nombres y generaciones (ambas señalan al «atroz libertino» Henry Legge como el vil hacendado de la historia, cuando todas las pruebas señalan hacia lord Stawell, su suegro). Otra confusión muy típica es tomar la historia del siglo xvii en la que los Stewkeley ocultan una caja bajo la tarima y aplicarla a los rutinarios aristócratas de tiempos más modernos, y al perverso y maquinador mayordomo que hizo el trabajo sucio con su hijo ilegítimo. La caja de documentos de los Stewkeley era ahora el ataúd del bebé, y los ruidos que se oían eran los de la tarima al arrancarla para ocultar el delito. Qué más da que no tenga ningún sentido esconder un cadáver debajo de una tarima: el cuento folclórico se había asentado.

De todos modos, parece que los descendientes de Mary Ricketts estaban horrorizados con la manera en que se estaba aireando en público la historia privada de su familia. Ellos sí conocían la historia, ya que, sin la menor duda, se habría leído en reuniones familiares, se la habrían pasado los unos a los otros y habrían reflexionado sobre ella, en silencio y con delicadeza.

Por fin intervino públicamente la señora de William Henley Jervis, bisnieta de Mary Ricketts, después de que se contase la historia por tercera vez en el formato de un libro. Junto con su tía, ella tenía en su poder uno de los dos ejemplares del relato de Mary Ricketts, así que con razón se sentía guardiana de la verdadera historia. Se puso en contacto con la revista *Gentleman's Magazine*. Corría el mes de noviembre de 1871, cien años y tres meses después

de que su bisabuela huyese del polvorín de golpes fantasmales y de sombras chinescas y espectrales que era Hinton Ampner.

Otra vuelta de tuerca se publicó en 1868. Dado que las apariciones ocupaban un lugar secundario en el caso de Ricketts (y que solo el servicio llegó a ver algo), y dado que se asumió que el fantasma masculino era lord Stawell más que su administrador, nadie relacionó las manifestaciones de la familia Ricketts con la novela corta de Henry James. El origen de esta ha sido siempre un misterio, desde su publicación, a pesar de que James apuntara, tanto en su diario como en el prólogo del libro, que dichos orígenes se encontraban en un palacio eclesiástico.

El arzobispo de Canterbury falleció antes de que se publicase la novela, y su mujer y su hijo, E. F. Benson, afirmaron que jamás oyeron al arzobispo contar una historia de fantasmas que se asemejara a aquella en modo alguno⁶².

La opinión general de los estudiosos es que *Otra vuelta de tuerca* no se basa en ningún relato conocido, pero en realidad aquella historia que se contó en un anochecer de enero en la casa del arzobispo en Addington, al sur de Londres, coincide en algunos aspectos clave con ciertos oscuros tejemanejes del Hampshire de la década de 1770. Dado que algunos miembros importantes de la familia real conocían la historia y conocían a personas que habían presenciado las manifestaciones, no resulta en absoluto sorprendente que también hubiese llegado a oídos del arzobispo de Canterbury.

Lo que estaba escribiendo Henry James era ficción, al fin y al cabo, y no una supuesta historia real de fantasmas, en especial cuando la esencia de *Otra vuelta de tuerca* es que jamás queda claro si los fantasmas existen o no fuera de la imaginación de la institutriz. También es posible que James conociese algunos elementos de la historia incluso antes de que el arzobispo se la contase: su hermano William era pionero en el campo de la parapsicología, fundador de la American Society for Psychical Research, y parece probable que Henry hubiera tenido acceso a la versión de la historia del fantasma de Hinton que publicó lord Bute en la revista de la Society for Psychical Research en el mes de noviembre de 1892, tan solo doce meses antes de aquella cena con el arzobispo Benson.

Ahora bien, quizá podamos aventurarnos con la historia que

contó el arzobispo. Habría tratado del fantasma de un hombre y el fantasma de una mujer en la resaca de un escándalo sexual, y otra mujer que habría dejado constancia de sus ataques por escrito. Todas las noches, según parece, están ante la puerta del cuarto de los niños.

Ella trata a la desesperada de proteger a sus hijos de la aterradora influencia que se estaba ejerciendo sobre ellos. El criado merodea por las ventanas. El fantasma de una mujer se desplaza sobre un montón de seda.

¿Qué nos mostraría hoy un análisis moderno de las manifestaciones? Tanto Sacheverell Sitwell como Harry Price consideraban que se trataba de una historia de poltergeists, pero tampoco se adapta al modelo de las manifestaciones de poltergeist conocidas. No hay constancia de objetos que se moviesen, que atravesaran paredes o que surgiesen de la nada. No se dan las clásicas filtraciones de agua o fuegos espontáneos. Los niños, todos menores de diez años, eran demasiado pequeños para ser considerados focos estándar de poltergeist y, dado que el servicio fue reemplazado, tampoco encajaría ni uno solo de los criados más jóvenes. Desde luego, tener un poltergeist y que los niños no se enteren de nada de lo que está sucediendo es algo inusual, aunque sí puede sugerir, por supuesto, que el foco fuese la propia Mary Ricketts.

Aquí parece haber cuatro elementos en acción: las dos apariciones, que nunca se vieron juntas; los pasos; y el resto de sonidos, más misteriosos. La aparición de una mujer está claramente relacionada con los sonidos del roce de la seda y con los pasos, tanto en la escalera como en el pasillo de las habitaciones principales. Su aparición tan solo se aprecia con nitidez a última hora de la tarde en el comedor del servicio. Hay avistamientos de la aparición del hombre en el vestíbulo principal, en un dormitorio y en las habitaciones del servicio. Los pasos que se escuchan sin el roce de la seda son suyos.

Se asume que la mujer es Honoria Stewkeley, fallecida en diciembre de 1754. Al hombre se lo identifica o bien con lord Stawell o bien con su criado Isaac Mackrell, o tal vez con ambos, luciendo ropas similares. Stawell fue enterrado el 17 de abril de 1755. A pesar de las extensas búsquedas, no se ha logrado sacar nada a la luz al respecto de dónde murió y fue enterrado Mackrell.

Se asume que los dos hombres que hablan a una mujer son el triángulo formado por Stawell, Mackrell y Honoria.

Tenemos la música, una sola vez. Y esos inquietantes susurros. Principalmente, los ruidos son fuertes y misteriosos: portazos, lamentos, sacudidas de la casa, disparos, un cañonazo, pesos tremendos que atraviesan el techo. Mirándolo de manera objetiva, resulta difícil no preguntarse si estos sonidos no podrían haberse originado en 1643, en el sitio de Cheriton. Se oye el giro, el cambio de ángulo y la caída de disparos de la artillería; el ruido de la puerta principal al forzar la entrada; el de una búsqueda habitación por habitación; un hombre que recibe un disparo y gime agonizante. Suena a una incursión en la casa por parte de las fuerzas parlamentaristas en busca de los hombres del rey. Resulta que uno de los antepasados de lord Stawell fue uno de los capturados, aunque no en la casa, hasta donde sabemos. Y ¿quién habitaba en Hinton en esa época?

En un asombroso precedente de la ocupación de la casa por parte de Mary Ricketts, la recién enviudada Sarah, lady Stewkeley, esposa de lord Hugh Stewkeley, se encontraba en la casa en el momento de la batalla con sus tres hijos pequeños; en ambos casos el mayor de los chicos tenía seis años. «Desde las ventanas de la casa, la desafortunada lady Stewkeley habría tenido una vista privilegiada de la batalla que se inició a las diez de la mañana del día 29», escribió Ralph Dutton. La fecha de primeros de abril como inicio de las manifestaciones todos los años se ha vinculado siempre con la muerte de lord Stawell (que en realidad se produjo en la segunda semana de abril), pero parece más probable que guarde relación con el aniversario de la batalla del 29 de marzo.

Tal vez no fuese Honoria, sino su abuela, haciendo rondas. Sarah era una monárquica recalcitrante. Dos años después del sitio, se casó con sir William Ogle, quien, más o menos en las mismas fechas de la batalla de Cheriton, conquistó Winchester para el rey. Tal vez ella se encontrase en el piso de arriba. Es probable que los niños estuvieran también arriba. Sarah habría visto gran parte de la batalla desde la Habitación Chintz. Se dice que la sangre corría por Lamborough Lane, aunque se calcula que hubo menos de dos mil bajas de un total de veinte mil combatientes. La batalla puso fin a las esperanzas de Carlos I de marchar sobre Londres.

Los hijos de los Ricketts no oyeron nunca los ruidos de la batalla porque Sarah los estaba protegiendo, a su fantasmal manera, igual

que protegió a sus propios hijos. Sin embargo, en cualquier caso se trataba de los bisnietos de un oficial del ejército de Cromwell, así que no se iba a librar nadie más en toda la casa.

Y ¿qué suerte corrieron aquellos que experimentaron las manifestaciones de Hinton Ampner?

El capitán Luttrell de Kimpton (que más tarde sería el tercer conde de Carhampton tras la muerte de su hermano, una figura diabólica en la historia de la emancipación de Irlanda) tenía una hermana, Anne, que se casó en secreto en octubre de 1771 con el duque de Cumberland, hermano del rey Jorge III, solo unas semanas después de que él se dedicase a cazar fantasmas en Hinton⁶³.

El capitán Luttrell se convirtió más adelante en miembro del Parlamento. Estaba en contra de las políticas gubernamentales hacia las colonias de América y, por tanto, parece cortado por distinto patrón que su hermano, cuya enemistad con John Wilkes constituye una de las batallas más célebres de la historia democrática británica. La presencia de Luttrell en Hinton Ampner en aquella mañana de 1771 ha sido siempre una especie de rompecabezas, hasta que recordamos que el capitán Jervis estaba realizando el encargo de llevar al duque de Gloucester a Italia para someterse a una cura para el asma. Ocho semanas después de su guardia contra los fantasmas en Hinton, Luttrell y el duque de Cumberland emparentaron a través del matrimonio clandestino celebrado en Mayfair. Tal vez estuviese allí para llevar la nueva de las inminentes nupcias al también casado en secreto duque de Gloucester.

Fue Luttrell quien le contó al mundo que Hinton no era habitable para el ser humano, y fue Luttrell quien oyó a los fantasmas y también vio a otro pasar muy fugazmente: es el único testigo de «arriba» que lo hizo. Jervis participó en el intento de bloqueo de la flota francesa en el Canal durante la guerra de Independencia de Estados Unidos, guerra que en parte se debió a otro de nuestros actores, lord Hillsborough⁶⁴. Resulta interesante fijarse en el lugar en que Mary Stawell y él contrajeron matrimonio el 11 de octubre de 1768: el Palacio de Lambeth, la residencia londinense del arzobispo de Canterbury.

Y ¿qué fue de los tres niños? Hay en los archivos una carta de Hoadly en la que comenta que se ha encontrado con los chicos, Edward y William Henry, cuando eran unos escolares de paseo por Winchester en la década de 1770, y se queja con buen humor de lo largo que llevan el pelo, algo que él mismo señala que era también

la moda entre los muchachos descuidados de Harrow. En otra carta de Hoadly fechada el 12 de mayo de 1773 pregunta por la vacunación del «pequeño» de Mary⁶⁵. Por esta época, Mary se había mudado con su familia a un hogar permanente no muy lejos de Hinton, en Longwood, donde transcurrió gran parte de su vida.

El mayor de los chicos, de nombre William Henry en honor a su padre, llegó a Hinton con apenas dos meses; se casó en 1793, pero se divorció por medio de una resolución del Parlamento en 1799, tras descubrir que su mujer había cometido adulterio con un capitán de los Lancashire Fencibles⁶⁶. Tuvo varios hijos con otra mujer, pero murió antes de poder casarse con ella, ahogado en un accidente naval en 1805. Edward, el hermano pequeño, se casó en 1790 y también se divorció gracias a una resolución del Parlamento en 1798, después de que su mujer huyese con un tal señor Taylor de Cavendish Square (a quien Edward demandó con éxito por un importe de 5.000 libras). En una época en que no había más de diez divorcios al año en todo el Reino Unido y en que su financiación resultaba inmensamente cara, este porcentaje es inusual dentro de una familia. Edward recibiría la herencia de su tío más adelante, incluido el título, que acabó extinguiéndose⁶⁷.

Tras enrolarse en la Marina a la edad de trece años, John Jervis acabó siendo almirante de la flota. Sus reformas incluyeron la mecanización de los muelles de Portsmouth. También impuso una disciplina férrea. Implantó la limpieza de las cubiertas antes del amanecer y las ejecuciones dominicales de los amotinados y los sodomitas⁶⁸. Sin embargo, probablemente es más conocido por haber cedido su buque insignia, el *HMS Victory*, al almirante Nelson para que lo utilizase en la batalla de Trafalgar. No estamos ante un hombre que viese fantasmas detrás de la puerta del cuarto de estar.

Le dolía que jamás se resolviera el «misterio» de Hinton. Hasta ahora se ha asumido que Jervis adoptó una postura abiertamente escéptica, pero en una carta inédita que se conserva en la Biblioteca Británica afirma: «Pienso que constituye un deber innegable dar testimonio de la inocencia de los criados y mi convicción de la improbabilidad de cualquier truco desde el exterior. En cuanto al resto, no daré pública opinión de cualesquiera que sean mis verdaderos sentimientos». Jervis insertó la palabra «pública» a posteriori.

Un tiempo después de que su hermana se marchase de la casa, Jervis la presionó en una nota enviada desde Pisa en 1771: «Su

Alteza Real es pleno conocedor del fantasma de Hinton y, además de por mis propios e interesados sentimientos, deseo recibir en su nombre todos y cada uno de los detalles»⁶⁹. El año siguiente escribe: «Con frecuencia pregunta el duque de Gloucester si he oído algo más al respecto del misterio de Hinton, y es grande su interés en tus sufrimientos, a los cuales deseo ardientemente que pronto se les ponga fin por el manifiesto descubrimiento de la causa de tus molestias».

Pero no sería así. Resulta curioso pensar hasta qué punto influyó en la personalidad de Jervis la experiencia de Hinton, y si su posterior y casi incandescente odio hacia el desorden y el motín tuvo algo que ver con el hecho de que aquel misterio sin resolver lo acosara en sus pensamientos.

Se cuenta que, en los años posteriores, «montaba en cólera» siempre que se hacía mención de los fantasmas de Hinton.

Una especie de América

«Los fantasmas son personas, o parte de las personas en cualquier caso, de manera que se rigen por estímulos emocionales».

Hans Holzer

En febrero de 1665⁷⁰, Joseph Glanvill llegó a la mansión de lady Conway en Warwickshire. Era un hombre muy admirado por la nueva clase dirigente de la Restauración, el avezado hijo de unos puritanos de Plymouth⁷¹. Ella era la hija enfermiza de un antiguo portavoz de la Cámara de los Comunes. Sus hermanos eran unos personajes poderosos de la clase dirigente londinense, pero a ella no le interesaba el tira y afloja de Whitehall. Lo que le interesaba a lady Conway eran los fantasmas.

Entre los demás invitados que se reunieron en la casa y, lo que es más importante, en la biblioteca de Ragley⁷² en aquel mes de febrero estaban el filósofo y neoplatónico de Cambridge Henry More, y el químico y padre de la ciencia experimental moderna Robert Boyle. No sabemos con qué frecuencia se reunió este grupo; pudo no ser más que una única vez seguida de una cantidad ingente de correspondencia. Sin embargo, esta reunión tan poco conocida moldearía la actitud inglesa ante lo sobrenatural por muchos años, y el libro de Glanvill que surgió de ella, *Saducismus Triumphatus*, contribuiría en gran medida a los juicios de las brujas de Salem de 1692⁷³.

Anne Conway es una de las figuras olvidadas de su época; fue en su momento una intelectual muy bien considerada. Nació unos meses después de la muerte de su padre, unas semanas antes de la Navidad de 1631, en la casa jacobea de ladrillo que más adelante, cuando pasó a manos de la realeza, sería rebautizada como Palacio de Kensington⁷⁴. Sin una figura paterna durante la infancia, había estado muy consentida por sus solícitos hermanos mayores. De un modo inusual para la época, a Anne se le permitió formarse por su cuenta tal y como ella escogiese, quizá porque su salud era tan frágil que se veía con frecuencia postrada en cama durante meses.

A la edad de diecinueve años, Anne se casó con Edward, tercer vizconde de Conway. Su inmensa finca, con sus bosques, no estaba

lejos de Stratford-on-Avon, y Edward le ofreció su total apoyo en sus inquietudes intelectuales y en su correspondencia con algunas de las grandes mentes de su tiempo. Su marido se gastó también una pequeña fortuna en médicos y en curanderos de Irlanda, Inglaterra y el continente europeo con la esperanza de que le curasen sus brutales migrañas⁷⁵. Es probable que durante la adolescencia la tratase su pariente William Harvey⁷⁶, una de las figuras icónicas de la medicina (da la casualidad de que su escepticismo con la brujería desempeñó un papel decisivo en la desestimación de la mayor parte de las acusaciones contra las brujas de Pendle, en Lancashire, en julio de 1634)⁷⁷.

Cuando la vio por primera vez, Glanvill debió de encontrarse con una mujer marcada de aquellas viruelas que habían matado a su único hijo. Estaba pálida a causa del largo tiempo que pasaba sentada en estancias oscuras y silenciosas, lánguida por culpa de las náuseas y con un ojo ligeramente hundido a causa de los mazazos del constante trauma neurológico. El interés de su anfitriona por lo sobrenatural y lo apocalíptico se había visto acentuado por su horrible situación médica.

Durante dos años, lady Conway mantuvo correspondencia con Henry More, amigo de Glanvill. A pesar de la diferencia de clase social, y de que fuera del sexo opuesto, Conway había trabado una amistad íntima con el académico de Cambridge. Recibió el equivalente a la formación de un doctorado a través de su correspondencia, que hubieron de mantener de manera discreta, utilizando una casa en Bow Lane a modo de apartado de correos. Anne tenía ya noticia de Glanvill y de su interés en los fantasmas.

El hombre que ella conoció era bien elegante, con una ligera apariencia de dandi y una forma de ser simpática y de fácil trato. Tenía un rostro cuadrado, con facciones marcadas más propias de un campesino que de un intelectual, unas cejas un tanto burlonas. Una media sonrisa lastimera asoma en sus labios en su retrato grabado, que es su aspecto más conocido hoy.

La exposición de Glanvill al círculo de Ragley hizo más firme su intención de publicar sobre su interés en los fantasmas y las brujas⁷⁸.

Entre 1665 y 1666, se carteó con More y con Boyle y se dedicó a recopilar historias de fantasmas de diversas fuentes que él consideró creíbles, mientras que lady Conway recogió para él historias de

origen irlandés. Lo que el grupo de Ragley⁷⁹ deseaba escuchar era su propia experiencia con lo sobrenatural: el relato de un hombre digno de confianza y formado en Teología que había visto un fantasma. La historia de Glanvill había tenido lugar unos años antes.

Cuando se trasladó a Frome, en Somerset, Glanvill hizo amistad con Robert Hunt, un juez de paz local que se había mostrado inusualmente activo en el procesamiento de brujas desde la década de 1650. Y cuando Glanvill se enteró de que había una casa encantada en el límite entre Hampshire y Wiltshire, no muy lejos de su municipio, y de que el encantamiento se había iniciado por medio de un acto de brujería, se esforzó por conseguir que lo invitasen a ver todo aquello con sus propios ojos.

En marzo de 1661, el hacendado local y oficial de la milicia John Mompesson había intervenido en el caso de William Drury, un individuo que había utilizado ciertos documentos falsificados para obtener un dinero del alguacil local y se había dedicado a incordiar tocando el tambor en la calle para ganarse la vida. Mompesson le interrogó en persona, y un Drury en absoluto intimidado siguió insistiendo en que sus documentos eran verdaderos a pesar del hecho de que Mompesson sabía que la firma, supuestamente de un tal coronel Ayliff, era falsa (conocía al coronel y estaba familiarizado con su rúbrica). Una vez administrada su labor como oficial de la milicia, Mompesson entregó a Drury para que fuese sometido a juicio. Por diversos motivos de carácter procedimental, el tambor del trapacero acabó en la casa de Mompesson, en Tedworth, donde este vivía con su esposa, tres hijos y su madre viuda. Sería una circunstancia que no tardaría en lamentar.

Al regresar de Londres en el mes de abril, se encontró la casa patas arriba en lo que parecía un simple robo. Tres noches más tarde, Mompesson se despertó con los airados golpes que unos desconocidos estaban dando en el revestimiento de madera de la casa y, lo que era más alarmante, también desde dentro. Se armó con un par de pistolas, bajó las escaleras a toda prisa y abrió la puerta de golpe mientras seguían sonando los golpes en ella. Allí no había nadie y el aporreo se trasladó de inmediato a otra puerta. Mompesson se vio una y otra vez llevado de puerta en puerta para encontrarse con que no había nadie detrás de ninguna de ellas. Desconcertado, frustrado y molesto, se volvió a la cama, pero escuchó el sonido de un tambor sobre la casa que parecía

desvanecerse, como si estuviera ascendiendo en el cielo nocturno.



6. Joseph Glanvill, cazador de fantasmas oficial del Estado inglés.

Esto se convertiría en una de las características notables del caso: un tamborileo justo sobre el tejado, en apariencia procedente del cielo. Este es el origen de la imagen del famoso grabado contemporáneo de W. Faithorne que muestra al diablo alado y

suspendido sobre la casa, rodeado por ocho demonios, con unas baquetas el doble de grandes que las chimeneas.

A lo largo de todo el mes siguiente, se diría que el tambor estuviese programado para perturbar la tranquilidad de la casa unos minutos después de que se hubieran apagado las luces de los dormitorios, «ya fuese tarde o temprano», según Glanvill, y parecía concentrarse en la habitación donde se guardaba el tambor. Los sonidos venían indefectiblemente precedidos de una especie de ventolera sobre la casa y, a pesar de las múltiples ocasiones en que Mompesson se acostó en el cuarto del tambor, presumiblemente armado, nunca consiguió dar con acto humano alguno que justificara aquello. El tamborileo solía durar unas dos horas.

La mujer de Mompesson tuvo un hijo, y los ruidos cesaron por completo en la noche del parto y durante las tres semanas siguientes, como si el recién nacido hubiera proporcionado temporalmente una cierta protección psíquica a la casa. Pero volvió a suceder, según Glanvill, «con mayor rudeza que antes». Daba la impresión de que ahora el fenómeno se centraba en los niños: golpeaba y zarandeaba los somieres y rascaba debajo de las camas como si tuviera «garras metálicas». A veces los niños levitaban. No estaban a salvo ni siquiera cuando los metían en la cama en el ático en pleno día.

El 5 de noviembre, aquella manifestación misteriosa comenzó a tirar de las tablillas de madera de la habitación de los pequeños y a soltarlas —no está claro si eran las del suelo o las de un revestimiento—, y cuando un criado se enfrentó a aquello, las tablillas se elevaron con un serpenteo hacia él y él las empujó hacia abajo, veinte veces lo hizo. El señor de la casa le reprendió por provocar al fenómeno y la respuesta a las acaloradas palabras de Mompesson fue la aparición repentina de un olor sulfuroso en la habitación. El olor a azufre es, por supuesto, el aroma distintivo del diablo. En aquel anochecer, el pastor local, el señor Cragg, acudió a rezar ante las camas de los niños junto con otros vecinos, pero en cuanto finalizaron las oraciones, el grupo allí reunido se quedó boquiabierto cuando las sillas empezaron a danzar por la estancia y los zapatos de los niños a volar por el aire. Un madero de una cama salió despedido hacia el pastor, aunque le golpeó sin fuerza ninguna, al estilo clásico de los poltergeists, «de una forma tan benigna que un mechón de lana no habría caído con mayor suavidad».

«Se notó que, cuando más estruendoso era el ruido y cuando mayor y más repentina era la violencia con la que este venía, ningún perro de la casa se movía por más que los golpes fueren a menudo tan escandalosos y tan rudos que se oían en los campos a una distancia considerable y despertaban a los vecinos del pueblo, ninguno de los cuales vive muy cerca de la casa».

Fuera lo que fuese, a continuación centró su interés en los criados, y asedió a uno en particular, al que le quitaba las sábanas y las mantas mientras dormía. Ante un comentario desenfadado de una visita que dijo que los golpes y los sonidos eran obra de unas hadas, y que las hadas dejan dinero, el fenómeno reaccionó generando el sonido metálico de unas monedas. Esto confirmó también la sensación que Mompesson tenía de que alguien los estaba vigilando, posiblemente una bruja. En Nochebuena, un ente desconocido atacó al hijo pequeño de Mompesson cuando se levantó para ir al retrete, y le clavó en el tobillo un clavo de la puerta; al día siguiente, lanzó una Biblia al fuego y la sepultó en ceniza⁸⁰.



7. Una aparición de un expícito satanismo planea sobre Tedworth House: hasta Christopher Wren fue a escuchar el tambor.

La víctimas de los ataques solían experimentar una sensación de pesadez y de parálisis. En enero de 1662, varios miembros de la familia oyeron el sonido de un canto en las chimeneas y se vieron unas extrañas luces por la casa, una de ellas de color azul que «causó un gran agarrotamiento en los ojos de aquellos que la vieron». Igual que en Hinton Ampner, en ocasiones se oía el roce de la seda, como si alguien invisible se paseara cerca de la habitación de los niños, y «una mañana que el señor Mompesson se había levantado temprano para partir de viaje, oyó un gran estruendo abajo, donde duermen los niños, y, al bajar corriendo pistola en mano, escuchó una voz que gritaba “¡Una bruja, una bruja!” tal y como ya la habían oído en una ocasión anterior».

Una noche, en uno de los momentos más alarmantes, algo

invisible se metió bajo la cama de una de las hijas y la levantó al tiempo que la movía de un lado a otro. Los que estaban observando trataron de atravesarlo con una espada (se consideraba que tales acciones herirían a la bruja que había enviado el demonio), pero aquello «siguió moviéndose y se cuidó de evitar la acometida, metiéndose aún más bajo la niña cuando estos le plantaron cara». Regresó a la noche siguiente, jadeando como un perro bajo la cama, e hizo que la habitación se calentase y se llenara de «un olor velludo y nauseabundo».

Las cenizas que habían espolvoreado con la intención de que recogiesen cualquier huella mostraron a la mañana siguiente las marcas de una garra junto con otros muchos círculos y arañazos.

Más o menos a aquella altura de la evolución del fenómeno, Glanvill hizo una visita a la casa y se quedó a dormir en ella. Enviaron a los niños a la cama a las ocho en punto. La criada que los acostó bajó corriendo para pedirles a su padre y a Glanvill que subieran de inmediato, de manera que ambos ascendieron los escalones hasta la habitación. La imagen con la que se encontraron fue la de dos niñas recatadas de entre siete y once años perfectamente arropadas con las manos por fuera de las mantas, y lo primero que percibió Glanvill fue el sonido de unos arañazos, como si alguien estuviese rascando la pared detrás de la cabeza de las niñas «con unas uñas largas».

Glanvill actuó de inmediato e introdujo veloz la mano «detrás del cabecero», que era de donde procedían los sonidos. Cesaron los arañazos, pero se reiniciaron en cuanto él retiró la mano. Se quedó impresionado por la falta de temor de las niñas: a estas alturas, pensó, tenían que estar acostumbradas a la situación. (La ausencia de alarma que experimentan los niños durante la actividad de los poltergeists es otra de las características habituales de estos casos en el transcurso de la historia, además de ser muy distinta del panorama que se nos presenta en las películas, donde el temor —nos dicen— alimenta el poder del demonio. No obstante, esta ausencia de miedo en los relatos de la vida real conduce a la sospecha de que los niños están gastando algún tipo de broma).

A continuación, Glanvill utilizó la uña para raspar las sábanas, cinco, siete y diez veces. Los arañazos respondieron al número de repeticiones. Llegado a ese punto, Glanvill se convenció de que no se trataba de ninguna broma, sino que era el sonido de algún «demonio o espíritu». Muy poco después, una huella en el colchón

de plumas sugería que hubiera algo pequeño tumbado junto a las niñas. «Agarré las plumas para ver si había algo vivo en ellas». Daba la impresión de que estaba dentro del colchón.

Comenzó entonces el jadeo, pero no un jadeo cualquiera. Era tan ruidoso que sacudía la estancia a cada respiración trabajosa. Esta vez, Glanvill se fijó en que una saca de tela atada a una de las camas se movía por la habitación como si hubiera una rata dentro⁸¹. Metió la mano en el interior de la saca y no encontró nada. Glanvill salió de la habitación pasada una media hora, y cuando él se marchó el ente, fuera lo que fuese, aún seguía resollando y haciendo temblar las ventanas a cada bocanada.

Cuenta Glanvill que durmió bien esa noche, aunque sí sucedió algo peculiar por la mañana temprano. «Me desperté [...] con un gran golpe justo ante la puerta de nuestra habitación. Varias veces pregunté quién era, pero continuaban golpeando sin responder. Y dije al final: “En el nombre del Señor, ¿quién sois y qué se os ofrece?”. A lo cual respondió una voz: “Nada con vos”». El interrogatorio que se llevó a cabo unas horas después no obtuvo resultado: ningún criado se había dirigido a la puerta de su cuarto.

Al prepararse para su marcha, Glanvill se percató de que su caballo estaba sudoroso, «como si alguien lo hubiese montado toda la noche», o «atormentado», como se suele decir en lenguaje común. Nadie fue capaz de explicar las condiciones en que se encontraba el caballo, y después de recorrer algo más de un kilómetro y medio desde la casa, el animal se quedó cojo y murió un par de días después. Glanvill no creía que aquello hubiera sido una coincidencia, en especial cuando ya había tenido noticia de otra de las jugarretas del tamborilero por boca de Mompesson: en el mes de abril se había encontrado a su caballo favorito tumbado en el suelo del establo y sufriendo, con una de las patas traseras metida en la boca. Hicieron falta «varios hombres para sacársela con una palanca».

Se produjeron otros incidentes, incluido el regreso de un dinero a los bolsillos de un hombre, una pica de metal clavada en la cama de Mompesson y un cuchillo en la de su madre, y también:

En otra noche en la que estaban presentes unos desconocidos, se puso a ronronear como un gato en la cama de los niños, momento en el cual tanto las sábanas como los niños se alzaron del lecho, y seis hombres no pudieron hacerlos descender. En ese instante se llevaron a los niños con la intención de hacer pedazos la cama. Pero en cuanto los acostaron en otra,

la segunda cama sufrió peores percances que la primera. Así continuó por cuatro horas y golpeó las piernas de los niños contra los postes de la cama de modo que se vieron forzados a levantarse y permanecer en pie toda la noche. Después de esto, aquello vació los orinales sobres sus camas por mucho que jamás hubieran estado más atentamente vigiladas.

Mompesson escribió también a Glanvill afirmando que se vio «acosado varias noches por siete u ocho siluetas como la de un hombre que, ante el disparo de la pistola, desaparecieron en una pérgola».

El 31 de marzo de 1663, el tribunal de Gloucester vio el caso de Drury. Entre otras acusaciones, se le consideró culpable del robo de dos cerdos y su condena fue el traslado al Nuevo Mundo⁸² (da la casualidad de que este es también el día en que More escribió a lady Conway por primera vez para hablarle del caso y citar a Glanvill). Drury consiguió escapar de la barcaza en que lo trasladaban rumbo al continente americano, logró llegar de vuelta a Wiltshire, compró un tambor nuevo y lo volvieron a arrestar. Mompesson se había tomado la molestia de viajar a Gloucester, y allí se había enterado de que Drury había reivindicado la responsabilidad del encantamiento de Tedworth. En consecuencia, Mompesson hizo que Drury fuese acusado bajo un estatuto jacobeo de brujería. No obstante, el tribunal que lo juzgó en agosto no consiguió condenarlo; eso sí, Drury seguía siendo culpable de los demás delitos. Según parece, en esta ocasión su traslado a América concluyó con éxito, y sus descendientes podrían estar viviendo allí ahora⁸³.

Mompesson hizo algunas averiguaciones sobre el pasado de Drury. Nacido en la aldea de Uffcott dentro del municipio de Broad Hinton, cerca de Swindon, había sido soldado en el ejército parlamentaria bajo el mando de Cromwell. También se le describía como un sastre, si bien parece que «iba de aquí para allá por el país realizando actos de trapacería». Era, fundamentalmente, lo que se solía conocer como un trapacero, un vagabundo que se movía al margen de la sociedad y que en ocasiones incurría en delitos de poca monta. Había pasado una parte de su juventud al servicio de un vicario cuyo nombre se había asociado con la brujería, y había leído los «libros gallardos» del clérigo, que así se llamaban entonces los libros de hechizos y encantamientos. Siglos más tarde, a los hombres que recorrían los caminos del Reino Unido ofreciendo espectáculos de linterna mágica se los llamaría

«gallardos».

Aquel noviembre Glanvill regresó a Tedworth, cuando el tamborilero parecía haberse desvanecido. Sin embargo, Mompesson aún debía recibir a un oneroso torrente de visitas, incluido el cronista John Aubrey y Christopher Wren. Aubrey sentía curiosidad sobre los horarios que seguía aquel diablo... muy refinado todo. Wren sospechaba de una de las criadas. Un escritor poco conocido, llamado John Beaumont, dejó constancia de un rumor que afirmaba que «eran dos jóvenes mujeres de la casa quienes lo hacían, con una trama encaminada a asustar a la madre del señor Mompesson». Ciertamente, no sería ni la primera ni la última vez que los sirvientes de una casa participaban en un engaño a sus señores. El poltergeist de Stockwell de 1772 se consideró obra de una doncella descontenta llamada Anne Robinson.

Son muchos los que asumen que nuestros antepasados eran universalmente crédulos, pero la verdad es que hubo grandes dosis de escepticismo al respecto del Tamborilero de Tedworth. Se decía que Mompesson estaba intentando sacarles el dinero a sus visitantes, o que estaba de alquiler en aquella casa y trataba de recuperar el dinero que había pagado. La verdad es que las visitas lo atormentaban, y los de mayor alcurnia requerían un nivel de alojamiento y alimentación muy elevado. Descubrió también que sus criados se estaban volviendo bastante insolentes, sabedores de que, si se marchaban, las historias del encantamiento de la casa harían que resultase muy difícil contratar a ningún criado nuevo.

Cuando la noticia del curioso asunto de Tedworth llegó a oídos de Carlos II, el rey envió a dos cortesanos a investigar. Los condes de Chesterfield y de Falmouth pasaron allí unas horas durante las cuales no sucedió nada en absoluto. Pepys escribe que lord Sandwich, otro escéptico, apuntó en junio de 1663 que el tamborilero diabólico, que copiaba cualquier tonada que se le tocara, quedó desconcertado ante una interpretación de especial complejidad, lo cual sugería bien a las claras la actuación de un ser humano.

No tardó en extenderse la historia de que el propio rey había mandado llamar a Mompesson y este había admitido la falsedad de todo. Un mordaz ataque apareció impreso en la obra de John Webster *Displaying of Supposed Witchcraft* («Una muestra de supuesta brujería», 1677). En 1716, Joseph Addison escribió una obra escéptica sobre todo este caso titulada *The Drummer, or the*

Haunted House («El tamborilero, o la casa encantada»), y Hogarth se burló en una lámina que también se mofaba del fantasma de Cock Lane: un barómetro que medía la obsesión popular con los fantasmas aparecía con la inscripción «Tedworth» y un tamborilero, en la parte superior, con una calavera por cabeza.

La postura habitual sigue siendo hasta hoy que todo el incidente fue un engaño. Charles Mackay confirmaba esta opinión en 1841 en *Delirios populares extraordinarios y la locura de masas*, aunque no fue hasta 2005 cuando por fin se contó la historia completa, recopilada a partir de diarios, cartas, libros y documentación almacenada en registros oficiales⁸⁴.

En 1668, Glanvill publicó la primera edición de su *Saducismus Triumphatus*, que incluía el relato de su visita a Tedworth: se hizo famoso. Glanvill revisaría la obra de cara a futuras ediciones; la más conocida de ellas se publicó después de su muerte, en 1682. Tras una década de ataques al respecto de su integridad, la obra fue editada y se eliminó parte de la ligereza y el desenfado de las primeras versiones. En la edición de 1681, Glanvill añadió el testimonio de Mompesson afirmando que se mantenía firme en la historia de la brujería y que jamás había confesado al rey que se hubiera inventado todo aquello.

Parece probable que los vagabundos amigos de Drury se desviviesen con tal de vengarse, quizá con la ayuda de alguien de la casa, tal vez uno de los criados de menor rango. El hecho de que Mompesson concluya de inmediato que las siete siluetas de su jardín son fantasmas, y que estas se desvanezcan al ver la pistola, es bien extraño cuando parece que este incidente sucede apenas unos días después de que Drury comparezca en el juicio de Gloucester. Es el clásico ejemplo de un individuo en un estado de tensión mental que adjudica unas causas sobrenaturales a incidentes perfectamente explicables. La presencia de un cuchillo en la cama de la madre de Mompesson y de una pica metálica en la suya propia es una señal de advertencia en el mundo del crimen tan antigua como la camorra. El incidente inicial que provocó todo el asunto fue un robo en la casa, y no parece descabellado que el «fantasma» fuese un intento de los compañeros de andanzas de Drury por recuperar el tambor, considerado por su dueño como su «herramienta de trabajo», un concepto con mucha fuerza en el derecho común británico. Es probable que el hecho de que Mompesson lo confiscara se considerase una injusticia monstruosa. Resulta interesante

apuntar que, aunque quemaron el tambor en un campo cerca de la casa cuando el fenómeno estaba en pleno apogeo, el tamborileo continuó.

Sin embargo, hay ciertos aspectos del caso que podrían apuntar a lo paranormal. Muchos de los sucesos se produjeron ante diversos testigos e incluyeron el desplazamiento del mobiliario, la mayoría hecho del roble macizo de la época (un planteamiento muy distinto al de las crines de caballo utilizadas por la criada Anne Robinson para tirar la porcelana de las estanterías en el fenómeno falso de Stockwell). En Tedworth, los niños flotaban en el aire y no había forma de mantenerlos en el suelo. Para ciertos sonidos simplemente no había explicación. También parece un detalle significativo el hecho de que los perros no ladrasen. Un perro actúa a voluntad y ladraría sin duda a unos extraños que anduviesen merodeando por el exterior. A lo largo de un periodo de doce meses, hubo tanta gente implicada en visitas y guardias de vigilancia que parece improbable que una conspiración tan compleja hubiera podido pasar sin ser descubierta.

La mayoría de los observadores eran escépticos y Mompesson no tardó mucho en cansarse de que le exigieran que levantase las tablillas del suelo y de que le tratasen como si fuera el artífice de una impostura. Las burlas de la corte acabaron llegando hasta allí desde Londres, en parte promovidas nada menos que por el poeta y libertino lord Rochester, y aun así Mompesson era incapaz de salir a ganarse la vida por temor a dejar sola a su familia.

Sabemos que esto irritó a Glanvill, porque él lo afronta en la edición de 1682 del *Saducismus*:

Se me ha preguntado un millar de veces, hasta cansarme de responder, y quienes preguntan parecen incapaces de creer en mi absoluta seriedad cuando lo niego. He recibido cartas sobre la cuestión remitidas por amigos conocidos y por desconocidos desde muchos lugares de los Tres Reinos, de tal modo que me he visto casi tan gravemente acosado como la casa del señor Mompesson [...]. La mayoría de ellos han declarado que en la mayor confidencialidad se ha dicho, y creído por parte de todos los respectivos, que el asunto era una falsedad, que el señor Mompesson así lo había confesado, y que yo había hecho otro tanto: así que me he hastiado de negarlo y de responder cartas al respecto⁸⁵.

Saducismus Triumphatus:
OR,
Full and Plain EVIDENCE
Concerning
WITCHES
AND
APPARITIONS.

In Two P A R T S.
The First treating of their
P O S S I B I L I T Y,
The Second of their Real
E X I S T E N C E.

By *Joseph Glanvil* late Chaplain in Ordinary to
his Majesty, and Fellow of the Royal Society.

With a Letter of Dr. *HENRY MORE*
on the same Subject.

And an Authentick, but wonderful story of certain *Sav-
digh* Witches; done into English by *Arch. Henrick*,
Preacher at the *Savoy*.

LONDON: Printed for *J. Collins* at his Shop under the Temple-
Church, and *S. Lowndes* at his Shop by the *Savoy-gate*, 1681.

8. Frontispicio del *Saducismus* de Glanvill: los fantasmas y las brujas eran la prueba de un poder sobrenatural y, por tanto, prueba de Dios mismo.

En 1682, tanto Anne Conway como Glanvill habían muerto ya. La

edición póstuma de ese año del *Saducismus Triumphatus* cuenta con una notable omisión: Glanvill eliminó su sugerencia de que la Royal Society investigara la «tierra de los espíritus», que es «una especie de América».

Anne Conway falleció en 1679. Con el paso de los años había ido probando todos los remedios disponibles y tan solo halló alivio en los tratamientos del curandero irlandés Valentine Greatrakes, cuyo aliento era tan refinado que se decía que olía a violetas. Entre los doctores que vinieron a tratarla, hubo uno —el iatroquímico y cabalista Francis Mercury van Helmont— que nunca se marchó de la casa. Estaba con ella cuando murió y dispuso que se embalsamara su cuerpo a la espera del regreso de su marido desde Irlanda. Su cuerpo flotaba en etanol dentro de un ataúd con la tapa de cristal situado en la biblioteca, con una expresión en el rostro libre por fin de dolor, en la misma estancia en que ella había celebrado sus encuentros sobre parapsicología. Se hizo caso omiso de su petición de un entierro cuáquero.

No obstante, el marido de lady Conway sí que llegó a fundar «una especie de América». Conmovido por la conversión de su esposa al cuaquerismo antes de su muerte, fue él quien, en calidad de secretario de Estado y lord presidente de la Cámara de Comercio, rubricó la creación del estado de Pensilvania con su especial dispensa para los cuáqueros en 1681.

William Penn había sido otro de los habituales en Ragley, al igual que el cuáquero George Keith, motivo por el cual Conway se convirtió en un nombre conocido⁸⁶ (y también en el nombre de un distrito de Pensilvania) en aquellos incipientes Estados Unidos. Qué diferente habría sido Norteamérica si quienes la colonizaron a gran escala hubieran sido, digamos, los cavadores (*diggers*), que no creían en ningún tipo de vida después de la muerte. Pero lo hicieron unos cuáqueros cismáticos, los *shakers*, que allanarían el camino a las sesiones de espiritismo del siglo xix que más tarde serían importadas de vuelta a Inglaterra; de manera que los dolores de cabeza de Anne Conway no solo condujeron a Salem: su habitación en penumbras conduciría también a las sesiones de espiritismo victorianas.

Simple y llanamente, no cabía la posibilidad de que la Royal Society participase en cuestiones relacionadas con los fantasmas, tal y como Glanvill había deseado. Ni siquiera Isaac Newton se atrevió

a revelar su profundo interés por lo oculto y las profecías. Y, aunque había aportado al libro la historia del Diablo de Mâcon⁸⁷, Robert Boyle —otro miembro de la Royal Society— se mostraba cauto también al respecto de hacer público su interés. Aun así, existe una historia familiar⁸⁸ según la cual, después de que la hermana de Boyle hubiera visto el fantasma de su otro hermano, lord Orrery, Boyle le pidió a esta que, cuando regresase el fantasma, le hiciera diversas preguntas de carácter metafísico. «Ya sé que esas preguntas proceden de mi hermano», se limitó a decirle el fantasma a su hermana. «Siente demasiada curiosidad». A partir de entonces, el científico admitió la posible existencia de un «cuerpo aéreo», pero no quiso explorar más a fondo aquel concepto.

En 1666, Glanvill fue nombrado rector de la iglesia abacial de Bath, Abbey Church, y allí permaneció el resto de su vida. También se convirtió en capellán ordinario de Carlos II en 1672, y es probable que lo hubiesen hecho obispo de no haber fallecido antes de cumplir los cincuenta.

Mientras que la teología de Glanvill va acumulando polvo, ahora se estudia su figura como autor en prosa, un escritor de transición que devolvió la sencillez y la claridad a las letras británicas. Edgar Allan Poe cita sus libros, y también Aleister Crowley en su *Diario de un drogadicto*, y Matthew Arnold utilizó una de sus historias como base para *The Scholar Gypsy* («El gitano erudito»). También tienen algo de Glanvill los narradores de las historias de M. R. James⁸⁹, el académico al que un encuentro con un ente sobrenatural con algo más que un aire diabólico lo llevó a una sorprendente convicción.

Cuando Glanvill asistió al funeral del mentor de sus inicios, el rector y doctor Rous, en el Eton College en 1659, se sentaría en los mismos bancos donde, unos siglos más tarde, M. R. James asistiría al oficio de vísperas antes de recorrer el sinuoso camino de regreso a la residencia para leer sus historias a los escolares, como siempre, en los últimos días del Michaelmas Half^{90*}.

El Diablo de Mâcon

—*Me gusta irritarte. —¿De dónde vienes? —Del cementerio.*

Conversación de Guy Lyon Playfair con el poltergeist de Enfield

Otra historia que sin duda narrarían en Ragley es la del Diablo de Mâcon. Robert Boyle mantuvo correspondencia con Glanvill sobre el tema, que sigue siendo el primer caso de poltergeist documentado por extenso. Robert Boyle conoció esta historia de primera mano cuando era poco más que un escolar, ya que después de formarse en Eton realizó un recorrido por Europa, y se encontraba en Ginebra de regreso a casa tras visitar a Galileo en Florencia en 1644.

Allí conoció al calvinista francés François Perreaud, quien sufrió durante dos meses del año de 1612 los constantes ataques de un ente malicioso e invisible. Perreaud pertenecía a una familia respetable y creció en el Pays de Vaud, una zona saboyana de Suiza con una extensa reputación de brujería y licantropía. Pastor de tercera generación —Calvino en persona había atraído a su abuelo al calvinismo—, un Perreaud que debía rondar ya los cuarenta años y estaba recién casado con Anne Farci se trasladó a Mâcon para ocupar un nuevo puesto. Boyle publicaría más tarde en Inglaterra el relato de Perreaud de aquel fenómeno, pagó él la publicación y atrajo el interés de Glanvill sobre el mismo en sus cartas.

El 19 de septiembre de 1612 y tras una ausencia de cinco días, Perreaud había regresado a su casa en Mâcon para encontrarse su hogar alborotado: algo había estado atormentando a su mujer y la doncella de esta cuando estaban en la cama; abría de golpe las cortinas del dosel y arrancaba las sábanas. Por la noche, en la cocina y con la puerta cerrada por dentro, las cacerolas y las sartenes volaban por los aires sin que pudiese hallarse a nadie después en el interior.

A pesar de los intentos de Perreaud por asegurar la casa, el caos regresaba por la noche a la cocina y, en una ocasión en que un médico vino de visita a plena luz del día, las sábanas de una cama se alborotaron ante sus ojos. Una vez en que el pastor estaba tratando de leer, se produjo bajo la tarima un sonido que parecía

una «descarga cerrada de mosquetes». En el establo se encontró las crines de su caballo retorcidas formando nudos y la silla de montar colocada al revés, orientada hacia la grupa.

Llegada la tercera semana del mes de noviembre, y de manera alarmante, una noche resultó que el poltergeist había aprendido a hablar. La voz era ronca y parecía suspendida en el aire en mitad de las habitaciones. «¡Pastor, pastor!», bramó a Perreaud, y este gritó: «¡Sí, soy un pastor y siervo del Dios vivo ante cuya gloria tú te estremeces!», tras lo cual el espíritu respondió con taimado aplomo: «¡No te contradigo!». En ese momento, el ente comenzó a balbucir distintos salmos y oraciones. Además, reveló ciertos detalles de la vida privada de Perreaud, incluido el hecho de que su padre había sido envenenado, y nombró al hombre que lo había hecho y el lugar en el que había sucedido. Resulta significativo que el espíritu afirmase proceder del Pays de Vaud, una región tan sumida en el temor y donde la gente se comportaba con tanto miedo, que es allí donde tienen su origen todas las leyes europeas posteriores contra la hechicería.

Los miembros del consejo de la Iglesia calvinista acudieron en auxilio de su clérigo y formaron un cuadro de «vigías» con el doble propósito de detectar una impostura y, en caso de quedar demostrada la veracidad del encantamiento, dar testimonio de las artimañas del diablo. El espíritu respondió a estos vigilantes con cierto entusiasmo: los imitaba a ellos y a sus familiares reproduciendo conversaciones y situaciones privadas. También parecía burlarse de su fe protestante y en una ocasión les sugirió que llevasen por allí a un católico que exorcizase la casa.

Las sospechas no tardaron en recaer de manera inevitable en la doncella, quien se mostró relativamente tranquila ante las actividades del espíritu y sus comentarios en el dialecto local de la mujer hasta que esta se hartó de que le alborotara las habitaciones que ella acababa de arreglar. Sin embargo, no se sospechaba de una farsa, sino de brujería: Perreaud estaba convencido de que la mujer provenía de una familia que practicaba las artes oscuras. Cuando todo apuntaba a que la doncella se marcharía, el espíritu atacó a su sustituta conforme la primera la instruía, la apaleó y le echó un cubo de agua encima mientras dormía.

A continuación, el ente simuló ser un fantasmagórico ayuda de cámara que pasaba dificultades, y en una ocasión dijo ir camino de Chambéry, donde, según Perreaud, más adelante descubriría que en

la casa de un famoso abogado de la localidad una voz incorpórea había exigido ciertos alimentos exóticos para su «señor». Después, al abogado lo habían obsequiado con el equivalente a todo un *show* radiofónico en el siglo xvii a base de canciones subidas de tono, el griterío de los curanderos de una feria y las voces para azuzar a los perros de una jauría que atravesara la campiña con toda su parafernalia y a todo trapo.

La voz, que oscilaba entre la adulación y la amenaza, prometió un tesoro de oro escondido en la casa de Perreaud justo antes de soltar una retahíla de insultos airados. Su gesto final fueron dos semanas de litobolia, o lanzamiento de piedras, durante los quince días previos a las Navidades; entonces, el día 22 de diciembre, atraparon una víbora grande que reptaba ante la casa de Perreaud, como Satán expulsado del Edén. Se paseó la serpiente muerta por la ciudad y desde ese día cesaron prácticamente todos los fenómenos.

No obstante, el 22 de diciembre fue también el día en que la anterior propietaria de la casa, a la que habían desalojado para cedérsela a Perreaud después de que este solicitase una mejor residencia al Ayuntamiento, compareció ante un tribunal para dar cuenta de sus actos. Estaba furiosa y resentida por que la hubiesen obligado a abandonar su hogar y un día la habían sorprendido exhortando al diablo a que entrase en la casa de Perreaud por la chimenea. En opinión de él, fue esta mujer quien lo había embrujado.

Hay miles de relatos de poltergeist en el canon, incluidos ejemplos de China y de la India, pero hay algo irreductiblemente germánico en su origen y en su evolución. Catherine Crowe fue la primera que apuntó esto en el capítulo «El poltergeist de los germanos» de su obra *The Night Side of Nature*, publicada en 1848. Este fue el momento intelectual en que se identificó a los poltergeists como una especie aparte de los fantasmas normales y corrientes. Resulta llamativo que fuese Martín Lutero quien utilizase por primera vez el término. El apelativo de «espíritu ruidoso» o «escandaloso» procede del verbo alemán *poltern*, «hacer ruido» o «alborotar», y del sustantivo *polter*, «alborotador»; *geist* significa «fantasma». Uno de los primeros ejemplos registrados, hacia el año 500 d. C., es el del fenómeno de los apedreamientos que sufrió Elpidio, médico de Rávena que atendía al emperador ostrogodo Teodorico el Grande, ya que su caso cuenta con ciertos aspectos de

la actividad de los poltergeists (aunque para solucionar este bastó con aplicar agua bendita).

Pues sí, la *heimat* del poltergeist es Alemania. Unos años antes del de Perreaud —o eso pretende hacernos creer Jacob Grimm en su *Deutsche Mythologie*—, Bingem-am-Rhein había albergado un suceso que por vez primera tiene todos los elementos distintivos del relato del poltergeist moderno. Más recientemente, el caso Rosenheim sucedido en Alemania en 1967, en el cual la secretaria de diecinueve años Annemarie Schneider se convirtió en el foco —¿o tal vez en la localización geográfica?— de unos sucesos extraños, continúa siendo la más evidente de todas las historias por consenso generalizado entre los expertos, en parte debido a la participación de la policía y de ingenieros eléctricos en el caso. Hay declaraciones firmadas por agentes de la policía local bávara, físicos del Instituto Max Planck e ingenieros de la compañía Siemens al respecto de aquella abundancia de fenómenos paranormales: una serie de llamadas múltiples y estrafularias, físicamente imposibles, al servicio telefónico de información horaria; teléfonos que sonaban al tiempo; luces que se balanceaban y explotaban; cajones que se abrían por sí solos, etcétera. Se utilizó lo último en tecnología, incluido un artilugio denominado máquina Unireg, para tratar de averiguar cómo se podía llamar cuarenta y seis veces al servicio telefónico de la hora en tan solo quince minutos, cuando era algo imposible de hacer con un teléfono de disco que funcionaba con un sistema analógico (se tardaba diecisiete segundos en tener línea en cada intento).

Hay también historias de actividad primitiva de poltergeists en Inglaterra. San Goderico de Finchale recibió una lluvia de piedras en su ermita y un baño de vino en el año de su muerte, en 1170, y Gerardo de Gales escribe sobre un poltergeist en la casa de un tal Stephen Wiriet en Pembrokeshire en 1190, donde unos «espíritus inmundos» lanzaban tierra y —esta es la primera vez que tal punto se menciona— se manifestaba una voz que contaba las historias de los lugareños y sus más vergonzosos secretos. Poco después en aquel mismo año, en la minúscula aldea de Dagworth, en Suffolk, en la casa de sir Osborne de Bradaewelle, un ente de similar indiscreción le largó una perorata.

El aspecto más extraño del poltergeist de Enfield que investigó Guy Lyon Playfair en la década de 1970 consistía en una vocalización ronca que procedía de la niña pequeña que estaba en

el centro de aquel asunto, vocalizaciones que se produjeron también en el caso de la Bruja de los Bell en 1817 en Estados Unidos y en otro caso de 1889 en Dinamarca.

La primera ocasión en que un caso de poltergeist se centró en un foco humano y femenino claro⁹¹ afectó a una monja del convento de St. Pierre de Lyon en 1526, cuando la joven religiosa Anthoinette de Grolée soportó levitaciones y golpeteos que la seguían a todas partes (si bien la ortodoxia católica interpretó que los producía un espíritu regresado del purgatorio, y aquello implicó la exhumación y nuevo entierro de una antigua monja del convento con el fin de que descansara su espíritu, que era el que daba los golpes: nada de demonios luteranos en este caso).

Sacheverell Sitwell consideraba que algunas de estas historias eran resultado de una observación defectuosa y de la histeria. Tenía también una opinión firme al respecto de la Alemania nazi. «Adolf Hitler es el tipo perfecto de médium, si es que alguno ha habido en algún momento», declaró a *The Guardian* en 1941. «Podríamos creer perfectamente que este personaje tan destacado, si se le antojase, sería capaz de desplazar objetos y moverlos por el aire en trayectorias curvas y oblicuas; o emitir respuestas equívocas a base de golpeteos, o hacer que cayesen del techo cerillas encendidas».

Otro comentarista y escritor⁹² sobre esta materia iría aún más lejos. «Hay unos extraordinarios puntos de semejanza entre los registros de los fenómenos poltergeist y el movimiento nazi. Ambos se manifiestan en una vorágine subconsciente de deseo de poder. Ambos succionan como los vampiros las energías de los adolescentes; ambos se desenvuelven entre ruidos, destrucción, fuego y terror».

El discurso no era ya el de una forma externalizada de síndrome de Tourette exhibido en presencia de unas adolescentes. El Sturm und Drang de esta plaga germánica ancestral se había convertido en una forma de vida, y en una forma de guerra⁹³.

Nos adentramos en la escala de Epworth

«Me cuenta mi madre una historia muy extraña sobre ciertas perturbaciones en la casa. Ojalá obtuviera más pormenores por usted».

Samuel Wesley a su padre

Cerca de medio siglo después del poltergeist de Tedworth, una madre se sentaba para escribir a su hijo:

Esta noche hemos recibido la grata sorpresa de tu envío, que nos ha traído la buena nueva de que estás vivo, después de haber pasado nosotros por el mayor de los pánicos imaginables, casi un mes, en el que hemos pensado que o bien estabas muerto, o bien uno de tus hermanos había sido por desgracia asesinado.

Samuel Wesley era el primogénito de una extensa y beligerante familia, y creció en un municipio de Lincolnshire cuyos habitantes odiaban tanto al clérigo, su padre, que trataron de quemar la casa de su familia dos veces. Su padre y su madre eran conocidos por sus discusiones, e incluso se llegaron a separar temporalmente a causa de sus discrepancias al respecto de si el nuevo rey era un soberano legítimo. Sin embargo, lo que hace que esta historia sea tan interesante es que su hermano pequeño, John, iniciaría más adelante una nueva forma de cristianismo evangélico que iba a modelar el siglo siguiente: el metodismo. La implicación inicial del metodismo en las apariciones de fantasmas iba a resultar altamente controvertida.

El profesor de Westminster de veinticinco años continuaba leyendo y le costaba creer lo que su madre le había escrito.

El primero de diciembre, nuestra criada oyó ante la puerta del comedor varios quejidos lúgubres, como los de una persona moribunda en el momento de la muerte. No tomamos en serio su relato y nos dedicamos a reírnos de ella por sus miedos. Unas noches (dos o tres) después, varios miembros de la familia oímos unos golpes extraños en diversos lugares, series de tres o cuatro golpes, por lo general, que luego cesaban brevemente. Continuó así todo el tiempo durante quince días; a veces era en la buhardilla, pero por lo común en el cuarto de los niños, o en la habitación verde. Todos lo oímos salvo tu padre, y no era mi voluntad que se le informase, no fuera él a imaginar que aquello anunciara su propia muerte, lo cual, sin duda, todos nos temimos.

Al igual que en Tedworth y en Hinton Ampner, la sospecha inicial debió de haber sido que había una mano humana implicada, por ejemplo los aldeanos, que hubieran regresado para quemar la casa de los Wesley.

Sin embargo, cuando comenzó a resultar tan molesto, tanto de día como de noche, que pocos o ninguno en la familia se atrevían a estar solos, resolví contárselo, convencida de que él debía hablarle a aquello. Al principio, él no creía sino que alguien lo hacía para alarmarnos; pero la noche después, en cuanto que se metió en la cama, aquello dio nueve golpes ruidosos justo a su lado. Se levantó y fue a ver si averiguaba qué era, pero no consiguió ver nada. A partir de entonces, él lo oía como los demás.

En otras palabras, que ya tenía el oído atento a los ruidos que el resto escuchaba.

Una noche, hizo aquello tal ruido en la habitación sobre la nuestra, como si varias personas se estuvieran paseando y después subiesen y bajasen por las escaleras, que pensamos que los niños se asustarían, así que tu padre y yo nos levantamos y salimos a oscuras para encender una vela. Justo al llegar al fondo de la escalinata, bien agarrados el uno al otro, fue como si, junto a mí, alguien vaciase una bolsa de dinero a mis pies; junto a él, como si todas las botellas que hay bajo las escaleras (que son muchas) se hubiesen roto en mil pedazos. Recorrimos el pasillo hasta la cocina, nos hicimos con una vela, fuimos a ver a los niños y nos los encontramos dormidos.

Igual que en otros casos de poltergeists, no todo el mundo oyó lo mismo. La noche siguiente, un sombrío Wesley buscó refuerzos en la persona de Joseph Hoole, rector de la parroquia vecina de Haxey. Permanecieron despiertos hasta las dos de la mañana, junto al fuego en la habitación alfombrada contigua al cuarto de los niños, escuchando los golpes. Uno de los ruidos nuevos sonaba como un carpintero que estuviese cepillando una pieza de madera, «pero lo más común era que diese tres golpes y parase, y otros tres de nuevo, así muchas horas seguidas».

Una noche justo después de Navidad la familia insistió a Wesley para que hablase con el espíritu. En un anochecer oscuro, hacia las seis de la tarde, entró en el cuarto de los niños y oyó varios lamentos graves seguidos de unos golpes. «Le preguntó entonces si era Sammy, y le invitó a que, de serlo y no poder hablar, diese otro golpe, pero no hubo más golpes esa noche, lo cual nos dio la esperanza de que no se trataba de un anuncio de tu muerte».

En aquel momento, los miembros de la familia Wesley que se encontraban en la casa eran siete hijas, con la ayuda de un criado y una doncella. John era un colegial de trece años y estaba pasando las vacaciones en la escuela⁹⁴, algo que no era raro en aquella época. La distancia entre Lincoln y Londres suponía que los familiares podían pasar semanas sin tener noticia del paradero ni del bienestar de sus seres queridos.

La correspondencia durante aquel mes de enero de 1717 entre un preocupado Sammy Wesley y sus padres constituye una de las conversaciones más interesantes sobre fenómenos paranormales del siglo xviii. Samuel estaba a punto de salir de su alojamiento en el Dean's Yard de la Westminster School y subirse a un coche de caballos en el Red Lion de Aldersgate con destino a Doncaster cuando llegó una carta de su padre diciendo que el fenómeno había cesado. En un ejemplo modélico de diligencia que haría sentirse orgulloso a cualquier cazador moderno de fantasmas, Samuel Wesley hijo continuó recopilando información sobre el caso.

El 19 de enero respondió con un moderado escepticismo, pidiendo más detalles y sugiriendo todo tipo de causas naturales. «Quienes gozan de la suficiente sabiduría como para no creer en ningún suceso sobrenatural, por muy bien atestiguado que esté, podrán hallar un centenar de preguntas que hacer al respecto de semejantes ruidos extraños». ¿Serían unas ratas? ¿Un criado nuevo gastando una broma? «Espero un relato detallado por parte de todos», finalizaba con firmeza.

El 24 de enero le escribió su hermana. Sammy y Sukey, o Susannah, estaban claramente muy unidos. Susannah le añadió al relato una nota de colorido y de picardía al afirmar que a la doncella se le había puesto el pelo de punta y se le habían salido las orejas hacia fuera durante el incidente del día 1 de diciembre. «Pero, dejando a un lado las chanzas, que no son apropiadas en asuntos serios, te aseguro que del primero al último de los días de un mes lunar, los lamentos, chillidos, estremecimientos y golpes han sido bien aterradores».



9. La rectoría de Epworth: elegante por fuera, llena de ira por dentro.

Lo que experimentaban se centraba también en el comedor, donde estaba Susannah con su hermana Nancy cuando oyeron que alguien entraba desde el jardín y se movía después por el piso de arriba. Más tarde, estaban todos metidos en sus respectivos dormitorios cuando escucharon unos golpazos debajo de ellos; después fue como si una especie de electricidad juguetease con los elementos y accesorios metálicos de la habitación, temblando alrededor del pestillo y del brasero calentacamás.

La noche de la visita del reverendo Hoole fue un horror. Cuando el padre se sentó en el piso de abajo con su colega clérigo, se estaba desatando un infierno en el cuarto infantil, con réplicas estruendosas y temblores en los cabeceros de las camas de las niñas pequeñas, además de una nueva manifestación: «Oí que algo se paseaba junto a mi cama, como un hombre en camión largo», afirmó una de las niñas. Los golpes acabaron atrayendo a los hombres al piso de arriba.

Se produjo entonces un detalle interesante: se oyeron golpes durante las oraciones de la familia, pero solo cuando el reverendo Wesley pidió la bendición para el rey. Dicho de otra manera, aquel espíritu tenía las mismas inclinaciones jacobinas que su esposa.

«No digas una palabra de esto a nuestros padres, no les des el menor indicio», concluyó Susannah. De modo que era una carta

secreta para mantener sus confidencias al margen de unos padres en pie de guerra.

El 25 de enero, la señora Wesley volvió a escribir al mayor de sus hijos. Ciertamente, habían contratado criados nuevos el día de San Martín (11 de noviembre), unas tres semanas antes de que se iniciasen las perturbaciones, pero dado que estos se encontraban con ellos en la habitación cuando se produjeron muchos de los ruidos, y que en particular la doncella parecía aterrorizada hasta perder el control, la señora Wesley no veía cómo podían ser ellos los responsables. En una ocasión, el criado Robert Brown había bajado casi desnudo las escaleras con tal de huir de los fantasmas. Los criados siempre asistían a las oraciones familiares y era entonces cuando los ruidos arreciaban.

«Toda la familia, además de Robin, dormía cuando tu padre y yo bajamos las escaleras, y nadie se despertó en el cuarto de los niños cuando él les acercó la vela. Lo único que observamos fueron los temblores de Hetty mientras dormía, igual que hacía siempre, antes de que el ruido la despertase».

La señora Wesley mencionaba también su convicción de que los encuentros con fantasmas serían mucho más comunes «de no impedirlo nuestra caída en la sensualidad». En otras palabras, que la culpa era de la moral moderna. Si la gente no se revolcase en su propia inmundicia, «el trato frecuente» con «buenos espíritus» sería común, postura que más adelante exploraría William Blake con sus puertas de la percepción.

En una carta escrita el 12 de febrero, Samuel hijo se estaba empezando a sentir bastante frustrado; los pormenores que recibía de su madre y de su hermana eran tan vagos que ni siquiera podía establecer si las manifestaciones continuaban.

«¿Habéis excavado en el lugar donde parecía haber caído el dinero a vuestros pies?», le preguntaba a su madre. Esta era una idea muy antigua de los textos clásicos: que los fantasmas solían ser mensajeros que revelaban la ubicación de cadáveres o de tesoros enterrados. Y su padre todavía no se había dignado a escribirle. «No he recibido aún respuesta ninguna a la carta que envié hace ya algún tiempo», se quejaba Samuel hijo. «Estoy seguro de que soy parte interesada».

Y las cartas se cruzaron: he aquí una del reverendo Wesley fechada el 11 de febrero en la que decía que las alteraciones habían cesado y les restaba importancia. «Valdría para hacer uno libro

glorioso de a penique para Jack Dunton», opina él. Dado que, según parece, el librero John Dunton (1659-1733) era su cuñado, se diría que la referencia es de un desdén sorprendente. Lo que está claro es que tampoco tiene mucha fe en la capacidad de las mujeres de su familia para contar la verdad sin florituras. «Tu madre no te ha escrito ni la tercera parte de aquello», dice el padre. «Cuando te vea yo por aquí, verás el relato completo, que lo he escrito».

Años más tarde, John Wesley les pediría a sus hermanas Molly, Nancy y Emily que escribieran sus propias versiones. Una de las más largas es la de Emily, que desgrena algunos detalles.

Justo después de que el reloj diese las diez, bajé las escaleras para cerrar la puerta, cosa que siempre hago. Apenas había empezado a subir la escalinata cuando oí un ruido, como si alguien tirase un carbón enorme en el centro de la antecocina y los fragmentos saliesen volando a su alrededor. No me asusté mucho, pero fui a buscar a mi hermana Sukey, y recorrimos juntas todas las habitaciones del piso de abajo, pero no había nada fuera de su sitio.

Nuestro perro dormía profundamente y nuestro único gato estaba en el otro extremo de la casa. Acababa yo de subir las escaleras y me desvestía para acostarme cuando escuché un ruido entre las numerosas botellas que hay bajo la escalinata, como si alguien hubiese tirado un pedrusco entre ellas y las hubiera hecho pedazos. Esto me hizo meterme corriendo en la cama; pero mi hermana Hetty, que siempre aguarda a que mi padre se acueste, estaba aún sentada en el peldaño más bajo de la escalera de la buhardilla, con la puerta cerrada a su espalda, cuando poco después bajó las escaleras a sus espaldas algo que parecía un hombre con un camisón suelto que le arrastraba por detrás, y esto la hizo venir volando más que corriendo al cuarto de los niños donde yo estaba.

Su padre reaccionó con una cierta diversión ante la historia que ellas le contaron, y su madre —insiste Emily— consideró que todo aquel asunto era cosa de las ratas. No estamos ante una familia aterrorizada. Emily parece estar diciendo que ella es la única persona en Epworth que cree en la procedencia sobrenatural de los sonidos.

Yo creo que se trata de brujería, por estas razones. Hará cosa de un año que se produjo un alboroto en una localidad cercana a la nuestra, que fue sin lugar a dudas cosa de brujas; y si tan cerca fue, ¿por qué no iban a alcanzarnos a nosotros? Y después por mi padre, quien varios domingos antes de los sucesos había predicado ardientemente en contra de acudir a esos que llaman «arteros»⁹⁵, a los que tan dado es nuestro pueblo. Estos sentían un particular resentimiento hacia mi padre.

La madre vio algo similar a un tejón debajo de la cama de una de las niñas; tenía la cabeza oculta por la oscuridad. Volvieron a verlo sentado ante el fuego del comedor. Vieron después en la cocina a una criatura con el aspecto de un conejo blanco «que es probable que sea una bruja».

El 27 de marzo de 1717, escribe la madre de los Wesley: «Ya estoy bastante cansada de hablar o de oír hablar de ello, pero, si vienes con nosotros, obtendrás lo suficiente para satisfacer tus miramientos, y tal vez puedas oírlo, o verlo, por ti mismo».

El reverendo Wesley, entretanto, llevaba un diario de los sucesos. No oyó nada en absoluto hasta el 21 de diciembre, cuando lo despertaron nueve golpes que parecían proceder de la estancia contigua a su dormitorio. Convencido de que alguien había entrado en su casa, y sin duda receloso de los lugareños, salió al día siguiente y compró un «mastín corpulento». El día después de Navidad, según supo el reverendo por su hija, el fantasma anunció su llegada con un sonido familiar «muy fuerte, como el giro de un mecanismo con una manivela». Aquel ruido extraño que parecía un roce acompañado de chasquidos lo describirían otros más adelante como un molino girando. A continuación viene un conjunto de sucesos: el perro atemorizado, una serie de golpeteos para ver si el espíritu respondía y un sonido como si el poltergeist estuviera tratando de coger fuerzas para hablar «un poco más alto que el piar de un pajarillo». Samuel fue el único de la casa que se convirtió en objeto de un ataque físico, una fuerza invisible que lo empujó por tres veces. Sabemos también que se enfrentó al ente a voces aquella noche del 26 de diciembre. Le dijo a gritos que era un «diablo sordo y mudo» y le exigió que se encontrara con él en su estudio para conminarlo a dejar de molestar a su familia.

A pesar de haber ladrado con ganas el día que llegó, desde el día siguiente el mastín hizo poco más que emitir un gemido lastimero.

Pasaron los años. En agosto de 1726, como ya hemos mencionado antes, el joven John Wesley que le pidió a su familia que escribiese su versión de aquellos sucesos que él no había llegado a experimentar ya mostraba un marcado interés por los milagros cotidianos; debió de lamentar el no estar allí en Navidad, respondiendo con golpecitos, escuchando y presenciando prodigios. Tal y como suele suceder, seguían sumándose detalles. La familia llamaba al fantasma el Viejo Jeffrey. Su llegada se había producido «mucho antes» de los sucesos de Navidad, tras una fuerte riña entre

Sukey y uno de sus hermanos varones, «ocasión en la cual [...] la puerta y las ventanas repicaron y chirriaron con estruendo, y enseguida se produjeron unos golpes muy claros, de tres en tres».

Robert Brown creyó en un principio que los quejidos eran de un tal señor Turpin, que al parecer era un vecino que sufría algún tipo de emergencia médica, ya que «tenía piedras y solía quejarse así». Otros fenómenos extraños consistieron en que se escuchó el glugluteo de un pavo y en que Robert vio en lo alto de las escaleras de la buhardilla un molinillo de moler Malta y maíz que se movía por sí solo y que parecía el origen de aquellos ruidos de engranajes. Dice mucho acerca del estado de ánimo general que Robert se lamentase de que el fantasma estuviera dándole a la manivela del molinillo cuando este se encontraba vacío, ya que le podía haber ahorrado algo de trabajo. Cuando vio en la cocina a aquella criatura que parecía un conejo, se encontraba mareado y estaba medio dormido.

Mi detalle favorito procede de Molly, una de las hermanas, quien había «recibido la orden» de alumbrar a su padre hasta su estudio una noche. «Justo cuando giró la llave, el pestillo se levantó solo».

Varios colegas clérigos —incluido, imagino, el reverendo Hoole— lo apremiaron para que abandonase la rectoría, a lo cual respondió él: «¡No, que sea el diablo quien huya de mí! ¡No seré yo quien huya del diablo, jamás!».

Lo que falta en toda esta documentación es algo del puño y letra de Hetty (Mehetabel), de quien sabemos, gracias a otros miembros de la familia, que estaba poniendo por escrito su versión de los hechos. Era a ella a quien perseguían los ruidos por la casa; era ella la que tantas vueltas daba durante la violenta fase REM del sueño; es a ella a quien se suele considerar el foco, por lo general. Parece bastante claro que John Wesley eliminó su versión por motivos que tan solo nos podemos imaginar.

Samuel hijo llegó a parecerse mucho a su padre: un anglicano acérrimo y dado a componer poemas mediocres. John fundaría la Iglesia metodista, y cuando le prohibieron el acceso a su propia iglesia en Epworth tras haber ocupado el puesto de vicario, dio sus sermones desde el cementerio, en el exterior, subido en la tumba de su padre.

Aunque se abandonase más tarde, la creencia en los fantasmas fue un elemento clave en los comienzos de esta religión. Hay pruebas de que John Wesley tenía sus reparos al respecto de hacer público

cualquiera de los detalles más íntimos de la vida de su familia en Epworth, pero creía con tal convicción en el valor moral de aquella historia, que la publicó en *The Arminian Magazine* en 1784, en un repaso de su vida superados ya los ochenta años.

Si bien la creencia en los fantasmas no llegó nunca a introducirse en la línea central del metodismo, los diarios de Wesley — publicados por entregas a lo largo de su vida— no vacilaban al respecto de sus convicciones personales. Había leído la obra de Baxter *Certainty of the World of Spirits* («La certeza del mundo de los espíritus») durante un viaje a Londres a comienzos de la década de 1760, y había observado con gran interés que «contiene varios relatos bien atestiguados». Cuando en otra ocasión le preguntaron por sus opiniones al respecto del mundo de los espíritus, y si había visto un fantasma, respondió:

No, ni tampoco he visto nunca un asesinato. Sin embargo, creo que existe tal cosa; y también que, aquí o allá, se cometen asesinatos todos los días. No puedo, por tanto, negar el hecho en mi condición de hombre razonable; aunque jamás lo haya visto y tal vez jamás lo vea. El testimonio de personas que nada tienen de extraordinario me convence plenamente tanto de una cosa como de la otra.

A finales del siglo xviii, creer en fantasmas era algo común entre el metodismo proselitista e incluso entre los clérigos anglicanos con tendencias evangélicas, como ocurre en el caso del fantasma de Cock Lane (para ahondar en ello, véase más adelante el capítulo «El novedoso teatro de la señorita Fanny»).

Resulta interesante que, justo en el momento en que el catolicismo regresaba a la vida pública británica después de siglos de prohibición, los metodistas estuviesen optando por distinguirse de la ortodoxia establecida por medio de una creencia similar. Durante siglos, creer en fantasmas había sido indicativo de inclinaciones católicas; ahora, podía también significar que uno se encontraba en el otro extremo de la escala.

Existe una intrigante relación entre los casos de Tedworth y Epworth. En los diarios de John Wesley correspondientes a 1768 nos encontramos con la mención de que su hermano mayor, Samuel, había coincidido en la Universidad de Oxford con uno de los hijos de Mompesson. Entonces Samuel le había preguntado si todo aquel asunto había sido un engaño.

«La afluencia de caballeros a la casa de mi padre era tan grande

que él no podía costearlo», le contó Mompesson. «Por tanto, mi padre no se tomó ninguna molestia en refutar la información al respecto de que había descubierto la trampa; aunque él, y yo, y toda la familia, sabíamos que la historia que se había publicado era cierta con total exactitud».

Tal vez Hetty (1697-1750) fuese la más inteligente de toda la prole de los Wesley. Objeto ahora de un cierto interés académico, se sabe de ella que huyó para casarse en secreto al menos en dos ocasiones, antes de que sus padres la casaran con un fontanero⁹⁶ con el que no tenía ningún tipo de conexión intelectual. Acabaron montando un negocio en Frith Street, en el Soho de Londres, y la salud de ella terminó maltrecha a causa, posiblemente, de la exposición al habitual uso de plomo en el trabajo de su marido.

En un sermón de 1726, John Wesley reprendió en público a su padre por su manera de tratar a Hetty, según parece, después de que esta diese a luz a un hijo ilegítimo. Aquel fue también el año en que John Wesley empezó a pedir sus relatos a la familia; es posible, incluso, que hubiera una nueva actividad en Epworth, ya que se nos cuenta que el fantasma se manifestaba durante las tensiones familiares.

Técnicamente, con su breve florecimiento y con una joven pubescente en el centro de todo aquello, este es el clásico fenómeno poltergeist. El hecho de que el ente respondiese a las instancias verbales que mencionaban aquella riña le otorga una especificidad inusual; significa que el poltergeist no solo estaba vinculado a la hija, sino también a la madre. Hetty debía de tener unos cuatro o cinco años cuando se produjo la riña y pudo haberle causado una profunda impresión.

Otro aspecto interesante del caso es la vibración de los elementos metálicos de la estancia antes de que se produzca el fenómeno, algo que, para una mirada moderna, apunta a unas ondas de sonido de baja frecuencia. Sus efectos no se han demostrado aún. Se ha realizado algún trabajo —en parte en la NASA— sobre los efectos físicos del infrasonido en el cuerpo humano, en especial en torno al nivel de los 19 hercios.

Durante un concierto de piano en la Liverpool's Metropolitan University en septiembre de 2002, se emitieron en ciertos momentos unos impulsos de infrasonido sin el conocimiento de los asistentes. Cuando se les pidió que rellenasen un cuestionario al marcharse, los asistentes hablaron de diversos efectos, como un

cosquilleo en la nuca, «una sensación rara en el estómago» y una emoción exacerbada. La exposición a una onda de sonido de 19 hercios puede crear una especie de ondulación en la vista, que a su vez dará la impresión anómala de un movimiento en la visión periférica. En resumen, un zumbido grave nos hace sentir inquietud y pensar que vemos moverse cosas que en realidad no están ahí. Cuando el ingeniero de psicoacústica Vic Tandy, profesor en la Coventry University, estaba trabajando en una empresa que fabricaba equipos de soporte vital, una limpiadora le dijo que aquel sitio estaba embrujado. Dio la casualidad de que una noche Tandy llevaba consigo su florete de esgrima y este comenzó a vibrar y a moverse por sí solo; resumiendo una historia que es un poco más larga, digamos que descubrió que el culpable era un extractor de aire recién instalado en el sótano.

Nuestros antepasados parecían familiarizados con el uso de infrasonidos para crear estados de ánimo alterados; existen ciertos indicios de que algunas construcciones neolíticas estaban especialmente pensadas en función de la acústica. Es posible generar los llamados efectos de onda estacionaria en muchos monumentos cerrados de la cultura celta, como Camster Round en Caithness y Maeshowe en Orkney, desencadenados ya sea por tambores o por cánticos rituales. Sin embargo, esto no explica todos los fenómenos de Epworth; aun cuando el infrasonido causase una parte de las perturbaciones, sigue estando sin resolver la cuestión de su procedencia.

Samuel Taylor Coleridge sugirió que el fenómeno de Epworth era una alucinación contagiosa; el poeta laureado⁹⁷ Robert Southey lo consideraba diabólico. ¿Podrían estar otra vez implicados unos hechiceros itinerantes y aquellos hombres «arteros», como en el caso de Tedworth, unidos en contra del gran hombre de la casa señorial que estaba tratando de apartarlos de su oficio? Desde luego que en este fenómeno parece haber animosidad en los lugareños contra el reverendo Samuel Wesley.

Flaco favor le hizo el reverendo a su familia, y resulta interesante el hecho de que el metodismo oficial prefiera apuntar hacia la madre de John Wesley como la verdadera autoridad moral en aquella familia. Distante y de fuertes convicciones, Samuel Wesley volvió en su contra a su propia congregación local, e incluso pasó un tiempo en la cárcel por unas deudas. Sus vecinos, tal vez incluso miembros de aquella congregación, le destruyeron la finca y le

mutilaron el ganado. Fue perfectamente capaz, además, de dejar a su mujer durante cinco meses en 1702 porque estaban en desacuerdo en una cuestión de principios. Susanna no quería decir «amén» en las oraciones por Guillermo de Orange, a quien consideraba un usurpador, y no fue hasta la muerte del rey Guillermo y la ascensión al trono de la reina Ana que los Wesley por fin se reconciliaron.

En 1991, el doctor Murray Johns del Epworth Hospital de Melbourne, en Australia, presentó una escala formalizada de somnolencia que se ha convertido en el estándar médico para describir los trastornos del sueño. Le dio el nombre del hospital en el que trabajaba como especialista en apnea e hipopnea, el cual, a su vez, y siendo como es una fundación metodista, recibe el nombre de la rectoría de Lincolnshire donde creció el fundador del metodismo. De ahí que esa zona precisa entre el sueño y la vigilia haya sido bautizada en honor de uno de los casos de poltergeist más conocidos de los últimos siglos, el poltergeist de Epworth.

Al quedarnos dormidos, de forma lenta pero segura, nos adentramos en la escala de Epworth.

La aparición de la señora Veal

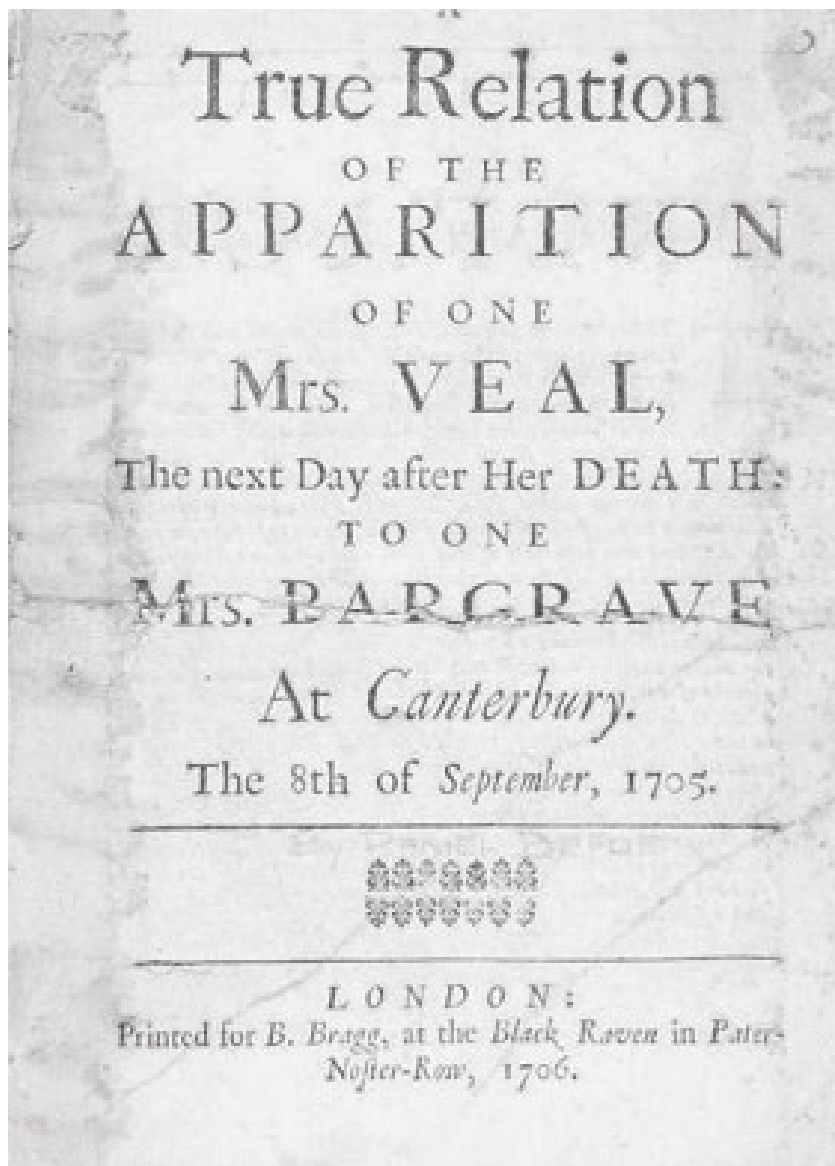
«Un gran personaje me preguntó el otro día si había oído algo sobre esa historia que nos desvelasteis en vuestras cartas acerca de la aparición en Canterbury».

El doctor John Arbuthnot a John Flamsteed

Floreció en la larga noche de difuntos, All Hallows' Eve, que expira en el día de Todos los Santos, cuando los fuegos se encienden y los faroles lucen contra la creciente oscuridad. Era la época en que, según cuenta Mayhew, los vendedores ambulantes y los quincalleros cambiaban sus afiladores y sus mercancías habituales por la linterna mágica y la montaban en las tabernas y los salones públicos para proyectar un espectáculo de terror con espectros y espíritus malignos pintados⁹⁸ —la bruja de Endor resucitando el fantasma de Samuel, por ejemplo—, figuras amortajadas, esqueletos, velas encendidas y hombres barbudos en círculos cabalísticos mientras los muertos, fríos y encorvados, se iban aproximando.

La literatura de fantasmas: el gran regalo de Inglaterra al mundo. Alcanzó su apogeo a finales del periodo victoriano y en el subsiguiente periodo eduardiano, igual que la literatura infantil inglesa. Las primeras historias estaban sumidas en el melodrama gótico, con una marcada sensación de locura y trastorno mental. La trama solía consistir en alojar a alguien en una habitación encantada que por lo general no utilizaba nadie y después, tras una noche de terror, identificar al fantasma a partir de los retratos de familia.

Un buen ejemplo es «La habitación tapizada», de Walter Scott, publicada por primera vez en 1829 en un anuario de invierno llamado *The Keepsake*, y que M. R. James identificaría más adelante y de forma errónea como el primer relato inglés de fantasmas⁹⁹.



10. *La aparición de la señora Veal*, la primera historia de fantasmas de Inglaterra: esta mezcla de ficción y realidad de Daniel Defoe resultaría imposible tras un cambio en los impuestos en 1712, de manera que el relato se tambaleaba ya desde la primera línea.

Sucede, sin embargo, que el primer relato inglés formal de fantasmas no es hiperreal, alucinatorio y alarmante. Es de una

doméstica discreción: un fantasma que más o menos viene a tomar el té.

El verdadero relato de la aparición de la señora Veal, el día después de su muerte, a la señora Bargrave, en Canterbury se publicó en 1706 como un anónimo. Su autor, Daniel Defoe¹⁰⁰, era experto en identificar las oportunidades de mercado: lo que quería la gente era una historia real de fantasmas, cuanto más mundana mejor, porque eso aumentaba las probabilidades de que fuera cierta.

El sábado 8 de septiembre de 1705, la señora Margaret Bargrave se encontraba sentada a solas en su pequeña casa de Canterbury situada cerca de St. George's Gate. El reloj acababa de anunciar el mediodía.

Creyendo haber oído el roce de un vestido, Margaret levantó la mirada y vio a su querida y vieja amiga Mary Veal. Hacía dos años que no la veía, y se sintió al tiempo complacida y sorprendida por su llegada repentina y totalmente imprevista. En aquel preciso instante no se fijó ni le preocupó de un modo especial que Mary Veal vistiese su camisón, una capucha y llevase atado un pañuelo de seda por debajo del cuello. Margaret se levantó para darle un abrazo, pero su amiga, con una especie de prisa evidente, se deslizó a toda velocidad para pasar junto a ella y se sentó en una butaca.

Charlaron al principio sobre cosas familiares, incluida la época feliz que compartieron viviendo juntas en Dover, pero, pasado un rato, la conversación adquirió un tinte algo más serio. La señora Bargrave confesó entristecida que había en la casa una disputa marital y que ella no era feliz con su vida. La señora Veal, por alguna razón que solo ella conocía, reconfortó a su amiga de Canterbury y le aseguró que aquella infelicidad pasaría, que toda infelicidad se pasa. Un rato después, la conversación volvió a dar un nuevo giro y se centró en su pasión compartida por la lectura. La señora Veal se había fijado en un libro que descansaba en el alféizar de la ventana y le había complacido descubrir que se trataba de un ejemplar de *Discourse against the Fear of Death* («Discurso contra el miedo a la muerte») de Charles Drelincourt, sobre el cual la señora Veal tenía una firme opinión: que estaba lleno de verdades.

Finalmente la señora Veal le preguntó a Bargrave si podría hacerle el favor de escribir unas cartas dirigidas a varios miembros de su familia, incluido su hermano. Veal quería que este le diera parte de sus joyas y sus anillos a tal o cual persona, y que a su primo Watson le fueran entregadas dos piezas de oro que hallarían

en su bolso en el interior de su armario¹⁰¹. Por algún motivo, a Bargrave no le extrañó semejante petición.

Tras cerca de una hora y tres cuartos, la señora Bargrave acompañó a su amiga hasta la puerta, se despidió de ella y la vio caminar calle abajo hasta que dobló una esquina y desapareció.

Al día siguiente, se enteró por un funerario local de que la señora Veal en realidad estaba bien muerta y que había fallecido de un ataque exactamente a las doce del mediodía del viernes, la misma hora en que la señora Bargrave la había visto. Su cuerpo ya se estaba enfriando mientras la señora Bargrave pasaba una agradable tarde charlando amigablemente con el fantasma de la señora Veal.

La primera versión de esta historia apareció el día de Nochebuena de 1705 en *The Loyall Post*, una publicación de noticias tanto locales como del exterior en una sola hoja impresa por las dos caras. Un reciente trabajo de archivo nos aporta un cuadro más completo. Una carta fechada el 13 de septiembre de 1705 ofrece un primer indicador del revuelo y el cotilleo que ya circulaban. Esta carta nos cuenta que Margaret Bargrave era la esposa de un abogado y que Mary Veal había sido en vida una amiga íntima de la infancia de esta en Dover. Mary Veal estaba soltera y tenía treinta años cuando murió, y cuidaba de su hermano William, que ostentaba un puesto de responsabilidad en la oficina de aduanas de Dover.

Si bien la situación de Mary había mejorado desde la infancia de ambas, la vida de Margaret iba en una decidida cuesta abajo, gracias básicamente al comportamiento del hombre con el que se había casado. Su marido era un borracho mezquino al que habían despedido de su trabajo, a consecuencia de lo cual se vieron obligados a marcharse de Dover. En Canterbury, cortos de dinero y en circunstancias poco claras, habían alquilado una casa con unos ingresos que se habían reducido de manera considerable.

En esta carta hay un detalle de especial elocuencia, y es que el día en que la señora Bargrave dijo que había visto un fantasma, su marido regresó a casa unas horas después, bebido y comportándose como un grosero, y la dejó a ella en la calle. La mujer se pasó la noche del sábado sentada en los escalones de la puerta de su casa, reacia a dar a conocer la mala conducta de su marido, y a consecuencia de aquello cogió fiebre y se tuvo que ir directa a la cama el domingo.

Daba la impresión de que el fantasma tenía un anticuado propósito moral: asegurarse de que su legado se ejecutaba

correctamente, ya que no confiaba en que su hermano William lo hiciese; asegurarse de que se celebraba el ritual correcto en el entierro, ya que los padres de Mary Veal no tenían aún una lápida en su tumba¹⁰²; y, por último, reconfortar a su vieja amiga haciéndole saber que no tendría que aguantar por mucho tiempo más a su desagradable marido. Cuando se le preguntó años más tarde, en 1714, la señora Bargrave identificó el encuentro de manera específica como una especie de premonición de la muerte de su marido en 1707. Cuando se le ofrece una taza de té, el fantasma la declina porque asume que el marido ha destrozado toda la porcelana útil en uno de sus beodos arrebatos de ira.

Los fantasmas que se preocupan por los ritos funerarios y por las herencias se remontan a la literatura clásica, igual que el detalle de la aparición del fantasma justo a mediodía. Todo el mundo sabe que los fantasmas se aparecen a medianoche, pero no hay tanta gente que sepa que el mismo principio se aplica al mediodía, y que, tradicionalmente, los estados extremos de transición del reloj invocan a los fantasmas. Hay tantas probabilidades de ver un fantasma antes de la hora de la comida como después de irse a la cama. Esta tradición se extinguió en años posteriores, ya que los fantasmas estaban en apariencia vinculados a la noche de un modo inalienable. No cabe duda de que, en este periodo, toda la naturaleza de lo fantasmal se hallaba ligada a los vapores que exhalaba la tierra cuando el mundo oscurecía¹⁰³.

Tenemos otra carta personal en los archivos con fecha de 9 de octubre de 1705, esta vez remitida por Lucy Lukyn, hija de un destacado notario de Canterbury. Lucy tenía unos veinticinco años y vivía en St. Mary Bredin. Conocía a los Oughton, los arrendadores de los Bargrave. Según Lucy, la señora Bargrave recordaba que el espíritu tenía «alrededor de los ojos la negrura más extraña que ella hubiera visto». La señora Veal estaba «muy pálida». Lucy confirma asimismo que el de los Bargrave no era un hogar feliz, y añade algunos detalles a aquellos legados personales, que ahora incluían la entrega de un camisón fino y unas enaguas a una prima.

Al llegar Halloween, la noche de difuntos, la historia ya se contaba en los círculos sociales más elevados. Tenemos una carta del 31 de octubre escrita por el mismísimo médico privado de la reina Ana a John Flamsteed¹⁰⁴, fundador del Observatorio de Greenwich y primer astrónomo real. El doctor John Arbuthnot fue elegido miembro de la Royal Society en 1704, y fue amigo y colega

de personajes como Isaac Newton y Jonathan Swift. El médico solicitaba a Flamsteed que enviase copias de las cartas al Palacio de St. James, porque, en un curioso giro de los acontecimientos, la reina Ana le estaba pidiendo historias de fantasmas a su médico en la víspera de Todos los Santos.

En realidad, el matriarcal interés de la reina encajaba perfectamente con el aspecto relativo a la guerra de sexos que había en la historia. Lo sorprendente del relato es la solidaridad femenina entre la señora Bargrave, la mujer, y la señora Veal, el fantasma, y cómo la autoría de las cartas parece mostrar que quienes hablaban del caso en la localidad eran sobre todo las mujeres.

Una vez que la historia saltó a la palestra, no transcurrió mucho tiempo antes de que los dos hombres que la protagonizaban saliesen al paso de las calumnias. Hacia el 8 de septiembre de 1706, el relato de Defoe iba ya por su cuarta edición y, en un ejemplar que descansa en la Biblioteca Británica, el desconocido propietario ya le había ido añadiendo detalles en notas manuscritas¹⁰⁵. Estas anotaciones dejan constancia de que los dos hombres que tan malparados salen en el relato estaban conspirando para socavar la credibilidad de los testimonios femeninos. «El señor Veal hace cuanto puede para acallar la cuestión», afirma. «Desde la muerte de su hermana, jamás se ha acercado a la señora Bargrave, y algunos amigos de este afirman que ella es una gran mentirosa».

William Veal aseguraba que durante el año transcurrido no había habido ningún fantasma de su hermana, porque cuando abrió el armario tal y como se le había solicitado, en su interior no había pieza de oro alguna. Observó además con acidez que nadie más había visto el fantasma en la calle a las dos de la tarde de aquel sábado, cuando la señora Bargrave se despidió de su amiga y la vio marchar. El hombre tenía cierta razón para sentirse agraviado: el fantasma lo había acusado implícitamente de ser mal hijo y poco digno de confianza, incapaz de atender las tumbas de la familia y de poco fiar en cuanto a las herencias se refería. Dado que el suyo era un puesto de recaudación para el Estado, tales historias podían incluso llegar a perjudicarlo profesionalmente. William Veal afirmaba también que la amiga de su hermana había convertido en un dudoso hábito aquello de «ver» siempre fantasmas, lo cual, según una comentarista moderna de la materia, «era en realidad un error de interpretación provocado por las adúlteras hazañas de su díscolo esposo»¹⁰⁶.

La reina estaba tan interesada que Flamsteed, en Canterbury, había contratado discretamente a un investigador que siguiese la evolución de la historia, de manera indirecta, para la reina en persona. A pesar de algunos trabajos esporádicos que había realizado en un observatorio del Trinity College de Cambridge (propuesto nada menos que por Isaac Newton), Stephen Gray se había visto obligado a regresar al negocio familiar de teñido de seda en Canterbury. Más adelante se haría famoso por su trabajo sobre la naturaleza de la electricidad y entraría a formar parte de la Royal Society en 1732, pero en aquel momento de su vida, metido hasta el cuello en tintes vegetales, tenía sumo interés en preservar su único contacto intelectual actuando con la mayor diligencia posible al servicio del astrónomo Flamsteed.

Fue en una de aquellas cartas donde Gray, tras haber husmeado por el barrio, le habló a su jefe y amigo sobre los cuchicheos que William Veal y el propio marido de la señora Bargrave hacían circular en contra de la integridad de la mujer de este. El motivo por el que Veal creía que Margaret Bargrave veía fantasmas por todas partes es producto de una historia descorazonadora. Un anochecer, Margaret salió a buscar a su esposo, que no había regresado a casa, y por fin lo encontró a varios kilómetros, en los alrededores de Canterbury, de juerga en una taberna. No solo estaba borracho, sino que cuando Margaret miró hacia la zona del jardín, vio a una mujer que se marchaba de forma apresurada saltando el murete.

Como no quería dar crédito a lo que estaba viendo —una prostituta que huía de los brazos de su propio marido—, pensó en un principio que se trataba de una «aparición». Gray hace notar con amargura que su esposo no hizo nada para desengañarla de aquella extravagante idea, «encantado con la oportunidad de tan magnífico delirio para ocultar su pillería». Según parece, la señora Bargrave creía en un fantasma porque la realidad era demasiado dolorosa para aguantarla.

Tanto EB, la desconocida autora de algunas cartas (una mujer casi con toda certeza), como Lucy Lukyn expresan una gran empatía hacia la difícil situación de la empobrecida e infeliz señora Bargrave y, aunque no fuera más que eso, la historia sacó a la luz el vergonzoso trato que recibía de manos de su esposo. No obstante, lo que hoy resulta extraño es la naturaleza religiosa de la aparición. Y es que Defoe tenía interés en presentarla como una aparición más

que como un fantasma, ya que la palabra «aparición» no solo era el término que utilizaba la clase alta para referirse a un fantasma, sino que además dejaba la puerta abierta a la posibilidad de que fuese algo angelical, al menos en parte.

Consciente de que la interpretación que se estaba haciendo de la señora Veal era —en parte— que se trataba de un ángel, EB mencionaba que el señor Bargrave veía la experiencia de su mujer como «una conversación con el diablo», o dicho de otra forma, que su esposa era una bruja. Se trataba de una postura protestante perfectamente respetable, pero que no casaba bien con Canterbury, que, al fin y al cabo, era la sede, el centro y el hogar espiritual de la Iglesia anglicana.

Los editores sacaron buen partido a todo aquel episodio. Uno de ellos aprovechó la oportunidad para ofrecer la historia en un lote junto con el libro religioso que se mencionaba en ella, *Discourse against the Fear of Death* de Charles Drelincourt, y en 1732 *The Universal Spectator* acusaba al autor de *La aparición de la señora Veal* de haber inventado toda la historia para su beneficio propio. La denominada Ley del Timbre de 1712 había convertido en algo fundamental la diferencia entre ficción y realidad, simplemente por cuestiones fiscales (la ley gravaba las publicaciones de noticias), pero la presentación que Defoe hacía del escenario, su meticulosa descripción de la vestimenta y de las conversaciones, dotaba a los hechos de un aire novelesco que, simplemente, no existía hasta entonces. Y se produjo en el momento clave en el que Defoe se estaba desplazando desde el periodismo hacia la novela de ficción pura y dura, por la que es tan conocido. *Robinson Crusoe* está basada en las aventuras verídicas de Alexander Selkirk, y su personaje principal no es del todo ajeno a los pensamientos sobre la cuestión de los fantasmas¹⁰⁷.

Los aspectos arcaicos de esta historia la hacen sorprendentemente universal. Tomemos de Japón la siguiente historia sin datar¹⁰⁸. La mujer de un sacerdote del templo Kori estaba trabajando a solas en la cocina cuando escuchó unos pasos que se acercaban. Había llegado a sus oídos la noticia de que la hija de un vendedor de tofu se había quemado de un modo horrible en un accidente y se encontraba al borde de la muerte, aunque, para sorpresa de la mujer, se abrió la puerta y allí estaba ella, vestida con un quimono nuevo y con un aspecto que nada tenía que ver con el de alguien que está a punto de morir. Invitó a la hija del vendedor de tofu a

quedarse a tomar el té, pero cuando regresó de la cocina con las tazas, la chica se había esfumado. «En ese instante llegó un hombre de la ciudad y trajo la noticia de que la hija del vendedor de tofu acababa de morir».

Merece la pena destacar que este era el tipo de fantasma convencional de la época: con la apariencia de una persona completamente viva y visto a la luz del día. Se trata también de un tipo de aparición relacionada con el lecho de muerte o con situaciones de crisis sobre el cual escribieron mucho los victorianos: un hombre que combatía por el Imperio en algún lugar lejano se aparecía a un pariente en Inglaterra.

En su libro *Satan's Invisible World Discovered* («El mundo invisible de Satán al descubierto»), el matemático de Glasgow George Sinclair hablaba de un incidente en Marlborough, Wiltshire, en una mañana de noviembre de 1674. Un tejedor llamado Thomas Goddard iba caminando por la ruta que salía de la ciudad hacia Ogbourne Maizey cuando vio por casualidad a su suegro, Edward Avon, apoyado en una valla. Avon le saludó cuando se acercó a él.

Lo que no cuadraba en aquella situación era que Avon había muerto hacía seis meses. A pesar del miedo que sentía, Goddard charló un rato con el fantasma sobre asuntos familiares antes de que este le pidiese que le diera veinte o treinta chelines a la hija que había abandonado. Goddard no aceptó y salió corriendo, pero el fantasma no había terminado con él.

Para empeorar las cosas, el fantasma inició la confesión de un asesinato. Y se puso a darle instrucciones. Goddard debía ir a buscar su espada y a su cuñado —un zapatero llamado William—, y dirigirse a un lugar designado en un bosque cerca de la aldea de Alton Barnes¹⁰⁹.

Al depositar la espada en el suelo, Goddard vio algo como un mastín de color pardo junto a la aparición. Entonces, al venir la aparición hacia él, Goddard retrocedió unos dos pasos, y la aparición le dijo: «Tengo acceso a ti, y el cometido de no tocarte». Y cogió entonces la espada y regresó al lugar donde estaba anteriormente, con el mastín a su lado igual que antes; y, señalando hacia el suelo con la punta de la espada, dijo: «Aquí yace enterrado el cuerpo del hombre al que asesiné en el año de 1635, putrefacto ahora y convertido en polvo». A lo que Goddard dijo: «Os imploro que me digáis por qué hicisteis tal cosa». Y dijo la aparición: «Tomé

el dinero de aquel hombre, y él se enfrentó a mí, por eso lo maté».

Más adelante, el cuñado, William, ofreció su versión del encuentro con el fantasma. Había oído a Goddard hablar como si se dirigiese a alguien, y una especie de respuesta distorsionada surgió de algún lugar, aunque él no había visto a nadie. «Oyó su voz y entendió cuanto él dijo, y escuchó otras palabras distintas de las suyas, pero no pudo entender ni una sola de ellas, ni tampoco vio aparición alguna...».

El tejedor se encontraba tan alterado a causa de aquella semana de incidentes que ofreció una declaración jurada ante el alcalde Edward Lypiatt y Joshua Sacheverell, rector de St. Peter, en Marlborough, el 23 de noviembre.

Es interesante ver cuán comunes eran antaño las apariciones a plena luz del día. Por ejemplo, hay otra en el *Miscellanies* de John Aubrey. En 1647, un caballero llamado Mohun cayó asesinado en una emboscada camino de un duelo en Chelsea a las diez de la mañana; su amante lo vio a esa misma hora exacta en la calle londinense de James Street, en Covent Garden, mientras él yacía moribundo en lo que ahora es Ebury Street. La mujer lo vio «acercarse junto a su cama, descorrer la cortina, observarla y marcharse» sin responder a sus preguntas. En otro incidente en 1693, el cuñado de lord Coningsbury se apareció a su propia hermana en Fleet Street en el instante en que lo estaban asesinando en Hereford.

En diciembre de 1706, un vicario de Norfolk anotó un incidente casi idéntico en el registro de la iglesia de Brisley. El 21 de julio de aquel año, un tal señor Shaw se encontraba en su estudio de Oxfordshire con su pipa, leyendo, cuando hacia la medianoche entró un antiguo compañero de St. John's que llevaba cuatro años muerto. Curiosamente, Shaw no se asustó mucho al ver a su viejo amigo, y ambos charlaron durante dos horas. Ante la pregunta de si se encontraba con él en la otra vida alguno de sus conocidos, el fantasma respondió que no, pero dijo que «el señor Orchard pronto lo estaría». Al preguntarle si volvería a visitarlo, el fantasma respondió con una negativa, ya que tenía bastante ocupados aquellos tres días de permiso. Según nos cuentan, el señor Orchard falleció poco después. El señor Shaw era un conocido del vicario, Robert Withers, y este creía que la historia era absolutamente cierta. Esto se cuenta el 12 de diciembre, apenas unos días antes de

que se publicase la historia de la señora Veal en *The Loyal Post*, y representa otro ejemplo de la historia de fantasmas de Navidad.

Junto con la tradición popular y el enterramiento del catolicismo en una agitada sepultura, la literatura clásica influyó profundamente en el desarrollo del relato de ficción de fantasmas en Inglaterra. Aunque Charles Dickens era en esencia un escéptico, como Walter Scott, se sentía constante e irresistiblemente atraído por el género. El mejor de sus relatos es *El guardavía*, aunque el más conocido sea su *Cuento de Navidad*, que recurre a una historia que llevaba en circulación miles de años.

En la carta 7, 27, Plinio escribe a su amigo Lucio Lucinio Sura, mecenas del poeta Marcial y mano derecha del emperador Trajano. Le pregunta a Sura de un modo bastante escéptico si él cree en fantasmas, y pasa a contarle tres historias de diferentes tipos de ellos. Una tiene lugar en su propia casa, donde los jóvenes esclavos se quejan de que un barbero fantasma entra de noche por la ventana de su dormitorio e intenta cortarles el pelo, tal vez el primer ejemplo escrito de esa larga tradición en que los criados les toman el pelo claramente a sus señores con cuentos sobre fantasmas¹¹⁰. Otra versa sobre un fantasma profético «más alto que un humano, y más hermoso» que encarnaba el espíritu de África y que se le aparece a Curcio Rufo, un romano común, y le vaticina que se convertirá en gobernador de su reino. La tercera y más larga contiene el primer verdadero relato moderno de fantasmas.

Había en Atenas una «casa espaciosa y grande» que tenía «mala reputación y un aire insalubre». Quien allí dormía escuchaba el sonido de unas cadenas como si se acercasen en la distancia. Aparecía entonces el fantasma de un viejo, «un anciano consumido y mugriento, con una barba larga y el pelo desgreñado», grilletes en las piernas y cadenas en las muñecas. Le gustaba sacudirlas; le gustaba hacer ruido. Los habitantes de la casa se agotaban a causa de la falta de sueño; algunos, incluso, llegaban a enfermar y a morir. Aquel fantasma seguía atormentándolos aun cuando no estaba presente. La casa se puso al fin en venta y quedó vacía.

Atenodoro —escribe Plinio— «leyó el anuncio y, al enterarse del precio tan bajo, sospechó e hizo ciertas averiguaciones». Lejos de disuadirlo la historia del fantasma, Atenodoro resolvió investigarlo por sí mismo. Se acomodó una noche con sus libros y su material de escritura, listo para pasar unas horas de estudio, y envió a sus

criados a la parte trasera de la casa (en lugar de darles el día libre, como sucede en posteriores relatos similares).

Decidió estudiar «para que su mente desocupada no generase miedos ridículos»; de manera que tenemos una situación en la que un filósofo trabaja en una biblioteca a la espera de que llegue el fantasma. Se trata de una imagen que le resultaría conocida a M. R. James o a Sheridan Le Fanu: un académico o un clérigo absorto en sus textos mientras la llama de la vela oscila y surgen las sombras a su alrededor.

Todo estaba en silencio al principio, y entonces se oyó en la distancia el sonido de las cadenas, aproximándose. Mientras el barullo aumentaba —Plinio se esfuerza por hacer hincapié— el filósofo insistía en no prestarle atención. «El barullo se volvió más ruidoso aún, y ahora se oía en el umbral; ¡estaba dentro de la habitación, con él!». Atenodoro se gira para mirar al fantasma e, impertérrito, vuelve a su trabajo. El fantasma le hace una señal. El filósofo responde con un gesto de desdén y le dice que espere. El fantasma, ofendido, se acerca y sacude las cadenas sobre la cabeza del filósofo. Vuelve a mirarlo Atenodoro y ve que el fantasma continúa haciéndole gestos.

Con un cierto aire de irritación, Atenodoro se levanta, coge la lámpara y sigue al fantasma, que avanza lenta y dolorosamente hacia el patio de la casa, donde desaparece. Atenodoro marca el punto con «hierbas y hojas». Por la mañana va a buscar a un magistrado, quien da la orden de cavar un agujero en el suelo del patio y, por supuesto, hallan un esqueleto humano completo y con unas cadenas corroídas. «Reunieron los huesos y les dieron pública sepultura. Una vez realizados aquellos ritos, la casa no se volvió a ver atormentada por los espíritus».

El encantamiento de un edificio a causa de un cuerpo —enterrado, por lo general, en la bodega— ocurre una y otra vez; lo vemos en el caso de las hermanas Fox, en el estado de Nueva York del siglo xix, en el británico poltergeist de Andover en 1974 y en los sucesos de la rectoría de Borley.

Según cuenta D. Feldon en su *Ghost Stories from Classical Antiquity* («Historias de fantasmas de la Antigüedad clásica»), «los fantasmas que arrastran cadenas no aparecen en ninguna otra instancia de la literatura de Grecia y de Roma conservada» y, sin embargo, hasta hace bien poco se consideraba, junto con la idea del fantasma con sábana, que era la forma que estos debían adoptar. En

el siglo xviii, lo de arrastrar unas cadenas se consideraba algo de lo más improbable en la conducta de un inglés libre. El anticuario Francis Grose (1731-1779) escribió: «Arrastrar cadenas no es costumbre de los fantasmas ingleses; las cadenas y las vestimentas lúgubres son aditamentos que lucen principalmente los fantasmas extranjeros, vistos en regímenes arbitrarios; vivo o muerto, el espíritu inglés es libre».

El fantasma de Marley en el *Cuento de Navidad* de Dickens lleva una cadena larga y complicada, y cuando Scrooge la oye por vez primera recuerda que «se decía de los fantasmas de las casas encantadas que arrastraban cadenas». Igual que en el texto de Plinio, Scrooge escucha cómo se acerca el fantasma desde la distancia y entra en la habitación. Al principio se muestra escéptico, igual que Atenodoro, y achaca la visión espectral a una mala digestión. La cadena que se enrosca alrededor de Marley tiene un carácter simbólico explícito: está hecha de «cajitas para el dinero, llaves, candados, libros de contabilidad, escrituras de compraventa y unos pesados talegos de acero». Constituye la anquilosada mezquindad de Marley, que pesa sobre él en la otra vida. En Plinio, las cadenas ayudan a identificar al fantasma cuando exhuman los huesos; hay una cierta discusión entre los folcloristas acerca del antiguo uso del hierro para «atar» a los espíritus, de modo que el fantasma de Plinio habría sido encadenado, tal vez después de muerto, para detener su agitación.

Oscar Wilde aportó también su versión del tema en su fábula cómica *El fantasma de Canterville*. El estadounidense mister Otis se había ido a la cama entre los crujidos de su vieja mansión británica. Lo despierta un sonido metálico. Enciende una cerilla y mira la hora: la una en punto. Se toma el pulso: no tiene fiebre, en absoluto. Continúa aquel ruido extraño. Sale de la cama y se pone las zapatillas. Coge un frasco del tocador. Se aproxima a la puerta de la habitación y la abre. Allí está el fantasma, en el pasillo oscuro: los ojos rojos como carbones encendidos, una larga cabellera gris que le cae en mechones revueltos sobre los hombros, ropas de corte anticuado, sucias y en jirones, y de las muñecas y los tobillos cuelgan unas «pesadas cadenas y unos grilletes herrumbrosos».

Y el toque de humor viene a continuación:

—Mi distinguido señor —dijo el señor Otis—, permítame que insista encarecidamente en que engrase esas cadenas. Le he traído para ello el

lubrificante Tammany Raising Sun. [...] Se lo voy a dejar aquí, junto a las velas de los dormitorios, y estaré encantado de suministrarle más, si así lo necesitase.

Y dicho esto, el ministro de Estados Unidos dejó el frasquito sobre la mesa de mármol, cerró la puerta y se retiró a descansar.

La razón, el sentido común y la vida moderna dan sepultura al espíritu.

El ritual de las historias de fantasmas

«Cada dos por tres me asalta la pregunta: ¿acaso hay, aquí y allá, lugares retirados que aún frecuentan ciertos seres curiosos a los que antaño cualquiera podía ver y hablar mientras se dedicaban a sus quehaceres cotidianos...?».

M. R. James

Mucho se ha escrito sobre la reunión que se celebró en la Villa Diodati en 1816, pero lo que no se conoce tanto es la relación meteorológica que aquel encuentro tuvo con Charles Dickens. En aquel «año sin verano», Byron y la comitiva de los Shelley se refugiaron de aquel tiempo de perros con la lectura de unas cuantas historias de fantasmas de un editor de Leipzig. La lluvia caía a plomo en el exterior, sobre el lago Lemán, y las temperaturas del mes de junio descendieron en picado con la amenaza de una pérdida generalizada de las cosechas. Ahora sabemos que la atmósfera se había sumido en un caos a consecuencia de una erupción volcánica brutal en las remotas Indias Orientales Neerlandesas.

En 1815, el Tambora había entrado en actividad. Se produjo una explosión de 800 megatones que proyectó partículas y compuestos de azufre a la troposfera en uno de los mayores fenómenos volcánicos de los dos últimos milenios¹¹¹. Los efectos durarían décadas y enmarcarían la mayor parte de la infancia de Dickens, de ahí que toda la iconografía de las postales de felicitación nevadas proceda de un suceso atípico del clima en el periodo de la Regencia; su desencadenante, un invierno nuclear de origen natural, la erupción de un volcán que liberó en el aire que se desplazaba hacia el oeste desde la tropical Sumbawa el primer relato literario de vampiros (*El vampiro*, 1819) y al monstruo de Frankenstein.

En su *Tratado sobre la aparición de los espíritus* de 1588, Noël Taillepied escribió una airada denuncia a propósito del entonces reciente rechazo protestante del purgatorio católico: «Todos esos autores que han bebido de las lodosas y apestosas aguas del lago Lemán se inclinan por negar en rotundo las apariciones y los fantasmas [...] y se hallará continuamente en los libros de estos herejes y paganos fanáticos e ignorantes la afirmación de que los

espíritus de los muertos no pueden aparecerse y no se aparecen». En Europa, al parecer, las aguas nunca se alejaron de la cuestión de la creencia en fantasmas, pero fueron unos autores protestantes los que tomaron los extremos del catolicismo y los convirtieron en ficción: el relato moderno de fantasmas surgió del lago Lemán.

La novela gótica, que llegó prácticamente en tándem con la Ley de Desagravio Católico de 1778, era un género literario cuyos autores eran principalmente hombres homosexuales y mujeres asmáticas. *El castillo de Otranto* (1764) era una fantasía escrita por Horace Walpole, quien además de ser hijo del primer ministro, fue también el hombre que acudió corriendo a ver por sí mismo el fantasma de Cock Lane. La novela pretendía ser un manuscrito ancestral redescubierto que versaba sobre una «antigua familia católica», con fenómenos sobrenaturales que incluían un retrato que cobraba vida¹¹². En cuanto a William Beckford, inmensamente más rico e igualmente felino en *Vathek* (1786), escribió historias heráldicas para poblar sus fantasías de carácter arquitectónico.

Fueron populares las novelas de la esquivada señora Radcliffe (1764-1823)¹¹³ —incluida *Los misterios de Udolfo*—, aunque M. R. James detestaba la «exasperante timidez» con la que se acababa dando explicación a todos sus fenómenos espectrales. M. G. Lewis (1775-1818), el adinerado hijo de un propietario de esclavos jamaicano, igual que Beckford, escribió el superventas *El monje* (1796), cuya adaptación se convirtió asimismo en un gran éxito en los escenarios londinenses. Con el morbosidad del terror que tenía la obra y una carga homoerótica que degeneraba en los claustros, M. R. James le tenía un gran temor y la describía como «odiosa y horrible sin ser impresionante». Pero la clave en *El monje* es el modo en que incorpora el influjo de la literatura germana (Lewis hablaba un alemán fluido y viajó allí, donde conoció a Schiller y a Goethe).

Era un libro alemán de relatos cortos, *Das Gespensterbuch*, lo que leían en la Villa Diodati, y la influencia teutona en la cultura británica alcanzaría su apogeo tan solo unas décadas más tarde, cuando era posible encontrar los dos volúmenes de *The Night Side of Nature* de Catherine Crowe en casi todas las estanterías del país. Su autora dominaba el alemán y la obra está teñida de una sensibilidad y un estilo folclórico germanos.

Muchos autores¹¹⁴ han argumentado que, durante cientos de

años, bajo la superficie de la cultura inglesa ha discurrido una corriente de tradición católica a pesar de tratarse de un Estado confesional de marcado carácter protestante. Durante siglos, las figuras de la clase dirigente se lamentaron del catolicismo esencial y continuo de las clases trabajadoras, en especial en lo tocante a los fantasmas.

Eran muchos los que creían que solo un sacerdote católico era capaz de exorcizar un fantasma¹¹⁵; los esfuerzos protestantes por disipar el tormento de los espíritus solían consistir en un extenso y tortuoso canto de salmos más que en una ceremonia formal, y en la expulsión del demonio, porque había de ser un demonio. Esta parece ser la norma incluso en los casos modernos: en la historia de los años cuarenta en la que está basada *El exorcista*, los pastores luteranos no consiguen controlar al demonio y hay que enviar a buscar a los católicos. El tañido de las campanas de la iglesia en Halloween es una resaca del catolicismo que pervivió durante años de ortodoxia protestante, para disgusto de quienes gobernaban.

No resulta en absoluto sorprendente que este proceso llevara a la despenalización del catolicismo en el Reino Unido: los primeros e importantes pasos fueron la Ley Canadiense de 1774 y las Leyes de Desagravio de 1778 y 1782. La adquisición de Quebec como un territorio inglés en 1763 trajo consigo a una nueva y numerosa población católica bajo el poder de la Corona, y a partir de aquí solo transcurre un año antes de que se publique la primera novela gótica, de Horace Walpole. Las leyes garantizaron a los católicos el derecho de contar con sus propias escuelas y obispos; fueron violentas las reacciones a esta pausada evolución legislativa, y estallaron en forma de disturbios en Escocia en 1779, y en las revueltas londinenses de 1780 instigadas por lord George Gordon, por ejemplo. Dado que la fecha de publicación de *El monje* es 1796, aunque la novela destaque por sus elementos germánicos, también se puede interpretar como un relato que complace el temor británico al renaciente catolicismo europeo: la idea de un monje derrotado por el deseo carnal y que vende su alma al diablo. Sus siniestras monjas anuncian su regreso a suelo británico, al menos en forma de espectro; tales figuras se verán todavía un siglo después en la rectoría de Borley, por ejemplo, y en los callejones que forman los Lanes de Brighton.

La novela tuvo también mucho éxito en Dublín, donde pasó rápidamente por varias ediciones, y Charles Maturin recogió

muchos de sus elementos en su *Melmoth el errabundo* (1820). Maturin, clérigo protestante de ascendencia hugonota francesa, vio truncado su promoción dentro del clero a causa de la notoriedad de la novela, que versa sobre un estudioso que vende su alma al diablo.

Aun así, sería el hijo de otro clérigo hugonote protestante, Sheridan Le Fanu (1814-1873), quien definiría el relato inglés de fantasmas, aunque solo fuera por la impresión que causó en un joven M. R. James, que de niño leía sus obras en la rectoría de su padre en Livermere, Suffolk. En las historias de Le Fanu, los muertos constituyen una malevolencia en absoluto lejana, separados por una membrana de percepción tan delgada que la puede perforar la más leve de las sustancias estupefacientes, como el epónimo té verde de una de las historias; sus cuentos hablan de necrofilia (*Schalken el pintor*) y de lesbianismo (*Carmilla*). Más o menos sumido en la pobreza y llevando una vida que se limitaba a escribir para las revistas y con una esposa enfermiza y neurasténica, tal vez pueda ser visto como el Edgar Allan Poe irlandés.

Al contrario que sus antepasados y descendientes en el género, M. R. (Monty) James era un académico muy serio: fue uno de los grandes estudiosos en el campo de los manuscritos y un experto en los textos apócrifos. Inteligente y dado a la lectura, de niño recibió una beca de Eton y pasó después por el King's College de Cambridge, donde se convirtió en decano y rector antes de regresar a Eton, y allí permaneció hasta su muerte, de nuevo como rector.



11. Un retrato de un M. R. James en pose intelectual hacia el año 1900. Los cuentos de James tenían el don de tomar lugares reconocibles y experiencias cotidianas y entretrejerlas con la trama de sus historias de fantasmas. Como daban sensación de credibilidad, se hicieron inolvidables.

El ritual de sus historias de fantasmas en el King's College¹¹⁶ en Nochebuena se ha convertido en parte integrante de la Navidad británica. Desde 1903 en adelante, adoptaría el formato de un té de

la tarde con los miembros del coro seguido de una misa en la capilla y la cena en el salón; después, Monty y sus amigos pasarían alrededor de una hora en la llamada Combination Room (la sala común para los miembros más mayores de la escuela), donde podrían jugar una partida de cartas antes de un receso por parte de Monty, en su dormitorio. Oliffe Richmond describe una de aquellas típicas lecturas:

Nos sentábamos y aguardábamos a la luz de las velas, tal vez alguien tocaba unos compases al piano, y lo dejaba, por una buena razón [...]. Monty salía por fin del dormitorio, manuscrito en mano, y apagaba todas las velas excepto una. Comenzaba entonces a leer aquella letra suya casi ilegible en la tenue luz con mayor confianza de la que nadie hubiera sido capaz de reunir.

En un texto publicado tras su muerte, *A Vignette* («Una estampa»), James recuerda la experiencia de su infancia de leer uno de los relatos de Le Fanu. Estaba en su cuarto, en el piso de arriba de la rectoría de Suffolk.

Bastaron las palabras para situar mi imaginación en una senda funesta. No pude evitar mirar con aprensión hacia la valla de la finca. No estaba sino cerrada, como correspondía, y nadie había en el camino que allí conducía o de allí procedía [...], había en ella un orificio cuadrado que daba acceso al cierre, y a través de tal orificio pude ver —y me sorprendió como un puñetazo en la boca del estómago— algo blanco o parcialmente blanco. No lo pude soportar y en un arrebato de algo similar al valor —aunque era más como una desesperación, la determinación de tener que conocer lo peor— me acerqué sigiloso y, bastante en vano, por supuesto, me fui ocultando tras los arbustos por el camino, y avancé hasta que la valla y el orificio estuvieron a mi alcance. Ay de mí, pues las cosas eran peores de lo que me había temido. Un rostro miraba hacia mí a través del agujero. No era monstruoso, no era pálido, incorpóreo o espectral. Pensé y pienso que malévolos sí era; los ojos eran sin duda alguna grandes y miraban fijos y muy abiertos. Era rosado el rostro y, pensé, cálido, y justo sobre los ojos pendía el borde de un paño de hilo blanco desde las cejas [...]. No me insistan con preguntas al respecto de cómo me comporté cuando se hizo necesario encontrarme de nuevo ante mi familia.

Durante muchos años, la historia más conocida de M. R. James fue *El maleficio de las runas*, sobre un hombre que es objeto de una maldición por parte de un ocultista. Constituyó la base de una de las mejores películas británicas de la década de los cincuenta, *La noche del demonio*, y más recientemente se vio reinterpretada en la película japonesa de terror *The Ring: el círculo* (la cual, dicho sea de paso, parece hacer referencia a *Una historia escolar* y *El pozo de las*

lamentaciones en los demonios que salen de un pozo para llevarse a la gente; a *El grabado* y *La casa de muñecas embrujada* en su reverdecida narración de un crimen sobrenatural; y a *El diario del señor Poynter*, donde el fantasma perseguidor es un rostro oculto bajo el pelo).

Sin embargo, la obra maestra de James es «¡Silba y acudiré!». Se publicó en su primer volumen de relatos de 1904, *Historias de fantasmas de un anticuario*, tan solo dos años después de que James descubriese un manuscrito eclesiástico que condujo a unas excavaciones en la abadía de Bury St. Edmunds, donde se encontraron las tumbas perdidas de varios abades.

Transcurre como sigue. Un académico soltero y acartonado va a pasar unos días a una localidad costera; el profesor Parkin, que así se llama, parece muy interesado en jugar al golf en el campo que hay cerca del mar. Sin embargo, mientras pasea por la playa de Anglia Oriental, barrida por el viento y bastante desierta, busca la situación de una antigua preceptoría templaria abandonada, donde recoge un silbato de metal que sobresale medio enterrado con la inscripción latina «Quis est iste qui venit?»¹¹⁷. No es habitual que M. R. James utilice el latín como punto central de la trama, y constituye una maravillosa advertencia pedagógica de que conviene estudiar bien las lecciones para evitar perecer a manos de un necrófago; este académico es un especialista en «ontografía», un término inventado *ex profeso* por M. R. James para este relato y que se ha convertido ya en el aceptado para referirse a la relación entre un lugar geográfico y los organismos que lo habitan. Parkin admite que su latín está un tanto oxidado, pero cree que la inscripción se traduce como «¿Quién es este que viene?».

El silbato tiene un timbre extraño y misterioso. Un experto en latín habría sabido que «iste» era un término peyorativo, y que quien fuera que viniese no resultaría agradable o que no sería exactamente humano, desde luego. Debería haberlo traducido como «¿Qué es esto tan horrible que viene hacia mí?»¹¹⁸.

La historia presenta al arquetípico protagonista de estos relatos, el estudioso un tanto escéptico y ensimismado que se encuentra cara a cara con lo sobrenatural. Y la manera en que el académico abre los ojos es vívida, cuando, a pesar de haber recibido la advertencia específica por parte de su compañero de golf —un coronel— al respecto del origen católico del silbato, Parkin lo sopla y, al hacerlo, despierta a un ente cuya devoción canina resulta de lo más

inoportuna.

Cualquiera que haya pasado una noche en un hotel con una cama individual vacía a su lado conoce el poder de una idea tan imaginativa, el de una figura que surge en la cama por la noche con un «rostro horripilante de tejido arrugado»; en el caso de M. R. James, se trata de un recuerdo directo de aquel rostro rodeado de paño de hilo que tanto lo miraba de niño en la rectoría de Livermere.

Y así, un niño de la localidad que pasa por allí se queda aterrorizado por el fantasma que le hace gestos desde una ventana en pleno día¹¹⁹. Sabemos que James escribió cartas desde el hotel Red Lion de Wareham y desde el County Hotel de Canterbury, pero tal vez fuese su estancia en el White Lion de Aldeburgh la que más le inspirase esta historia. Por lo demás, este profesor Parkin maniático y afectado que juega al golf no es en absoluto el autorretrato que algunos han sugerido: es el estudio de una formación académica incompleta.

De haber sido un verdadero erudito en latín, Parkin jamás habría tocado el silbato.

Del mismo modo que el tañido de las campanas al mediodía y la medianoche era la señal de la llegada de lo fantasmal, M. R. James prestaba igual atención a los solsticios de verano y de invierno.

En una carta¹²⁰ del 25 de julio de 1927, menciona: «Para mañana me han propuesto que el director de secundaria me lleve en coche a la bahía de Worbarrow, en Dorset, donde los scouts están acampados; se me ha propuesto, además, que les lea junto al fuego una historia terrorífica, que he preparado en contra de mis expectativas».

La bahía de Worbarrow se encuentra en la que ahora se denomina Costa Jurásica de Inglaterra, donde Dorset se asoma al mar por la península conocida como isla de Purbeck. Se trata de un lugar aislado y numinoso en el valle de Tyneham, del cual se publicó una fotografía a media página en el *Times* dos veranos más tarde, en agosto de 1929, como el ejemplo perfecto de una Inglaterra que conservaba su belleza natural. Muestra una cosechadora tirada por caballos que trabaja con un mar plateado de fondo, en la tierra que donó la roca y la piedra que reviste la mayoría de las iglesias de Londres.

El pozo de las lamentaciones es un relato muy personal e inusual

tratándose de James, ya que él es uno de los personajes, al menos al principio, y esas primeras páginas rebosan de florituras humorísticas pensadas para atraer tanto a los escolares de la época en general como a aquellos scouts de Eton en particular. Para llegar a la playa y los acantilados cercanos donde parece que estaban acampados los muchachos, unas tierras que pertenecían a la familia Bond (que llevaba allí desde 1683, principalmente en la casa solariega isabelina), debieron de llevar a James pendiente arriba hasta dejar atrás el túmulo de Flowers Barrow, los restos de una fortificación de la Edad de Hierro, y descender hacia el valle a tiempo para tomar el té.

Parece probable que James se inspirase en los mapas que habían recibido los chicos, en los cuales había unas zonas marcadas en rojo a las que no se debían acercar bajo ningún concepto. De manera que James describe los mapas en su historia y, a partir de ellos, va tejiendo un cuento en el que nos muestra a los chicos tumbados en la colina en una cálida tarde de verano, y nos señala que hay una zona boscosa prohibida que tiene un particular interés. A uno de los chicos le intriga aquella arboleda de abetos que hay abajo en el valle. Aunque esta arboleda se encuentra claramente dentro de la zona marcada en rojo y designada como prohibida, y aunque un pastor de la zona —proveedor de las tradiciones locales— les ha advertido que no se acerquen, el muchacho va hasta allí de todas formas. Desde la distancia, sus compañeros observan horrorizados cómo dos figuras esqueléticas lo acechan en primer lugar y después se abalanzan sobre él.

Stanley blandía la lata, única arma de que disponía. Cayó de la cabeza de la criatura el ala de un sombrero negro hecho trizas y dejó al descubierto una calavera blancuzca con manchas que podían ser mechones de cabello. Mientras tanto, una de las mujeres había llegado hasta ellos y tiraba de la cuerda que Stanley tenía enrollada en el cuello. Entre los dos, tardaron un instante en doblegarlo: cesaron aquellos gritos espantosos, y se internaron los tres en el círculo que formaba el conjunto de los abetos.

Los muchachos no podían saberlo, pero el detalle de la calavera con los mechones de pelo procede de la propia experiencia de James.

En noviembre de 1909, cuando se abrió en el castillo de Windsor la tumba de Enrique VI, fundador de Eton y del King's College, James asistió invitado en su condición de rector. Él mismo había reinstaurado la tradición de celebrar el Día de los Fundadores el 6

de diciembre poco tiempo después de su llegada como rector. Uno de sus deberes era registrar lo hallado y ayudar en el nuevo entierro de los restos del rey, y fue James quien envolvió los huesos en un sudario de seda blanca antes de enterrarlos. Sabemos que uno de los fragmentos de cráneo tenía cabello adherido, castaño, salvo en un lugar en que parecía apelmazado a causa de la sangre.

James concluyó el cuento con algo más que su habitual fruición y con un guiño a su público. Ahora, decía, a los esqueletos de la arboleda, al ruido de sus huesos y los lamentos que se oían en el crepúsculo del solsticio de invierno, se les había unido otro más. Según la nota necrológica de James en el *Eton College Chronicle* (julio de 1936), vemos que «el escenario de la historia estaba muy cerca del campamento [...] y resultó que varios de los chicos pasaron una noche algo revuelta». El paisaje apenas ha cambiado desde aquel día y la arboleda bien podría ser Rooks Grove, o el White Bed (zona restringida y accesible únicamente a través de unas marismas) a un lado de la granja Balkington. Toda esa zona continúa estando restringida.

En 1943, el ejército requisó todo el término municipal, y se cuenta que la bahía albergó ensayos del desembarco del Día D. El 19 de diciembre se marcharon todos los vecinos de la aldea y también la familia Bond, que no volvería a pasar unas Navidades en el hogar de sus antepasados¹²¹. Al salir del pueblo, la señora Bond se detuvo a clavar una nota en la puerta de la iglesia: «Por favor, traten con cuidado la iglesia y las casas. Hemos renunciado a nuestros hogares, donde muchos de nosotros hemos vivido durante generaciones, para ayudar a ganar la guerra que preservará la libertad de los hombres. Algún día regresaremos y les daremos las gracias por tratar el pueblo con cuidado». Un comité del Ministerio del Interior decidió en 1948 mantener aquella zona bajo el control del ejército. Tyneham House se demolió en los años sesenta; durante la guerra la habían habitado las mujeres de la WAAF, la sección femenina de las Fuerzas Aéreas.

Toda aquella zona es ahora un campo de tiro de artillería y un parque de carros de combate propiedad del Ministerio de Defensa, y el acceso está prohibido durante la semana (el valle y la hermosa bahía de guijarros se encuentran junto al paisaje encantado de Chesil Beach). En la mayor parte de la literatura se hace referencia a la aldea como el «pueblo fantasma». En el edificio de la escuela se conservan los nombres de los niños bajo las perchas de los abrigo.

¿Y el campo de tiro de artillería? En una mañana de marzo de 1967, dos chicos de catorce años de la vecina Stoborough, cerca de Wareham, murieron víctimas del fuego de los tanques cuando se desviaron de su camino hacia East Holme; ahora se encuentra delimitado en los mapas con unas líneas rojas similares a las que James decía que rodeaban el «pozo de las lamentaciones», y ni que decir tiene que queda el lector bien advertido de que no debe cruzarlas.

El novedoso teatro de la señorita Fanny

«Ahora bien, de aparecer una forma y decirme una voz que un hombre concreto ha fallecido en un lugar específico a una hora precisa; y de no tener yo conocimiento de tal hecho ni manera de conocerlo; y de ser posteriormente demostrado de forma incuestionable este hecho con todas sus circunstancias, en tal caso me convenceré de que se me ha dado a conocer una inteligencia sobrenatural».

Doctor Johnson

Finales de enero de 1762. Un circo mediático, el primero. El viento trae noticias de la última guerra que Inglaterra libra contra España y sobre Londres ruge una tempestad, la peor en veinte años. Se hacen astillas los barcos en el Támesis, se levantan los tejados sobre los muros y la lluvia corre a raudales por los estrechos canalones de una calle detrás de la iglesia de St. Sepulchre.

En una serie de sesiones de espiritismo pregonadas a los cuatro vientos, el fantasma de una mujer repiquetea y lanza contra su marido vivo una acusación de asesinato. Atraída por el escándalo, la flor y nata de la élite se esfuerza por enterarse de los cotilleos sobrenaturales. El clero presiona en busca de información sobre el más allá. En la calle, en Cock Lane y en Hosier Lane una muchedumbre se congrega inquieta, atemorizada y embriagada de ginebra. Los periódicos están en pie de guerra, se quitan los columnistas los unos a los otros, publican exclusivas valiéndose de una forma primitiva de periodismo de talonario que paga a cambio de historias y les roban los escritores a las demás publicaciones. Los dibujantes trazan unos grabados satíricos meticulosamente detallados, mofándose de los crédulos, entre el negruzco humo de las velas; los vendedores ambulantes ofrecen versos malos en la calle. Todo es ruido, todo es confusión. Camino del lugar que estaba «a la última»¹²², Horace Walpole tiene la ocurrencia de decir que el fantasma, más que una aparición es una audición, porque hace ruidos y jamás se digna a materializarse. Se diría que el fantasma de Cock Lane fuese una manifestación monstruosamente amplificada de las calumnias, la embriaguez y los engaños del siglo xviii.

Ahora todo es tranquilidad en esta calle, un pasaje olvidado en una zona de ajeteo en Londres, demasiado insignificante como

para salir en Google Earth, todavía oscura y con una pendiente pronunciada por el oeste que desciende a lo que antes era la orilla del río Fleet, hoy soterrado. La casa exacta se demolió en los años sesenta. Al norte se encuentra el histórico mercado de Smithfield, y al sur, el Old Bailey¹²³ marca el lugar donde se alzaba la prisión de Newgate. Nada más doblar la esquina y entrar en Cock Lane, uno se siente como si penetrase en un osario.

Por debajo, tal y como revelaron las excavaciones de los años noventa, discurren unos antiguos canales del mercado de Smithfield, hay enterramientos romanos, huesos de animales domésticos, desperdicios de los comercios agremiados de carnicería, jirones de piel y zapatos de cuero. La sangre del ganado continúa enriqueciendo el suelo en nitratos, y por todas partes hay semillas muertas de plantas, como las sardonias que crecían junto a las alcantarillas de los mataderos. En el extremo este se encuentra el hospital de St. Bartholomew, del cual se dice que está encantado por el fantasma de su fundador, Rahere, un comediante ambulante del siglo xii que tomó los hábitos, al que aún ve de forma ocasional algún insomne paciente de cáncer en el ala del hospital que lleva su nombre.

En 1759, una pareja de apariencia respetable se alojó con la familia Parsons —de clase obrera— en la calle de Cock Lane, justo a las puertas de la antigua muralla de la Ciudad de Londres. Sin embargo, William Kent y Fanny Lynes tenían un secreto: vivían en pecado. Ambos eran impulsivos y temerarios, ambos procedían de familias de comerciantes de clase media de Norfolk. Fanny había huido para estar con Kent.

Kent había heredado algo de dinero y había comprado una casa en Clerkenwell, pero las reformas se estaban dilatando. Hacía unos días que los habían echado de su alojamiento después de que Kent tuviese una disputa con su arrendador; Fanny estaba embarazada y se enfrentaban a una crisis al respecto de dónde alojarse. Sucedió entonces que cruzaron unas palabras con el amable secretario de la parroquia¹²⁴, Richard Parsons, cuando este los conducía hasta uno de los bancos de la iglesia de St. Sepulchre-without-Newgate en una mañana de domingo, y en cuestión de días se habían trasladado a la estrecha casa baja situada en lo que sería el número 21 de Cock Lane.

En un arrebató de gratitud, Kent le prestó a Parsons una suma de dinero. Los fenómenos comenzaron justo el mes en que vencía aquel

préstamo, y fueron su impago y la amenaza de un chantaje lo que acabaron desembocando en una demanda judicial.

Richard Parsons era un personaje: no es que fuera especialmente malo, pero bebía demasiado y, en consecuencia, siempre andaba corto de dinero. Estaba casado y tenía dos hijas; una de ellas, Betty, se convertiría en la estrella del «novedoso teatro de la señorita Fanny», que es el nombre con que un panfleto satírico apodararía al fantasma de Cock Lane.

Cock Lane no era un lugar apacible. Había constantes ruidos y olores procedentes de Smithfield, por aquel entonces el mayor mercado de ganado, aves de corral y porcino de toda Gran Bretaña; los martes y los viernes, los arrieros traían cientos de animales a la ciudad desde los alrededores de Londres, y a veces se equivocaban y doblaban por Cock Lane. Leemos en *Oliver Twist* que Smithfield se encuentra atestado de «individuos sucios, escuálidos, sin lavar ni afeitarse», y en *Grandes esperanzas*, Pip se siente mancillado por su proximidad: «Aquel lugar ignominioso, todo sucio de porquería, sangre, grasa y espuma, parecía adherirse a mí».

Los lamentos y el barullo de la prisión de Newgate, los últimos alientos de heridos y enfermos en el hospital de St. Bartholomew (una de cuyas matronas acogería uno de los eventos públicos que se celebraron y en los cuales se interrogaba al fantasma y se interpretaban sus golpes), el chorreo y la matanza de Smithfield, el tañido de las campanas por los condenados en St. Sepulchre... El estímulo auditivo y sensorial debía de ser sobrecogedor.

Parsons era cliente habitual del pub que había al final de Cock Lane, el Wheat Sheaf. Por lo visto, pasaba allí mucho tiempo. Al observar todas las pruebas varios siglos después, parece bastante claro que el fantasma de Cock Lane fue una broma de bar que acabó yéndose de las manos a su creador, una gracia de borrachos que fue creciendo de manera exponencial a lo largo del año siguiente. El alcohol tiene un papel muy destacado en esta historia; estamos en el Londres que muestra el grabado de Hogarth *La calle de la ginebra*, un lugar en el que toda una generación de londinenses se emborrachaba de manera súbita y permanente a base de licores baratos. Parsons estaba borracho. La muchedumbre ante su puerta estaba borracha. Las sesiones de espiritismo, parece bastante claro, eran patochadas ebrias, un alboroto de sombras chinescas, con la familia Parsons regodeándose en su papel protagonista en aquella opereta fantasmagórica.

Una vez que se habían instalado en la casa de Parsons, Kent solía dejar a Fanny sola e infeliz en Cock Lane mientras él iba a ganarse la vida. Fue en una de estas ocasiones cuando se oyó por primera vez al fantasma de Cock Lane. En la tristeza de su soledad nocturna, Fanny le había pedido a Betty Parsons, de doce años por entonces, que le hiciese compañía en el dormitorio de la primera planta. Fanny Lynes era una mujer delicada y apasionada cuyas cartas a Kent —al que había ayudado a superar la muerte de su esposa, la propia hermana de Fanny, y a continuación la muerte de su hijo de dos meses— revelan sin embargo ciertas tendencias obsesivas.

No tardó Fanny en sentirse inquieta a causa de unos golpes y arañazos. Jamás llegaremos a saber por qué empezó Betty Parsons a hacer aquellos ruidos, pero es prácticamente seguro que lo que pretendía era llamar la atención. Sus llamadas de madrugada a Richard Parsons parecen revelar las perturbadas proyecciones de una sensibilidad febril e hiperactiva. No hay pruebas de que estuviese trastornada; es más, teniendo en cuenta la presión a la que se vería sometida después aquel año, parece bastante equilibrada.

Al principio, Richard Parsons actuó prácticamente como lo hubiese hecho cualquiera en semejantes circunstancias. Investigó los ruidos de manera racional, buscó la presencia de ratas tras el revestimiento de la pared y estudió los ruidos producidos por su vecino, un zapatero remendón. Sin embargo, a Fanny no le convencía ninguna de esas posibilidades. ¿Por qué iba a estar trabajando el zapatero en domingo? Aquel fenómeno inicial, que Fanny estaba segura de que era obra de su fallecida hermana Elizabeth que regresaba para reprenderla por haber huido con su marido, duró varias semanas. No está claro si el fantasma seguía aún activo cuando a William Kent se le agotó por fin la paciencia en enero de 1760, pero desde luego que sí se le agotó cuando se cumplieron los tres meses de retraso en el primer pago de su préstamo de doce guineas. Parsons afirmó que no tenía ninguna intención de pagarle a Kent el dinero; es más, si este insistía en pedírselo, él revelaría la situación entre Kent y Fanny. Dado que Kent había tenido un hijo con Elizabeth, según la ley canónica no podía casarse con su hermana Fanny. El hijo de ambos sería ilegítimo.

El hecho de que William y Fanny se vieran bruscamente puestos de patitas en la calle Cock Lane con su ropa y sus efectos personales resultó ser una catástrofe para Fanny, quien poco después contrajo

la viruela; falleció al cabo de unas semanas. La poca información que tenemos sobre ella deja claro que Betty Parsons había creado un fuerte vínculo con Fanny, y todo cuanto pasó a continuación se puede achacar a dicho vínculo, en especial su ira infantil hacia Kent, cuya conducta la había apartado de Fanny. Todo lo que le quedaba de Fanny a la niña eran los golpes de su hermana muerta Elizabeth y, pasado un tiempo y en un extraño caso de morfología emocional, la voz de Fanny clamando justicia.

Durante la mayor parte de 1760 se continuó identificando al fantasma como Elizabeth. Fanny se estaba muriendo no muy lejos de allí, y a Parsons le dio por hacer diabluras. Decidió gastarle una broma al dueño del pub Wheat Sheaf, James Franzen, que sentía un terror anormal y patológico en presencia de lo que él creía que eran espíritus; es más, en el posterior juicio se quedó paralizado de miedo con tan solo recordar sus experiencias, aunque le estuvieran exponiendo el fraude ante sus ojos en aquel mismo instante.

Una noche, Parsons convenció a Franzen para que se acercase por el 21 de Cock Lane. Una vez que Franzen se hubo aposentado en la cocina y después de que la señora Parsons le hubiera dicho que su marido no estaba en casa, el secretario de la parroquia corrió escaleras arriba cubierto con una sábana. La participación de Betty en aquella broma —en tanto que impidió físicamente que Franzen persiguiese al fantasma— y la manera en que la señora Parsons fingió que su marido no estaba en casa demuestran, como mínimo, que la familia estaba encantada de darle vida a aquella historia. El fasmofóbico Franzen salió corriendo de allí en una profunda agitación y verdaderamente aterrorizado. Tan solo unos minutos después, Parsons irrumpió en la cocina del Wheat Sheaf, lugar en el que se había refugiado un Franzen blanco como la pared. Su exigencia de una copa grande de brandy, ya que él también había visto el fantasma, deja bien a las claras lo que Parsons pretendía sacar de todo esto. Empinar el codo gratis era justo lo que necesitaba.

El 2 de febrero de 1760, Fanny Lynes sufrió una muerte dolorosa y difícil, y durante el resto del año persistieron los golpes y los arañazos en el número 21 de Cock Lane, a menudo con gran violencia e intensidad. En aquella época, Betty comenzó a sufrir ataques con convulsiones. Se trata de un detalle secundario, aunque importante. Parece posible que la muerte de Fanny afectase profundamente a la niña. Betty estaba muy unida a su padre, pero

debió de darse cuenta de que había sido su decisión de expulsar a Fanny de Cock Lane lo que acabó conduciendo a su temprana muerte.

Las alteraciones hicieron que se marchase otro inquilino, y otro vecino también se quejó. Parsons hizo venir a un carpintero para que arrancase los revestimientos de las paredes, lo cual sugiere que seguía sin tener ni idea de qué o quién andaba detrás de los ruidos. Pasó el tiempo. El fantasma se hizo famoso en los alrededores, una historia sin duda alimentada por Franzen, quien quizá se dedicase a darles la tabarra a todos y cada uno de los clientes que entraban al Wheat Sheaf en busca de un trago. Se produjo después un largo periodo de calma.

¿Por qué reapareció el fantasma? Ya habían pasado casi dos años desde que William y Fanny se marcharon de Cock Lane. El fantasma había continuado una temporada sin ellos y luego se había desvanecido. Todos los dedos volvían a señalar hacia la profunda y pertinaz agitación de Betty, que ya era una adolescente. La figura de la joven adolescente persiste en cualquier caso de poltergeist que se precie, y es que la pubertad y el sentimiento de culpa son una combinación potente. Tal vez la respuesta al resurgir de los golpes se encuentre en una información que llegó a oídos de los Parsons a comienzos de noviembre de 1761. Se enteraron de que William Kent se había vuelto a casar y de que el hermano de Fanny le había puesto una demanda por cuestiones de dinero. De repente, la antipatía hacia él se vio de nuevo inflamada.

Los ruidos regresaron cuando la familia Parsons descubrió estos nuevos detalles, que, por alguna razón, les inquietaron y reforzaron la mala opinión que tenían de aquel hombre. En una visita que Franzen hizo a la casa encantada, los Parsons le contaron que el fantasma en realidad era Fanny, y no Elizabeth. En su percepción de algún enrevesado desaire y siguiendo la máxima de que jamás se perdona a quien juzgamos mal, la familia había visto la oportunidad de perjudicar a Kent de alguna manera, aunque esta fuese incoherente y no estuviese planificada. ¿Qué serían aquellos ruidos que oían los alumnos de la escuela benéfica de enfrente? ¿Serían tal vez los golpes y las sacudidas intencionadas de una adolescente convencida de que su amiga había fallecido abandonada por su detestable esposo, o acaso se trataba de las involuntarias sacudidas provocadas por un ataque de epilepsia?

Otro tipo de gente reparó entonces en los ruidos. El reverendo John Moore daba sus sermones en la iglesia de St. Sepulchre, de manera que así hubo de conocer a Richard Parsons, aunque solo fuera como empleado. Moore estaba relacionado con la escuela religiosa benéfica de Cock Lane y, cuando supo del fantasma de la casa de enfrente, fue de inmediato presa de una gran curiosidad. Visitó el número 21 de Cock Lane y preguntó a la familia acerca del fantasma. Sería más o menos entonces cuando Parsons le expuso su teoría: que el marido de Fanny Lynes la había envenenado y que el fantasma de la joven había regresado a la tierra en busca de venganza. Qué más daba que no hubiese muerto en Cock Lane. Betty era su intermediaria.

Aquella información fue como una descarga eléctrica para el «Ordinario de Newgate» (esta descripción de Moore era una afilada agudeza de Horace Walpole, ya que el verdadero juez «Ordinario de Newgate» era un tal Stephen Roe, y *The Ordinary of Newgate's Accounts*¹²⁵, con su morbosos registro de las confesiones de los delincuentes, era un éxito de ventas año tras año). En poco tiempo Moore perdió todo sentido de la proporción e instinto de supervivencia. Diversas razones culturales específicas explican el hecho de que pareciese tan excesivamente crédulo. A pesar de su puesto como rector invitado en una de las iglesias más antiguas de Londres, Moore era una especie de pensador moderno que tendía hacia la recién instaurada religión del metodismo.



12. El antiguo dormitorio donde tuvieron lugar las fantasmales «audiciones» de Cock Lane, pintado muchos años después.

Las disciplinadas filas del clero se mostraban totalmente escépticas ante esta nueva manera de pensar y entre las élites había un cierto desdén hacia su tendencia a complacer a la chusma. Sin embargo, lo más curioso del metodismo en este periodo es su absoluta convicción al respecto de la realidad de lo sobrenatural, un rasgo característico de su fundador, John Wesley, y de las experiencias con los poltergeists en su infancia¹²⁶.

Cualquier clérigo que fuese capaz de demostrar más allá de toda duda que los muertos constituían una fuerza activa que perduraba, observaba a los vivos y se agitaba en busca de justicia, se convertiría en una estrella en el firmamento metodista. Aunque en sus actos no hay ninguna prueba de que Moore fuera un hombre jactancioso, sí tuvo que ser consciente del potencial y glorioso premio que le aguardaba. Su decisión, tras una sesión de espiritismo, de creer en la veracidad de la familia Parsons y de aceptar que la sombra de Fanny Lynes estaba acusando a su marido de asesinarla con una bebida envenenada le supuso la ruina y lo condujo a su muerte prematura. Se trataba de un acto monumental de insensatez por parte de un hombre bien formado. Es como si el asunto del fantasma de Cock Lane hubiese contaminado a todo

aquel que entrase en contacto con él; era una criatura maligna.

Algunas versiones¹²⁷ sostienen que Parsons acudió a Moore con la historia del fantasma, pero el análisis más reciente y factible¹²⁸ nos habla de la situación inversa. Resulta una diferencia crucial; la familia Parsons estaba inmersa en su pequeño psicodrama particular con sus vecinos y amigos, y no tenía la intención expresa de que su broma de barrio se ampliase a toda la ciudad, y no digamos ya a todo el país. Las alarmas debieron de saltar cuando Moore descubrió que Richard Parsons, poco después de Navidad, ya estaba cobrando una entrada para presenciar las sesiones de espiritismo.

En el primero de toda una serie de errores de cálculo (guiado por el razonamiento bastante acertado de que el hecho de cobrar una entrada con todo el descaro del mundo arrojaría una inmediata sombra de duda sobre la veracidad del fenómeno), Moore le ofreció a Parsons un estipendio procedente de St. Sepulchre y de una cuenta bancaria metodista independiente; más adelante le ofrecería la posibilidad de acceder a un puesto mucho mejor remunerado en el templo metodista de la plaza londinense de Cambridge Circus. Moore ya se había implicado hasta el cuello con los Parsons. Y lo lamentaría más adelante. ¿Qué había encontrado Moore que le parecía tan convincente? Todas las narraciones de las sesiones de espiritismo nos pintan un cuadro similar. A Betty y a su hermana Anne las metían juntas en una cama; una sola vela de sebo lucía en un extremo, de manera que la estancia se hallaba oscura, en penumbra. Sus padres se sentaban cerca. Los asistentes —hasta veinte personas, por lo general— subían hasta el cuarto y se sentaban alrededor de la cama, que solía estar en el centro de la habitación. Las sesiones comenzaban a las diez en punto y era habitual que durasen toda la noche. Para empezar, Mary Frazer, una amiga de la familia con amplia reputación de alborotadora, hacía las veces de maestra de ceremonias y se comportaba muy al estilo de la típica médium en aquella «pantomima», como lo llamó Walpole.

Se escuchaban varios arañazos, descritos en una ocasión como si un gato juguetease con una silla de mimbre, además de una serie de golpes secos, toques de nudillos y el tamborileo de unos dedos. Moore se quedó absolutamente encandilado con lo que él creyó que era el sonido de un aleteo. En la sesión que se celebró el 5 de enero de 1762, Moore se dio a conocer con toda la autoridad espiritual de la que fue capaz de hacer acopio. Se desarrolló un sistema de

preguntas y respuestas: un golpe de nudillos para un sí, dos para un no. Se suelen pasar por alto los detalles de esta sesión, pero en ella sucedió algo muy significativo, y fue un silencio. Moore interrogaba al espíritu y le preguntó: «¿Hay alguna razón para vuestro regreso?», y se oyó un golpe. «En vida —prosiguió Moore—, ¿hubo alguien que os hiciera daño?». Se produjo otro golpe, único. «¿Os asesinaron?». Y se produjo un silencio.

El fraude salió a la luz unas seis semanas después, cuando Betty fue examinada en circunstancias controladas en una casa de Covent Garden. Había estado produciendo los ruidos con el lateral de la cama y dándose golpes en el pecho; tenía callosidades en manos y puños. No hubo ruidos mientras ella estuvo controlada. Y terminaron pillándola con las manos en la masa, sosteniendo el madero que había estado utilizando por debajo de las sábanas para generar los mensajes de ultratumba. A pesar de ello, la opinión generalizada es que toda la familia estaba implicada en la producción de los ruidos. Hasta aquel preciso momento, todos los golpes y los arañazos se habían concentrado a las claras alrededor de la cama en la que yacían Betty y Anne.

Sí, golpea Betty, hubo alguien que hizo daño a Fanny, pero cuando Moore le pregunta a Fanny si William la ha asesinado, Betty es incapaz de golpear, ya sea para decir que sí o que no. Teniendo en cuenta lo que viene después, la pregunta queda misteriosamente en el aire. Moore, desconcertado por el silencio —igual que Richard Parsons, supone uno—, formula otra pregunta: «¿Os envenenaron?». En este instante, los testigos presentes notan que los golpes se desplazan de la cama, y hay al menos treinta y un golpes que suenan por la habitación.

Los objetivos de Richard Parsons eran realmente descarados, tal y como quedó claro en las sesiones de espiritismo de las semanas posteriores. Sus nuevos ingresos le permitían gastar aún más en alcohol. Cuando William Kent asistió a una de aquellas sesiones para ver con sus propios ojos si su esposa fallecida de verdad había regresado, se volvió a producir una vacilación ante la pregunta: «¿Se ha causado algún daño físico a alguna de las personas que han vivido en esta casa?». Y otra pausa antes de responder con un golpe a la pregunta: «¿Se encuentra vuestro asesino en esta sala?». En ese momento, Parsons, que estaba sentado en la otra punta del cuarto, exclama con violencia: «¡Kent, preguntadle al fantasma si debéis ir al patíbulo!».

Después de que Moore publicase dos textos sobre sus sesiones de espiritismo en Cock Lane en un periódico nuevo, el *Public Ledger* (una interesante elección: estaba orientado hacia la emergente clase media relacionada con el comercio), Kent comenzó a reclutar aliados de inmediato: el farmacéutico y médico que había tratado a Fanny en su lecho de muerte, y el reverendo Stephen Aldrich, el hombre que ofició su funeral y entierro en Clerkenwell. Aldrich se convertiría en el más implacable de los enemigos de Parsons y en el hombre que acabaría con él, principalmente, a petición del Lord Mayor, el alcalde de Londres, por medio de la creación de un comité para examinar el caso del fantasma de Cock Lane (el comité lo formaba un ejército de nombres ilustres, entre los cuales se encontraba el doctor Johnson). La medida de la importancia de las acusaciones nos la ofrece el hecho de que Kent tuviese incluso que abrir el ataúd de Fanny y contemplar sus restos en descomposición como parte del proceso para demostrar su inocencia.

El arquitecto del fantasma de Cock Lane fue Moore, y no Parsons. Si no hubiera escrito sobre el tema y no hubiese incentivado la deshonestidad de Parsons, aquella historia jamás habría ido más allá de una broma para fastidiar al dueño del bar de la esquina. Está muy claro también que hubo quien expresó sus dudas al respecto de la autenticidad del fantasma ya en los primeros momentos, y durante las sesiones de espiritismo, y que fue Moore quien se lanzó a defender a la familia por lo menos en dos ocasiones: actuó para detener a un testigo hostil que se marchaba en plena sesión, y reinterpretó los deseos del fantasma cuando este accedió a aparecerse en la casa de Aldrich, en ambas ocasiones con el objetivo de limitar la exposición del fantasma como un fraude. Fue Moore quien le solicitó al alcalde que arrestase a Kent, y fue él quien invitó a las celebridades y a los comunes a asistir a las sesiones. A Parsons le mortificaba el modo en que aquel clérigo exageradamente serio estaba invitando a los personajes destacados a Cock Lane: debía de ser consciente de que aquello aceleraría la detección del fraude.

El fantasma de Cock Lane se apareció en un total de siete ubicaciones (solo dos de ellas en Cock Lane) y una gran cantidad de gente presenció el fenómeno: tirando por lo bajo, habría más de doscientos testigos, si es que había entre veinte y cincuenta personas en cada una de las sesiones de espiritismo casi diarias en enero de 1762. En las calles cercanas se amontonaban cientos más: un buen negocio para los pubs y las tiendas de dulces del barrio,

observa Walpole con agrado. Tanto Kent como Aldrich tuvieron problemas para llegar hasta la puerta en varias ocasiones al verse obligados a atravesar un laberinto de crédulos y boquiabiertos; además, trasladaban a Betty de un sitio a otro (incluidas dos casas en la cercana Hosier Lane y una en Crown & Cushion Court) de un modo que resultaría familiar a muchas de las celebridades modernas, con medio mundo acampado ante la puerta.

Sin embargo, sería en los medios donde se desarrollaría la historia, en especial cuando se implicó el escritor Richard James. James era un adinerado comerciante de Hosier Lane y uno de los cinco sujetos que acabaron pisando la cárcel por difamar a Richard Kent. El viernes 15 de enero de 1762, su sensacional relato de la primera sesión de espiritismo con presencia de Kent celebrada tres días antes llamó la atención de todo el mundo; al día siguiente, los periódicos locales *The London Chronicle* y *St James's Chronicle* comenzaron también a cubrir la historia. El lunes 18 el *Lloyd's Evening Post* ya estaba asimismo en el caso, y en el transcurso de la semana, en el *Daily Gazette* habían conseguido que Richard James escribiera para ellos gracias a un incentivo en metálico. Para el miércoles 20 de enero ya había estallado una guerra de tiradas a escala nacional, y tanto el *Public Ledger* como el *Daily Gazette* dedicaban grandes titulares al fantasma de Cock Lane. Por todo el país, la gente leía con enorme curiosidad sobre la sesión de espiritismo celebrada el jueves 21, que contó con la asistencia de la hermana de Fanny, Anne, a quien el fantasma le dijo que se debía examinar el ataúd de la fallecida. Aquella mañana, la familia Lynes había orquestado un ataque contra Kent en el *St James's Chronicle*.

Continuó la batalla en la prensa diaria durante la semana siguiente, y Moore publicó lo que constituye un comunicado de prensa moderno: «Ha sido tal la fatiga sufrida por el señor Parsons y su familia, que desea que su casa se libere de toda compañía por una noche». En otras palabras, que la sesión nocturna de espiritismo del lunes se había cancelado después de tres semanas de sesiones casi continuas que duraban toda la noche. El lunes era un día relevante en la parroquia: era el día en que las campanas de la iglesia de St. Sepulchre tocaban por cualquier condenado al que fuesen a trasladar al otro extremo de Londres para ejecutarlo en Tyburn. Aquel comunicado de prensa supuso el principio del fin: la clase dirigente cerraría filas contra la irresponsable familia Parsons.

Cuando Walpole llegó con el duque de York a la que sería la

penúltima sesión pública de espiritismo, celebrada el sábado 30 de mayo, ya se discutía allí mismo al respecto del alcance del fraude, y ya se había descubierto a Betty mientras fingía dormir durante una sesión especialmente tumultuosa el viernes 22.

El sábado 23 tuvo lugar la visita de todos los personajes destacados de la oficina municipal de Guildhall, y también la primera intervención de las fuerzas del orden, cuando el alcalde dio la orden de que se sacase a la pequeña Betty de Cock Lane y una comisión de testigos imparciales la examinase. Aquella mañana, Aldrich había publicado un ataque crítico sobre la «veracidad del autor de los golpes» en *The London Chronicle*. La sesión de espiritismo de esa noche no salió bien; el reverendo Aldrich, envalentonado ahora, ordenó a una doncella que se tumbase sobre el cuerpo de Betty en la cama para impedir cualquier trampa y, en consecuencia, no se oyó fantasma alguno. Al día siguiente, Parsons hizo cuanto pudo para impedir que Aldrich se llevase a su hija, pero debía de ser consciente ya de que el juego se había terminado.

El lunes hubo un comunicado de prensa de Moore y un ataque de Aldrich en el *St James's Ledger*. El martes, Parsons devolvió el golpe en el *Public Ledger*, y el miércoles fue Aldrich quien publicó otra réplica en el *Lloyd's Evening Post*. No está claro el motivo de que estos intercambios fueran saltando de un periódico a otro, pero es probable que tuviese algo que ver con los plazos de entrada en imprenta. La batalla daría un paso más con las últimas ediciones del día 2 de febrero, en las que se incluyó de manera apresurada el informe del doctor Johnson acerca del examen al que se había sometido a Betty en la casa que el reverendo Aldrich tenía en Clerkenwell, con el fin de contrarrestar el ataque preventivo que Parsons había lanzado en el *Public Ledger* aquella misma mañana.

En una extraordinaria escalada, Parsons ofreció una explicación de cuanto había presenciado el comité el lunes por la noche, cuando, en un emocionante giro, este se había trasladado a la cripta de la iglesia de St. John, en Clerkenwell, después de que el fantasma dijese a base de golpes que se comunicaría desde el interior del propio ataúd de Fanny Lynes. Parsons se había atrevido a acusar a los ocho miembros del comité —entre los cuales se encontraba el conde de Dartmouth¹²⁹, además de los mencionados Aldrich y el doctor Johnson— de haber robado el cadáver de Fanny de su propio ataúd, y al comité no le quedó más remedio que abrir el ataúd aquel lunes 25 de enero para disipar los rumores. El *St*

James's Chronicle informó de que había sido una «visión impactante y horrible», y expresó su compasión por Kent y el «pútrido objeto que tenía ante sí».



13. «Credulidad inglesa, o el fantasma invisible»: una viñeta de la época que ridiculizaba a la flor y nata de la sociedad que había acudido corriendo a experimentar el fenómeno del fantasma de Cock Lane en primera persona.

A estas alturas ya había señales de exasperación en quienes detentaban el poder, que además reconocían que aquello se estaba convirtiendo en un problema importante de orden público. La gente seguía teniendo fresco el recuerdo del caso de Elizabeth Canning, quien diez años atrás había afirmado que la habían tenido secuestrada durante un mes. Se la vio en Dorset durante aquel mes y se demostró que lo había inventado todo. Sin embargo, el populacho no aceptó el veredicto de culpabilidad del juez y se produjo una revuelta. En la primera semana de febrero de 1762, John Fielding, magistrado de Bow Street, ya advertía a un vecino de Broad Street de que sus cuentos sobre un fantasma que daba golpes —otro nuevo— le conducirían directamente a darle golpes al «cáñamo en la prisión de Bridewell»¹³⁰.

«El populacho» en general era un elemento que infundía temor a los gobernantes londinenses. Veinte años después, las revueltas de Gordon causarían estragos y destrozos por toda la capital¹³¹. Un

visitante alemán describía así la turba que en 1770 se formó en Ludgate Hill después de que el político radical John Wilkes fuese liberado de la cárcel: «Medio desnudos, hombres y mujeres, niños, deshollinadores, quincalleros, moros y hombres de letras, verduleras y damas elegantes, todos aquellos seres embriagados por su propio antojo y desatados de alegría entre gritos y risas». Y eso cuando estaban de buen humor.

A mediados de febrero se acabó lo que se daba para el fantasma de Cock Lane y para la familia Parsons. Ahora eran otros los sectores que se lucraban con el asunto. En la obra del West End *Apolo y Dafne* se mofaban del fantasma. La joven Betty fue trasladada el 12 de febrero a la casa de un tal Daniel Missiter, de quien se sabe muy poco, salvo que mostró una extremada diligencia a la hora de desmontar el fraude.

Una vez que se alejó a la chica de aquel lugar, el hechizo desapareció. De manera implacable, durante ocho noches seguidas, Missiter sometió a la muchacha a una intensa vigilancia y estudio, y en un momento dado la ató con las piernas separadas. El fantasma, como no podía ser de otra manera, no se manifestó.

A partir de aquel instante, la principal presión fue de carácter psicológico. Missiter le contó a Betty que su padre iría a la cárcel si no regresaban los ruidos. Observaron entonces a Betty a través de un agujero en la puerta y la vieron buscar por toda la habitación hasta que encontró una tabla de madera junto a la chimenea, sobre la que había una tetera. La escondió debajo de las sábanas. De sobra conocedor de cuanto había hecho la chica, Missiter dejó que empezase a producir los ruidos de arañazos del fantasma de Fanny antes de lanzarse y arrancarle las sábanas de un tirón. El telón cayó por fin sobre el escenario del fantasma de Cock Lane. Al día siguiente, el alcalde dictó las órdenes de arresto de Moore, el matrimonio Parsons, Richard James y Mary Frazer. Kent le había ofrecido a Moore la oportunidad de una retractación pública, pero, ambiguo y confundido en plena negación del derrumbe de su gran proyecto, Moore declinó la oferta. El año que pasó en la cárcel minó tanto su salud que falleció unos pocos años después.

Aquel mes de marzo, Oliver Goldsmith publicó *The Mystery Revealed* («El misterio revelado»). Semanas después, el poeta Charles Churchill publicó «El fantasma», y Hogarth hizo una modificación de un grabado que tituló *Una mezcla de credulidad, superstición y fanatismo*. En la esquina superior derecha hay una

combinación de un afilador de navajas con una aldaba de una puerta, y ahí está el fantasma de Cock Lane; en el púlpito —decorado con fantasmas teatrales de sobra conocidos, incluido el de Julio César—, un predicador maneja las marionetas del diablo y de una bruja a lomos de una escoba. El reverendo Moore no está representado como un simple chivo expiatorio, sino en el centro del engaño, moviendo los hilos de aquellos trucos de teatro.

Tampoco salió bien parado el pobre doctor Johnson: la obra *The Orators* («Los oradores»), de Samuel Foote, lo ridiculizaba en el escenario (a partir del mes de mayo se produjo un aluvión de obras relacionadas con el tema, incluida la burda comedia *The Farmer's Return from London* —«El campesino regresa de Londres»—, en la cual un palurdo hace reír a su familia cuando les cuenta que ha asistido a una sesión de espiritismo con un fantasma que daba golpes. David Garrick, el gran actor del momento, interpretó el papel protagonista). Daba igual que Johnson hubiera formado parte del comité que destapó el fraude; se había mostrado dispuesto a creérselo. Años después, cuando Boswell se lo pidió, Johnson se negó a comentar el tema del fantasma de Cock Lane.

El sábado 10 de julio, tras quince minutos de deliberaciones, el veredicto del jurado declaró culpables a todos los acusados. Los cinco fueron encarcelados hasta que reuniesen el suficiente dinero para compensar a Kent por los daños sufridos. Aquello supuso que tres de ellos permanecieran en la cárcel hasta el 13 de febrero de 1763, cuando James y Moore consiguieron reunir con dificultades las trescientas libras de la sentencia más las ciento ochenta y ocho de las costas. Mary Frazer continuó entre rejas otros seis meses más, y Elizabeth Parsons la acompañó con una condena extraordinaria de trabajos forzados. A Richard Parsons le cayeron otros dos años y tres sesiones de humillación pública en la picota. El 16 de marzo lo exhibieron con los grilletes en Cock Lane. Los vecinos del barrio, en lugar de tirarle piedras y fruta podrida, pasaron un sombrero e hicieron una colecta para su familia.

El castigo iba camino de convertirse en una de las características del barrio. Veinte años después, los condenados no tenían ya que recorrer los kilómetros que separaban Newgate de Tyburn: habían levantado el patíbulo para las ejecuciones justo al lado de la iglesia de St. Sepulchre, a tiro de piedra del lugar donde habían amarrado a Parsons a una picota. Dickens presencié uno de aquellos ahorcamientos, en 1807, y aquella vivencia de la turba de Snow

Hill, a unos metros de Cock Lane, contribuyó a su eterno pavor a las muchedumbres descontroladas y agresivas. Seguro que algunos de los presentes en aquel populacho dickensiano habían acudido a ver el fantasma de Cock Lane.

Todos los implicados directos en el asunto del fantasma de Cock Lane desaparecieron de escena poco después de que se cerrara el caso. Había muchos William Kent en Londres, pero es posible que fuera él quien más adelante regentó un negocio editorial en Holborn. Parece que no vivió demasiado; su viuda se volvió a casar en 1785 en la iglesia de St. Anne, en el Soho. La familia Parsons se mantuvo unida, muy en la línea que llevaban antes de ser encarcelados. Moore falleció en 1768, con tan solo treinta y cinco años.



14. Una mezcla de credulidad, superstición y fanatismo, de Hogarth.

Dos años después de la conclusión de aquel asunto, Horace Walpole publicó *El castillo de Otranto*. Todos los relatos modernos de temática sobrenatural proceden de esta obra, y no es descabellado pensar que el interés del autor por lo sobrenatural, dejando de lado todas sus peculiaridades, se viese incentivado por el engaño de Cock Lane.

Un siglo más tarde, los vendedores callejeros seguían ofreciendo panfletos morbosos que relataban la historia con todo detalle, y mucha gente de la zona continuó creyendo en la veracidad del fenómeno y también que las autoridades no habían hecho sino protegerse. Betty se casó dos veces, pero murió joven, en el distrito

de Chiswick. Le encantaba demostrarle a cualquiera que se lo pidiese cómo con una serie de golpecitos y arañazos bien calculados había tomado el pelo a todo un país durante unas pocas y disparatadas semanas de hacía ya tantos años.

Unas sanguijuelas y el espejo del cerebro

«Ver un fantasma es, ipso facto, motivo de atención médica».

Charles Ollier, 1848

El diagnóstico fue un mareo violento.

El librero berlinés Friedrich Nicolai tenía una costumbre, y esa costumbre era acudir al médico dos veces al año para que lo sangrase. Las sangrías eran un tratamiento absolutamente normal en la época: un aristotélico ajuste de los humores corporales a base de abrir una vena y dejar que una determinada cantidad de sangre cayese en una palangana. Por el motivo que fuese, Nicolai faltó a su habitual cita de finales de 1790, y aquella ausencia de la consulta del médico tendría consecuencias de largo alcance.

Unos años más tarde, en 1799, Nicolai compareció ante la Real Sociedad de Berlín y leyó un ensayo titulado «Memoria sobre la aparición de espectros o fantasmas ocasionada por la enfermedad, con observaciones psicológicas». En él describía un incidente bastante notable. Se encontraba en su nueva casa de Brüderstraße¹³² en una mañana de 1791, al parecer en un periodo de estrés y depresión, cuando alzó la mirada y vio un fantasma cerca de él, de pie en la habitación, tan claro como el agua. Sin embargo, su mujer, que se hallaba con él en el mismo cuarto, no lo vio. Lejos de aterrorizarse, Nicolai tomó la fría determinación de estudiar el fenómeno del modo más objetivo que tuviese a su alcance.

Así continuó durante unas pocas semanas, hasta que las apariciones comenzaron a hablarle, y todo apunta a que aquella experiencia resultó excesiva. En abril fue a ver a su médico habitual para que le hiciese una sangría, y este le aplicó sanguijuelas en el ano. Transcurridos unos pocos minutos de aquel proceso en la sala de operaciones, la sospecha de Nicolai quedó confirmada: mientras las sanguijuelas hacían su trabajo, las alucinaciones comenzaron a desvanecerse, hasta que, llegado el anochecer, los fantasmas habían desaparecido por completo.

Cuando en 1803 las observaciones de Nicolai se tradujeron al inglés bajo el título de «A Memoir on the Appearance of Spectres or

Phantoms occasioned by Disease, with Psychological Remarks», el estamento médico británico se las tomó muy en serio. La gente que veía fantasmas no era necesariamente sospechosa en el aspecto moral, ni débil en el intelectual, ni tampoco eran enfermos mentales, como se pensaba con anterioridad; sufrían una destemplanza, sin más, que podría afectar a cualquiera. Realmente, todos alababan la decisión de Nicolai de no creerse aquello que tenía ante sí. La siguiente fase, ya en el mundo anglosajón, tuvo lugar en Manchester.

El médico de Manchester John Ferriar publicó *An Essay towards a Theory of Apparitions* («Un ensayo como contribución a una teoría de las apariciones») en 1813, donde hacía la observación perfectamente razonable de que no tenía ningún sentido hacer como si la gente no viera fantasmas, porque estaba claro que los veía. Su sofisticada teoría giraba en torno a los modos de percepción y a la manera en que el cerebro genera gran parte de lo que nosotros creemos que vemos de forma objetiva. Ferriar tenía la certeza de que los fantasmas se podían explicar por medio de una «renovación de las impresiones externas», que básicamente se decantaba por un trastorno en la percepción más que en su procesamiento. El proceso cognitivo continuo con el que el cerebro envuelve las percepciones visuales podría, según Ferriar, situar un recuerdo en una experiencia visual activa. Podríamos «ver» un recuerdo que no está funcionando como debe.

Fue otro médico, Samuel Hibbert, quien profundizó en las teorías de Ferriar en 1824 en su libro *Sketches of the Philosophy of Apparitions; or, an Attempt to Trace Such Illusions to their Physical Causes* («Ensayos breves sobre la filosofía de las apariciones; o un intento de llegar hasta las causas físicas de tales ilusiones»), que sitúa a los fantasmas en la misma categoría que los sueños involuntarios en estado de vigilia. Hibbert decía que los fantasmas se suelen aparecer con una vestimenta contemporánea o atemporal porque se generan en la mente de quien los ve, que es una persona especialmente perceptiva. Un espiritista replicaría que la mente viva estaba vistiendo al espíritu muerto, sin más.

Lo cierto es que la cuestión de la ropa de los fantasmas —si van vestidos o no, y con qué ropa, si es que la llevan— constituye un interrogante que se remonta por lo menos a los tiempos de Thomas Hobbes, quien lo planteó en 1651 en *Leviatán*. En 1762 se publicó *Anti-Canidia*, un ataque racionalista de autor anónimo contra la

creencia en lo sobrenatural que afirmaba que las almas iban desnudas con toda seguridad; los fantasmas no necesitaban ropa para protegerse del frío. En 1856, un columnista meditaba en el *Saturday Review* sobre la idea de que la ropa propiamente dicha tuviese su fantasma, y se mofaba diciendo: «Todos aquellos calcetines que jamás regresaron a casa con la colada, todas las botas y zapatos que abandonamos maltrechos en este o en aquel abrevadero, todos esos viejos sombreros que en su día regalamos a los niños que nos barren la calle al cruzar [...] menuda idea del Cielo: una interminable tienda de ropa vieja».

Durante muchos años se supuso que los fantasmas se aparecían con la ropa con la que se fueron a la tumba —es decir, la mortaja— y, en consecuencia, esa es por lo general la manera en que se representa a los fantasmas en los folletines de los siglos xvii y xviii (de hecho, se enterraba a los muertos tan solo con esa sábana; no habría ataúd a menos que uno fuese rico).

Uno de los personajes pioneros de la Society for Psychical Research, Eleanor Sidgwick, descubrió que, cuando se les planteaba la cuestión de la ropa a las personas que afirmaban haber visto fantasmas, estas no eran capaces de recordarla de manera específica, como si los fantasmas llevasen una ropa que no estuviera adscrita a «ningún periodo en particular». Tampoco solían lucir el atuendo que llevaban en el momento de la muerte, es decir, el camisón.

George Cruikshank, ilustrador de Dickens, tenía mucha experiencia en la materia, y en 1863 publicó una invectiva lamentándose del «flagrante absurdo» que suponía que los fantasmas «luzcan atavíos»; Ambrose Bierce escribió también sobre aquello y recurrió a ideas similares en un debate sobre la armadura que llevaba el fantasma en *Hamlet*. La espiritista conocida como señora de Newton Crosland propuso una «teoría fotográfico-espiritual» para explicarlo, según la cual todos y cada uno de los momentos de la realidad tienen su propia instantánea a la que se puede acceder en determinadas circunstancias, mientras que otros argumentaban, básicamente, que los objetos inanimados sí que poseían algo que se parecía a un alma. El excéntrico geólogo victoriano William Denton fue tan lejos como para postular que la propia indumentaria de Nicolai había generado sus experiencias fantasmales, y que Nicolai poseía poderes psicométricos, es decir, la capacidad de captar vibraciones e imágenes de objetos en

apariencia inanimados. Sin embargo, esta idea de que los profesionales del escepticismo son en realidad personas con poderes psíquicos que se odian a sí mismas aún se oye por ahí hoy en día¹³³ y en el pasado se decía del mismísimo Harry Houdini: Conan Doyle siempre insistió en que realizaba actos psíquicos de manera inconsciente, aun cuando profesaba un escepticismo activo.

En realidad, Nicolai no era un *Buchhändler* normal y corriente, sino que participaba bastante en los círculos filosóficos de cierta élite en la época y era miembro de la sociedad de los Illuminati (fundada en 1776), igual que Goethe, casualmente. Nicolai era también un editor acaudalado y militante de la Low Church¹³⁴, lo cual significaba que jamás aceptaría la existencia de los fantasmas. En la nueva hornada de autores y pensadores alemanes, eran muchos, incluido Immanuel Kant, los que lo miraban con gran recelo y lo tenían por un creador de opinión conservador y altivo, y no era tampoco amigo de los románticos. Resulta curioso, por tanto, que se le considere la fuente de todo el escepticismo moderno sobre los fantasmas, y más curioso aún que aquel tratamiento médico al que se sometió y le curó de sus alucinaciones carezca de todo fundamento científico.

Muchos tratados y estudios seguirían su estela. Gran parte del trabajo más avanzado se llevó a cabo en Francia. En la década de 1830, Jean-Étienne-Dominique Esquirol trabajó en la diferenciación de las alucinaciones y las ilusiones. Su *Tratado completo de las enajenaciones mentales* (1838) planteó la cuestión de la ausencia de sorpresa en los individuos cuando se les mostraban sus propias y en apariencia repentinas alucinaciones. Le fascinaba que los ciegos, al parecer, pudieran tener alucinaciones visuales, así como la capacidad que poseían algunos para soñar mientras estaban despiertos. El estamento médico escocés tomó el testigo con gran entusiasmo; el médico de Glasgow Robert MacNish, eludiendo el chiste fácil sobre los espíritus¹³⁵, consideraba que las «ilusiones espectrales» no eran más que un síntoma de *delirium tremens*.

Robert Paterson, médico de Edimburgo, mencionaba a una paciente de clase media alta que había sufrido la alucinación de ver a su padre durante nada menos que treinta minutos; su diagnóstico se basó en la idea de una mala digestión, o quizá la congestión de las «membranas cerebrales». Walter Scott, quien mantuvo una compleja relación con lo sobrenatural, al igual que Dickens, afirmó en la década de 1830 que la mayoría de las visiones de fantasmas

implicaban «un cierto grado de aberración mental». Entre 1830 y 1850, daba la verdadera impresión de que la creencia en los fantasmas se estaba extinguiendo, y de que la ciencia y el sentido común habían derrotado por fin a los espectros.

Fue otro médico quien, sin pretenderlo, reverdeció el negocio de los espíritus. Hijo de un guarda forestal de Suabia, Frank Mesmer nació en 1734. Creía firmemente en la influencia de los cuerpos planetarios sobre el físico humano. A pesar de su formación en derecho y en medicina, el estamento médico lo consideraba un excéntrico. Aun así, su matrimonio en 1768 con una adinerada viuda diez años mayor que él lo convirtió en alguien lo suficientemente rico como para ser mecenas de Mozart. En la década de 1770, Mesmer se fue interesando cada vez más por el uso de los imanes para mejorar la salud, y fue cuando empezó a preocuparle toda esa idea de unas fuerzas ocultas que tenían una poderosa influencia en la constitución física del ser humano. Creía que el hecho de pasar sobre el cuerpo unas piedras imantadas, o incluso las manos del experto, era capaz de concentrar lo que él denominaba «magnetismo animal». Conseguía estos imanes a través de un sacerdote jesuita y astrónomo húngaro que respondía al magnífico nombre de Maximilian Hell¹³⁶.

La reputación de Mesmer quedó prácticamente destrozada cuando se encontraba en la cúspide de su éxito en Viena. Allí había una célebre pianista ciega, de dieciocho años, hija de un cargo en la corte. Había recibido una parte de su formación musical del mismísimo Salieri. Se llamaba Maria-Theresa von Paradis (1759-1824). La joven había sucumbido ya a toda la terrorífica gama de remedios médicos del siglo xviii cuando Mesmer se trasladó a su casa y empezó a tratarle los ojos; pero pronto comenzó a rumorearse que aquellas mesméricas imposiciones de manos le pasaban demasiado cerca del escote.

Los padres de la joven no pudieron con aquello. Temiendo, decían, por la virtud de su hija —pero igualmente temerosos de perder la pensión que la emperatriz le concedía y que sin duda retiraría si la joven recobraba la vista—, el matrimonio Von Paradis irrumpió en la casa: el padre blandía una espada y la madre le estampó a su hija «la cabeza contra la pared» cuando esta se negó a marcharse. Mesmer abandonó Viena sumido en una profunda depresión y dejó también su gran finca, su práctica e incluso a su mujer, para siempre. No sería aquella la última vez en que el

empleo de fuerzas ocultas desembocase en acusaciones de una conducta sexual indecente; es más, causarían división en las sesiones de espiritismo de Estados Unidos y del Londres victoriano.

Armand-Marie-Jacques de Chastenet, también conocido como marqués de Puységur (1751-1825), fue un oficial de artillería y aristócrata acaudalado que comenzó a experimentar con la sanación magnética antes de la caída en desgracia de Mesmer. Si de alguien se puede decir de manera justificada que es el fundador de la psicoterapia moderna, es de Puységur. Mientras trabajaba con Victor Race, un campesino de veintitrés años, en la finca que su familia tenía cerca de Soissons, en el norte de Francia, el marqués descubrió la «crisis perfecta»: un estado de sonambulismo en el que el paciente ejecutaba las órdenes del magnetizador y, al despertarse, no daba muestras de recordar ninguno de sus actos. Con aquel giro que le dio Puységur, el mesmerismo se extendió rápidamente y en 1843 su técnica fue rebautizada como «hipnotismo» por el galeno de Edimburgo James Braid, quien más adelante trataría de volver a cambiarle el nombre por el de «neurofrenología». En Estados Unidos, el mesmerismo se vinculó con la frenología y después con el espiritismo, de manera más extensa, e influyó en William James —a quien se suele considerar padre de la psiquiatría—, un personaje relevante en nuestra historia por ser el hombre que creó la American Society for Psychical Research.

Puységur fue capturado en la Revolución francesa y encarcelado durante varios años, y ahora se le tiene por uno de los pioneros del tratamiento psicoterapéutico primitivo. En situación de trance, Race había admitido ciertos problemas personales que jamás habría reconocido ante su señor en circunstancias normales, y, antes de despertarlo, Puységur le había contado cómo resolverlos. Movido por aquella sugestión subliminal, Race arregló una cuestión sobre la cual había discutido con su hermana. Es más, bajo hipnosis Race no solo diagnosticó un mal que sufría él —de índole respiratoria, parece—, sino que además opinó sobre la situación médica de otras personas. Este distanciamiento del yo consciente supuso todo un logro para el mesmerismo y el hipnotismo de aquel periodo: el hecho de que un individuo en estado de sonambulismo pareciese adoptar el ademán, la voz e incluso la clase de una persona totalmente distinta. Surgió la idea de que determinados actos de telepatía y clarividencia eran posibles en aquel estado receptivo y de ensueño. Por mucho que Mesmer negase siempre la intervención

de cualquier aspecto de lo sobrenatural e insistiese en un modelo científico como es debido, llegado el final de su vida veía cómo se utilizaba su trabajo principalmente como un canal de acceso a lo misterioso, y posiblemente a los muertos.

Edgar Allan Poe utilizó esta potente idea en *Los hechos del caso del señor Valdemar* (1845), historia en la cual un individuo fallece en un estado mesmérico y queda atrapado entre dos mundos.

Se cuenta, no sin misterio, que uno de los métodos de tratamiento de Puységur consistía en una sanación colectiva alrededor de un olmo centenario que había en Buzancy, también en el norte de Francia. Al parecer, ataba a los campesinos con una especie de cuerda (quizá metálica) al olmo magnetizado y «espiritualizado» como si fueran los bailarines alrededor de un mayo, paralizados en una suerte de síncope. Aquel árbol, objeto de gran curiosidad, se mantuvo en pie hasta una tormenta en 1940, momento en que se vino abajo y surgió un manantial milagroso. Se decía de aquel árbol que conservó poderes de sanación hasta el último instante. Cuando arrancaron las raíces, los lugareños se apresuraron a cortar y llevarse fragmentos de su valiosa madera.

Tras su muerte, Puységur cayó en el olvido más allá de las fronteras de Soissons, hasta que un famoso médico se interesó por su innovador trabajo y escribió sobre él. El francés Charles Richet (1850-1935) fue el descubridor de la anafilaxis (y acuñó el término, además) y de las reacciones alérgicas y autoinmunes, y, por si fuera poco, también detectó la presencia de ácido clorhídrico en el estómago. Por estos tres descubrimientos fue galardonado con el Premio Nobel de Medicina en 1913¹³⁷. Sentía un gran interés por la poesía y la literatura, y, algo nada anormal en la época, también por lo oculto. Fue Richet quien ideó el término «ectoplasma» —esos pseudópodos de materia etérea que brotaban por los orificios de los médiums, siempre en la oscuridad, para gran alivio de muchos victorianos en aquellos contextos— tomándolo, parece, de la biología celular estándar. A modo de actividad suplementaria, Richet inventó el helicóptero¹³⁸.

En su época de estudiante de medicina, Richet tenía la intención de convertirse en cirujano, pero el hecho de presenciar un experimento de hipnosis con un grupo de mujeres en una sala de un hospital en 1872 cambiaría para siempre el rumbo de su vida. Ya se había intentado un experimento similar en el University College de Londres en 1837, cuando el profesor John Elliotson (1791-1868)

mesmerizó en público a las hermanas O'Key (unas adolescentes irlandesas) y, al parecer, contuvo sus síntomas convulsivos y epilépticos. La publicación *The Lancet* informó de manera amplia sobre los resultados, y Elliotson llevaría a cabo una demostración de su tratamiento en mayo de 1838 ante varios miembros de la nobleza y del Parlamento¹³⁹.

En el transcurso de los siguientes años, Richet dominó y empleó la técnica, y formuló lo que ahora identificaríamos como parapsicología. Ya aplicaba métodos estadísticos allá por 1884, y hacía los primeros experimentos utilizando la predicción con los naipes además de realizar pruebas en vivo a algunos médiums, como Eusapia Palladino en 1905, junto con Marie Curie y el físico Jean Perrin. Cabría pensar que los futuros ganadores de cuatro Premios Nobel habrían resuelto el misterio de la vida después de la muerte y desenmascarado a los médiums fraudulentos, pero no sería así, y la astuta campesina napolitana fue más espabilada que todos ellos¹⁴⁰.

En 1905, Richet era presidente de la Society for Psychical Research londinense. Fue el primero en explicar la idea de las «moniciones», que, básicamente, se convirtieron en doctrina para los científicos en este campo: monición en el sentido de alucinación verídica, o conocimiento de cosas por vías distintas de los sentidos ortodoxos. Para los científicos que trabajaban en el campo de las apariciones y los trances quedó claro que la mayor parte de las experiencias relacionadas con espíritus y médiums tenían un fuerte componente de telepatía y lectura de la mente.

El científico tardovictoriano, en general, no quería saber nada de la idea del regreso del alma; tal y como Richet lo expone, él no veía la posibilidad de que una mente sobreviviese una vez desaparecido el aparato fisiológico que la sustenta. El científico tardovictoriano creía en alucinaciones intermediadas, influenciadas e informadas por un sentido receptor de la información que no parecía ajustarse a la ciencia conocida. Si varias personas veían un fantasma, habría una persona germinal que generara la aparición y después la comunicara telepáticamente. Para muchos científicos, esa era la opción menos mala.

Hacia esta época —en 1894, para ser precisos—, George du Maurier (el padre de Daphne) escribió una historia que tuvo un

éxito espectacular y tan solo sería superada en términos de ventas por el *Drácula* de Bram Stoker. *Trilby* causó sensación tras su primera publicación por entregas en *Harper's Magazine*; dio nombre a unas chocolatinas, a pasta de dientes, jabón, salchichas y, lo más famoso, a un elegante tipo de sombrero de caballero. Una ciudad de Florida fue bautizada con el título del libro, y el rostro de la protagonista apareció en abanicos y en papel de carta; se hicieron barras de helado con la forma de sus pies. Se celebraban veladas en las que los adeptos se vestían como los personajes y se leía la novela en voz alta. Herbert Beerbohm Tree fue el productor de un éxito teatral que versionó el libro en el Haymarket Theatre de Londres.

Trilby O'Ferrell es una joven guapa pero carente del más mínimo oído para la música que está habituada a posar como modelo para pintores; es de ascendencia irlandesa y vive en el Barrio Latino de París. Cuando un hipnotista judío llamado Svengali (he aquí el origen de la expresión¹⁴¹) la somete a un profundo trance con la intención de curarle los dolores de cabeza, la muchacha se convierte en una cantante de una brillantez maravillosa e incomparable; «mientras estaba hipnotizada, cantaba ante los monarcas de Europa, dejaba atrás a sus más queridas amigas en la calle; mientras estaba “despierta”, no era capaz de cantar una sola nota». Du Maurier no elude los aspectos misteriosos de aquel estado: «Cuando cantaba la Trilby de Svengali —o a uno le parecía que ella cantaba—, nuestra Trilby había dejado de existir [...], nuestra Trilby estaba profundamente dormida [...], es más, nuestra Trilby estaba muerta».

¿Estaban en algún sentido «muertos» quienes entraban en trance? Se trataba de una idea interesante e inquietante que estimuló un debate que persiste aún entre las corrientes llamadas «estado» (los que consideraban que el trance no era más que una adición de ciertas características) y «no estado» (los que pensaban que el trance era algo completamente ajeno a los límites de la fisiología humana).

Aunque se fue modificando en el transcurso del siglo xix, aquel básico prejuicio de que quienes veían un fantasma o creían en ellos no estaban demasiado bien, en el mejor de los casos y, en el peor, eran enfermos mentales, nunca se desterró completamente. Tampoco ayudó el hecho de que una de las autoras más asociadas con la popularización de la creencia en los fantasmas en la

Inglaterra victoriana fuese ella misma propensa a los episodios psicóticos.

Para Catherine Crowe, el árbol de Navidad no fue lo único que los germanos llevaron a Gran Bretaña. Llevaron también una oscuridad folclórica, surgida de los bosques, de la que ya se hablaba de forma común en los remotos tiempos de la antigüedad anglosajona. «Mientras que los científicos de Gran Bretaña y algunos de nuestros periodistas negaban y ridiculizaban los testimonios de estos fenómenos, los médicos más eminentes de Alemania se han dedicado a estudiarlos e investigarlos en silencio». Respondiendo, quizá, a la influencia que el príncipe consorte ejercía en la corte, la señora Crowe incluyó muchas historias germanas en su *The Night Side of Nature*, una obra que, por lo demás, es un libro muy inglés de leyendas que, con sus historias de primera mano, rumores y dichos, constituye una de las misceláneas más extrañas jamás escritas. El título del libro procede de una traducción literal del alemán, la del término astronómico utilizado para designar la cara de la Tierra que se encuentra más alejada del Sol: *Nachtseite*.

Catherine Crowe ya se había labrado un nombre al traducir al inglés *The Seeress of Prevorst* («La vidente de Prevorst») en 1845. El libro era obra de un médico, Justinus Kerner, al que más tarde el historiador de la psiquiatría Henri Ellenberger le atribuiría el verdadero «descubrimiento» del inconsciente. En su libro, Kerner contaba el estudio al que había sometido a una joven «vidente de fantasmas», Friederike Hauffe, desde 1827, cuando la muchacha pareció entrar en un estado de frágil suspensión entre la vida y la muerte, hasta 1829, cuando esta última le llegó a la joven. En su introducción, Crowe se toma un instante para lanzar un ataque contra los escépticos, y se centra especialmente en *An Essay towards a Theory of Apparitions* de Ferriar y en *Sketches on the Philosophy of Apparitions* de Samuel Hibbert-Ware (1825), que optaban por la línea de que los fantasmas fuesen alguna forma de recuerdo mimético proyectado. Ferriar no tenía reparos a la hora de tratar el tema con un cierto grado de burla, y parece que esto en particular enfureció a la señora Crowe. Dice ella en el prefacio: «si tan solo pudiera inducir a una pocas personas capaces a que, en lugar de reírse de estas cosas, les echaran un vistazo, habría alcanzado ya mi objetivo y daría mi tiempo por bien empleado».

El propio libro de Crowe es un batiburrillo de apariciones, fantasmas y espectros bajo todo tipo de circunstancias: unos

regresan para confesar asesinatos, otros para ofrecer una información importante; todos los papeles tradicionales. Un elemento prevalente, sin embargo, es el sentimentalismo, como en el caso del regreso de unos padres fantasmas para ofrecer apoyo, amor y auxilio a sus desvalidos retoños, como si ni siquiera la muerte hubiera puesto fin a su labor parental.

Da la impresión de que la señora Crowe era todo un personaje. Había trabado amistad con delincuentes, como Thomas de Quincey, y tal vez tuviese una adicción a las drogas, que le valió una fuerte censura por parte de Hans Christian Andersen en una visita a Escocia. El 17 de agosto de 1847, Andersen la describe inhalando éter en una fiesta con otra mujer¹⁴², y, con un escalofrío de misógino horror, habla de «la sensación de estar con dos mujeres enloquecidas: sonreían con una mirada muerta en los ojos abiertos de par en par...».

De hecho, unos años después de la publicación de su libro en 1848 Catherine Crowe no se encontraba en las mejores condiciones.

Dickens menciona el incidente en varias de sus cartas; había mostrado un profundo interés por el libro y su autora desde el momento en que lo reseñó para *The Examiner*.

En una carta dirigida al reverendo James White fechada el 7 de marzo de 1854, escribía sobre un incidente acaecido en Edimburgo, donde Crowe vivía por aquel entonces.

La señora Crowe se ha quedado completamente ida —y completamente desnuda— por culpa de los espíritus que se comunican a base de golpecitos. En la calle la encontraron el otro día vestida tan solo con su castidad, un pañuelo de bolsillo y una tarjeta de visita. Según parece, los espíritus le habían indicado que si salía de tal guisa, sería invisible. Se encuentra ahora en un manicomio, loca sin remedio, me temo. Una de las curiosas manifestaciones de su trastorno es que no puede soportar nada que sea negro. Terrible asunto con el que lidiar cuando les toca la obligación de echarle carbón en el fuego.

En la actualidad, la opinión generalizada es que la señora Crowe sufrió algún tipo de episodio psicótico. Una revista de mesmerismo titulada *The Zoist* informaba en aquel momento con cierto regocijo de que los espíritus la habían inducido tanto a la pública desnudez como a la demencia, doble motivo de descenso social entre los victorianos, y, a pesar de la carta que la agotada autora escribió a los periódicos desde un balneario en Great Malvern con el fin de minimizar los daños, la historia no desapareció y continuó saliendo

en conversaciones privadas.

Crowe afirmaba que un problema «gástrico» le había hecho farfullar sobre espíritus, pero la verdad es que nadie se creyó su versión de los hechos. Catherine Crowe desapareció de escena, y Dickens utilizó el caso para ilustrar los peligros de las investigaciones del espiritismo y su potencial riesgo de causar daños psicológicos. Este incidente llevó al famoso alienista parisino Marcel Viollet a afirmar que quienes sufren de una predisposición nerviosa hereditaria parecen sentirse atraídos por el tema de los fantasmas como las polillas por la llama de una vela, lo cual exacerba su débil voluntad y daña su débil intelecto. Conforme las clases medias se iban volviendo más poderosas, el interés en los fantasmas se convertía en algo menos respetable.



15. Una fotografía del Barón Fantasma investigando a Eva Carrière en 1909.

En el mismo año de 1854, el periódico estadounidense *Daily News* publicó un reportaje sobre veintiséis personas que habían acabado en un manicomio de Ohio «a causa de los golpecitos en la mesa». La semilla de la duda al respecto de aquellas sesiones de espiritismo a la americana, alrededor de una mesa, ya se había sembrado, y eso

que apenas había terminado de llegar a Inglaterra desde el otro lado del charco.

Uno de los compañeros de viaje de Charles Richet fue el barón Albert von Schrenck-Notzing (1862-1929), formado también en el campo de la medicina en Múnich. Uno de sus mayores hallazgos fue una pareja de médiums, los hermanos Rudi y Willi Schneider, procedentes del mismo pueblecito de Austria que Adolf Hitler. Notzing consta como el primer psicólogo al que se le solicitó su opinión profesional en un juicio¹⁴³, en un caso de asesinato ante un tribunal de Múnich en 1896. Igual que Richet, Notzing había desarrollado su interés por el hipnotismo cuando estudiaba medicina, y ambos se hicieron amigos en París en 1889. En 1891, Notzing publicó una traducción al alemán de la obra de Richet sobre la telepatía.

El Barón Fantasma, como lo llamaban, sería el pionero en los muchos trabajos que llevó a cabo examinando a los médiums en el entorno del laboratorio: una de sus exigencias era que ingiriesen alimentos teñidos con colorantes llamativos antes de una sesión (para que quedase manchada cualquier gasa que regurgitasen tratando de hacerla pasar por un ectoplasma). Después de examinar en París a la médium Eva Carrière, en 1909, Notzing llegó a la convicción de que el ectoplasma, uno de los ingredientes victorianos básicos, especialmente en la fotografía de espíritus, estaba compuesto de leucocitos, unos corpúsculos incoloros de la sangre. Desarrolló una serie de prendas de vestir muy ajustadas para eliminar la posibilidad del fraude; en ocasiones, había que cosérselas puestas al médium. Sin embargo, su reputación jamás se recuperó del todo después de un escándalo: una fotografía que se tomó durante uno de los trances de Carrière presenciados por Notzing (aunque no he sido capaz de localizar esta imagen precisa) se suponía que mostraba un rostro fantasmal que surgía de la cabeza de la médium. Por detrás de aquel espíritu con forma de bocado, fotografiado al mismo tiempo desde otro ángulo, se distinguían las letras LE MIRO. Una rápida revisión a los números atrasados de la revista *Le Miroir* demostró que alguien había recortado aquella cara.

Es probable que el mayor testimonio del interés de la medicina por lo paranormal resida en una máquina que continúa en uso hoy en día. La electroencefalografía (EEG) fue desarrollada en su origen

con el fin de detectar la telepatía.

La historia de Hans Berger es trágica. Nacido en mayo de 1871, el joven Hans era un muchacho soñador al que le gustaban las matemáticas del firmamento (su abuelo fue un conocido poeta alemán cuyo primer amor fue la astronomía). Cuando ingresó en la Universidad de Jena, lo hizo para estudiar matemáticas, pero poco tiempo después hizo un paréntesis y se alistó en la caballería.

Un día estuvo a punto de morir. Un caballo nervioso lo descabalgó durante una sesión de entrenamiento y cayó en el camino de un tiro de artillería pesada que venía hacia él. Contra todo pronóstico, los caballos que tiraban del cañón pudieron detenerse a tiempo. En aquel preciso instante, a muchos kilómetros de distancia, la hermana mayor de Hans se sintió embargada por la espantosa convicción de que le había sucedido algo a su hermano. Su padre se alarmó tanto que envió a Hans un telegrama, que él recibió más adelante aquella tarde, cuando se encontraba descansando en su barracón.

De algún modo, su intenso temor había llegado hasta su hermana. Muchos años después, Berger escribió: «Este es un caso de telepatía espontánea en el cual, en un instante de peligro mortal, cuando ya contemplaba yo una muerte segura, transmití mis pensamientos mientras que mi hermana, a quien me encontraba particularmente unido, actuaba como receptora». Después de dejar la caballería, Berger regresó a la universidad y comenzó a estudiar medicina con el único objetivo de descubrir lo que había sucedido, hallar casos de telepatía y, finalmente, darle una explicación.

Su larga y solitaria búsqueda lo llevó a desarrollar un aparato capaz de registrar las ondas cerebrales y, durante un tiempo, las ondas que ahora conocemos como alfa se denominaron ondas de Berger. No gozó de gran popularidad entre sus colegas, a quienes les parecía absurda la idea de que un psiquiatra que tenía unos conocimientos mínimos de electrónica se dedicase a perfeccionar un aparato como aquel. Cuando Berger anunció en 1929 que se podía monitorizar la actividad cerebral por medio de unos sensores adheridos al cuero cabelludo, su revelación fue recibida con desdén y burla.

Su *Hirnspiegel* («espejo del cerebro») nunca demostró la existencia de la telepatía, pero la ciencia de la electricidad cerebral acabó por aceptarse después de que Edgar Adrian replicase en Cambridge en 1934 tanto el equipo como las pruebas, y el aparato de EEG fue

reconocido. Por razones que no están del todo claras, Berger fue obligado a dejar su puesto de trabajo en 1938 y, en gran medida, el hecho de que no lograra obtener el reconocimiento dentro de su propio país se presenta como una prueba de su antipatía hacia el partido nazi, que estaba en el poder. La posibilidad de que fuese considerado un excéntrico va en contra de las pocas cosas que sabemos al respecto de la línea oficial de los nazis en el tema de la parapsicología, que desde marzo de 1937 fue catalogada como una nueva ciencia nórdica. La Universidad de Bonn creó el *Forschungsstelle für Psychologische Grenzwissenschaften* aquel mismo año para «investigar la incidencia de los fenómenos sobrenaturales dentro de Alemania y entre los pueblos germánicos».

Bajo unas circunstancias un tanto misteriosas (hay quien dice que lo perseguían los nazis, y otros que era un oficial de las SS y se dedicaba a la eugenesia), Berger se ahorcó en 1941, en el ala sur de la clínica en la que trabajaba. No sabemos si su hermana presintió su muerte.

Hay en Ontario, Canadá, un neurocientífico que ha llevado la máquina de telepatía de Berger un paso más allá. Ha desarrollado una máquina para inducir experiencias psíquicas.

El doctor Michael Persinger, de la Laurentian University, ha estudiado la relación entre las microconvulsiones del lóbulo temporal y las experiencias descritas por los telépatas durante años. En casos de experiencias telepáticas muy intensas, el sujeto puede sentir cerca una presencia incorpórea, tener alucinaciones sobrecogedoras, experimentar un éxtasis religioso o, a veces, percibir un cosquilleo en la piel (es muy común que afirmen sentirlo quienes participan en la búsqueda de fantasmas, y ese fantasmal cosquilleo en el cuello es uno de los ingredientes básicos de programas televisivos como *Most Haunted*).

En 1977, Persinger escribió sobre la teoría de que los efectos geológicos y tectónicos podían causar campos que indujesen alucinaciones en el cerebro humano, en esta ocasión, ovnis y visiones marianas. En 1988 llevó a cabo una argumentación más desarrollada del vínculo entre las alucinaciones y las perturbaciones electromagnéticas, efectos que se producían en el interior del cerebro como resultado de la actividad sísmica subterránea, las erupciones solares¹⁴⁴ o ciertas máquinas construidas por la mano del hombre, como los generadores eléctricos de gran tamaño. La

verdad es que no está claro cuánto de ciencia hay en esto, y tampoco entendemos realmente cuáles son los efectos de las erupciones solares en la fisiología humana. Un ensayo de 1991, sin embargo, sugería que hay más probabilidades de experimentar una alucinación en los meses de marzo y octubre, cuando se producen los picos de las erupciones solares.

En *El tercer hombre*, John Geiger describe a Persinger como un «hombre demacrado», «que viste demasiado elegante [...] con un traje de tres piezas», y uno de sus colegas lo ve como un personaje elegante y preciso que vestía aquel traje «hasta para cortar el césped». Uno se imagina al William Burroughs de la neuroteología (la ciencia que trata de la actividad cerebral en relación con la fe).

El casco que Persinger diseñó para estimular el lóbulo temporal, apodado el «casco de Dios», lo fabricó el técnico Stanley Koren, y es más correcto llamarlo «casco Koren»: se trata de un casco de motonieve modificado con una bobina magnética dispuesta para que se asiente sobre el lóbulo temporal derecho. La fuerza magnética ejercida y su duración se regulan por medio de un programa de ordenador desarrollado en el laboratorio, y al sujeto se le invita a sentarse en una cámara acústica, aislado del mundo.

Koren basó su ciencia en unas observaciones efectuadas en el Lausanne Hospital. Durante unas operaciones de neurocirugía abierta, los médicos que trataban a una joven epiléptica de veintidós años repararon en que cada vez que estimulaban la zona temporoparietal del cerebro con una corriente eléctrica leve, la paciente sentía una presencia a su lado.

Una unidad de epilepsia prequirúrgica del Hospital Universitario de Ginebra consiguió también reproducir esta «sombra humana ilusoria» utilizando técnicas similares de estimulación eléctrica, según informaron en el número de septiembre de 2006 de la revista *Nature*. Por mucho que no se haya conseguido replicar estos resultados con éxito en ninguna otra parte (hubo un intento en Suecia en el año 2005), parecen impresionantes: el ochenta por ciento de los sujetos habían pasado por una experiencia misteriosa y, por lo general, veían o sentían a algún familiar fallecido o una figura de carácter religioso, como Jesucristo. Cuando la BBC envió a la unidad de estudio de Ontario al científico y profesional del ateísmo Richard Dawkins, este no sintió nada en absoluto; pero cuando quien se conectó a aquel mismo equipo fue la doctora Susan Blackmore, escéptica con la parapsicología, tuvo una experiencia

muy poderosa cuya veracidad ella sigue manteniendo hoy en día con una cierta pasión¹⁴⁵.

Esta experiencia es especialmente común entre los exploradores del Ártico: una presencia amistosa que suele aparecer para alentarlos y guiarlos hasta un lugar seguro mientras ellos se afanan al mismísimo borde de la supervivencia. Resulta bien curioso que H. F. W. Tatham, director de la residencia de estudiantes de Eton y amigo de M. R. James, escribiese un relato de género muy poco conocido sobre este mismo tema y titulado *Footprints on the Snow* («Huellas en la nieve», 1910). De los numerosos exploradores polares y montañeros que hayan pasado por esta experiencia, quizá el más famoso sea Ernest Shackleton, quien escribió:

Al echar la vista atrás, hacia aquellos días, no tengo la más mínima duda de que la Providencia nos guio, no solo a través de los páramos de nieve, sino al cruzar aquel mar blanco de tormenta que separaba la isla Elefante de nuestro amarradero en las islas Georgias del Sur. Sé que durante aquella larga y extenuante marcha de treinta y seis horas por las montañas y glaciares sin nombre de las Georgias del Sur, me parecía que éramos cuatro, no tres¹⁴⁶.

Este «interruptor del ángel», como lo denomina Persinger, parece ser también la causa probable de ciertas experiencias relacionadas con el sueño y con los sueños, como despertarse en la cama, a menudo paralizado, y sentir una presencia en la habitación, por lo general neutra pero a veces de una intensa malignidad. La parálisis del sueño, o el sentir una presencia que está de pie o sentada en la cama (pero no se ve), puede surgir al calor de la consciencia del lóbulo temporal mientras dormita el resto del cerebro.

En el meollo del misterio que rodea al modo en que experimentamos el fenómeno de los fantasmas se encuentra el lóbulo temporal, cuyas ausencias epilépticas parecen relacionadas con las experiencias religiosas y la visión de fantasmas, y cuya relación con las alucinaciones hipnagógicas e hipnopómpicas parece formar también parte de este rompecabezas.

Existe un interés específico en la corteza dorsolateral prefrontal (DLPC, por sus siglas en inglés), donde se localizan la memoria de trabajo, la planificación, la inhibición y la evaluación. Uno de los efectos del daño en la DLPC es una regresión a la conducta y el pensamiento de un niño.

A través de un campo u otro, los médicos no han dejado de perseguirla con sus batas blancas y sus maletines tipo Gladstone, y

parece que las alucinaciones verídicas y el reciente descubrimiento de los microsueños¹⁴⁷ los ha acercado un poco más a una cuestión que traspasa las fronteras de la biología humana.

Sobre la vulgaridad de los fantasmas

«Las clases bajas, con el gusto que siempre han tenido por lo sensacional, están plenamente convencidas de que se trata de la sobrenatural visita de un espíritu atribulado, y los rumores que circulan son incontables y de la naturaleza más extravagante».

Publicado en 1821 en el periódico *West Briton*

Habían visto el fantasma de Maria Manning en la ventana, lo habían atisbado desde la calle. Los contemplaba con la mirada muerta de sus ojos de asesina.

Lucía el mismo vestido negro en el que iba enfundada camino de la horca en noviembre de 1849¹⁴⁸, los mismos guantes largos que protegieron la manicura de sus manos cuando subió al patíbulo en Horsemonger Lane. Los guantes eran una prenda de vestir que no se solía ver en aquellas circunstancias, algo que produjo un buen escalofrío a ciertos caballeros victorianos. Charles Dickens se quedó horrorizado con la sed de sangre de la multitud que asistió a la ejecución en un número estimado entre las treinta y las cincuenta mil personas¹⁴⁹. Más adelante, Dickens inmortalizaría a esta doncella suiza como la Hortense de *Casa desolada*¹⁵⁰.



16. La mirada perdida de la figura de cera de la señora Manning en el museo londinense de Madame Tussauds, que resultó ser todo un imán para el público victoriano.

Aquella mujer a la que el *Times* apodó la lady Macbeth del escenario de Bermondsey, había regresado post mórtem a aquel

lugar. Fue el detonante de un fenómeno que, aunque en estos días es poco conocido, era muy común hace un siglo: la movilización espontánea de las masas en busca de fantasmas. El gran espectáculo del juicio, seguido del de su ejecución, no había saciado los deseos del público; Maria Manning había de regresar para un tercer acto. Había sido juzgada y expulsada del infierno, y ahora actuaba como un demonio vestido de satén.

Y a los periódicos les encantó la historia. Había una relación indirecta con la realeza¹⁵¹. Como criada de alto rango, Manning era una mujer que había ascendido de posición, había adoptado aires de grandeza y después se había visto rebajada. Era extranjera, nacida en Ginebra; una adúltera que había asesinado a su amante¹⁵². La habían atrapado con el uso de un invento moderno: el telégrafo.

Su juicio comenzó justo antes de Halloween, el 29 de octubre.

Manning dijo del hombre al que había asesinado y enterrado bajo las losetas de la cocina: «Nunca me gustó, y le golpeé en el cráneo con un escoplo». Su amante era recaudador de impuestos en el río, además de un criminal de poca monta. Para la multitud, él no era muy distinto de la mayoría de la gente de Bermondsey, que se afanaba por llegar a fin de mes.

Ahora, después de veinte años en la tumba, Manning se encontraba de vuelta en una casa de Bermondsey, observando a un gentío muy similar a aquel que tantas ansias tenía de ver su muerte.

Pronto había ya cerca de cuatrocientas personas que se congregaban ante la casa todos los anocheceres. Ni siquiera se trataba de la casa en la que ella había vivido, pero eso qué más daba. Con cada leve variación detrás de la ventana, con cada percepción de movimiento en la casa vacía, se formaba un griterío: «¡Ahí está el fantasma! ¡Ahí está el fantasma negro! ¡Ahí están los Manning!».

Se produjo una intervención policial considerable. Prendió la chispa de la violencia y los disturbios mientras el sur de Londres se tambaleaba al borde de las revueltas veraniegas (siete años más tarde continuaban produciéndose aquellas locuras de verano; en julio de 1876 se celebró el juicio de un chico de trece años llamado Robert Withey, que se asustó y se agitó tanto con el griterío que se puso a tirar piedras a las ventanas mientras todo el mundo a su alrededor bramaba tratando de echar abajo la casa).

«Ahí está el fantasma negro». Hasta la época victoriana, los

fantasmas jamás habían vestido de negro, pero los cambios en las modas significaron que los fantasmas también cambiasen: de este periodo datan muchos de los testimonios sobre monjas, incluida la de la rectoría de Borley. Las informaciones recibidas por la Society for Psychical Research muestran un gran aumento en las visiones de fantasmas femeninos que vestían de negro en el último periodo del siglo xix, tal vez debido, en parte, al caso Manning¹⁵³.

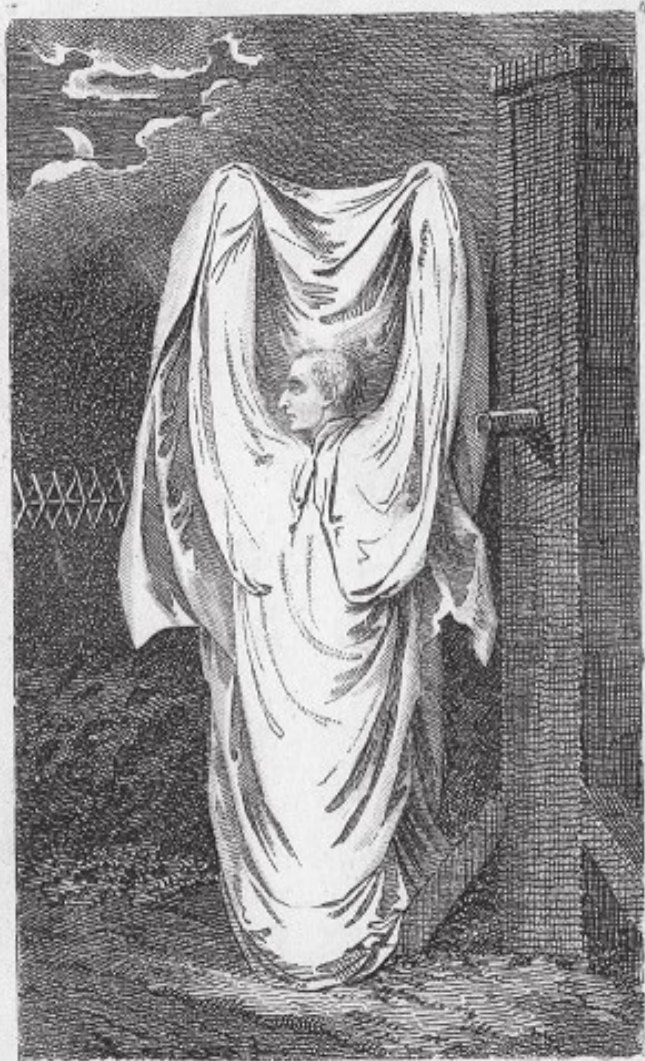
En la Europa occidental del medievo se veía a los fantasmas vestidos de negro en la fase inicial de su recorrido por el purgatorio y, cuando vestían de blanco, el proceso de purificación ya llegaba prácticamente a su fin. De manera que había una conexión muy arraigada entre los fantasmas de negro y la percepción de un desasosiego muy reciente, y tal vez, incluso del mal. La novela *La mujer de negro*, de Susan Hill¹⁵⁴, recordaba la figura de Maria Manning y su corsé negro de seda, que sugiere un mal tosco y diabólico. Este fantasma femenino tiene una fuerza dinámica, es peligroso y rencoroso de una forma similar a los espíritus-zorro chinos, los *huli jing*.

No había nada de extraordinario en aquel considerable gentío que seguía aumentando a las puertas de una casa ante la expectativa de ver un fantasma. Uno de los grandes redescubrimientos en el mundo académico en los últimos diez años ha sido el fenómeno de las movilizaciones repentinas de gran cantidad de gente en busca de fantasmas en el Londres victoriano y en otras ciudades grandes como Manchester, Hull o Norwich.

La gente siempre ha querido ver un buen espectáculo, siempre se ha congregado a las puertas de una casa encantada o de un cementerio en respuesta a los rumores. La fascinación de las clases trabajadoras por los fantasmas tiene una larga historia. Richard Baxter ya escribía en *Certainty of the World of Spirits* sobre la gran muchedumbre que se reunía ante una casa de Lutterworth tomada por un fantasma que tiraba piedras en febrero de 1646. Y el periodo georgiano contó con el Horror de Hammersmith.

El fantasma de Hammersmith comenzó a rondar el oeste de Londres a comienzos de diciembre de 1803. Por aquel entonces, Hammersmith era un lugar relativamente rural, y allí residía el pintor suizo Philip de Louthembourg, el escenógrafo del Drury Lane Theatre de David Garrick, quien tenía un profundo interés por lo oculto y tal vez se interesase por este caso. Del fantasma se decía que era el espíritu errante de un hombre al que le habían cortado el

cuello, según el periódico local *The Morning Chronicle*. Vestía un sudario o, en ocasiones, una piel de animal. La mayor parte de Hammersmith estaba recién construida: era el lugar donde la ciudad se encontraba con la campiña. Más allá de las casas blancas y nuevas estaban los árboles y los setos que marcaban las lindes.



The Hammersmith Ghost.

Pubd by R. S. Kirby, London. Printed by J. W. Smith, Strand. 1841.

17. Un grabado contemporáneo del fantasma de Hammersmith luciendo un sudario.

En torno a la época del fantasma de Hammersmith la gente comenzó a adoptar una actitud de confrontación hacia los fantasmas. Los jóvenes trataban de superar sus temores. Se los veía en grupos, rondando cada atardecer en busca del fantasma, y cualquiera que luciese ropas de color claro se podía convertir en su objetivo.

Un albañil, Thomas Milward, lucía el atuendo propio de su oficio: pantalones blancos de lino, un chaleco de franela blanca y un delantal blanco. Una noche, mientras volvía a casa en la oscuridad, un caballero y dos damas que pasaron a su lado en un carruaje gritaron alarmados: «¡Por ahí va el fantasma!». La contundente respuesta de Milward a las voces fue despotricar contra el carruaje y amenazar con atizarle al hombre en la cabeza.

Su suegra le advirtió que no era seguro continuar vistiendo aquella ropa en su camino de vuelta a casa, pero, tozudo como una mula, Milward siguió haciéndolo.

Bajaba a pie por Black Lion Lane cuando un aterrorizado recaudador de impuestos que se llamaba Francis Smith lo mató a tiros con una escopeta de caza, alentado por los tragos que se había tomado en el cercano pub White Hart con el vigilante local William Girdler. Habían estado compartiendo historias sobre un fantasma que había matado de un susto a la mujer de un cerrajero y había dejado a otras dos personas gravemente enfermas después de otro encuentro. Smith fue encarcelado por asesinato, pero apenas unos meses después recibió el perdón del rey, que al parecer se apiadó debido a lo inusual de las circunstancias, otra prueba de la extensa fascinación real por el tema de los fantasmas¹⁵⁵.

Resulta difícil exagerar la histeria que se apoderó de Hammersmith; la gente deambulaba en grupos armados a la caza del fantasma, y a otros les daba miedo salir de casa después de que oscureciera. Sin embargo, crecía el gusto por los sobresaltos fantasmales en público. Apenas unos días después de que concluyera el caso de Hammersmith, el viernes 13 de enero de 1804, el *Times* informó de que un soldado del regimiento Coldstream de infantería de su majestad destinado en St. James's Park había visto el fantasma de una mujer decapitada entre la una y las dos de la mañana cerca del edificio de la Recruit House; el soldado estaba tan impactado por aquella experiencia que hubo que trasladarlo al hospital al día siguiente y, a continuación, fueron más los soldados que firmaron una declaración diciendo que habían

visto lo mismo. Los tribunales de Bow Street solicitaron la comparecencia de uno de ellos, George Jones, para que repitiese su historia, pero el *Times* afirmó haber resuelto el misterio después de una investigación: dos escolares de Westminster habían utilizado un proyector de linterna mágica en una casa vacía próxima al paseo de Birdcage Walk. Unos críos con un juguete les habían puesto los pelos de punta a unos duros veteranos de guerra.

En 1821, los militares se encontraron de nuevo envueltos en un supuesto incidente sobrenatural, en un almacén de Truro, en Cornualles. Parece ser que un fantasma estaba tirando unas piedras que, por tanto, olían a azufre, y enseguida apareció una multitud para presenciarlo boquiabierta. Estas movilizaciones espontáneas se convirtieron en algo habitual en muchas áreas urbanas, y Londres, con su repentino y enorme aumento de población, se convirtió en el escenario de la mayoría de estos dramas populares. En la iglesia de St. Andrew, en Holborn, una gran muchedumbre se congregó en agosto de 1815 para ver el fantasma que alguien decía haber contemplado allí; el *Times* apuntó con cierto disgusto que «la alta burguesía de manos largas se había vuelto tan numerosa y triunfal que fue necesaria la máxima vigilancia por parte de la policía para evitar tales y tan vergonzosos acontecimientos». En agosto de 1834, en St. Giles, una zona deprimida a las afueras de Holborn, en la ruta de las carretas que antaño trasladaban a los reos que iban a ahorcar en Tyburn, se produjo otro momento de pánico relacionado con fantasmas, y de nuevo con grandes multitudes; pero cuando varios hombres se encaramaron a la valla y entraron en el cementerio, no fue un fantasma lo que encontraron, sino a una afligida madre irlandesa que protegía la tumba de su hijo frente a los ladrones de cadáveres.

No cabe duda de que los gentíos relacionados con los fantasmas eran más comunes en las zonas pobres. Hubo no menos de tres incidentes de importancia en Bermondsey, un área deprimida del sur de Londres, marcada por el mal olor de las curtidurías y los polvorientos talleres de percal. Los registros de la época muestran un tremendo aumento en la cantidad de trabajadores temporales empobrecidos que vivían allí, muchos de ellos durmiendo cinco por habitación: las historias de fantasmas eran los culebrones de la época.

En julio de 1830 tuvo que entrar en acción en Bermondsey toda una división de la policía cuando cada noche se reunían unas dos

mil personas ante una casa de Grange Road. Había pertenecido a un clérigo recién fallecido; se suponía que estaba encantada. A la multitud no le hizo ninguna gracia que las autoridades la desalojaran y algunos gritaban quejándose de que habían recorrido kilómetros a pie para ver el fantasma.

Sin embargo, el punto de vista de la policía y de los magistrados era bien simple: la cacería de fantasmas constituía una desafortunada mezcla de desorden público y de superstición cobarde e ignorante. Tal y como comentó un magistrado victoriano de Dewsbury sobre unas muestras similares de entusiasmo contagioso promovido por la turba: «No hay persona cabal e inteligente que tenga nada que ver con las celebraciones del 5 de noviembre».

De nuevo en Bermondsey, en agosto de 1868, cuando rescataron un cuerpo de las aguas del Támesis y lo llevaron al preceptivo mortuorio junto a la iglesia de St. James para realizar las pesquisas judiciales, corrió como la pólvora el rumor de que el cadáver paseaba de noche tan campante por el cementerio de la iglesia. En consecuencia, unas dos mil personas se reunían cada noche a sus puertas. Los esfuerzos del vicario y de los empleados de la parroquia por dispersar el gentío fueron completamente en vano; al llegar la policía, un tal James Jones, de diecinueve años, se subió a la verja y gritó a la muchedumbre, agitada entre murmullos: «¡No os vayáis! ¡Ahí está otra vez! ¡Ahí está el fantasma!». Fue arrestado de inmediato.

También sucedía en provincias. En febrero de 1843, se extendió por Sunderland la noticia de que un navegante a bordo del *Myrtle* había recibido una visita de su hermana muerta, y que, cuando el barco atracara a medianoche, ella se levantaría de su tumba y descendería hasta los muelles; mil personas rodearon el cementerio de la iglesia y esperaron a que sucediese. En Norwich, en octubre de 1845, cuatrocientas personas —muchachos en su mayoría— salieron a buscar un fantasma después de que se le avistara desvaneciéndose junto a una torre, según el *Norwich Mercury*. A finales de octubre de 1852, cada noche se reunían entre dos mil y tres mil personas en la calle de Wellington Lane, en Hull, con la esperanza de oír los fantasmales golpes que supuestamente sonaban en una casa vecinal de allí.

Ayer por la noche [informaba *The Hull Packet*], a pesar de estar oscuro, lloviznando y hacer frío, el lugar se vio asediado por oleadas de personas

que esperaban de pie, aguantando el frío y la humedad, a cien metros de la casa encantada, y discutían inquietas la naturaleza y el objeto de la visita del fantasma, y aguardaban con paciencia hasta saber por la policía, o por quienes eran lo bastante afortunados para llegar cerca de la casa, cuándo había dado este su último golpe.

De vuelta en Londres, en mayo de 1865 el *Times* informaba de las «turbas» que se habían reunido a las nueve de la noche enfrente de la iglesia de St. George, en Southwark; no se dispersaron hasta las cuatro de la mañana. Las irritadas fuerzas del orden, enviadas allí desde fuera para controlar la calle principal y mantenerla abierta al tráfico, arrestaron a un hombre que no dejaba de gritar: «¡Ahí está el fantasma!». Dos años más tarde, nueve jóvenes fueron acusados de alteración del orden público y resistencia a la autoridad tras participar en unas refriegas en Woburn Square; de nuevo, el detonante era el rumor de un fantasma: aquellos jóvenes se habían dedicado a ir de puerta en puerta por toda la plaza, abriéndolas de una patada para entrar exigiendo de malos modos que se apareciese el fantasma.

Esta forma de disturbios alcanzó su apogeo en julio de 1874 (nótese la reiteración en las fechas de verano y Navidad) cuando circuló el rumor de que alguien había visto un fantasma en el cementerio de Christ Church, una iglesia de Broadway, en Westminster (ahora es un parque público, después de que la iglesia del señor Poynter quedase destruida en los bombardeos alemanes sobre Londres en los años 1940 y 1941). Cuando un resplandor brillante clavó un fantasma de papel en un árbol cercano, una multitud de entre cinco y seis mil personas comenzó a reunirse todas las noches para presenciarlo.

Creer en fantasmas siempre ha sido vulgar; tan vulgar como la enfermedad, algo a lo que siempre se ha parecido de manera superficial. Lo que uno piensa sobre los fantasmas y cómo los percibe —sin duda, cómo procesa dicha percepción— hubo un tiempo en que dependía de la procedencia, de la propia profesión y de la profesión de los padres. Hasta cierto punto, sigue siendo así. Desde la década de 1940, los estudios han mostrado que creer en la existencia de los fantasmas se ha vuelto socialmente más aceptable, pero durante la mayor parte de los últimos siglos, solo las clases más altas y las más bajas tendían a creer en ellos.

A las clases medias siempre les ha parecido deplorable la idea de los fantasmas. Los profesionales del escepticismo suelen proceder de

este estrato social. Nuestro escéptico de clase media diría que a los ricachones les gustan los fantasmas porque es un síntoma de su decadencia, y a los plebeyos, por las carencias de su formación.

La polarización en los extremos del panorama británico de lo paranormal es clara: la taberna encantada por un lado y la casa solariega encantada por otro; el poltergeist en la bodega de cerveza y la dama blanca en la galería de los trovadores¹⁵⁶. De ser pobre, el motivo era que albergabas esperanzas sobre el futuro, y, de ser noble y rico, el motivo era la confianza en el pasado. El rey y la reina de los fantasmas británicos eran Dick Turpin y Ana Bolena. Dick Turpin ronda tantas tabernas como palacios y casas solariegas ronda Ana Bolena. A menos de doscientos metros del lugar donde escribo estas líneas, en Shoreditch, hay un pub (ahora abandonado) en el que se aparece Dick Turpin.

No todo el mundo pensaba que los fantasmas eran algo real, coherente, o acaso un tema apropiado de conversación o de estudio. A partir de finales del siglo xviii, las clases medias adoptaron una línea de escepticismo cada vez más declarado al respecto de lo sobrenatural, y consideraron que la creencia en los espectros y las apariciones era de por sí malsana, además de servir de bien poco; la credulidad era síntoma de una educación deficiente y de infantilismo, y quizá estaba incluso relacionada con las enfermedades mentales.

Los fantasmas, en resumen, daban vergüenza ajena.

En 1934, Ernest Bennett apuntó en *Apparitions* («Apariciones»): «En algunos círculos de clase media no se considera de buenos modales mencionar los fantasmas excepto en tono jocoso; y son muchos los devotos cristianos que esperan —con cierta convicción— la eterna felicidad de la otra vida y consideran que cualquier mención de espíritus incorpóreos constituye un tema desagradable y deprimente».

Las investigaciones del sociólogo Geoffrey Gorer en la década de 1950 mostraron que había un mayor índice de creencia en fantasmas entre los pobres y las clases medias altas. Las cosas han cambiado en la era multimedia de los últimos sesenta años. Los fantasmas se han democratizado y ya no tienen adscripción de clase. No obstante, esta ancestral división de estatus sigue teniendo interés. Gorer apuntó que los más escépticos al respecto de los fantasmas eran hombres prósperos de clase trabajadora; al fin y al cabo, era común entre los socialistas radicales reírse de las

supersticiones de su juventud, como si dijeran: ¡mira qué lejos he llegado! Y esto se producía a pesar de los claros vínculos entre el primer socialismo, el fabianismo y el mundo de las sesiones de espiritismo victorianas y las Iglesias espiritistas.

La hoy olvidada novelista y escritora Elizabeth Bonhôte (1744-1818) representó a las clases trabajadoras en un estado de temor supersticioso, llevándose unos sobresaltos de muerte y asustándose de su propia sombra. En *The Parental Monitor* («El instructor de los padres», 1788), Bonhôte escribe: «Una vez que el sol ha escondido sus rayos, aunque los brillantes haces de luz de luna iluminen sus sendas, ven un fantasma imaginario en todo árbol, verja o valla; y cuando se retiran a solas a sus aposentos, se hallan en un continuo temor, no sea que la mano de algún espectro visible o invisible vaya a descorrer las cortinas».

Pocos años después, en 1791, una igualmente bienintencionada Mary Weightman, en su *The Friendly Monitor; Or, Dialogues for Youth against the Fear of Ghosts* («El instructor amigable; o Diálogos para jóvenes contra el temor a los fantasmas»), se preocupaba por desterrar los «cuentos de jardín de infancia» de los hogares de las buenas familias de clase media. Sarah Trimmer y Maria Edgeworth añadieron ambas sus voces a la reforma de la superstición; su tendencia era escribir libros en los que imploraban a los padres que tuvieran los ojos bien abiertos con las criadas de la casa que les llenaban la cabeza de bobadas a sus hijos. Bonhôte era enemiga del colectivo de la «niñera ignorante», y contribuyó de manera desafortunada a la idea de que las criadas y sus azufrados cuentos de fantasmas y espíritus afeminaban a los niños a su cargo. El escritor isabelino Reginald Scott manifestaba en *Discoverie* («Descubrimiento») su convicción de que ciertos hombres eran propensos a imaginarse fantasmas a causa de algún problema anterior con sus padres, y que la creencia en fantasmas del hombre adulto simplemente demostraba una «educación afeminada y complaciente (es decir, insensata)».

De manera que resulta todavía más interesante el hecho de que los fundadores de la Society for Psychical Research (SPR), establecida en 1881, procediesen de las clases medias altas. Se asume de manera generalizada que las sesiones victorianas de espiritismo se celebraban en las grandes casas de Kensington, entre los nobles y poderosos del momento, y que constituían en gran medida un hábito estúpido de los adinerados.

La verdad es que la figura del médium tal y como hoy la entendemos llegó a Inglaterra de la mano del hijo de un tejedor de Darlington en 1853. Se llamaba David Richmond y, gracias a sus gestiones, las sesiones de espiritismo y de golpes en la mesa fueron muy populares durante años entre las clases trabajadoras de Yorkshire. Las mujeres que inventaron aquello de los golpes en la mesa, las hermanas Fox, eran, al fin y a la postre, hijas de un herrero, y este matiz «de clase trabajadora» de los comienzos del espiritismo y su curiosa correspondencia con el primer socialismo, el feminismo y la emancipación de los esclavos constituye uno de los aspectos menos conocidos del periodo.

Es muy probable que todo cuanto rodeaba a Richmond hubiese horrorizado a los miembros del comité de la Society for Psychical Research, si es que estos hubieran llegado a conocerlo. Toda su vida fue zapatero e hilandero de lana ambulante, autodidacta, vegetariano, antiautoritario y contrario a las clases dirigentes. En su obituario se reprodujo una cita suya: «Si todos los hombres fuesen como yo, los Gobiernos no serían necesarios». Richmond fue un socialista utópico toda su vida.

La SPR —que, por cierto, sigue existiendo— era enormemente avanzada en muchos sentidos, y en otros era el perfecto reflejo de su tiempo. Una de las principales razones de que Harry Price no consiguiese jamás llegar muy lejos con esta organización fue que Eleanor Sidgwick lo describía como «no precisamente un caballero».

La SPR se inclinaba siempre por la sospecha de fraude, en especial por parte de las clases bajas, quienes, «como los niños», se sentían en todo momento atraídas por la travesura. Cuando se fundó la SPR y comenzó a recopilar pruebas de lo sobrenatural, no admitía testimonios de los criados; del personal de servicio se pensaba que era crédulo y, en ocasiones, capaz de una malicia pura y dura. Uno de los miembros fundadores de la SPR apuntó en una reunión del mes de noviembre de 1889 que prefería las pruebas aportadas por la gente culta a «las de los incultos». En las actas de la SPR de 1885 figura un debate sobre cómo se tenía la percepción generalizada de que los criados eran susceptibles a las historias locales sobre fantasmas, asesinatos y encantamientos. La consecuente desconexión entre la realidad folclórica de la tradición oral y la investigación aséptica de los fenómenos psíquicos se ha prolongado hasta nuestros días. O se está en un bando o en el otro.

Entre los diversos comités establecidos por la SPR tras su

fundación, el que trataba sobre los médiums fue el que peor lo tuvo, dado que de inmediato se decidió que de los cientos que había por aquel entonces en Londres y el resto de grandes ciudades británicas, no había ningún candidato digno de consideración. El sexo, el sexismo y la clase social jamás desaparecían de escena cuando los científicos respetables de clase media alta trataban de investigar a los médiums de clase trabajadora, algunos de ellos bastante subidos de tono.

Y así había sido siempre. En el siglo xviii, el abad benedictino Calmet escribía que los encantamientos solían resultar obra de un «criado disoluto o maleante, que esconde sus hurtos y libertinajes fingiendo un fantasma». En 1818, el vicario de Great Gransden culpaba del miedo a los fantasmas a los «fraudes de los criados perversos».

En Pimlico, en 1823, se creyó que un poltergeist que lanzaba piedras en Queen Street era cosa de una joven criada, Maria Herbert, pero la falta de pruebas sólidas condujo a su absolución. En 1825, Anne Page, una criada un tanto maliciosa, acabó en la cárcel por su participación en la rotura de unas ventanas en Newington, de la cual los lugareños habían culpado en su momento a un fantasma. En 1878 se juzgó a una criada adolescente por fingir un encantamiento en una granja de Somerset, donde la vajilla se desplazaba de un lado a otro, se incendiaron unos almiares de paja y el abrevadero de los cerdos apareció misteriosamente ante la puerta principal de la casa en la granja Goathurst.

En 1859, en Maidstone, una doncella se dedicó a sacudir puertas y hacer sonar las campanillas en la casa de su señora con el fin de encubrir un segundo empleo como prostituta. En Tottenham Court Road, en 1839, un prestamista fue víctima de un falso encantamiento cuando a una doncella se le ocurrió una ingeniosa manera de dejar entrar por la noche a su amante de carne y hueso, y dijo que la casa estaba encantada.

El periodista Charles Mackay, quien escribió uno de los libros más magníficamente titulados de toda la época victoriana, *Delirios populares extraordinarios y la locura de masas* (1841), nos habla de una situación similar en Stockwell en 1772. Se trata de la historia a la que se suele hacer referencia como «el poltergeist de Stockwell».

La señora Golding, una mujer mayor, vivía sola cerca de Vauxhall con su criada Anne Robinson. En torno a la época navideña, comenzaron a producirse los sucesos más sorprendentes: «Tazas y

platos de té repicaban chimenea abajo», escribe Mackay, «cacerolas y sartenes caían dando vueltas por las escaleras, o por las ventanas; y los jamones, quesos y barras de pan se desplazaban solos por el suelo como si el diablo habitara en ellos». La señora Golding se enfrentó a aquel demonio con la ayuda de sus vecinos, pero, si acaso, el fenómeno fue a peor: se movían las sillas y las mesas, y la porcelana acababa hecha añicos. Aquella devastación solo se detuvo cuando la anciana despidió a Anne Robinson; más adelante, la doncella confesó a un vicario local que ella lo había orquestado todo. Al igual que en el caso de la muchacha de Tottenham Court Road, Anne había montado aquel fenómeno para facilitar sus encuentros con su novio. Colocaba la porcelana en las estanterías de tal manera que la menor vibración la hacía caer, y ataba pelo de crin de caballo a los objetos para, después, dar un tirón y hacerlos salir volando.

Tales situaciones no tenían nada de extraordinario, y entre las clases medias se hizo habitual pensar, tal y como Calmet creía, que las marrulleras clases bajas utilizaban las historias de fantasmas y encantamientos para encubrir sus nefarias actividades, que podían ser delictivas, licenciosas o lucrativas. La sombra del fraude y la delincuencia siempre ha estado en el primer plano del abierto desagrado de las clases medias hacia lo sobrenatural.

Algunos aristócratas se apasionan con sus fantasmas ancestrales, pero aquellos con unas convicciones más fuertes siempre los desaprobarán por vulgares. Quienes se hallan próximos al poder ejecutivo y al estamento eclesial tienen el deber de dar ejemplo, mostrarse fríos y realistas.

Cuenta una historia sobre James Boswell que se encontraba cenando con los duques de Argyll en 1773 y el tema de conversación giraba en torno al «estado intermedio» entre la muerte y la resurrección. Boswell descubrió entonces que no todo el mundo —como él había supuesto— creía en la clarividencia y en los fantasmas. «Tengo la impresión de que sois un metodista», observó la duquesa en tono cortante. «Esta fue la única frase que su excelencia la duquesa se dignó a dirigirme», escribe en su diario un Boswell un tanto entristecido. Los poderosos no creen en fantasmas: no tienen necesidad de hacerlo.

Allá por el siglo iv, el apologeta cristiano Lactancio (fallecido en el año 320) lanzaba un ataque directo a los paganos de clase alta diciendo que los fantasmas y la creencia en lo sobrenatural eran

apropiados tan solo para el populacho. Ridiculizaba a la gente corriente que «creía que las almas de los muertos vagan por sus tumbas», y pensaba que era absurda esa creencia tan común de la época al respecto de que el alma «se zafa del cuerpo lentamente, empezando por los pies y siguiendo hacia arriba».

Se ha hecho bien poco en lo que se refiere a la investigación académica sobre la estructura de clases en la creencia en los fantasmas. Tampoco se ha demostrado correlación alguna entre el coeficiente intelectual y la creencia en los fantasmas. En los últimos años, los periódicos sensacionalistas más populares del Reino Unido han ido perdiendo ese tono de desaprobación que se veían obligados a poner en práctica en tiempos más acordes con los principios establecidos por lord Reith, aunque muchas de las historias que publican sean prácticamente idénticas a las que conocieron los victorianos.

Los fantasmas continúan siendo un buen combustible para el sensacionalismo, en especial en épocas de penuria económica. En enero de 2009, por ejemplo, el *Sun* sacó un fantasma en primera plana. «Un hospital encantado manda llamar a un exorcista», decía, y desvelaba que los trabajadores por turnos del recién construido City General Hospital de Derby habían visto un fantasma con una túnica negra del que se creía que era un soldado romano. La edición *online* del periódico contaba con espacio para desarrollar la noticia, y el «cazafantasmas» Michael Hallowell daba consejos sobre cómo «dicen que se expulsa a un espíritu no deseado». Derby —se nos informaba con plena fiabilidad— «¡era la ciudad más encantada de toda Gran Bretaña antes incluso de que apareciese ese espectro en el hospital!».

En épocas anteriores, un periódico como *The Mirror*, al escribir tanto sobre el caso de la rectoría de Borley como sobre el poltergeist de Enfield, habría hecho una llamada a la Society for Psychical Research. Habría enviado a un fotógrafo y, en algún momento, a un reportero, pero no habría dejado de deferir a esta organización esencialmente escéptica y de fundamentos científicos.

En nuestros días, la supremacía de programas de televisión como *Most Haunted* y *Most Haunted Live* se puede interpretar como un retorno de la movilización espontánea victoriana; la figura del médium de clase trabajadora y reputación en entredicho está de regreso también, por ejemplo con Derek Acorah¹⁵⁷. Ahora, por supuesto, uno no tiene que plantarse a las puertas de una iglesia o

de una casa vacía con las ventanas rotas: se puede ver retransmitido en directo o seguirlo a través de las cámaras fijas de un canal web en vivo. Resulta significativa la tendencia del programa *Most Haunted* a provocar una placentera sensación de temor mientras, al mismo tiempo, mantiene una considerable ambivalencia al respecto de la veracidad de los fenómenos¹⁵⁸. Jamás se ofrece explicación ni análisis alguno: solo historias, relatos sobre gente que ha muerto, relatos sobre su vida. Los médiums ambulantes como Psychic Sally (también en la televisión) atraen multitudes de clase principalmente trabajadora. El público parece sentirse muy complacido cuando se menciona el nombre de alguien que les resulta conocido. No se revela ninguna información de interés, ningún gran secreto, y menos aún sobre el más allá. Tras un informe crítico de la Ofcom (la oficina británica de supervisión de las comunicaciones) en 2006, el programa televisivo *Most Haunted* comienza ahora su emisión con una nota de descargo de responsabilidad en la que afirma tener «como fin único el entretenimiento». Ha eliminado discretamente cualquier intento de presentarse como un verdadero programa de investigación para centrarse en la opinión, y ha reducido la participación de su parapsicólogo habitual, Ciarán O’Keeffe —distinguido en su campo—, a la evaluación de los sucesos desde un frío punto de vista sociológico.

Y dado que hay pocas profesiones más de clase media que la de crítico o científico, ambas dirigidas por naturaleza a hacer valer las posturas escépticas, las voces que se elevan contra estas emisiones en los periódicos y en otros programas de televisión más sensatos tienen la avinagrada acidez de los tratados del siglo xviii que se lamentaban de lo supersticiosas que eran las clases trabajadoras.

La burguesía y la aristocracia, sin embargo, parecen absolutamente encantadas de prestar sus palacetes a grupos de entusiastas locales que salen a la caza del fantasma, contentísimas de que haya gente dispuesta a pagar buenas sumas por que los ronde un fantasma; en aquel descolorido dormitorio donde antes nadie quería dormir, el malvado conde asesina noche tras noche a un crío, y una tía fallecida largo tiempo atrás se cepilla la larga cabellera, esa que aún sigue creciendo en la tumba. Algunos aristócratas, como el conde Emmanuel Swedenborg, prácticamente han inventado el mundo moderno de los espíritus, y luego están los que se han dedicado a investigarlo: el barón Albert von Schrenck-Notzing en Alemania; el futuro primer ministro británico Arthur

Balfour, quien disponía de una sala especial y de una silla con cinchas de cuero para poner a prueba a los médiums en Carleton Gardens; y el marqués de Bute, quien investigó en 1896 «la casa más encantada de Escocia», Ballechin House, en Perthshire. Sin embargo, tal y como dice con picardía la canción cómica de Noël Coward *The Stately Homes of England* («Las casas solariegas de Inglaterra»), es el comercio lo que ha constituido el gran punto de encuentro de las clases sociales al respecto de lo sobrenatural en los tiempos modernos. Tanto los dueños de las grandes casas que se caen a pedazos como los de las viejas tabernas ofrecen sus habitaciones encantadas como si fueran algo absolutamente deseable. Sin embargo, y en esencia, los fantasmas siguen siendo vulgares.

La vibrante emoción de las mesas

«Tengo motivos para saber que el poder que actúa en estos fenómenos, como el amor, no conoce barreras».

Sir William Crookes

La Iglesia espiritista surgida en el norte de Inglaterra en la década de 1840 era un movimiento protosocialista de clase trabajadora. Fue en la localidad de Keighley donde arraigó esta nueva fe del espiritismo, y los entendidos la vinculaban de forma habitual con todo un batiburrillo de posturas contrarias a la clase dirigente, desde los antiviviseccionistas hasta los partidarios del sufragio femenino. En Londres las cosas eran muy distintas. En los salones de los adinerados, en los lujosos hoteles de Picadilly donde el aire era tan leve como el champán, en las bien provistas residencias de Hyde Park y los domicilios del East End flanqueados por el florecimiento subido de tono de los *music halls*, las sesiones de espiritismo consistían básicamente en una cosa: sexo.

La estancia a oscuras, la mezcla de clases, los susurros, los secretos y mentiras... todo llevaba la marca de una cita íntima. Y es que la intimidad física formaba parte del proceso de la sesión de espiritismo, con esos roces de piel con piel en las salas en que se celebraban. El flirteo, los estados de consciencia y de excitación exacerbadas eran muy frecuentes.

El espiritismo no tenía nada de sexi cuando desembarcó procedente de América. Las sesiones eran formales y funcionales. En 1848, las hermanas canadienses Maggie y Kate Fox, inventoras de la sesión de espiritismo, vivían con su padre en una pequeña granja de Hydesville, en Nueva York. Comenzaron a oír ruidos apenas unas horas después de haberse instalado: golpes y tintineos que las despertaban, el sonido de unos pasos que descendían a la bodega y, finalmente, una mano terroríficamente fría que le acarició el rostro a una de las hermanas cuando estaba tumbada en la cama. Kate apodó al fantasma Mr. Splitfoot («señor pezuña hendida»), uno de los nombres populares del diablo. En un incidente que iba a tener enormes ramificaciones, comenzó a pedirle al fantasma que repitiese las palmadas que daba ella para después pasar a hacerle

preguntas y pedirle respuestas a base de golpes, bien para señalar letras del alfabeto o representar un simple sí o no.

Esto suponía una desviación radical de la cultura occidental moderna. Durante siglos, la práctica aceptada había sido no hablar con los muertos, sino tenerles miedo y expulsarlos de la casa por cualquier medio que fuera necesario. Eran una plaga. Los católicos llevaban a cabo ceremonias formales de exorcismo y limpieza, pero incluso las iglesias protestantes idearon sus métodos para expulsar a los fantasmas, aunque se limitasen a una simple lectura de los salmos durante días. El definitivo destierro de los no muertos, o de los demonios que fingían ser los muertos, era el exilio al mar Rojo¹⁵⁹. Se trataba del Alcatraz para los peores infractores en la esfera paranormal.

Se corrió la voz. El gran *showman* P. T. Barnum no tardó en reclutar a las hermanas Fox para que actuasen como adivinas en su concurrido establecimiento neoyorquino, el American Museum. Allí se sentaban ellas con unos elegantes vestidos negros con el cuello blanco y cobraban un dólar por servicio. James Fenimore Cooper, autor de *El último mohicano*, fue a verlas y salió turbado por las respuestas que le dieron sobre su hermana fallecida. Tampoco pasó mucho tiempo antes de que las investigasen unos comités que deseaban poner a prueba sus «poderes» en circunstancias controladas. Unas mujeres comprobaron la ropa interior de las hermanas en busca de cualquier instrumento que pudiese producir los golpes. La pobre gramática exhibida por el fantasma de Benjamin Franklin fue objeto de una contundente burla por parte de un grupo hostil de escépticos. No era la primera vez que se sugería en este tipo de casos que las hermanas hacían crujir sus articulaciones para producir los sonidos espectrales.

En marzo de 1851, los hombres finalmente les pusieron las manos encima a las hermanas Fox. Nada menos que tres médicos de Búfalo sujetaron firmemente las piernas y las rodillas de Maggie durante una hora mientras ella trataba de generar los fenómenos, y aquello sentó un precedente. A partir de entonces, y en nombre de la ciencia, hombres profesionales de clase media no perdían la oportunidad de atar, amarrar, cablear, controlar y tocar las carnes y las vestimentas de las médiums de clase baja que se ponían a su alcance. Comprobaban sus corsés, examinaban sus manos, sus pies y su calzado, las toqueteaban, zarandeaban y dominaban.

Se puede asumir que los médicos pensaban que todo cuanto

hacían era por el bien común, pero tampoco es que los fueran a embaucar aquellas dos jovencitas casi analfabetas. Sin embargo, y a pesar de todos sus esfuerzos, a pesar incluso de un espectáculo escéptico ambulante organizado por el doctor Charles Alfred Lee y presentado por un hombre con unas articulaciones especialmente locuaces¹⁶⁰, no consiguieron rebajar el creciente entusiasmo del público por los golpeos de los espíritus.

Se esperaba que el escandaloso proceso judicial que se abrió en Chancery el 1 de abril de 1868, Día de los Inocentes en Gran Bretaña, pusiera fin de una vez por todas a la moda de las sesiones de espiritismo, dado que el hombre que las había puesto en boga, Daniel Dunglas Home, comparecía ante un tribunal acusado de fraude y engaño. El *Spectator* no tenía la menor duda al respecto: se trataba de un juicio al propio espiritismo, no solo a aquel médium afeminado para el cual se había acuñado el término *psychic*¹⁶¹, ni tampoco a la viuda rica que lo había denunciado.

En aquella época hacía ya quince años que las sesiones de espiritismo eran frecuentes en Inglaterra, y el pulso del escándalo se mantenía alentado por un público que ansiaba espectáculos cada vez más extravagantes. La lista de médicos y científicos respetables cuya carrera se había visto perjudicada por su interés en los fenómenos psíquicos resulta notable. El mesmerismo, precursor del espiritismo, ya había acortado la carrera del distinguido médico John Elliotson: fue él quien, en agosto de 1840 en casa de lady Blessington (Gore House, el lugar donde hoy se encuentra el Royal Albert Hall), mostró a Charles Dickens cómo se inducía el trance en un individuo. Esto fascinó al escritor como técnica terapéutica, si bien su entusiasmo inicial puede servir también para explicar el posterior y casi extravagante terror que le provocaban los médiums en general, tanto los que entraban en trance como los físicos.

Los maestros de ceremonias comenzaron a llegar procedentes de Estados Unidos en octubre de 1852; la primera fue Maria Hayden, la esposa del propietario de un periódico de Boston. A pesar de la mofa de la prensa, prácticamente generalizada, las sesiones de espiritismo prosperaron en secreto en la capital inglesa y en los condados que la circundan. La señora Hayden, con sus demostraciones muy básicas de secuencias de golpes inmateriales (tres golpes para el sí, en vez de dos) y de movimientos de la mesa mientras tomaban el té con pastas en Cavendish Square, no fue más

que la telonera de la verdadera estrella: Daniel Dunglas Home y sus efectos milagrosos. Este hombre era capaz de hablar con los muertos, de hacer que flotasen muebles muy pesados, de volar y de coger carbones al rojo de la chimenea.

Home ya había actuado en casa de los Hayden allá por 1851, en Estados Unidos, y el apoyo que le brindó el periódico de W. R. Hayden tuvo mucho que ver en su ascenso a la fama, que culminó en una sesión de espiritismo en el verano de 1852. En una gran casa en South Manchester, Connecticut, que pertenecía a un acaudalado fabricante de seda, los espíritus a los que Home invocó hicieron rodar una mesa como lo habría hecho una «violenta tempestad» antes de verse sometida a «sacudidas regulares y amenazadoras», como las de las olas que rompen contra el casco de un navío zarandeado en altamar. La mesa dio una vuelta de campana, Home se elevó de un modo extraordinario sobre aquella echazón, y cayó por toda la estancia una descarga de golpes como el redoble de un tambor fuera de lugar. Posteriormente se sabía que dos marineros, parientes de un asistente a la sesión, habían perecido en el mar.

Home había nacido en Edimburgo, Escocia, en marzo de 1833. Se dice que los muertos se solían arremolinar en torno a su cuna, que se mecía sin ayuda, como por obra de una mano invisible. Los Home vivían en una cabaña detrás de la fábrica de papel donde trabajaba el cabeza de familia. William Home, borracho y taciturno, estaba convencido de ser hijo ilegítimo del décimo conde Home. Por el lado materno, el joven Daniel estaba emparentado con un místico del siglo xvii, el Vidente de Brahan, el Nostradamus escocés, que dejó por escrito una serie de profecías concernientes sobre todo a la zona al norte de Inverness. Ya de adulto, Daniel tenía la costumbre de lucir en su boina escocesa una insignia de plata grabada con el lema del clan de su madre: *Vincere aut mori*, «Vencer o morir»¹⁶².

Por el motivo que fuese, los padres de Daniel Home enviaron a su hijo enfermizo a vivir con una tía a la localidad escocesa de Portobello y después al otro lado del Atlántico, a Greenville, en Connecticut, a casa de otra tía que le lanzaba sillas cuando comenzaron los golpeteos paranormales. Cuando su familia siguió sus pasos hasta América, Daniel continuó con su tía, que más adelante acabó culpándolo de haber metido al demonio en su casa y recurrió a un trío de pastores, uno congregacionista, otro baptista y otro wesleyano, para que celebrasen rituales de limpieza. Cuando

los reverendos se mostraron compasivos con aquel muchacho pelirrojo con pinta de petimetre, su tía Mary se enfureció y lo echó de la casa de una vez por todas. Así fue como Home inició una de las vidas itinerantes más extrañas para un victoriano: jamás cobraba por sus sesiones, sino que vivía de la caridad y la generosidad de sus admiradores.

Nadie lo sobornaba para que montase aquel caleidoscopio de efectos fantasmales. Había golpes y repiqueteos, por supuesto, pero también había luces espectrales y unas extraordinarias manos sin cuerpo que flotaban por la estancia de la sesión de espiritismo, estrechaban las manos de los asistentes, desplazaban sillas o tocaban música fantasmagórica. Home les pedía a los asistentes que lo sujetasen por las manos y los pies mientras tenían lugar aquellas manifestaciones. Utilizaba su cuerpo como parte del espectáculo dramático, lo estiraba o lo encogía. En agosto de 1852 realizó uno de sus números más famosos: hacer flotar su cuerpo. El periodista E. L. Burr, al que enviaron para que descubriera sus trucos, salió un tanto confundido.

Tenía sujeta su mano en aquel momento y sentí sus pies: se habían elevado treinta centímetros del suelo. Palpitaba de la cabeza a los pies con unas emociones enfrentadas de gozo y temor que ahogaban sus palabras. Se elevó del suelo una y otra vez, y a la tercera alcanzó el techo de la estancia, que llegó a tocar levemente con las manos y los pies.

Entre los muchos que asistieron a sus sesiones de espiritismo cuando su fama se acrecentó se encontraba el profesor George Bush, de la Universidad de Nueva York¹⁶³, pariente de los posteriores presidentes de Estados Unidos, padre e hijo. En 1845 el profesor había traducido al inglés las obras de Emmanuel Swedenborg, de manera que se podría decir que él solito se había bastado para crear el entorno en el que florecería el espiritismo. En aquel año, Home se convertiría también al swedenborgismo, o la «Nueva Iglesia», como se le llamaba en la época. Swedenborg fue un aristócrata sueco del siglo xviii que en sus muchas obras defendía la inminencia de un mundo cargado de una actividad espiritual fuera del alcance humano (aunque, básicamente, siguió siendo un calvinista estudioso de la Biblia). Su visión decisiva se produjo en una taberna de Londres en 1745, y quizá fuera esa una de las razones de que Home quisiera viajar a esta ciudad. Pese a que él mismo afirmase más tarde que su visita respondía a cuestiones de salud y a un intento de escapar del clamor de su fama en la Costa Este norteamericana,

parece igualmente probable que deseara disfrutar de la segunda parte de su carrera en su tierra natal.

Los meses que pasó la señora Hayden en Londres allanaron el camino a Home; este se embarcó hacia Inglaterra en 1855 y se encontró con unos grupos muy receptivos e interesados que se encargaron de potenciar su carrera a todos los efectos. En el preciso instante en que puso el pie en su habitación —gratis— del hotel Cox¹⁶⁴, el propietario, William Cox, sin perder un segundo, le presentó a uno de sus más famosos huéspedes, Robert Owen, que sabía perfectamente quién era Home y le dio una calurosa bienvenida, según se dice, como un padre recibe a un hijo.

Robert Owen (1771-1858) era el exponente del socialismo utópico, más recordado en la actualidad por su invención del cooperativismo. Sus ideas radicales al respecto del bienestar de los trabajadores de las fábricas tuvieron una gran influencia. Sus experimentos con el establecimiento de comunidades socialistas llegaron hasta un lugar tan distante como Indiana, en Estados Unidos. Sus amigos y admiradores se quedaron perplejos y se alarmaron cuando Owen, siendo ya octogenario, anunció su conversión al espiritismo.

No tardó Home en dirigir sesiones de espiritismo en el hotel para Owen y sus poderosos amigos, incluido lord Brougham, un antiguo lord canceller, así como el escritor y gran figura de la sociedad británica sir Edward Bulwer-Lytton. A diferencia de las zafias y torpes hermanas Fox o de la provinciana señora Hayden, Home era de trato fácil, elegante y seguro de sí mismo; en consecuencia, cayó más que bien a una parte de la élite victoriana. Tal vez ayudase un poquito el rumor de que era el nieto ilegítimo de un conde. Con su mata de pelo rojizo, su ademán poético y extravagante, y la elegancia de su atavío, Home era el Algernon Swinburne del mundo de los espíritus, una figura reconocible.

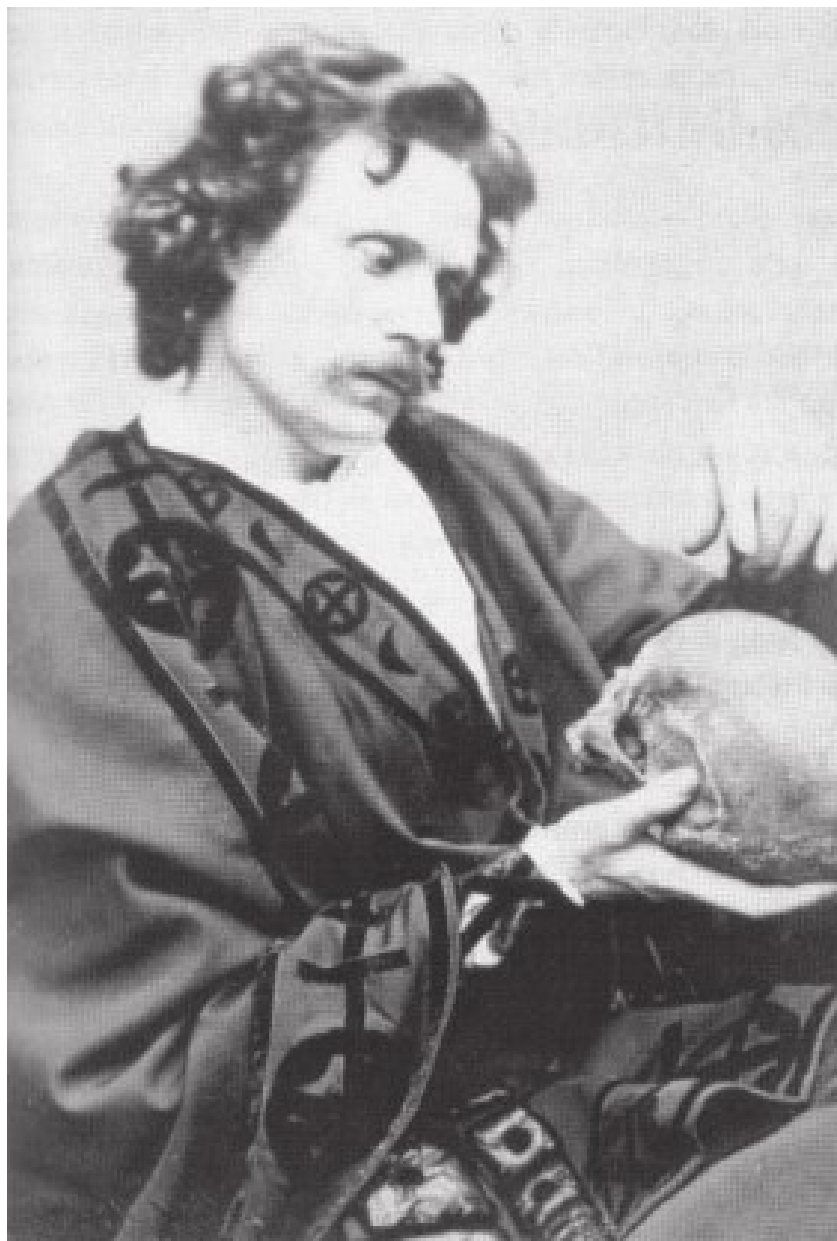
Sin embargo, también se labró poderosas enemistades. En una célebre sesión que tuvo lugar en Ealing, la mano de un espíritu había colocado una corona sobre la cabeza de Elizabeth Barrett Browning para honrarla como poetisa. Su marido, Robert Browning, escribió más tarde que el vestido de su mujer también había sido «leve pero claramente levantado de un modo que no soy capaz de explicar —como si algún objeto lo hiciese desde dentro—, algo que difícilmente se podría haber introducido sin que mi mujer se percatase».

Esto marcaría el principio del fin de Home. Cuando se levantó de la mesa donde se había celebrado la sesión, Robert Browning se marchó con un odio casi implacable hacia Home, que alcanzaría su más completa expresión tras la muerte de su mujer en la invectiva poética «Mr. Sludge the Medium» («Mr. Fango, el médium»). Cuando el matrimonio llegó a su casa, Browning arrojó la corona por la ventana.

¿Se trataba, tal y como han sugerido algunos, de celos porque el espíritu hubiese coronado a su esposa y no a él? A decir de sus comentarios posteriores sobre el tema, parece que la feroz oposición de Browning contra Home era por motivos sexuales, porque era un hombre inmoral. Puede que pensara que el médium anduvo toqueteando el vestido de su mujer y que Home se valía de aquellas salas a oscuras de las sesiones para ponerles la mano encima a las asistentes. Sin embargo, es bastante más probable que aquella reacción visceral contra el médium se debiese a la convicción de Browning de que Home era homosexual.

Home se casó dos veces, en circunstancias extravagantes e inverosímiles, y, al parecer, engendró un hijo, aunque al menos uno de esos matrimonios se celebró poco después de que se rumorease que había sido encarcelado en Francia en 1858 por un «delito contra natura»¹⁶⁵. Browning tenía la costumbre de destacar la «falta de virilidad» de su némesis y, desde luego, a muchos les parecía afeminada la obsesiva atención que Home prestaba a su aspecto físico y la excesiva cantidad de anillos que lucía en sus delicadas manos.

En 1868, Home se trasladó al apartamento de la tercera planta de Ashley House, muy cerca de donde ahora se alza la catedral de Westminster, que era la residencia del vizconde Adare, y donde solo vivían hombres. Adare había asistido a algunas sesiones de espiritismo en casa del doctor Gully, un médico homeópata que contaba con Charles Darwin y Florence Nightingale entre los pacientes de su consulta del balneario de Malvern. Adare, hijo único del tercer conde de Dunraven, estaba fascinado con el espiritismo. Intimó mucho con Home, de un modo que resultaría altamente sugestivo para unos ojos modernos, pero que no era en absoluto peculiar en el universo de los internados victorianos.



18. Daniel Dunglas Home vestido de Hamlet: un actor hablando con los muertos.

Se trataba de dos hombres adultos que dormían en la misma habitación y se daban las buenas noches con un beso. Home le daba

masajes a Adare después de calentarse las manos en el fuego, y miraba hacia atrás por encima de su hombro para seguir los consejos de los espíritus que le guiaban al hacerlo. En una ocasión, Home fue poseído por una actriz que había muerto y a la que ambos hombres habían conocido en vida. Adare lo describió así: «Daniel se acercó lentamente a mi cama, se arrodilló junto a ella, tomó mis manos en las suyas y comenzó a hablar. Jamás olvidaré la desbordada emoción de sus palabras».

Lord Lindsay era el tercer ocupante del apartamento, antiguo alumno de Eton y único hijo del vigesimoquinto conde de Crawford. También era espiritista, aunque en aquella época, a los veintiún años, se había alistado en la guardia de granaderos acuartelada en la Torre de Londres¹⁶⁶. Una noche a mediados de diciembre los tres se encontraban en Ashley House con un cuarto acompañante, el capitán Charles Wynne, un primo de Adare. Lo sucedido a continuación transmite la idea de un ambiente enrarecido, con cuatro hombres nerviosos y sugestionables en una especie de ensoñación de un romanticismo emocional.

En aquel anochecer de invierno, Home se estaba manifestando con mucha fuerza. Su cuerpo se alargaba de un modo paranormal y parecía flotar en el aire, subiendo y bajando. De repente, anunció: «No temáis, y no abandonéis vuestros asientos bajo ningún concepto». Y salió al pasillo. Lindsay exclamó: «¡Cielo santo, ya sé lo que va a hacer, y es demasiado espantoso!». Y le contó al grupo que un espíritu estaba hablando con él y que Daniel iba a salir por la ventana de la otra habitación e iba a regresar por la ventana de la habitación en la que ellos estaban sentados.

Los tres oyeron cómo se abría la ventana del cuarto de al lado y entonces vieron a Daniel en pie, erguido, en el exterior de la ventana de la habitación donde estaban, como un vampiro que pidiese permiso para entrar. Abrió la ventana y entró, entre risas. «¿Por qué?», le preguntó Wynne. Home respondió que, mientras estaba levitando, se preguntó qué pasaría si «un policía pasase, alzase la mirada y viese a un hombre dando vueltas y más vueltas allá arriba a lo largo de la fachada». Este detalle de Home rodando por la pared en lugar de flotar en el aire resulta especialmente tenebroso. Pasaron años antes de que se conociese esta historia de un modo general (aunque sí apareció en un librito impreso a título privado por el conde de Dunraven el año siguiente), y ha quedado como una de las proezas más sorprendentes de Home¹⁶⁷.

Uno de los científicos que arriesgaron su reputación al respaldar a Home fue Cromwell Fleetwood Varley, conocido como importante ingeniero eléctrico, responsable de solucionar las enormes dificultades tecnológicas surgidas a la hora de tender un cable transatlántico entre Estados Unidos y Gran Bretaña. Se le considera también una figura clave en la «prehistoria» del electrón, ya que un ensayo que publicó en 1871 en las actas o *Proceedings* de la Royal Society adelantaba un aspecto vital del rayo catódico¹⁶⁸. Varley conoció a lord Lindsay y más adelante trabajó con él en la exploración de la posibilidad de que los grandes campos magnéticos tuvieran efectos fisiológicos en el cuerpo humano, algo que aún se investiga hoy en día.

Varley no era el único que creía que los golpeteos y los movimientos en las sesiones de espiritismo eran la prueba de la existencia de una nueva fuerza de la naturaleza; coincidía a ese respecto con Alfred Russel Wallace, cocreador de la teoría de la evolución (suscribió un pacto entre caballeros con Charles Darwin, quien habría de publicarla primero). En la década de 1850, Varley había aprendido por su cuenta las prácticas del mesmerismo, e hizo entrar en trance a su mujer, Ellen. Mientras se encontraba en aquel estado, ella se percató por vez primera de que poseía capacidades de médium; como resultado de la actividad de su mujer, Varley afirmó públicamente en 1869 que él había visto fantasmas en la sala de espiritismo y había recibido información de los espíritus, que no solo habían predicho ciertos sucesos, sino que le habían contado cosas que tan solo él podía saber.

Varley no tuvo reparos a la hora de ofrecer su testimonio como referencia de Home en su juicio por fraude. En el estrado de los testigos, Varley declaró: «He examinado y puesto a prueba [los fenómenos] con Home y con otros, en condiciones de mi propia elección, bajo una intensa luz, y he realizado el más celoso de los escrutinios». Aquella era una de las mejores bazas que Home podía jugar y es probable que lo salvase de la ruina. Varley no lo sabía — era un hombre decente y de mentalidad técnica—, pero aquel juicio, igual que las sesiones de espiritismo, trataba en realidad de sexo. O, más bien, de la falta de este.

El Ateneo Espiritual se creó en Londres en primer lugar y principalmente para dotar a Home de un salario. Él aceptó el puesto de secretario permanente y el alojamiento en la nueva sede del

número 22 de Sloane Street. De no haber sido por la imprevista llegada de una dama sexagenaria, es bastante posible que Home hubiese vivido allí hasta el fin de sus días.

El 22 de octubre de 1866, una mujer rolliza de corta estatura y camino de la tercera edad entró en las oficinas del Ateneo. Había escrito a Home —decía ella— pero, al no recibir respuesta, decidió presentarse allí en persona. Su nombre era Jane Lyon. Hija ilegítima de un vendedor de quesos, su suerte había cambiado al casarse con el nieto de un conde; Charles Lyon había fallecido en 1859, y ella se había hecho rica. Él era un Bowes-Lyon de Glamis Castle —donde habían pasado su luna de miel— y, como tal, primo lejano de la reina Isabel II. La señora Lyon era también tía política del doctor Liddell, deán de Christ Church, en Oxford, y por consiguiente, tía abuela de la Alice que inspiró el cuento de *Alicia en el país de las maravillas*.

La excentricidad de la señora Lyon intrigó a Home lo suficiente como para que charlase con ella sobre su interés en el espiritismo y sus propias habilidades como médium. Parecía interesada en las relaciones que él tenía con la aristocracia, y recibió muestras de la elevada consideración en que los miembros de esta tenían a Home. Según la versión de Home, la señora Lyon esperaba encontrarse con alguien «orgulloso y altanero por conocer a tan importantes personas, pero me cae usted muy bien, y espero caerle bien a usted».

Regresó dos días después y, tras otra conversación, la señora Lyon sugirió de buenas a primeras adoptar a Home como su hijo para ahorrarle futuras incomodidades financieras. La mujer parecía estar bastante sola, no llevarse demasiado bien con su familia inmediata y tener pocas amistades. De nuevo según Home, «me rodeó con los brazos y me besó» de un modo excesivamente apasionado. Llegado el 7 de octubre ya estaba bastante claro hacia dónde se encaminaba todo aquello; Home prometió amarla, directamente, como a una madre. Ella respondió, de manera igualmente directa, que «de ese tipo de amor, cuanto menos, mejor».

En noviembre, Home y la señora Lyon compartieron un carruaje que los llevó desde Bayswater hasta la oficina de un abogado en el centro para firmar escrituras de propiedad y de dinero, acompañados de una gozosa cascada de golpeteos fantasmales y de aprobación procedentes del mundo de los espíritus. La señora Lyon incluyó a Home en su testamento y le obsequió con una importante

suma de dinero¹⁶⁹, y él accedió a cambiarse el nombre de manera oficial por el de Daniel Home Lyon. La mujer no perdía ocasión de expresar su deseo físico por él, y así avergonzó a los comensales de una cena y a los abogados que observaban consternados cómo le entregaba a Home casi la mitad de su fortuna.

El verdadero fin de la señora Lyon no tardó en hacerse manifiesto. Se adueñó del uso del joyero del médium (que adoraba sus piedras preciosas) e hizo que le arreglasen el vestuario de la fallecida esposa de Home, Sacha, para poder lucirlo. No sabemos qué fue lo que le hizo cambiar su opinión sobre él de manera tan repentina, pero al echar ahora un vistazo retrospectivo al caso de Lyon contra Home, parece claro que ella por fin se dio cuenta de que Home jamás se la iba a llevar a la cama. El 10 de junio, él «repelió» sus atenciones completa y definitivamente, y cuando ella le sugirió el matrimonio, él chilló: «¡No podrá ser mientras Dios me conserve la razón!». Aquello no era precisamente lo que la mujer deseaba oír.

Al día siguiente, la señora Lyon le escribió una carta y le solicitó que le devolviese su dinero. El 12 de junio, Home le escribió tratando de engatusarla con un «Mi querida madre» y le ofreció una resolución amistosa: él devolvería las joyas y los dos anillos, pero se quedaría con 30.000 libras. Este tira y afloja hizo que la señora Lyon adoptase una postura implacable.

Browning disfrutó de un modo casi indecoroso con la noticia de que a Home le había llegado su fin. Se enteraba de los últimos cotilleos por el deán Liddell: «Liddell me ha contado toda la sinvergonzonería de Hume [sic] y cómo entre su propia estupidez y su avaricia se ha labrado la ruina». La oficina del representante judicial de la Corona detuvo a Home en una «íntima celebración nocturna» y lo escoltó hasta la prisión de Whitecross Street, que por entonces eran los calabozos para los deudores en la Ciudad de Londres.

En su afidávit, la señora Lyon afirmaba que el único motivo que la había movido a entregarle a Home aquel dinero y aquellos favores que tanto habían impactado a su propio notario era que creía estar recibiendo mensajes de su difunto esposo en los que le daba instrucciones de hacerlo. Estos mensajes, ni que decir tiene, llegaban a través del propio Home en sesiones de espiritismo, a menudo en la propia casa de la señora Lyon. Sería más adelante cuando ella se dio cuenta de que «el acusado la había embaucado».

El *Times* informaba del gran interés del público por hacerse con las primeras filas de la sala del tribunal, y quienes tuvieron la fortuna de poder entrar no quedaron decepcionados. Se expuso un revelador cuadro de cómo era la vida en casa de la señora Lyon, en el número 18 de Westbourne Place. Vivía allí con unas tales señora Sims y señora Pepper, que se agazapaban al otro lado de la puerta del comedor tratando de oír hasta la última palabra mientras Home realizaba sus sesiones de espiritismo. Unas feroces parientes, las dos señoras Fellowes, transmitieron también al tribunal su mala opinión sobre el señor Home. Ellas veían a las claras que se estaba produciendo un fraude. La criada Eliza Clegnow, sin embargo, testificó que su señora había afirmado a voces que recuperaría su dinero fingiendo haberse visto sometida a la influencia del espíritu de su difunto marido. La señora Lyon cargó de inmediato contra ella y dijo que era una «fulana picarona, sucia, peligrosa y cuentista».

Hubo declaraciones y contradecaraciones, y cada parte insistía en que la otra tenía las miras puesta en el matrimonio. Home narró las incesantes caricias a las que lo sometía la señora Lyon, y ella respondió parodiando la voz de él y sus súplicas para que la mujer lo besara, algo que, según el *Police News*, «pareció causar gran diversión». Lyon sacó un diario en el que había escrito que Home era un «hipócrita mentiroso, escurridizo, adulator y codicioso». En un momento especialmente crucial, el abogado de la acusación le pidió a Home que generase los golpeteos de un fantasma, cuyo resultado —según uno de los recortes de prensa— fue un silencio subrayado por un inaudible y ansioso movimiento al incorporarse en los asientos «en particular por parte de las damas».

En su veredicto, el juez se mostraba muy crítico con el testimonio de la señora Lyon, pero aún más crítico con toda aquella idea del espiritismo, que él consideraba un «perverso y bien calculado sinsentido con la intención, por un lado, de engañar a los vanidosos, débiles e insensatos y, por otro, de servir de ayuda en los planes de indigentes y vividores». Aquello recordaba a una opinión que había publicado el *Lancet* unos años antes, en su descripción de quienes eran vulnerables al encanto del mesmerismo: «Muchachas listas, bohemios filosóficos, mujeres débiles, hombres aún más débiles».

Home tuvo que devolver la cantidad de 60.000 libras, pero la señora Lyon tuvo que pagar las considerables costas judiciales. Fueron muchos los que creyeron que aquella era la puntilla para el

espiritismo. Sin embargo, se equivocaban.

Existe una influyente fotografía de una sesión victoriana de espiritismo en la que el fantasma de una mujer observa a un hombre mayor (véase la ilustración número 19). El fantasma va vestido de blanco, con un tocado blanco en la cabeza, o lo que parece una sábana sujeta por detrás de las orejas. Mira hacia abajo con expresión serena y extiende el brazo izquierdo para sujetar el de quien parece ser un clérigo victoriano, debajo de ella. Él está absorto, los labios fruncidos, los ojos cerrados, la cabeza calva inclinada hacia abajo en una especie de síncope. Parece claro que, en su mente, se encuentra en íntima comunión con los muertos.

Aquel clérigo era en realidad un médico y se le ha identificado como el doctor James Gully (1808-1883), uno de los testigos sobre la personalidad de Home en su juicio¹⁷⁰. Y el fantasma es Katie King, tal y como la invocaba Florence Cook. Se suponía que Katie King era el espíritu de la hija del bucanero sir Henry Owen Morgan, también conocido como John King, el más famoso de todos los espíritus guía en Estados Unidos, donde se aparecía en una sesión de espiritismo tras otra con su atuendo pirata completo, incluida la tez morena y la larga barba.



19. La fantasmal Katie King observa a un hombre suplicante, identificado como el doctor Gully, entre cuyos pacientes se contaba Charles Darwin.

Justo cuando el espiritismo y la teatralidad de la sala de espiritismo parecían decaer tras la desgracia de Daniel Dunglas Home, una adolescente del distrito londinense de Hackney le devolvió su atractivo. En junio de 1871, Thomas Blyton, secretario de la asociación de espiritismo de Dalston —un barrio de Hackney— publicó un artículo sobre su protegida, Florence Cook.

Florence Cook nació en Londres en 1856. Su padre se había

trasladado allí desde Kent y se dedicaba a la composición de imprenta, de manera que, en términos de sociedad, era de clase media bastante baja. La familia tenía una sola persona de servicio. En la época en que Florence Cook cumplió los catorce años, caía constantemente en estados similares al trance que perturbaban a sus padres y sus tres hermanos.

En 1865 se había inaugurado un ramal ferroviario que unía Hackney con la ciudad, y Thomas Blyton, uno de los empleados del ferrocarril que vivía justo al sur de Hackney, en Dalston, se hallaba al frente del grupo local de espiritismo. Se reunían una vez por semana, casi siempre en el número 74 de Navarino Road.

Más adelante, Cook describió su introducción e inmersión en el mundo del espiritismo como algo «similar a contraer una fiebre». Tras contactar con médiums más experimentados, como Frank Herne y Charles Williams —cuyo espíritu guía era la mujer del bucanero John King—, Cook tomó a la hija de esta como su espíritu guía e hizo aparecer unos rostros en la penumbra. Poco después se trasladó de la sala de espiritismo a un armario, básicamente un ropero con una cortina colgada en lugar de puertas, lo que le daba a la médium una mayor intimidad para llevar a cabo sus gestiones espirituales.

Echando ahora la vista atrás sobre aquellos armarios espiritistas, parecen una impostura ridícula, una invitación al fraude. No obstante, para el espiritista victoriano, invocar a los muertos para que se materializasen era un procedimiento muy delicado, y se tenía la sensación de que toda desviación de aquel procedimiento, cualquier molestia para el médium mientras estaba en trance podría ser extremadamente dañina tanto para su mente como para su cuerpo. De haber en la sala algún escéptico o científico que tratase de supervisar la situación, se solía atar al médium en el armario y se sellaban meticulosamente las cinchas o los nudos, por lo general muy complicados, con lacre o algo similar.

Los asistentes a la sesión victoriana de espiritismo solían ser un grupo de personas de ideas afines que ya se conocían y que se reunían con regularidad. Generalmente, una sesión sería comenzaba con una oración o un alegre himno moderno como *Hand in Hand with Angels* («De la mano de los ángeles») o *Footsteps of Angels* («Los pasos de los ángeles») de Longfellow. Los asistentes, sentados, se cogían entonces las manos y formaban un círculo. La primera indicación de alguna forma de actividad paranormal podía ser una

brisa fría que pasaba sobre la mesa, o algún tic involuntario en los brazos o en los hombros de los participantes. Podría parecer, según una descripción, que la mesa «late». Podría empezar a moverse. En ese punto, el típico meticuloso aseguraría que solo estaban rozando la mesa con la mayor levedad, para dejar claro que no estaban colaborando en las manifestaciones del ente. No es de extrañar que los espiritistas llamasen a aquello la «emoción» de las mesas; parecía una exultación.

En el verano de 1873, Florence hizo algo bastante novedoso. En las sesiones de espiritismo era habitual la aparición de manos, brazos o rostros incorpóreos flotando por la sala. En aquella época, el *Daily Telegraph* enviaba un reportero a las sesiones de Cook, que tuvo la fortuna de experimentar una «materialización de cuerpo entero» de Katie King. «Aunque habíamos dejado a la señorita B atada y sellada en su silla, y vestida con vestido negro corriente de falda un tanto voluminosa, una figura de alta estatura y vestida con el clásico color blanco, los brazos y pies desnudos [...] se plantó como una estatua ante nosotros». Este episodio pasó a ser conocido como «Forma n.º 1».

En un santiamén se reprodujo el tan conocido patrón: la puerta de aquella pequeña casa de Hackney se abrió a algunos de los más grandes nombres, como lord Arthur Russell y su esposa, por ejemplo, y el conde de Caithness con su mujer y su hijo. Ofrecían a Cook vacaciones en París, cruceros en yates privados. A todo ello contribuía, por supuesto, el hecho de que fuese joven¹⁷¹, guapa y llena de vida, y de que le gustase hacer de sus sesiones algo animado y divertido. El acaudalado hombre de negocios de Manchester Charles Blackburn quedó lo suficientemente prendado de aquella lolita encantadora de fantasmas como para ofrecerle un sueldo privado, y así pudo ella dejar su puesto de profesora en la escuela de la señorita Eliza Cliff, cerca de Richmond Road. Aquel hombre, con su testamento, convertiría en una mujer rica a Kate, la hermana de Florence¹⁷².

Con aquel cambio, Cook se convirtió en una especie de médium privada, una posición verdaderamente deseable para ella. No sin razón, muchos victorianos respetables veían en las médiums públicas a unas mujeres de una moralidad muy baja, poco mejores que las prostitutas; si la médium gozaba de la protección de un hombre adinerado, sin embargo, estos victorianos se veían menos inclinados a expresar su opinión. Dicho esto, esta relación

contractual que Cook firmó con Blackburn tenía otro aspecto: la convertía poco más o menos que en propiedad suya. Él exigía un control absoluto sobre la manera, el lugar y el momento en que celebraba sus sesiones. Mientras Blackburn se encontraba en su residencia de Parkfield, en el campo, delegaba aquella tarea en su amigo J. C. Luxmore, aunque no tardaría en pasársela a otro hombre. Se llamaba William Crookes y su investigación de las capacidades paranormales de Cook se convertiría en una obsesión erótica que tuvo sus ecos a lo largo de los años. George Cukor valoró la posibilidad de hacer una película sobre aquella relación, pero filmó en cambio *My Fair Lady* (1964), con una temática muy semejante.

Crookes, científico y futuro presidente de la Royal Society, estudió a la adolescente con poderes psíquicos durante los años de 1873 y 1874. Durante gran parte de ese tiempo, trabajó con Cromwell Varley y utilizó los complejos circuitos eléctricos de este a modo de salvaguarda, para crear un nivel añadido de seguridad en las condiciones de la sala de espiritismo: si un médium fraudulento conseguía liberarse de las cuerdas y las cadenas con las que se le solía contener, en teoría, detectarían sus movimientos. Harry Price y los suyos seguían utilizando una versión de aquel montaje en los años veinte en su Laboratorio Nacional: el sistema consistía en una pila de dos células, dos juegos de bobinas de resistencia y un galvanómetro reflectante, este último colocado en el exterior del armario para ofrecer lecturas instantáneas sobre la integridad del circuito.

Crookes ya era un científico mundialmente famoso en 1873. En 1861 había colaborado en el descubrimiento de un nuevo elemento químico, el talio. Fue uno de los pioneros en el uso de los tubos de vacío y en el desarrollo del tubo de rayos catódicos; básicamente, Crookes es el abuelo del televisor. A pesar de ser un personaje augusto y respetado, era en gran medida autodidacta, lo que significaba que no estaba familiarizado con las rutinas de la cultura de los clubs, como cabía esperar de un hombre de su posición en el Londres victoriano. El talio es una potente neurotoxina, y muchos creían que su interés por los muertos era una prueba de que su manejo de aquella sustancia le había envenenado el cerebro. Se dice que la muerte de su hermano pequeño con tan solo veintiún años, mientras tendía una línea de telégrafo desde Cuba hasta Florida en 1867, generó en él un fuerte deseo de contactar con quienes habían

traspasado el velo de la muerte (otro distinguido científico, sir Oliver Lodge, se vio afectado de un modo similar cuando falleció su hijo Raymond durante la Primera Guerra Mundial).

A pesar de su personalidad aparentemente pasiva, parece que la propia Cook tomó la iniciativa después de un desagradable incidente que, dicho sea de paso, dejó al descubierto toda una subcultura de intrigas y críticas desleales entre las médiums de Londres. Se trataba de un grupo muy reducido, y las médiums más mayores, como la señora Guppy, no querían que vinieran otras más jóvenes a robarles la clientela. El 9 de diciembre de 1873, entre los invitados a la sesión de espiritismo de Cook estaba un tal William Volckman. Llevaba todo el año intentando asistir. Durante la sesión, el fantasma de Katie King tomó a Volckman de la mano, tal y como era su costumbre. Sin embargo, Volckman —que resultó ser un títere de la señora Guppy (con quien, en efecto, se casó más adelante)— trató de agarrar al fantasma por la cintura mientras exclamaba a voces que aquella mujer no era otra que Cook.

Se produjo una violenta refriega cuando se extinguió la tenue luz de la lámpara de gas y los partidarios de Cook se abalanzaron sobre aquel hombre: le arrancaron a Volckman de raíz una parte de la barba. Tras un intervalo de cinco minutos, se abrió el armario espiritista y allí estaba Cook, en un estado de angustia y con una cinta bien atada en la cintura, tal y como se hallaba al inicio de la sesión.

Aunque Cook recibiese muchos apoyos y, al fin y al cabo, tampoco hubiera sido descubierta (que ya sucedería después), Blackburn, que se encontraba presente, vio todo aquello con muy malos ojos. Le mandó una nota con cuatro palabras: «Suspenderé todos los pagos». El sustento de Cook corría un serio peligro.

En una jugada increíblemente atrevida y decisiva, Cook decidió acudir en secreto a la casa de Crookes por su cuenta y riesgo, al número 20 de Mornington Road¹⁷³. Fuera lo que fuese lo que le dijo la muchacha, fuera cual fuese la treta que utilizase, él accedió a someterla a un estudio científico. A Crookes le había parecido «joven, sensible e inocente» y, después de hablar con ella, había decidido que lo de Volckman había sido «un suceso vergonzoso».

Cook comenzó seis meses de sesiones en casa de Crookes bajo unas condiciones controladas; a veces permanecía allí durante toda una semana, con el traqueteo de los trenes de la estación de Euston en los apartaderos del exterior. Ofreció una de las sesiones con su

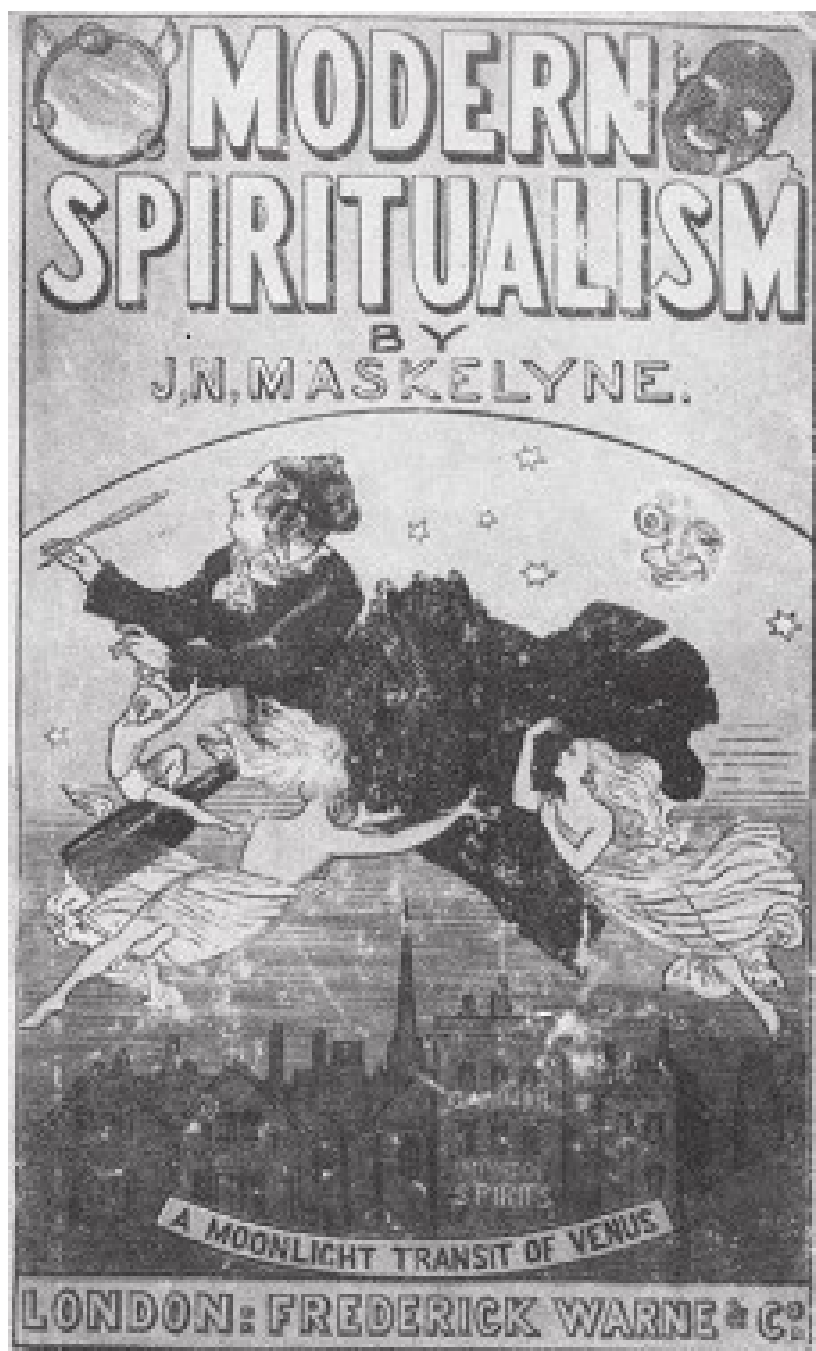
nueva amiga y colega médium, otra adolescente guapa y coqueta, Mary Showers. Crookes tenía a aquellas chicas por entero para sí, igual de cálidas al tacto en su forma humana y en la espiritual, mientras iban dando saltitos por la estancia cogidas del brazo como unas colegialas. Más adelante, Cook hablaría sin tapujos sobre la relación que mantenían. Fue allí donde Crookes fotografió a Katie King como un espíritu con el doctor Gully¹⁷⁴. Los albaceas del médico destruirían posteriormente cuarenta de las cuarenta y cuatro fotografías, ansiosos por proteger la reputación científica de Gully, del mismo modo en que se purgaron de literatura erótica tantas y tantas bibliotecas de caballeros victorianos. En la década de 1890 se le concedió a Crookes el título de caballero y, en 1910, la Orden del Mérito del Reino Unido. Tras su muerte, ni siquiera la SPR —en la persona de lord Rayleigh— se atrevió a mencionar el nombre de Florence Cook en un discurso destinado a honrar sus trabajos en el campo de lo paranormal.

Los experimentos de Crookes con Varley —quien, según se dice, fue el que lo convenció para que se tomase en serio el espiritismo— tuvieron lugar en la casa de J. C. Luxmore, en el 16 de Gloucester Square, cerca de Hyde Park. Le sujetaron a Cook dos soberanos de oro en los brazos con un par de gomas elásticas, y a las monedas les conectaron unos cables de platino para cerrar el circuito. Katie King apareció como era debido y, excepto por unos pocos altibajos de voltaje, el circuito parecía mantenerse, igual que se mantenía el juego de manos. Crookes trasladó entonces el equipo a su casa para poner a prueba a Cook. El escritor Trevor Hall cree que, llegados a este punto, la médium tenía al científico completamente enajenado en una trampa sexual. Resulta increíble que Crookes escribiese una carta respaldando las genuinas capacidades de la joven mucho antes de haber terminado formalmente de someterla a pruebas. Parece claro que Cook lo convenció para que escribiese aquel informe provisional tan comprometedor. Así, el 3 de febrero de 1874, escribía: «Aquellos que se sienten inclinados a juzgar a la señorita Cook con dureza, que suspendan su juicio hasta que yo presente pruebas tangibles que estimo serán suficientes para zanjar la cuestión». Crookes ya se había convencido de que Cook no era un fraude.

En enero de 1873, a la señora Guppy se le había agotado ya la paciencia. Hasta aquel momento había sido la más famosa médium

de Londres. Su gran especialidad eran los llamados «aportes» paranormales: sobre la mesa, de repente, caía una lluvia de flores salpicadas de gotas de rocío, y en 1869 hizo que los espíritus ordenaran unos caramelos por colores. En una sesión de espiritismo con Arthur Trollope y su mujer, a la señora Trollope le engalanaron los brazos y las manos con junquillos. El doctor Alfred Russel Wallace pidió y recibió un girasol de dos metros, entero, hasta con tierra en las raíces. Unos cactus espinosos aparecieron para la princesa Margarita de Nápoles.

Bravo, mucho más joven que él. Gully quedó despojado de todas sus afiliaciones médicas cuando se supo que le había practicado un aborto a la joven tras haberla dejado embarazada; jamás se esclareció la identidad del asesino de Charles Bravo.



20. Cubierta de un libro con una rolliza y cómica representación de la señora

Guppy como «el tránsito de Venus», transportada por el aire por unos espíritus.

Surgían bloques de hielo, brea líquida, langostas vivas, una nube de mariposas y estrellas de mar.

En aquel enero de 1873 sucedió que la señora Guppy fue a ver a unos médiums que habían llegado de Estados Unidos, el señor Nelson Holmes y su esposa, que entonces vivían en Old Quebec Street. La señora Guppy quería que se uniesen a ella en un plan para neutralizar a Florence Cook; su ira matronal contra aquella muchacha a la que llamaba «carita de muñeca» era absolutamente real. Les contó que tres de los suyos iban a asistir a una sesión y a arrojarle ácido en la cara a Katie King con la absoluta esperanza de que el fantasma fuese Cook, por descontado, y de que su mayor bien quedase arruinado para siempre. El señor Holmes ordenó a Guppy que se marchase de la casa y escribió una carta de queja.

El señor y la señora Holmes eran ahora enemigos de Guppy. Uno de los hombres de esta, James Clark, se coló en una sesión de los Holmes y encendió una cerilla. En ese instante sonaban unos instrumentos musicales que flotaban sobre los asistentes; cayeron al suelo con estrépito, pero no se encontró truco ninguno. La cosa se puso muy fea.

Holmes montó en cólera. Escribió diciendo que revelaría «los detalles de las infames operaciones de la señora Guppy con la señorita Emily Berry, del número 1 de Hyde Park», y que contaría cómo aquella mujer utilizaba su «fingida condición de médium con fines abyectos, y que celebraba sesiones de espiritismo únicamente como encuentros románticos licenciosos para facilitar a ciertos grupos de dudosa reputación la posibilidad de llevar aún más lejos sus lascivas propensiones». Más adelante, en 1876, Daniel Home afirmó que las sesiones de la señora Guppy se celebraban con el único propósito de los devaneos sexuales, y aseguró que la mayoría de sus colegas médiums femeninas introducían en las salas de las sesiones los supuestos aportes escondidos bajo las faldas. Sabían que nadie iba a buscar entre su ropa interior. Llegado el cambio de siglo, eran varias las médiums que se habían especializado en los pseudópodos —que era como se llamaba a los ectoplasmas— que surgían de la vagina¹⁷⁵.

El manifiesto cariz sexual de la condición de médium ya quedó establecido en una etapa primitiva, bajo el mesmerismo. Una de las pacientes internadas en el ala para mujeres del hospital en el que Elliotson realizaba experimentos en 1837 era una veinteañera

epiléptica bendecida, para deleite de los observadores masculinos, con unos frondosos tirabuzones rubios. Cuando estaba en trance, la pellizcaban, toqueteaban y manoseaban. El médico le metía objetos a la fuerza por los orificios nasales y le gritaba al oído. En ocasiones, su rostro adoptaba el rictus de un cadáver. «Oh, ¿cómo es que el rubor tiñe mis mejillas?», entonó ella somnolienta, seductora, en el despertar de un trance; los asistentes la describieron como una pitonisa por las gnómicas y sugerentes palabras que había pronunciado. Aquello era un espectáculo irresistible para los caballeros victorianos. La médium Emma Hardinge Britten era «perseguida por gran variedad de hombres, y todos ellos estaban convencidos de que ella era su espíritu afín tan largo tiempo buscado»¹⁷⁶; le remitían cartas de amor apasionadas y se vio obligada a emprender acciones legales contra ellos.

Algunas médiums aprovechaban la oportunidad para travestirse; el entorno de las sesiones de espiritismo atraía a homosexuales de ambos sexos. Annie Fairlamb se ponía una barba negra y se convertía en George, y a George desde luego que le gustaba besar a las damas e invitar a las receptoras de sus afectos a coquetear con él en el armario. Cuando era un espíritu llamado Minnie quien poseía a Fairlamb, le gustaba besar a los hombres. Pocka, el espíritu de la muchacha india que materializó la señorita Wood, médium de Newcastle colega de Fairlamb, abrazó a uno de los asistentes, un comerciante de maíz, y besó en repetidas ocasiones al apuesto Edmund Gurney¹⁷⁷, dos o tres veces a través de un velo, y después con los labios al descubierto.

El uso de su sexualidad resultaría también una táctica útil para otras médiums posteriores. Eusapia Palladino, una médium a la que la SPR investigó en dos ocasiones, era una campechana mujer de Nápoles que tenía la costumbre de despertar de sus trances acalorada, sudorosa y excitada, y de sentarse en el regazo de sus asistentes masculinos. Se le abultaba el vestido. Los pseudópodos surgían de sus caderas como un pene postizo que iba a golpear en las costillas de personajes como Frederic Myers¹⁷⁸. En ocasiones se estremecía de placer mientras un amante fantasma la llevaba al orgasmo, para sonrojo y vergüenza de los académicos de Cambridge que la estudiaban. A pesar de todos aquellos chanchullos, seguía produciendo fenómenos que nadie era capaz de explicar.

Houdini se encontraría con los mismos problemas en los años veinte al investigar a la médium bostoniana Mina Crandon, una

joven alegre y a la moda de la época que recibía a sus asistentes sin más vestido que una ligera bata, zapatillas de andar por casa y medias de seda, un atuendo que no dejaba nada a la imaginación. Se rumoreaba que había celebrado algunas sesiones completamente desnuda. Houdini, que libró una larga batalla contra los médiums fraudulentos, advertía de manera específica a los investigadores que evitasen «enamorarse» de ella.

Se ha escrito mucho sobre la razón de que hubiese tantas mujeres médium; era prueba de una transición del espacio doméstico al público para muchas mujeres de un modo que nunca se había producido hasta la fecha. En su forma más seria, estaba vinculada al impulso favorable al sufragio femenino y la igualdad de derechos. Los médiums solían tener posturas de un tono contrario a las clases dirigentes, y varios grupos de espiritismo eran específicamente anticristianos y antirreligiosos. Al mismo tiempo, lo que llegó procedente de Estados Unidos fue la idea de un hierofante femenino; ya se había producido en Inglaterra en figuras como Joanna Southcott, pero fue en el Nuevo Mundo donde arraigó la idea.

Los primeros cuáqueros tenían opiniones ambivalentes respecto de lo sobrenatural, aunque el grupo cuáquero que se escindió en el siglo xviii, los *shakers* —más conocidos en nuestros días por su elegante mobiliario¹⁷⁹—, eran básicamente matriarcales; su fundadora había sido una mujer llamada Ann Lee. La idea de una deidad andrógina emergió también de los swedenborgianos y de la doctrina de Saint-Simon¹⁸⁰, y las creencias de los *shakers* sin duda influyeron en David Richmond, uno de los primeros socialistas, quien trajo el espiritismo a la Inglaterra proletaria de la década de 1850.

Prácticamente sin excepción, se demostró que la mayor parte de los médiums eran un fraude o, más bien, gente capaz de cometer actos fraudulentos, que no es lo mismo. Los espiritistas son bien conscientes de que los médiums pueden fingir manifestaciones de lo desconocido, y dirán que quienes se ven sometidos a la presión de tener que alimentar a su familia saben que, más de una vez, los verdaderos fenómenos no están a libre disposición. Los augustos académicos de Cambridge de la SPR sabían perfectamente que Palladino fingiría a la menor oportunidad y, sin embargo, aquella italiana casi analfabeta generaba situaciones en condiciones bajo control que nadie podía explicar.

El propio Houdini se vio en apuros en algunas ocasiones a la hora de ofrecer la solución de lo que parecía un truco, aun cuando él mismo lo presenciaba en persona. A lo largo de toda de su carrera —o ministerio, según prefiera—, se supone que Home jamás cobró por las sesiones de espiritismo, y no era infrecuente que no dieran ningún resultado. A pesar de los rumores que corrieron por Biarritz sobre la mala pinta de algunas sesiones, jamás se demostró que Home fuese un fraude. Parecía torturarle la vertiente pública de su personaje y no cejó en su intento de iniciarse en una nueva profesión. Por mucho que lo intentase la SPR, el gran desenmascaramiento jamás se produjo. Frank Podmore, el sabueso y archiescéptico de la SPR, escribió: «Nunca se demostró de forma pública que Home fuese un impostor, no hay prueba de ningún calibre de que se le detectase truco alguno, ni siquiera en privado». Tras sufrir una larga agonía a causa de una tuberculosis crónica, Home falleció en 1886 y fue enterrado en Francia. Su figura sigue siendo un caso único y sin explicación.

La vida de las hermanas Fox, por el contrario, se deshizo en la farsa. Estas mujeres que habían iniciado el negocio de la comunicación con los espíritus acabaron viviendo en la miseria después de que Kate fuese arrestada por embriaguez en Nueva York y le quitasen a sus hijos. En 1888, Maggie se subió a un escenario para anunciar que toda la historia de las hermanas había sido un fraude y que, en efecto, ellas habían generado los golpeteos de los espíritus haciendo crujir sus articulaciones. Y así se lo demostró al enmudecido auditorio de la Academia de Música del Estado de Nueva York mientras su hermana Kate miraba. Sin embargo, en 1891 Maggie se retractó de su declaración y afirmó que le habían ofrecido tanto dinero que, por su propio interés, confesó haberlo fingido todo. Murió dos años después, sin un centavo.

Otras confesiones resultaron ser más beneficiosas. La médium Annie Eva Fay, investigada también por Crookes con un veredicto de autenticidad, regresó a su carrera sobre los escenarios después de haber confesado que carecía de poderes psíquicos y que siempre se había limitado a hacer trucos. A su debido tiempo, fue recompensada con el nombramiento como primer Socio de Honor Femenino del Círculo de Magia. Más adelante le contaría a Harry Houdini cómo se las había ingeniado para burlar el circuito eléctrico Varley-Crookes durante las pruebas¹⁸¹.

Igual que Katie Fox, muchos médiums caían en el alcoholismo,

incluida Mary Showers, la amiga de Florence Cook, que acabó celebrando sesiones de espiritismo medio borracha. La propia madre de Mary había hecho correr la voz de que su hija se entendía sexualmente con Crookes, pero él afirmaba que las supuestas notas suyas para Mary Showers eran falsificaciones. Era tal la estima de la que gozaba Crookes que sobrevivió indemne a aquel periodo espiritista.

El 9 de enero de 1880, Florence Cook celebraba una sesión a la que asistía un joven sir George Sitwell de veinte años, padre más adelante de Sacheverell y Edith Sitwell. Era la tercera sesión a la que asistía en la que Cook realizaba materializaciones de cuerpo entero. Florence había jubilado a Katie King seis años atrás, ahora hacía que se manifestase una niña llamada Marie. En una sesión anterior, Sitwell se había percatado de que el fantasma de Marie llevaba un corsé, aunque se suponía que no pasaba de los doce años. Decidió aguardar el momento oportuno y, en aquella ocasión, Sitwell agarró al espíritu y se dio cuenta de que estaba sujetando a una Cook en ropa interior. Arrancó la cortina del armario y se encontró con sus medias, sus zapatos y otras prendas de vestir sobre la vacía silla estilo Windsor.

En el periodo de entreguerras se produjo un renacer de las sesiones de espiritismo, pero en aquella época carecieron del glamur, la intriga y, sobre todo, el pálpito sexual de la versión victoriana. La sesión más impresionante jamás realizada fue una de la médium irlandesa Eileen Garrett con Harry Price en octubre de 1930. La habían planeado para contactar con Arthur Conan Doyle, pero quien respondió fue el capitán de la RAF H. Carmichael Owen. Estaba al mando de la aeronave R101 que se había estrellado en una colina apenas unos días antes y en la que habían perecido cuarenta y ocho personas. Se ofrecieron tal cantidad de detalles técnicos, que el mayor Oliver Villiers, de la Autoridad de Aviación Civil, quedó muy impresionado y solicitó que se celebrase una segunda sesión especial. Garrett, que no utilizaba parafernalia alguna en sus actuaciones, demostró ser una de las más impresionantes en su clase, mucho tiempo después del apogeo de los salones de espiritismo.

La última de las sesiones famosas se celebró el 19 de enero de 1944 bajo el auspicio de la médium escocesa Helen Duncan. Se encontraba en plena sesión en Portsmouth cuando la policía hizo

una redada y la detuvieron acusada por la Ley de Brujería de 1735. El juicio duró siete días y encolerizó a Winston Churchill por su falta de seriedad moral y su despilfarro de unos valiosísimos recursos en tiempos de guerra. De este modo, la Infernal Nell¹⁸² fue la última de las brujas y prácticamente la última de las médiums que hacían materializaciones, y es su imagen, una imagen de Margaret Rutherford, la que conforma la idea que la mayoría de la gente tiene hoy de una médium, en lugar de las disolutas sílfides adolescentes del Londres victoriano.

Ángeles en los cielos y demonios en las profundidades

«Era como si viese una caldera de tormento y de muerte, de agonía y de terror, siete veces calentada y, en medio del calor, el Ejército británico. Entre las llamas, consumido por ellas y aun así como si estas lo envolviesen en un halo, desperdigado como la ceniza y aun así triunfal, martirizado y por siempre glorioso. Es decir, que vi a nuestros hombres inmersos en un resplandor».

Arthur Machen

Era un submarino alemán del tipo UB III, cuya botadura se realizó en Hamburgo el 26 de junio de 1917 y que entró en servicio tres semanas después, tras una serie de pruebas en altamar en aquel verano del Báltico. El U65 era una nave pequeña conforme a los estándares modernos: 510 toneladas, movido por un motor diésel de seis cilindros y motores eléctricos Siemens-Schuckert, y con una velocidad máxima justo por debajo de los catorce nudos. Llevaba cuatro tubos lanzatorpedos en la proa, uno en la popa y una dotación de diez torpedos en total, algunos con espoleta magnética. Las condiciones de vida eran rudimentarias y las de salubridad — con un inodoro químico separado por una cortina—, asquerosas. Llevaba una ametralladora de 110 milímetros, más grande que la habitual de 88, atornillada en la cubierta para su uso cuando el navío bordeaba las costas en superficie. Y hay otro detalle al respecto del U65: estaba encantado. Era un barco maldito.

La versión más conocida de esta historia tan particular de fantasmas en tiempos de guerra se publicó por primera vez en julio de 1962 en la revista *Blackwood's*. Durante los años sesenta y setenta, «El fantasma del U65» apareció en numerosas antologías e incluso en cómics o en libros ilustrados para niños. Su autor era G. A. Minto. Es poco lo que sabemos de este autor que, según parece, se dedicó a escribir una vez jubilado, tras toda una vida en la función pública¹⁸³.

Apareció en la prensa internacional en 1955 como el dinámico cónsul de Birmania que entrega un rescate en Rangún para la liberación del coronel Perrott, un oficial retirado del ejército al que

secuestraron los piratas cuando había salido a cazar patos.

Minto formaba parte de la clase dirigente, era una figura sensata y de autoridad, aficionado a los atlas y el *Jane's Fighting Ships*¹⁸⁴. Hay en su tono un leve deje de hastío, casi de repulsión: «He servido al Estado durante la mayor parte de mi vida laboral y, hasta hace bien poco, he creído que no hay actividad gubernamental que me pueda sorprender por muy exótica que sea». Se quedó estupefacto, dice, cuando se enteró «por escrito, de forma clara y fría, de que el Almirantazgo alemán, en nuestro tiempo, había embarcado un fantasma de manera oficial a bordo nada más y nada menos que de un flamante submarino».

Minto lo cuenta más o menos así. En 1915, la política naval del Gobierno imperial de Alemania cambió su estrategia y pasó a centrarse en el uso de submarinos para enfrentarse a la tremendamente poderosa Marina británica. Su táctica tuvo un gran éxito al principio. Uno de estos nuevos submarinos era el U65. Sin embargo, desde el preciso momento en que se le colocó la quilla, hubo en aquella nave algo que parecía atraer a la muerte¹⁸⁵. En el astillero, un día una pesada viga de acero se deslizó de sus cadenas, cayó al suelo, mató en el acto a un hombre e hirió de muerte a otro. En otro incidente durante su construcción, tres hombres se asfixiaron con unos gases tóxicos en la sala de máquinas mientras instalaban las baterías.

«El trayecto de prueba quedó igualmente marcado por la tragedia», observa Minto. Unas malísimas condiciones meteorológicas en la ensenada de Heligoland hicieron caer a un marinero por la borda. En una inmersión, un tanque de lastre sufrió una fuga e hizo imposible que la nave subiera a la superficie en unas doce horas, durante las cuales se filtró otro gas tóxico procedente de las baterías. Salió a la superficie justo a tiempo para salvar de la asfixia a toda la tripulación. Dos miembros fallecieron a causa de los daños sufridos en los pulmones, lo cual aumentó a ocho el número de víctimas en el submarino.



21. El submarino maldito de la Primera Guerra Mundial:
una representación posterior extraída de un cómic.

A pesar de esta concatenación de infortunios, se impusieron las necesidades del esfuerzo bélico alemán y el submarino entró finalmente en servicio con el teniente de navío Karl Honig al mando. Sin embargo, mientras estaban avituallando y cargando el submarino de suministros, un torpedo estalló, hirió a nueve hombres y mató al segundo de a bordo. Después de aquello, un día, mientras el U65 seguía atracado en el muelle, después de almorzar varios marineros vieron al muerto descender por la plancha de acceso, subir a bordo y desvanecerse.

El submarino zarpó y hundió navíos enemigos, pero en el ambiente de su atestado interior se extendía la historia de que el U65 estaba maldito. Se vio a un hombre entrar en la sala de torpedos, y por tres veces se encontró la sala de torpedos vacía.

Caía la noche en altamar en enero de 1918 y las condiciones meteorológicas levantaban el viento y las olas de forma que se acrecentaba la sensación de penumbra, cuando dos vigías agazapados tras la lona de la rudimentaria y pequeña torreta vieron a un oficial de gala sobre la cubierta despejada del submarino, sin impermeable de ninguna clase, inmune a aquellas condiciones. Era el segundo de a bordo, llegado de nuevo desde el cementerio de Wilhelmshaven, clavando la mirada en el horizonte.

Al hedor de las letrinas y la falta de oxígeno en el ambiente se añadía una especie de disforia que los hombres no eran capaces de quitarse de encima. Veían al fantasma constantemente y este incluso les hablaba. Cuando el submarino se adentró en Brujas, el teniente de navío estaba dispuesto a presentar su renuncia, pero una incursión aérea lo impidió. Honig corría para ponerse a resguardo en la ciudad cuando lo mató una bomba. Trasladaron el cuerpo decapitado al U65, y su fantasma se añadió a la lista. La tripulación espectral se iba haciendo poco a poco con el control de la nave.

El Almirantazgo alemán mandó llamar a un pastor luterano, Franz Weber, e hizo que exorcizara el submarino. Lejos de tranquilizar a la tripulación, todo aquel asunto pareció irritarlos más. Nombraron a un nuevo comandante para la nave, el capitán de corbeta Schelle, que adoptó una postura tajante con el tema de la maldición del barco y tomó medidas enérgicas contra la indisciplina. En junio, sin embargo, volvieron a ver al fantasma; dos marineros desertaron y fueron sometidos a un consejo de guerra que los envió a un batallón de castigo en el frente occidental.

En la madrugada del día 10 de julio, apenas a unos meses de la firma del armisticio, el submarino norteamericano L2 patrullaba una zona frente al cabo Clear y la costa sur irlandesa. Navegando a profundidad de periscopio, localizó un submarino alemán. Justo cuando el capitán estadounidense daba las órdenes para iniciar un ataque, sucedió algo inesperado: una explosión tremenda partió el navío alemán y no dejó más que una mancha de aceite que reflejaba el cielo estival. Era el U65, y se había hundido con toda la tripulación.

Nos cuenta Minto que, en 1921, un tal doctor Hecht tuvo acceso a los documentos oficiales alemanes durante una investigación que se llevó a cabo sobre toda la historia del U65. No se veía capaz de proporcionar una explicación satisfactoria «como hombre de

ciencia» para cuanto había sucedido, pero finalizaba su informe con una especie de referencia alterada a *Hamlet*. El propio Minto concluye: «Hay en nuestros mares más de lo que nuestro conocimiento es capaz de abarcar».

En 2003, el canal 4 de la televisión británica encargó la segunda temporada de una serie de documentales de submarinismo titulada *Wreck Detectives* («Detectives de naufragios»). La buceadora Innes McCartney había descubierto los restos de un submarino no identificado a unas sesenta millas de la costa de Padstow, en Cornualles, y dado el aire de misterio que parecía envolver su identidad, se escogió aquel lugar para uno de los programas. Se trataba de una inmersión de profundidad, al límite de la capacidad de los equipos individuales de submarinismo, pero las aguas en las que yacía el aparato eran cristalinas.

Bajo las cálidas aguas de Cornualles, los restos del submarino no ofrecían ninguna pista obvia de los motivos de su hundimiento. Era alemán. De la Primera Guerra Mundial. No había signos de explosiones ni de daños producidos por un ataque. Las escotillas de popa estaban abiertas, como si la tripulación hubiera tratado de escapar. Se retiró una de las hélices y se comprobaron sus números de serie. No había duda: era el U65. Lejos de resolver el misterio, la ausencia de daños de una deflagración en el submarino lo habían aumentado. Considerado ahora una tumba de guerra, el acceso al submarino está restringido para los submarinistas. Ni los productores del programa ni los buceadores que flotaban alrededor del submarino tenían la menor idea de que, en realidad, aquel era el buque de guerra más maldito de la historia¹⁸⁶.

Los orígenes de esta historia se encuentran en un libro de Hector C. Bywater de 1932. Bywater es un personaje enigmático entre los expertos navales del periodo de entreguerras, muy bien relacionado con los servicios de inteligencia británicos y con un conocimiento casi inigualable de las Armadas de las grandes potencias. En una obra escrita allá por 1925, hablaba sobre un ataque japonés por sorpresa contra unas instalaciones de la Marina estadounidense: estas «predicciones» de Pearl Harbor y de la hegemonía japonesa en el Pacífico le han servido para ocupar un lugar especial en el corazón de los teóricos de la conspiración. El *Telegraph* y el *New York Herald* solían recabar sus opiniones. Se rumoreó que su misteriosa muerte en Londres en 1940 se produjo a causa de unas

gotas de veneno oriental con las que algo tuvo que ver el Imperio japonés. No todo el mundo en Estados Unidos había hecho caso omiso de sus vaticinios de 1925, y tal vez aquello supusiera la diferencia entre una capitulación inmediata y una posterior victoria. En 1926, el Instituto Naval de Estados Unidos le concedió una medalla de oro.

El libro de Bywater se titulaba *Their Secret Purpose: Dramas and Mysteries of the Naval War* («Su objetivo secreto: dramas y misterios de la guerra naval»), y en parte consistía en una selección de informes que había ofrecido al *Daily Telegraph*. En el segundo capítulo, «El lado extraño de las cosas», tenemos lo que parece ser la primera versión de la historia del U65. Resulta curioso que estuviera incluida siquiera, ya que se trataba de un libro muy serio de un corresponsal naval muy respetado. Trató de suavizar los gestos de sorpresa con el último párrafo de su introducción, fechada en abril de 1932: «Con el objetivo de anticiparme a las posibles críticas sobre el capítulo del submarino maldito alemán, puedo afirmar que los datos que he recibido sobre el tema han sido sometidos a un cuidadoso estudio y, hasta donde era posible, se han comprobado antes de utilizarlos».

Y bien, ¿cuál es su versión de lo ocurrido con el que él llama el submarino «maldito»?

Escribe Bywater que la historia del U65 aún se contaba «con la respiración contenida entre los veteranos de la flota de submarinos de la Armada alemana». Menciona haber leído un panfleto «publicado después de la guerra» por el profesor Hecht, y dice del caso del U65 que es «una de las historias de fantasmas en el mar mejor documentadas». La realidad, sin embargo, tiene mucho de folclore: contada infinitas veces, pero muy poco documentada.

El U65 formaba parte de un grupo de veintidós submarinos de tamaño medio diseñados para navegar frente a las costas de Flandes. Su tripulación constaba de tres oficiales y treinta y un marineros. Bywater menciona los infortunios acaecidos durante su construcción, la viga que mató a dos hombres y el escape de gas durante las pruebas que mató a otros tres antes siquiera de haber entrado en servicio. Tras un viaje inaugural en el que el agua tiró a un marinero por la borda, un torpedo mató al segundo oficial al mando, cuyo nombre no se nos ofrece. Unas semanas más tarde, un «marinero, presa del pánico, entró corriendo en la sala de oficiales» gritando: «¡Herr OberLeutnant, el oficial muerto se encuentra a

bordo!». Encontraron a un marinero llamado Peterson acobardado a resguardo de la torreta tras haber presenciado la aparición. El incidente tuvo un efecto negativo en la moral de la tripulación.

Bywater ofrece en su relato muchos más nombres de tripulantes que Minto, quien, curiosamente, mezcla al pastor luterano que exorcizó el navío con el «distinguido psicólogo» y profesor, el doctor Hecht, que escribió su versión de todo aquello después de la guerra. Esto sugiere que Minto está tratando de disfrazar su fuente, quizá para dotar su propia versión de una apariencia más novedosa y información de primera mano.

En el anochecer del 21 de enero de 1918, después de un trayecto sin novedad hasta Zeebrugge, se vio a un hombre vestido de oficial, de pie, en la cubierta, plantando cara a los elementos. El propio capitán de la nave fue testigo.

El efecto psicológico sobre toda la tripulación comenzaba a resultar evidente. Durante un ataque a un vapor, con el buque dañado y empezando ya a bajar los botes salvavidas, el capitán rehusó continuar con la práctica habitual de rematarlo al tener la repentina convicción de que se trataba de un navío «Q», un señuelo para los submarinos. Convencido de que una maldición pendía sobre su propia nave, el capitán prefirió no arriesgarse y no tentar a la providencia.

Poco después de aquel episodio de nervios, el U65 se encontraba en Brujas, aprovisionándose en un refugio a prueba de bombas, cuando saltaron las alarmas antiaéreas. El oficial al mando había abandonado la nave y se dirigía al casino militar o al comedor de oficiales, pero decidió desandar el camino al oír la alarma. Fue una mala idea. La metralla o una esquirla de una bomba le arrancó la cabeza. «Se llevaron el cadáver a bordo».

Los rumores sobre los sucesos que rodeaban aquel navío llegaron a oídos del comodoro de la flota de submarinos, quien ordenó que un pastor luterano, el profesor Hecht, subiese a bordo para «una ceremonia especial que exorcizara todos los espíritus malignos». Por supuesto que no hay rituales de exorcismo en la Iglesia luterana, de manera que, si es que se produjo, lo único que podemos imaginar es que se rezaron unas cuantas oraciones.

El nuevo oficial al mando no se quedó mucho tiempo, pero sí pareció lograr que las aguas volvieran a su cauce. Prometió graves castigos para quien propagase «aquel maldito sinsentido», y el submarino realizó con éxito dos misiones. Tal vez todo aquello no

fuese más que un caso de histeria. En mayo de 1818 asumió el mando el capitán de corbeta Schelle y, por desgracia, los fantasmas regresaron con él. Las siguientes semanas las describiría después un suboficial, que confirmó que el U65 nunca había sido un «navío feliz». «Algunos marineros veían el fantasma con bastante frecuencia, pero había otros incapaces de verlo aun cuando les señalaban su presencia a muy poca distancia». Cuando le pidieron al capitán que mirase, él manifestó no haber visto nada, a pesar de haber contado en el casino de oficiales que «unos demonios rondaban» el barco.

El mes de mayo, cuando surcaron las aguas del canal de la Mancha, fue el peor. Un artillero de torpedos llamado Eberhardt se volvió «completamente loco y hubo que atarlo». Estuvo gritando que lo perseguía el fantasma hasta que el capitán le administró morfina. Parecía encontrarse mejor al despertar, pero, nada más desatarlo, se tiró por la borda y desapareció para siempre. Frente a la isla francesa de Ouessant, el ingeniero jefe se resbaló y se rompió una pierna. En otra ocasión, al divisar un vapor volandero mientras navegaba en superficie, el submarino abrió fuego con la ametralladora de cubierta antes de que las olas la barriesen, se llevaron a Richard Meyer por la borda y lo ahogasen. «Tres veces vi yo al fantasma en aquel viaje, igual que varios de mis compañeros de comedor», le contaba el suboficial a Bywater, quien lo cita con profusión sin llegar a dar su nombre. «Los hombres estaban tan deprimidos que iban por ahí como si estuvieran sonámbulos, realizaban sus tareas de manera automática y se sobresaltaban con cualquier ruido inusual. No creo que ninguno de nosotros confiase en regresar con vida».

Todos se esperaban lo peor. Su navío gemelo, el U55, había sido destruido en la misma zona, igual que el U33 y el U79. Parecía que la Armada británica se les echaba encima frente a las costas de Dover. Poco después fueron objeto de un ataque con cargas de profundidad; las bombillas que se hicieron añicos dejaron a oscuras algunas zonas del submarino, que ahora navegaba con una escora de veinticinco grados. El timonel Lohmann perdió el equilibrio, se estampó contra la centralita y falleció tres semanas después a causa de las lesiones internas.

En aquella coyuntura, el anónimo informante alemán de Bywater reconocía haber tenido un golpe de suerte cuando lo enviaron al hospital una vez volvieron a atracar en Brujas, y así escapó de la

destrucción del submarino. A esas alturas, todos en el barco tenían una pulsión de muerte. «Mi compañero Wernicke vino a verme el día antes de que zarpase el U65. Venía a despedirse, porque sabía que no regresaría jamás. Yo también lo sabía. Me dejó la mayor parte de sus efectos personales y me pidió que se los hiciera llegar a su mujer cuando “se reciba la noticia”».

El 31 de julio se declaró desaparecido el U65.

El casco que encontraron los detectives de naufragios no coincide con la versión de los daños fatales del U65 que ofrecieron los hombres a bordo del L2 estadounidense, un testimonio clave sobre el que ha escrito el comandante Richard Compton-Hall, antiguo director del Museo de Submarinos de la Royal Navy en Gosport, Inglaterra, pero que yo he sido incapaz de localizar. Citando, al parecer, la versión de la Marina estadounidense, él sitúa los navíos al revés: en realidad, el submarino americano estaba en superficie, y el U65 alemán, en inmersión. Al divisar en la distancia algo que parecía una boya, el L2 alteró su rumbo para investigarlo, cuando una tremenda explosión sacudió el navío norteamericano y lanzó una columna de agua a veinticinco metros por los aires en sus proximidades. Al ver un periscopio, el teniente Foster dio de inmediato la orden de sumergir la nave con la intención de lanzar un ataque contra el enemigo. Podían escuchar el sonido cercano de unas hélices a altas revoluciones. El sónar parecía indicar la presencia de dos submarinos; entonces se produjo el silencio. Un oscilador de código Morse enviaba una y otra vez una emisión: raya-raya-raya punto (OE), que «no representaba ningún mensaje conocido». Para entonces el U65 ya se había ido al fondo, sometido a una presión de 95 kilos por metro cuadrado.

Tal vez había enloquecido alguien más y había causado daños en algún componente crucial del equipamiento. Quizá se habían vuelto a resquebrajar los tanques de lastre. Es posible que las baterías hubieran empezado a desprender gases de nuevo.

O, tal vez, la tripulación fantasma formada por el capitán, el segundo de a bordo y el timonel se llevó sin más el submarino al fondo del mar. Y allí yacen aún los hombres, en su ataúd de metal, en las profundidades frente a las costas de Padstow.

También había fantasmas en tierra firme.

Es cierto, hermana¹⁸⁷. Todos lo vimos. Hubo primero una especie de neblina amarilla que fue como si surgiese delante de los alemanes cuando

estos llegaron a lo alto de la colina y aparecieron como un verdadero muro, sólido, que surgiese de la tierra; eran incontables. Yo me rendí. De nada sirve enfrentarse a todo el pueblo alemán, pensé yo; se acabó para nosotros. Un minuto después aparece esa curiosa nube de luz y, cuando se disipa, hay un hombre alto de pelo rubio con una armadura dorada, a lomos de un caballo blanco, espada en ristre y con la boca abierta como si dijera: «¡Vamos, muchachos! Yo acabaré con los demonios». [...] En el instante en que lo vi, supe que íbamos a vencer. Ya lo creo que me animó: sí, hermana, gracias. Estoy todo lo cómodo que es posible.

Un fusilero del regimiento de Lancashire a la enfermera Phyllis Campbell,
London Evening News, 31 de julio de 1915.

El 22 de agosto de 1914, el Ejército británico tomó posiciones defensivas a lo largo de un saliente formado por el canal de MonsCondé con la orden de contener el avance alemán. En las primeras horas de la mañana siguiente, los alemanes atacaron las líneas británicas, pero fueron rápidamente abatidos por un fuego fulminante de los hombres del regimiento de Middlesex y los Fusileros Reales. Los oficiales de campo alemanes informaban de que los británicos estaban utilizando ametralladoras, tal era la pericia del fuego de los fusiles de pestillo Lee-Enfield británicos. Estos también llevaban unas palas de zapa que les permitían hacerse rápidos refugios en tierra, una herramienta de la que no disponían aún los alemanes. A pesar de estas ventajas, la British Expeditionary Force (BEF) se estaba viendo lenta pero inexorablemente superada.

El 30 de agosto de 1914, el *Times* observaba con pesadumbre que la guerra no había empezado bien para los británicos. No tenía buena pinta. La verdad es que tenía muy mala pinta. «Ha comenzado la contienda, y ha ido mal para los Aliados hasta ahora [...] el de ayer fue un día de malas noticias, y mucho nos tememos que serán más las que recibamos». El artículo pasaba entonces a describir las «enormes pérdidas» para los británicos, con unas tropas germanas tan numerosas «que detenerlas no es más sencillo que parar las olas del mar».

A pesar de su precaria situación, el 2.º Cuerpo de la BEF había conseguido replegarse de manera ordenada a Le Cateau entre el 23 y el 26 de agosto. No se le dio a la opinión pública británica la posibilidad de que se hiciera ilusiones de que los suyos pudieran sobrevivir en el último instante, la necesidad de refuerzos era desesperada. Desde luego, aquello no era el glorioso primer golpe

contra los brutales hunos¹⁸⁸ que todo el mundo esperaba.

Un columnista del *London Evening News* se tomó un decidido interés en los sucesos de Francia. Se llamaba Arthur Machen. Hijo de un vicario de Gwent, Machen (1863-1947) era un ocultista con un profundo interés en el misticismo celta y galés, además de un consumado autor de ficción. La edición del 29 de septiembre de 1914 incluía una historia escrita por él con el título de «The Bowmen» («Los arqueros»). En varias columnas, en 43 centímetros de ancho en la tercera página, se presentaba como un relato de primera mano de cómo la BEF había sido rescatada por unos arqueros sobrenaturales que en su día habían luchado en Agincourt bajo el mando de Enrique V. Era casi un guiño a aquella historia de Rudyard Kipling titulada «La legión perdida»¹⁸⁹, en la que unos soldados ingleses muertos atacaban a unos hombres en las colinas y salvaban a sus compañeros vivos de verse superados en el transcurso de una emboscada.

En su momento de mayor desesperación, el soldado raso británico de la narración se acuerda, de entre todas las cosas posibles, de un restaurante vegetariano del número 37 de la calle londinense de St. Martin Lane. Los platos de este restaurante, el Orange Grove (uno de los favoritos de George Bernard Shaw, al parecer), lucían una inscripción en latín en el borde junto con una decoración patriótica. Más adelante, el establecimiento sería rebautizado como St. George's House. El soldado repite entre murmullos la inscripción de los platos: *Adsit Anglis Sanctus Georgius* («Que san Jorge ayude a los ingleses»). Siente que «le recorre el cuerpo algo a medio camino entre un escalofrío y una corriente eléctrica», y percibe una especie de silencio.

Una multitud de voces invoca a san Jorge y, ante las líneas del Ejército británico, más allá de la trinchera, aparecen unos hombres armados y «envueltos en un resplandor» que acibillan a diez mil soldados alemanes con una descarga tras otra de flechas espectrales —y bien afiladas aún— de la guerra de los Cien Años. No se halla una sola herida en ellos, y el alto mando alemán solo es capaz de explicar las bajas como consecuencia de un ataque con gas.

Se produjo un breve brote de interés en esta historia, y el *Evening Standard* recibió dos peticiones de permiso para reimprimirla, una procedente de la revista de espiritismo *Light* y la otra de *Occult Review*. Sin embargo, se estaba fomentando un sueño glorioso en la

mentalidad del público de los condados rurales de Inglaterra. Y arrancó, de manera muy apropiada, en las revistas parroquiales.

El padre Edward Russell era el diácono católico de la iglesia de St. Alban the Martyr de Holborn, capellán del gremio de enfermería de St. Barnabas y «director de revistas parroquiales». La edición que contenía el relato *The Bowmen* se había agotado, y Russell solicitó permiso para publicar la historia en formato panfleto. Expresó también su interés por conocer las fuentes originales de la historia. Machen respondió sin alterarse que se trataba de una ficción inventada única y exclusivamente por él. El sacerdote solicitante se negó a creerlo. Machen se quedó consternado y confesó por escrito que tenía la sensación de haber fracasado como escritor a la hora de dejar claro el proceso de aquella ficción que era suya, aunque en realidad había sido el *Evening News* quien la había envuelto en una ambigüedad intencionada y era el periódico el que estaba cobrando por los derechos. Fue entonces cuando Machen se percató de que «la bola de nieve del rumor» había aumentado hasta alcanzar «un tamaño monstruoso».

El historiador Granville Oldroyd entrevistó a un recluta que se había alistado en el ejército en octubre de 1914, después de la retirada desde Mons. «No tuvo noticia de ningún ángel ni en la patria ni en el frente occidental, pero la historia ya circulaba antes de las Navidades de 1914. No había más testigo ocular que un hombre de otro regimiento que decía haber visto algo». Eran dos poderosas fuerzas las que entraban aquí en juego: la tradición inglesa de la historia navideña de fantasmas y el inicio de un fuerte renacimiento del espiritismo justo cuando parecía a punto de extinguirse. Inglaterra casi había perdido la guerra en el plazo de las primeras ocho semanas y aquel episodio era el equivalente a escala nacional de una aparición en situaciones de crisis; no se trataba de los reclutas de las leyendas populares, los mozos de cuadras y los del pueblo, lacayos, sino de soldados profesionales curtidos en la batalla y superados por unos alemanes que, tras ser capturados, se descubrió que llevaban grabado en la hebilla del cinturón el lema *Gott mit uns* («Dios con nosotros»). Había que aclarar aquella cuestión, de qué lado estaba Dios.

Otra revista parroquial que ocupó un lugar destacado en el desarrollo de la historia fue la de All Saints Church de Clifton, en Bristol, donde el vicario, el reverendo M. P. Gilson, escribió que uno

de los miembros de su parroquia, la señorita Marrable, había conocido a dos oficiales que le contaron que «habían visto a unos ángeles que habían salvado a su flanco izquierdo de los alemanes cuando estos se les echaron encima durante la retirada de Mons». Uno de los oficiales había sido «un hombre distinto desde entonces».

La visión deja de ser san Jorge con la hueste de arqueros para convertirse en un miasma angélico. Este cambio se remonta a la revista de ocultismo *Light*, que publicó una historia en el día de San Jorge (23 de abril) de 1915 bajo el título de «The Invisible Allies: Strange Story from the Front» («Los aliados invisibles: una extraña historia del frente»). El autor del texto afirmaba haber recibido la reciente visita de un oficial militar que le explicó que «fuese pura invención o no la historia del señor Machen, sin duda se comentaba en ciertos círculos que varios oficiales y hombres habían presenciado un curioso fenómeno relacionado con la retirada de Mons. Adoptó la forma de una extraña nube que se interpuso entre los alemanes y los británicos...».

El relato provocó una especie de euforia tal, y era tan cierto lo que contaban aquellos artículos periodísticos locales y nacionales, que hacia la primavera de 1915 se empezaba a considerar antipatriótico el hecho de no creer en los Ángeles de Mons. Llegaron a Clifton cartas procedentes de todo el mundo que solicitaban ejemplares del panfleto en el que aparecía la historia. El reverendo R. F. Horton, influyente pastor protestante al margen de la Iglesia de Inglaterra, afirmó durante un sermón que dio en Manchester en el mes de junio que «no hay hombre plenamente moderno que tenga la insensatez de no creer [...] o de reírse de tal experiencia como si de una alucinación se tratase».

Se produjo rápidamente confusión al respecto de si eran ángeles los que se habían aparecido o si eran los espíritus de los arqueros muertos de Agincourt. En el caso de la señorita Marrable, los ángeles se limitan a aparecer y proteger a los soldados para que no sufran daño, frente al modelo de Machen, donde los arqueros actúan y matan al enemigo. No se podían revelar las fuentes, decían, porque hacerlo supondría poner en peligro la seguridad nacional en tiempos de guerra, pero Machen estaba convencido de que era un artículo escrito por Alfred Sinnett en *Occult Review* en mayo de 1915 el que había desequilibrado la balanza, ya que hacía referencia a una «hilera de seres resplandecientes».

Lo cierto es que un gran número de alemanes habían muerto alcanzados por flechas cuando avanzaban sobre el río Marne. En el primer mes de hostilidades se lanzaron sobre las tropas alemanas unos dardos de acero conocidos como *fléchettes*. Bajo las alas de un aeroplano aliado se cargaron unos cartuchos que contenían doscientas cincuenta de estas flechas. El *Daily News and Leader* de Londres lo describía el 21 de septiembre de 1914, una semana antes de que Machen publicase su historia:

Dos pilotos sobrevolaron un regimiento alemán en la frontera, a una altitud de trescientos pies, y descargaron una lluvia de flechas mientras los soldados estaban acampados. Se estima que los dos pilotos dispararon cincuenta flechas que mataron e hirieron a trece soldados. Las flechas eran de acero y no estaban envenenadas.

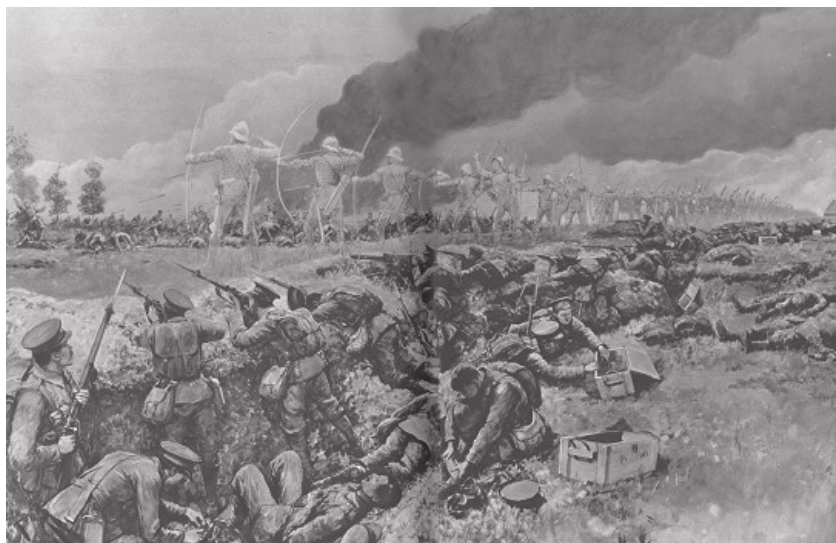
Tengo ante mí la edición de un penique de *The Angel Warriors of Mons* («Los angelicales guerreros de Mons») escrita por Ralph Shirley, editor de *Occult Review*. Se trata de un breve panfleto con una cubierta de color rojizo o anaranjado que se publicó en 1915. En la contracubierta se anuncian diversas publicaciones sobre temas similares, como *Prophecies and Omens of the Great War* («Profecías y presagios de la Gran Guerra») —«veinte mil ejemplares vendidos desde el 31 de octubre»—, por una moneda de seis peniques. Otra se titula *The End of the Kaiser* («El fin del káiser») y narra cómo se había profetizado su destino trescientos años antes.

Shirley reconoce la posibilidad de las alucinaciones. Era una época de calor y se hacían largas marchas. Cita a un joven oficial que escribe: «Sufro las alucinaciones más asombrosas marchando en plena noche, así que estaría profundamente dormido, creo yo. Todo el mundo se tambaleaba por el camino y veía cosas». La noche siguiente «vi todo tipo de cosas, hombres descomunales que desfilaban hacia mí, y lámparas, sillas y otros objetos en medio del camino».

Resulta interesante que no esquivó el peliagudo tema de la ficción de Machen, sino que se lanza a él de cabeza. Lejos de creer que Machen inventase el cuento, aduce Shirley que «tales historias eran habituales en Francia en la época de la retirada de Mons, casi un mes antes de la aparición del relato de Machen». Habla de un soldado de primera que, a las nueve de aquel claro y caluroso anochecer, vio «tres siluetas, y la del centro tenía lo que parecía ser un par de grandes alas extendidas [...], parecían lucir una vestimenta suelta y larga de un tinte dorado, y se encontraban sobre

las líneas germanas frente a nosotros».

La visión duró tres cuartos de hora y, según parece, el ambiente era de tranquilidad, sin que se desarrollara ningún combate.



22. Una representación idealizada de los Ángeles de Mons, obra de Arthur Forrester, que apareció en *Illustrated London News*.

Un soldado de los Fusileros de Dublín describía aquella visión angélica más bien como una nube que parecía ocultarles ante el posible daño y los francotiradores enemigos; un clérigo de Weymouth leyó una carta de un soldado que describía todo un coro de ángeles en lo alto de una cantera donde ellos se habían refugiado del avance de los alemanes. El periódico católico *Universe* citaba también a un oficial británico católico que había visto a los arqueros y al que un soldado alemán le había preguntado quién era el hombre a lomos del corcel blanco. La idea implícita era que se trataba de san Jorge. Se contaba asimismo que las tropas francesas habían visto a san Miguel y a Juana de Arco¹⁹⁰ (un soldado francés de Domrémy, la misma localidad natal de Juana, la vio blandir la espada sobre una colina y gritar «¡Girad! ¡Girad! ¡Avanzad!»). Hay también historias que cuentan que los rusos vieron a sus propios salvadores sobrenaturales.

También se menciona a la enfermera Phyllis Campbell, quien ofreció a Shirley el relato de cuanto vivió como sanitaria en primera línea del frente y que apareció en el número del 15 de junio de

Occult Review. Shirley omitió mencionar que tanto la joven Phyllis como su tía, la señora de lord Archibald Campbell, eran colaboradoras habituales de la revista. En 1913, Shirley publicó dos artículos de Phyllis Campbell sobre historias francesas de fantasmas, de manera que no estamos ante una ingenua e inexperta que habla de unas maravillas inesperadas: era la distinguida hija de un novelista con un declarado interés por lo paranormal.

Dicho esto, Campbell fue realmente una enfermera que atendió a los heridos en un hospital de St-Germain-en-Laye, a unos quince kilómetros del punto occidental que alcanzaron en esa época los soldados alemanes. Campbell era una testigo cautivadora. Alguien la describió como una mujer «extremadamente guapa, infantil y sensible», y añadió que, a pesar de su juventud, la enfermera había presenciado escenas «que harían enloquecer a muchos». A todo aquel dispuesto a escuchar Campbell le aseguraba que la prensa francesa estaba repleta de relatos sobre ángeles. Dejó impresionado a un reportero del *Evening News* al resistirse a la tentación de «adornar lo más mínimo su relato». Lo más extraordinario es que nadie parecía dispuesto a percatarse de que Campbell ni siquiera estaba hablando de Mons, sino de Vitry-le-François. Los sucesos que describe se produjeron tres semanas después de la retirada de Mons, hacia el 8 de septiembre, cuando ella se encontraba trabajando en un hospital ferroviario de campaña, en uno de los apeaderos del bosque de Marley.

Pues bien, imaginémonos la escena: Phyllis está en un vagón de ganado en una vía muerta, lámpara en mano, observando a los heridos y escuchando los lamentos de los soldados tendidos sobre el forraje. Son las cuatro y media de la madrugada cuando oye que hay un soldado británico que solicita «una imagen sagrada». Se encontraba situado en un rincón del vagón, con el brazo izquierdo en un cabestrillo hecho con el pañuelo de una campesina y la cabeza recién vendada. «No», dice él. No es católico. Es un metodista wesleyano y quiere una estampita de san Jorge. Ha visto al santo a lomos de un corcel blanco engualdrapado en una brillante armadura dorada, reorganizando a las tropas. «¡Vamos, muchachos!», gritaba. «Yo acabaré con los demonios».

Ni que decir tiene que alentar tales historias encajaba a la perfección con el esfuerzo bélico británico y francés. Un reportero inglés del *Sheffield Telegraph* describía una conmemoración al aire

libre en honor de Juana de Arco en Harfleur, Normandía, en mayo de 1915. Eran muchos los que lucían escarapelas o iban vestidos con los colores azul claro y blanco de la homenajeada. Unos capellanes católicos se dirigieron a la muchedumbre y se celebró una misa en un ambiente de devoción y éxtasis. Un cura francés afirmó que el rechazo de los alemanes ante París había sido un milagro, y que la contraseña militar de aquel día había sido «Jeanne d'Arc». Aquel nombre se había pronunciado una y otra vez, como una invocación, hasta que se les apareció.

En aquella misma costa del Canal, el general de brigada John Charteris se ocupó también del caso. En sus memorias, *At GHQ* («En el cuartel general»), publicadas en 1931, la historia real parecía salir a la luz por primera vez: prueba de que Machen no era el autor de la historia, tal y como a él le había dado por imaginar. Charteris hace referencia a los rumores sobre los Ángeles de Mons en el seno de la BEF en una carta enviada a su casa fechada el 5 de septiembre de 1914, tres semanas antes de que se publicase el relato de Machen y en torno a la época en que Phyllis escuchaba en persona la historia por boca de las tropas a las que atendía. Al realizar el trabajo de investigación para su libro *The Angels of Mons*, David Clarke localizó por vez primera las cartas originales. Según parece, Charteris estuvo insistiendo en la línea oficial de cara al público hasta 1931. No había ninguna carta del 5 de septiembre, tan solo una tarjeta postal, y en una carta fechada el 7 de septiembre no se mencionaba a los ángeles. La carta que él mismo cita en su libro en realidad se la había imaginado muchos años después de que acabase la guerra.

Entre 1915 y 1917, Charteris fue oficial en jefe de inteligencia en el cuartel general de las tropas británicas en Francia, y fue él quien estuvo detrás de uno de los episodios más macabros de la propaganda británica del momento: se contó que los alemanes habían montado una «planta de tratamiento de cadáveres» en la que se descuartizaba a los muertos para extraer nutrientes con que alimentar a los animales y grasa humana para fabricar velas y otros usos. La historia caló tan hondo en la mentalidad británica que aún la contaba un trabajador de Somerset durante la Segunda Guerra Mundial e insistía en que él había trabajado allí.

En un comentario sobre un discurso que ofreció Charteris en una cena durante su visita a Estados Unidos en 1925 —para entonces ya retirado del ejército y convertido en parlamentario—, el *New York*

Times afirmaba que el británico se había adjudicado el mérito de la invención de la historia de la *Kadaververwertungsanstalt* (planta de tratamiento de cadáveres): una buena anécdota para el escenario nocturno de los puros y el brandy. Su astuto plan incluía la falsificación del diario de un soldado alemán. De todas formas, continuó manteniendo la veracidad de los ángeles hasta el final. O eso parece. Fue un golpe maestro propagandístico que se extendió veloz como la pólvora. Quizá simplemente en una etapa posterior de su vida no tuviera la presencia de ánimo suficiente para admitir que no era cierto o, tal vez, al final acabase convencido de que había sucedido realmente. Tal es el poder que tienen las historias.

Clarke concluye que «la ausencia de una carta original que mencione los Ángeles de Mons entre la correspondencia de Charteris me lleva a la conclusión de que el testimonio recabado no data de 1914, sino de 1931».

En su panfleto, Shirley recuerda un incidente similar en el que una intervención angelical bendijo la integridad imperial británica.

Resulta curioso apuntar que durante el sitio a la legación británica en Pekín por parte de los bóxers ya se narraron otros fenómenos similares a los sucedidos en la presente contienda. Los ocupantes de la legación consideraron indefendible el edificio en el que se encontraban y se vieron obligados a trasladarse a otra posición; y mientras se realizaba el traslado, los británicos quedaron a tiro de los insurgentes chinos y dieron por sentado que estos abrirían fuego contra ellos. Para su gran sorpresa, no lo hicieron. Un inglés que se encontraba presente en aquella ocasión, y que conocía el idioma chino como el suyo propio, aprovechó una posterior oportunidad para preguntar a uno de los soldados chinos por qué habían desperdiciado tan propicia ocasión. El chino le dio como razón el hecho de que «había entre ellos y los británicos tanta gente vestida de blanco que prefirieron no disparar».

Lo cierto es que fue mucha la gente que se esforzó en aquella época en el intento por llegar a la verdad sobre la historia de Mons, y la Society for Psychical Research llevó a cabo su propia investigación oficial.

En cuanto a los testimonios directos, no se ha dado con ninguno [...] una vez descartados los rumores, lo que nos queda es una reducida cantidad de indicios que parecen apuntar que un cierto número de los hombres que tomaron parte en la retirada de Mons cree sinceramente haber vivido en aquel momento una experiencia sobrenatural de excepcional naturaleza¹⁹¹.

Curiosamente, el cuñado de Conan Doyle, Malcom Leckie, fue uno

de los primeros caídos en Mons. Después de las pérdidas que sufrió en la Primera Guerra Mundial, Doyle se convertiría prácticamente en un espiritista obsesivo. Una de las damas de honor de su segundo matrimonio, Lily Loder-Symonds, fue capaz de canalizar el espíritu de Leckie unos años más tarde, y sería esta experiencia lo que se llevaría por delante cualquier resto de escepticismo en el creador de Sherlock Holmes. Si alguien había de mencionarle los Ángeles de Mons al mayor evangelista de lo sobrenatural en aquella época, quién mejor que el espectro de aquel pariente soldado que estuvo en Mons; pero no hubo mención alguna.

¿Cuál es la verdad que hay detrás de todo aquel incidente? Jamás se ha encontrado testimonio directo alguno. Historiadores como Alan S. Coulson, Michael E. Hanlon y Lyn MacDonald han repasado miles de transcripciones y mil quinientas horas de grabaciones de voz, y no han descubierto nada al respecto. Se dio, sin embargo, un cúmulo de circunstancias en el cual los relatos franceses de la ayuda de san Miguel y de Juana de Arco se sumaron en el imaginario colectivo a la historia ficticia de Machen. Añadamos a la mezcla un Gobierno deseoso de restarle importancia al revés inicial de las tropas británicas y de hacer un llamamiento para que se alistaran más hombres, y obtenemos una perfecta historia de motivación. Diversos colectivos tenían un particular interés en aquella historia: sacerdotes y jerarcas católicos que sentían crecer el catolicismo en la sociedad británica tras siglos de ostracismo, teósofos ansiosos de un nuevo renacer y espiritistas convencidos de haber hallado una forma de apuntalar un estatus venido a menos. Y, además, estaba el papel común que desempeña el folclore, el desarrollo de las historias conforme se cuentan y cómo ellas mismas piden ser contadas. Todavía hoy la gente quiere creer en ángeles, y hay quienes piensan aún que aquel día desplegaron sus alas.

El Imperial War Museum concluyó sobre la cuestión que «seguir la pista de los testimonios hasta la fuente equivale a internarse en un terreno cubierto por la niebla¹⁹²», y el intento más reciente de recopilar material original por parte de Kevin McClure concluye: «No sé aún qué sucedió durante la retirada de Mons: dudo que alguna vez llegue a saberlo¹⁹³».

En 2001, un artículo del *Sunday Times* afirmaba que se había localizado en Monmouth un diario y cierto metraje cinematográfico que parecían demostrar la existencia de los Ángeles de Mons y de

un ángel que se había aparecido muchos años más tarde en Woodchester Mansion, una famosa casa encantada en los montes Cotswold, en la zona oeste de Inglaterra¹⁹⁴. Habían pertenecido a un soldado de la Primera Guerra Mundial llamado William Doidge. Incluso *Variety* retomó la historia cuando se rumoreó que Marlon Brando había mostrado interés y hasta había comprado el metraje antiguo en blanco y negro por la supuesta cantidad de trescientas cincuenta mil libras. Un hombre llamado Danny Sullivan afirmaba haber encontrado las viejas latas y una caja de documentos cuando rebuscaba en una tienda de Agincourt Square en Monmouth, y que había pagado apenas quince libras por todo ello. Había una fotografía de lo que parecía ser uno de los Ángeles de Mons, que había empezado a aparecerse en los montes Cotswold tras la muerte de veinte militares norteamericanos en las tierras de Woodchester. El *Sun* lo publicó a doble página.

Más adelante, Sullivan confesaría que todo el asunto era un fraude que él mismo había preparado con el fin de vender un libro que estaba escribiendo sobre la historia de ocultismo de Woodchester. Sin embargo, y curiosamente, John Read Smith, el propietario de la tienda de objetos de segunda mano Bonita's en Monmouth, recordaba los objetos y a Sullivan cuando los compró. Sullivan estaba desconcertado: jamás había comprado nada allí, aunque sí conocía la tienda. Al igual que en el caso del relato original, esta historia sobrepasa a quien la inició y avanza por su cuenta en el imaginario y la percepción de los demás.

Había campos de batalla encantados en la literatura clásica, y espíritus malignos que los rondaban.

Los muertos mutilados, o *biaiothanatoi*¹⁹⁵, eran uno de los cuatro tipos de fantasma con los que uno se podía topar. «Preferiría estar sobre la tierra», se queja ante Ulises el espíritu de Aquiles, «y servir en casa de un hombre pobre, aunque no tuviera gran hacienda, que ser el soberano de todos los cadáveres, de los muertos». En vida, el propio Aquiles tuvo también su experiencia espectral cuando se le apareció el fantasma de su amado Patroclo. Cuando Aquiles trató de asirlo, Patroclo desapareció «en la tierra farfullando y gimiendo».

En su *Farsalia*, que se sitúa en las guerras civiles entre los años 49 y 48 a. C., Lucano nos habla de una hechicera griega llamada Ericto a la que se busca para que augure quién será el vencedor de la guerra. La mujer escoge entre los cadáveres recientes, que se

descomponen con rapidez a causa del calor. Es cuidadosa en su selección; quiere un cadáver cuyos labios, pulmones, rostro y garganta estén en perfecto estado. Elige el cuerpo de un soldado que tiene intactos los pulmones, a pesar de haberle sido arrancadas las entrañas en una «herida mortal».

Rellena con sustancias mágicas sus cavidades corporales e invoca a su espíritu, que «acaba de iniciar el descenso». Aparece el fantasma del hombre, tan asustado como un crío que se acaba de despertar de una pesadilla y extremadamente reacio a volver a entrar en su cuerpo dañado. Se ve obligado; la hechicera lo azota con serpientes vivas, vocifera juramentos y lo acosa para que regrese a la vida. Aterrorizado, el hombre se desliza en su maltrecho cuerpo y profetiza, entristecido, con lágrimas rodando por sus mejillas. A continuación, ella lo recompensa quemando sus restos mortales para que nadie le vuelva a molestar.

El motivo de los ejércitos de espectros que siguen combatiendo caída la noche ha persistido desde la Antigüedad. Los más famosos son los relatos de Pausanias sobre la llanura ensangrentada de Maratón y cómo la gente oía el sonido de los caballos¹⁹⁶ y los hombres que continuaban combatiendo como si la batalla aún se estuviese librando. Según Plutarco, los fantasmas se aparecieron en la propia batalla. «Muchos de los griegos que combatieron a los persas en Maratón creyeron ver aparecerse a Teseo en su armadura, combatiendo de su lado frente a los bárbaros».

Había en Atenas una *stoa* pintada con una representación de la batalla que mostraba a Teseo surgiendo del inframundo. Herodoto cuenta que no acabó ahí la ayuda sobrenatural. Cuando regresaron los persas bajo el mando de Jerjes, otra vez surgieron unas apariciones milagrosas: en esta ocasión, los fantasmas de Fílaco y Autónoo, «dos hoplitas de estatura superior a la de un humano que persiguieron y dieron muerte a los persas».

En 1643 se publicó un curioso tratado bajo el título de «Una gran maravilla en el cielo, muestra de las difuntas apariciones y los prodigiosos ruidos de la guerra y las batallas vistos en Edge Hill, cerca de Keinton, en Northamptonshire. Certificado por el puño y letra del caballero William Wood y del juez de paz de dicho condado, Samuel Marshall, predicador de la Palabra de Dios en Keinton, y otras personas ilustres». Se aceleró su salida de imprenta justo un mes después del día en que se habían presenciado los

sucesos que en él se describen, y cuatro meses exactos desde que tuviera lugar la verdadera batalla, el 23 de octubre de 1642.

Era la medianoche de uno de los escasos días que transcurren entre la festividad de Santa Lucía y la Nochebuena cuando unos pastores y otros lugareños escucharon los ruidos por primera vez: el sonido de unos tambores tocando marchas militares y el «ruido de soldados que exhalaban sus últimos suspiros». Tras percibir aquella primera batería de sonidos aparecieron unas figuras en el cielo: cañones, caballos, mosquetes que disparaban, una recreación completa de la batalla, y todo tan real que los campesinos no se atrevieron a mover un músculo con tal de no llamar la atención de aquellos soldados iracundos y enloquecidos en una de las batallas más cruentas de la Revolución inglesa. Tuvieron que aguardar hasta que hubo finalizado la batalla, con Cromwell triunfante y el rey derrotado. Los pastores corrieron a Keinton, aporrearon la puerta de la casa del juez de paz y le contaron la historia del tumulto bélico representado en el cielo. Se cuenta que el juez se levantó de la cama para escuchar la historia y que hizo llamar a un vecino también, y de ese modo, en Nochebuena, fueron muchos los lugareños que se dieron un paseo hasta el lugar de la contienda, donde volvieron a presenciarlo todo de nuevo, como una película proyectada en las nubes. El autor llama especialmente la atención sobre la «cólera y resentimiento» de los fantasmales combatientes.

La noticia llegó a Óxford, a oídos del rey, quien envió a algunos de sus caballeros a presenciarlo: el coronel Lewis Kirke, los capitanes Dudley y Wainman, y otros tres. El espectáculo fantasmal se desvaneció entre el día de Navidad y el de Año Nuevo, pero se reinició a continuación, y los hombres del rey tuvieron incluso la oportunidad de distinguir el rostro de los combatientes, incluido Edmund Varney, que murió durante la batalla. Algunos autores posteriores se mostraron indignados, en particular lord Nugent en su *Memorials of John Hampden* («Una crónica sobre John Hampden», 1832), por la «pura e inexplicable obra de la imaginación» sobre la cual los oficiales habían confirmado la historia. En opinión de Nugent, tenían que haberse dado cuenta de que estaban tratando con la «debilidad del campesinado». El clasismo siempre está presente en estas historias.

El autor del tratado concluía que el juicio de Dios era que ambas partes debían haber hecho un llamamiento a la paz en lugar de recrear sin fin el triunfo del bando parlamentarista; como elemento

propagandístico gubernamental no tiene mucho sentido, ya que la mayoría de los devotos protestantes de la época no creía en fantasmas. Y, en realidad, el resultado de la batalla de Edgehill se suele considerar favorable al bando monárquico, de modo que la espectral victoria parlamentarista era ficticia. Uno de los capitanes de caballería de este bando aquel día era Oliver Cromwell, y sería la indecisión del rey en torno a esta batalla lo que le haría perder la guerra cuando no consiguió tomar la iniciativa y marchar sobre Londres.

El acceso a la mayor parte del terreno del campo de batalla sigue estando restringido hoy en día, pues es una zona propiedad del Ministerio de Defensa que se utiliza para la formación en combate de los soldados.

El autor de aquel pequeño panfleto de un penique y cubierta anaranjada sobre los Ángeles de Mons, depositado ahora en la Biblioteca Británica, concluye que «de un modo peculiar, las grandes guerras abren nuevos canales para los sentidos psíquicos, y la lucha física de los grandes ejércitos parece haber tenido siempre su homóloga en el plano espiritual».

Los Ángeles de Mons y la maldición del submarino U65 inician y ponen fin al capítulo de la Primera Guerra Mundial, en el que tanto el paisaje como la mentalidad de Europa se vieron modificados para siempre. Ambas historias, tal y como nosotros las vemos ahora, son obra de periodistas profesionales, aunque uno sintiese inclinaciones hacia la ficción y lo oculto, y el otro fuese un analista militar sin ningún currículo de publicaciones sobre fantasmas. Con los Ángeles de Mons tenemos un escenario surgido directamente de los últimos coletazos de la Inglaterra victoriana, una mezcla de la devoción parroquial con el ondear de la bandera del Imperio británico. Llegado el final de la guerra, ya había desaparecido la inocencia folclórica del relato de la historia de Mons, donde unos hombres corrientes invocaron ante todo el espíritu de otros hombres comunes y después al mismísimo santo patrón de Inglaterra. Al final de la guerra se encuentra la historia del U65, un relato con reconocible carácter de guerra moderna, un relato en parte sobre tecnología.

El submarino no era en sí mismo un fantasma, sino una casa encantada móvil, con el agravante de que sus ocupantes no podían escapar. En ese momento, tras años de masacre, nadie hablaba ya

de Dios ni de los ángeles, sino de la perversidad de los objetos hechos por el hombre; todos los fantasmas del U65 parecen melancólicos y perdidos, oficiales en cubierta mirando al mar, con el aire de pavor y fatalidad que impregnaba su situación. La guerra se inició con una bendición y terminó con una maldición. Y llegado el fin de la Gran Guerra, la relación entre lo sobrenatural y la tecnología —que hasta entonces solo estaba presente en los espectáculos teatrales y los escenarios— formaba ya parte de lo convencional.

Durante la Primera Guerra Mundial, sir Oliver Lodge escribió un superventas sobre el intento de ponerse en contacto con su hijo fallecido, Raymond, a través de diversos médiums después de que este cayera en acción durante un ataque con fuego de mortero. *Raymond, or Life and Death* («Raymond, o vida y muerte») llegaba a su novena edición hacia el final de la guerra. Junto con Marconi, Lodge fue uno de los pioneros de la radio e inventor del cohesor. Hubo dos prisioneros de guerra para quienes el libro de Lodge se convirtió en un billete hacia la libertad. Recluidos en el campo de Yozgad, en Anatolia, los tenientes E. H. Jones del Ejército indio y C. W. Hill del Real Cuerpo Aéreo lograron hacerse con un ejemplar de la obra mientras aún estaban encerrados. El libro les pareció un sinsentido, pero les inspiró un plan para utilizarlo a modo de plano virtual. Hill y Jones se las apañaron para convencer al comandante del campo y a su ayudante, Moise, de que estaban en comunicación con los espíritus, y les estuvieron mareando en una disparatada búsqueda de un tesoro armenio que los turcos estaban convencidos de que se encontraba enterrado cerca de allí. Al final, los turcos dejaron de buscar el oro y decidieron que los dos prisioneros estaban locos de atar. Hill y Jones consiguieron engañar a todos los médicos turcos que los examinaron, incluida una autoridad en enfermedades mentales, y así fueron entregados a las autoridades británicas en Egipto.

Dos años más tarde, en octubre de 1920, Thomas Edison —quizás teniendo a Lodge en sus pensamientos— declaró al *American Magazine*: «Llevo un tiempo trabajando en la construcción de un aparato con el fin de ver si es posible que quienes han dejado esta tierra se comuniquen con nosotros».

Aquel mismo mes, contaba en *Scientific American*:

No afirmo que nuestra personalidad pase a otra existencia o esfera. No afirmo nada porque no sé nada sobre la cuestión. Lo cierto es que ningún

ser humano lo sabe. Pero sí afirmo que es posible fabricar un aparato tan refinado que, de haber personalidades en otra existencia o esfera que deseen ponerse en contacto con nosotros en esta existencia o esfera, el aparato al menos les proporcione una mejor posibilidad de expresarse que las sacudidas en las mesas y los golpeteos, las tablas de la güija, los médiums y demás métodos groseros que ahora se presentan como los únicos medios de comunicación.

La guerra dejaba un legado de dolor que la tecnología, lejos de aliviar, parecía cultivar con falsas esperanzas.

La Dama de Marrón de Raynham Hall

«Aunque viese un fantasma, no me lo creería».

Albert Einstein

En una mañana de finales del verano de 1936, Gwladys —lady Townsend— abrió su correspondencia. Una de las cartas llevaba el remite de un hombre al que la historia conoce como Indre Shira. Era, se cuenta, un «fotógrafo de tribunales» que tenía un negocio en Dover Street, Picadilly, y quien, tal y como la marquesa Townsend recordaría más adelante, cuando el caso cobró notoriedad, mostraba un gran interés en visitar su casa solariega para fotografiar su fantasma.

Denegó su petición de pasar la noche en Raynham Hall, pero sí le dio permiso para acudir de visita. No se hizo esperar y el 19 de septiembre —aprovechando la visita formal de la Sociedad Arqueológica de Norfolk, que aquel día recorría los terrenos con la esperanza de descubrir algún signo de un pasado remoto— Indre Shira, su esposa y su amigo el capitán Provand se presentaron en la puerta principal de Raynham Hall. Al finalizar el día, habían sacado la que es tal vez la fotografía de un fantasma más famosa de la historia.

Indre Shira ya estaba al tanto de todas las historias sobre la Dama de Marrón. La propia marquesa había escrito sobre ella en *True Ghost Stories* («Historias verdaderas de fantasmas»), una obra coeditada con su amiga Maude Ffoulkes. El libro arranca con su punto de vista sobre el fantasma de su familia. La Dama de Marrón era Dorothy, la infeliz hermana de sir Robert Walpole, el primero que ocupó el cargo de primer ministro del Reino Unido. Dorothy se casó con Charles, segundo vizconde Townsend, a los veintiséis años. Era una mujer privilegiada y consentida. Entre los documentos de la familia se hace referencia a una compra que hizo de grandes cantidades de tela de chifón. Lady Townsend insistía con delicadeza en que «su nombre no estaba asociado con el más leve escándalo».

Según la tradición, sin embargo, su marido era un hombre celoso y desagradable, y, recién casado, el descubrimiento de que su esposa era amante de lord Wharton¹⁹⁷ resultó desastroso. Se decía

que había quedado confinada en sus habitaciones, bajo llave, mientras que otra historia todavía más extraña afirmaba que era lady Wharton quien la tenía prisionera. Dorothy murió en marzo de 1729, se dice que de viruela, o a consecuencia de una caída por las escaleras, incluso a causa de una sífilis contagiada por lord Wharton.

Lady Townsend repite una leyenda familiar según la cual a Dorothy no se le permitió criar a sus propios hijos¹⁹⁸, que fueron educados por su abuela, y que murió de inanición. Las leyendas se forman con mucha rapidez en entornos rurales como el de Norfolk, e incluso dentro de las propias familias en cuestión de una o dos generaciones, pero, por lo general, suelen contener un núcleo de veracidad. En lo que parecen coincidir todas las versiones es en que Dorothy murió joven y era infeliz.

Su retrato la muestra vestida con brocado marrón y con unos grandes ojos negros que, al caer la noche, se cuenta que adquieren un brillo vigilante¹⁹⁹. Se sabe que en 1904 el retrato colgaba de la pared del vestíbulo, y antes de eso, en una falta de prudencia, se encontraba en un dormitorio.

Se cuenta que el que se convertiría en rey como Jorge IV se despertó una noche y vio a la Dama de Marrón, probablemente en la otra casa con la que suele estar asociada, Houghton Hall, y se negó a permanecer allí una hora más. En la época navideña de 1849, la dama se apareció a un tal mayor Loftus²⁰⁰, pariente de Townsend. En la primera ocasión, Loftus se iba a la cama muy tarde tras una larga partida de ajedrez y, mientras subía por las escaleras, un amigo llamado Hawkins le llamó la atención sobre una dama que se encontraba de pie en el rellano. Cuando Loftus la saludó, la dama se desvaneció. La noche siguiente, el mayor se mantuvo despierto para vigilar por si aparecía el fantasma, y, cuando la vio surgir deslizándose, buen conocedor de la distribución de la casa, Loftus se las arregló para tomar un atajo y cortarle la retirada al fantasma.

El mayor se dio de bruces con ella en un pasillo adyacente y, para su horror, cara a cara, sujetó en alto una lámpara y solo vio unas cuencas vacías donde deberían estar los ojos. Consiguió hacer después un boceto que les mostró a los demás al día siguiente. Cuando la historia llegó hasta la zona del servicio, se convirtió en la comidilla de todo el personal y, aunque lord Townsend había visto el fantasma con sus propios ojos, se convenció de que todo aquello

era una broma y contrató a «un capacitado equipo de detectives» que permaneció en Raynham durante meses sin hallar nada extraño.

Tenemos después el incidente del capitán Marryat²⁰¹ en 1836. Marryat se había trasladado recientemente a vivir cerca de allí, en Norfolk, en su propia finca de Langham. El joven baronet Townsend acababa de tomar posesión y había redecorado la casa, por entonces ajetreada con la celebración de fiestas. «Para su irritación», escribiría muchos años después Florence, la hija de Marryat, «poco después de su llegada comenzaron a surgir los rumores de que la casa estaba encantada, y los invitados, todos y cada uno de ellos (como los de la parábola), comenzaron a excusarse y a marcharse».

En un acto que recuerda al caso de Hinton Ampner, el capitán de la Marina, convencido de que se estaba produciendo alguna impostura relacionada con delincuentes o contrabandistas, tomó la determinación de mantener bajo vigilancia la habitación encantada.

Marryat se instaló en dicha habitación, donde colgaba el retrato por aquel entonces, y se acostó con una pistola cargada bajo la almohada. No sucedió nada en dos noches, pero a la tercera, dos sobrinos del baronet llamaron a su puerta cuando él se estaba desvestiendo. Aunque resulta un tanto inverosímil, le dijeron que les acababan de traer de Londres una nueva arma de fuego y le preguntaron si quería verla. Marryat bromeó con que debería llevar consigo su pistola por si acaso se encontraban con la Dama de Marrón y, cuando se despidió de los sobrinos, fueron ellos los que bromearon con que tendrían que acompañarlo, armados, por el mismo motivo.

El pasillo era largo y estaba oscuro, con todas las luces de la casa apagadas. Cuando los tres hombres llegaron al punto medio del pasillo, vieron el resplandor de una lámpara que se dirigía hacia ellos. Decidieron que tenía que ser una de las niñas, así que Marryat —que no iba debidamente vestido— se ocultó detrás de la puerta de un dormitorio con los sobrinos. A través de una rendija de la puerta vio cómo se aproximaba la figura, hasta que estuvo lo bastante cerca para distinguir cómo iba vestida. De marrón. Reconoció su rostro por el cuadro. Al pasar la figura, se detuvo y miró directamente hacia él, sonriendo. Los hombres dieron un respingo y Marryat disparó su pistola; la bala traspasó la silueta y se alojó en el panel interior de la puerta del dormitorio de enfrente.

Se dice que este fantasma sonriente fue visto en 1903. En 1918, el vicario de West Raynham escribía al vicario de Weston, en Otley:

«He oído que algunos de los hijos de los residentes en el Hall, años atrás, preguntaban quién era la dama de marrón que con tanta frecuencia entraba en su cuarto». En 1936, lady Townsend escribía:

Hace bien poco que la hermana de mi cuñado (James Durham), la señora de Cyril Fitzroy, y su hija la vieron [...]. Su penúltima aparición fue nada menos que ante mi hijo George cuando, de niño, Walter Rothermell —un amigo americano más pequeño— y él se encontraron en la escalera con una dama que no solo los asustó, sino que también los dejó perplejos porque, tal y como dijo George, podían ver los escalones a través de ella.

Lady Townsend no era la única, había una gran variedad de fuentes impresas que contaban otras historias sobre los fantasmas de Raynham. La Habitación Monmouth, por ejemplo, estaba encantada por el fantasma del duque, que se aparecía como un tal Caballero Rojo. En el llamado Salón de Piedra el ama de llaves alemana de lady Townsend, la señorita Baumer, había visto el fantasma de una niña; una tarde, la visita de lady Norah Bentinck y sus dos hijos pequeños planteó un interrogante: ¿quién era la tercera criatura que estaba allí de pie mientras ellos descendían del coche, una niña pequeña que lucía un «vestido de un cuadro»? Allí no había un tercer niño.

En octubre de 1935, Maude Ffoulkes oyó las pisadas de un spaniel fantasma que correteaba. En la Habitación Real se encontraron las pesadas sillas dispuestas alrededor de la mesa al despuntar el día, como si hubiera tenido lugar una sesión de juego nocturna.

Y, por supuesto, la escalera: de roble, antigua, la pared cubierta de paneles. Cuando falleció el quinto marqués y Raynham Hall se puso en alquiler, los inquilinos «se despertaron al oír el ruido de los pasos de muchas personas que subían y bajaban por las escaleras, y cuando procedieron a investigar, solo oleadas de negrura pasaban ante ellos, sin que hubiera signo ni ruido de nada ni de nadie». Lo mismo sucedió la noche siguiente, y la mañana posterior llegó la noticia de que el marqués había muerto en París.

No sabemos si lady Townsend pasó mucho tiempo con sus curiosos visitantes. En todo caso, hacia las cuatro de la tarde, cuando empezaba a atardecer en ese final del verano, tras un día entero sacando fotografías por toda la casa y, según parece, por los terrenos, Indre Shira y Provand se encontraban ante la escalera principal.

El capitán Provand tomó una fotografía mientras yo disparaba el flash. Se

encontraba enfocando para otra exposición; yo estaba de pie, a su lado, justo detrás de la cámara con el disparador del flash en la mano, mirando fijamente a la escalera. De repente, detecté una forma etérea velada que bajaba lentamente los escalones. Me alteré y grité con claridad: «¡Rápido, rápido, ahí hay algo!». Pulsé el gatillo del disparador del flash. Tras la iluminación del flash, y después de haber cerrado el obturador, el capitán Provand sacó la cabeza de debajo de la tela de enfocar, se volvió hacia mí y me dijo: «¿A qué viene tanta excitación?».

Dirigí su mirada hacia la escalera y le expliqué que había visto una figura allí, con claridad: transparente, de modo que los escalones eran visibles a través de la forma etérea, aunque muy definida y para mí perfectamente real. Se rio y dijo que me habría imaginado que veía un fantasma; ya no había nada visible.

Provand estaba perplejo ante la conducta de Indre Shira, y más adelante afirmó haber sido escéptico cuando escuchó la explicación. Continuaron comentándolo mientras conducían de regreso a Londres, con un capitán cada vez más preocupado por la amenaza que la afirmación de Shira suponía para su reputación.

De vuelta en Picadilly, en el número 49 de Dover Street, se encontraban juntos en el cuarto oscuro mientras se revelaban los negativos. Tal y como lo contó el propio Provand, su sorpresa fue grande al ver que, efectivamente, había una forma inexplicable en el negativo. Shira le echó un vistazo y decidió llamar a una tercera persona, Benjamin Jones, gerente de la farmacia Blake, Sandford & Blake, cuyas dependencias se encontraban en el piso de abajo.



23. La famosa fotografía de la Dama de Marrón de Raynham Hall, de 1936.

La fotografía aparecería después en el número del 26 de diciembre de la revista *Country Life* y en el del mes de diciembre de la revista norteamericana *Life*, y se convirtió en una sensación casi de inmediato. «El señor Jones, el capitán Provand y yo damos fe del hecho de que el negativo no ha sido retocado en modo alguno. Ha sido examinado de manera crítica por un buen número de expertos. Nadie puede explicar la aparición de la figura fantasmal», escribió Shira en el artículo que acompañaba a la foto²⁰².

En el plazo de unas semanas, la SPR ya había puesto en marcha su propia investigación del caso, y el expediente recopilado por un tal C. V. C. Herbert permanece en sus archivos de Cambridge. Entre

otras cosas, Herbert examinó la anticuada cámara que habían utilizado, observó la lente (rectilínea rápida), determinó el tipo de película utilizado, que era una SS Ortho (u ortocromática). La conclusión final de Herbert fue que el «fuelle» de la vieja cámara pudo haber dejado entrar una rendija de luz; sin embargo, seguía desconcertado ante aquellos extraños efectos visuales, dado que las balaustradas no parecían alineadas justo donde había aparecido el fantasma, lo cual sugería algún tipo de doble exposición.

Esta seguía siendo una de las objeciones hasta que hace bien poco, en el año 2006, el escritor Tom Ruffles lo resolvió con un simple examen de los planos de la casa y de varias versiones claras y sin recortar de la fotografía²⁰³: había en la escalera un pequeño rellano justo por encima del decimotercer escalón, y aquel era el motivo de que las barandillas no pareciesen ópticamente alineadas; el aparente duplicado de un cuadro en la escalera era en realidad un fragmento del panelado de la pared en el lugar donde se encontraba el rellano.

Los días 8 y 9 de enero de 1937, un respetadísimo investigador psíquico, el doctor Nandor Fodor, hizo una visita a Raynham Hall y llevó consigo a alguien que sabía de cámaras: un fabricante de cámaras llamado Arthur Kingston. Fodor era entonces el responsable de investigación del International Institute for Psychical Research. Su esposa y su hija lo acompañaron también, claramente decididas a pasar el día con aquel asunto.

Una vez localizada la escalera en cuestión, se pusieron a intentar reproducir la famosa imagen; uno de los enigmas era por qué el fantasma no estaba borroso, dado que, durante una exposición de seis segundos, se había desplazado desde el tercer peldaño hasta el decimotercero. Fodor se situó en el decimotercer escalón para una instantánea, y después hizo lo mismo su mujer. Es fácil imaginarse a la familia que se detiene a observar el retrato y se queda pensativa.

El 19 de enero, Herbert redactó su informe. El fardo de documentos permaneció en su mayor parte olvidado hasta 1989, cuando fue redescubierto en el archivo de Cambridge de la SPR. Dentro de la carpeta hay unos cuarenta documentos, pero las dos fotografías cruciales del fantasma las birlaron tiempo atrás. Resultó fatídico que Herbert decidiera no hacer constar el nombre de Indre Shira y se limitase a identificarlo con la mención de que era un escocés. Esta decisión tan peculiar supone que la verdad sobre la identidad de Indre Shira y la veracidad de su fotografía tal vez no se

puedan determinar nunca, algo curioso viniendo del hombre que hacía un informe para una organización tan deseosa de hechos verificables. Herbert había examinado tanto la cámara como los negativos de las dos fotografías tomadas en la escalera aquel día. «A mi modo de ver, tanto Shira como Provand parecen honestos», una opinión respaldada por otros investigadores implicados en el caso, incluido Harry Price.

Esta ha pasado a la historia como una de las investigaciones más deficientes llevadas a cabo por la SPR. Jamás hubo posibilidad ninguna de que Fodor emitiera un juicio objetivo sobre el caso de Raynham, por la evidente razón de su amistad con lady Townsend. Resulta sorprendente abrir el libro *True Ghost Stories* de la marquesa y encontrarse la introducción efusiva en exceso de Nandor Fodor. «En ningún caso he visto el toque siniestro que muestran las persistentes visitas del pequeño Alfred y William al cruel John Craven», apunta él en referencia a uno de los diversos individuos nobles y adinerados a los que se había seleccionado para aquel trabajo. «Hasta los más habituados adictos al escalofrío encontrarán emocionante “La tumba n.º ... de Kensal Green”», prosigue. La introducción está fechada el 1 de agosto de 1936, seis semanas antes de que se tomase la fotografía.

Lady Townsend le confió a Fodor que se había sorprendido al enterarse de la historia de la fotografía del fantasma, ya que Shira no le había contado nada en su momento, a pesar de que afirmaba que había visto la silueta cuando Provand tenía la cabeza escondida bajo la tela de la anticuada cámara²⁰⁴.

Y, aun así, ella creyó inicialmente que se trataba de una visión de la Virgen María, algo sugerido tal vez por el hecho de que lady Townsend tuviese su propio altar católico debajo de aquella escalera, donde quemaba incienso (según su propio libro, el olor a incienso era una manifestación ocasional en la casa). No obstante, ante Fodor la definió como «una bella aparición» y añadió que le daba la sensación de que Shira no pondría en riesgo su propia reputación fingiendo un fantasma.

Resulta difícil saber a qué reputación se refería. En los relatos, la dirección del fotógrafo de tribunales Indre Shira se encontraba sobre la farmacia de Dover Street, pero al mirar la guía de Londres de 1936, el negocio que había allí era el de William Marshall, notario. Además, la farmacia figura como «Blake, Marshall & Blake», lo que podría apuntar a un proceso posterior para ocultar el

nombre de Marshall. ¿Podría haber sido Shira este notario? ¿Sería ese el motivo de que lady Townsend no se imaginara que aquel hombre fuera a «arriesgar su reputación» con una «falsedad»?

Igual que en tantos otros casos de fantasmas, volvamos la mirada hacia la mujer. Tenemos aquí a dos mujeres decisivas cuyos papeles se pasan bastante por alto: lady Townsend y la esposa de Indre Shira. Lady Townsend menciona su llegada aquella mañana con los dos hombres, y cómo «me describió unas exquisitas influencias por toda la casa [...] se comportó como una adivina». Ahora bien, ¿dónde se encontraba ella a las cuatro de la tarde, cuando se tomó la famosa fotografía? ¿No estaría, por casualidad o por el motivo que fuese, bajando las escaleras?

Aunque las ventas del libro de lady Townsend se beneficiaron sin duda de la publicidad, la fotografía no se publicó hasta el día 26 de diciembre, una vez finalizada la mayor temporada de venta de libros del año; de haber sido un acuerdo premeditado, sería más probable que la hubieran publicado un mes antes. Lo que sí parece, sin embargo, es que Indre Shira colocó una copia enmarcada del artículo de *Country Life* en las puertas de su local, lo que provocó que Fodor le dijese a lady Townsend que «Shira tiene la intención de hacer dinero con su fantasma». Puso también en marcha la lucrativa venta al público de copias de 20 x 25 centímetros por una guinea el ejemplar.

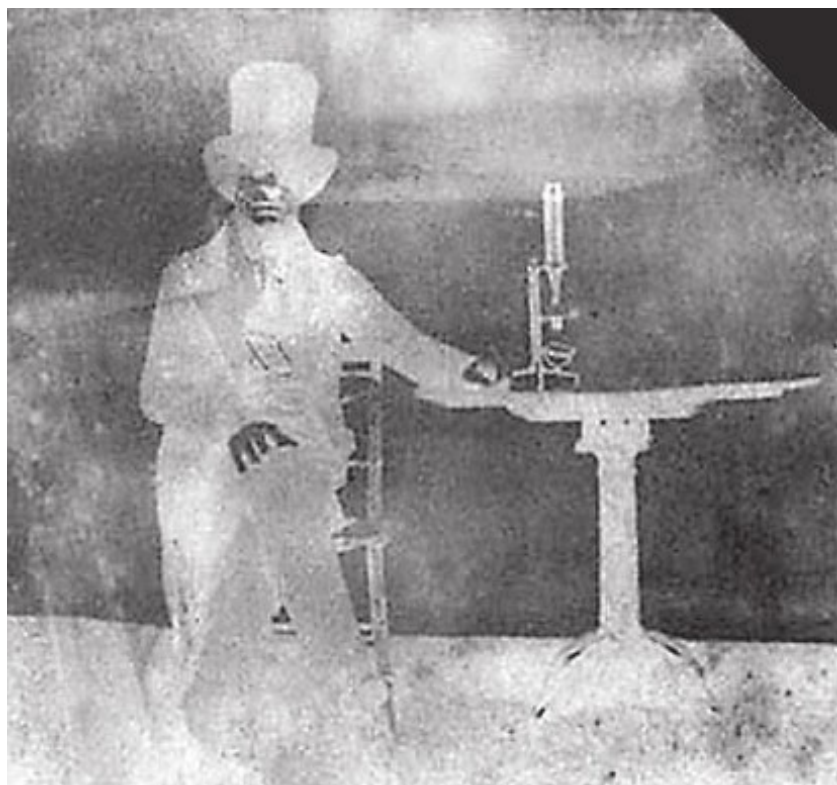
De ser fraudulenta la fotografía, se trataría, en mi opinión, de un acto de colusión entre Shira y Provand. Parece dudoso que fuesen fotógrafos dedicados a los tribunales con treinta años de experiencia: las pruebas existentes de su trabajo son escasas. Los investigadores de la SPR decidieron que el propio Shira no tenía ningún conocimiento evidente de fotografía, y que la obra de Provand parecía la de un aficionado. Es mucho más probable que se tratase del notario Marshall (es decir, Shira) en colusión con el farmacéutico del piso de abajo (o sea, Provand), que bien podría haber sido su pariente. Sabemos que el artículo de *Country Life* estuvo enmarcado en las barandillas del exterior de la farmacia, así que por lo menos la dirección no se falseó.

Y si fue un fraude, o bien se hizo con la señora Shira posando para una doble exposición o bien, tal y como se ha sugerido, los dos hombres fotografiaron una estatua al estilo de una virgen y utilizaron su imagen para crear un nuevo negativo. La escala de la silueta contra las escaleras parece sugerir que medía alrededor de

un metro y veinte centímetros, otra anomalía. Pero, con un informe de la SPR que disfraza los detalles críticos de un modo escandaloso, es un misterio que quizá no se resuelva nunca. Al fin y al cabo, podría ser de verdad un fantasma.

La historia de la fotografía de fantasmas se inicia con un maravilloso error y acaba con una impostura a un nivel prácticamente industrial. La fotografía primitiva utilizaba placas de cristal tratadas con una gelatina de bromuro de plata que eran reutilizables y, cuando no se limpiaban como es debido, solían dar lugar a imágenes fantasma allá donde comenzaban a filtrarse las fotografías previas. Las primeras imágenes de fantasmas se han perdido. En su *Historia del espiritismo*, sir Arthur Conan Doyle sitúa la fecha de la primera en 1851. El espiritista ruso Alexander Aksakov la sitúa más cerca de mediados de esa década de 1850.

En aquella época, cuando el físico sir David Brewster estaba examinando un calotipo (así se llamaba el proceso patentado por Fox Talbot) de la fachada de la catedral de York tomado en 1844, no pudo evitar que su mirada se viera atraída hacia un niño sentado en los escalones que parecía translúcido, un fantasma, de hecho, simplemente porque se había marchado en medio del largo tiempo de exposición que era necesario para tomar una imagen.



24. Calotipo negativo de sir David Brewster sentado en Lacock Abbey, tomado en 1842.

Aquel niño fantasma delante de un edificio de carácter religioso, aquel espectro infantil con aquel telón de fondo gótico, le dio la idea para su libro *The Stereoscope* («El estereoscopio»), que se publicó en 1856. «Con el fin de entretener, el fotógrafo nos puede llevar incluso al reino de lo sobrenatural», escribió. «Su arte le da la posibilidad de dotar de una apariencia sobrenatural a una o más de sus figuras, y exhibirlas como el éter». *The Stereoscope*, con su interés por los trucos ópticos, sigue siendo uno de los primeros manuales que hablan del uso de los efectos tridimensionales como pasatiempo y entretenimiento.

La idea desarrollada por Brewster fue rápidamente comercializada por la London Stereoscopic Company en Cheapside en 1857, y sus espectáculos con sus fantasmas tintados de color gozaron de tal popularidad que se vieron obligados a sacar un anuncio en el

invierno de 1857 advirtiéndolo a la gente que no adquiriese versiones pirata de su producto: fue una de las primeras situaciones de pánico causadas por la piratería en la industria del entretenimiento.

No había pretensión alguna de darles una apariencia naturalista: estos fantasmas eran puro teatro, amortajados como cadáveres medievales, con las manos levantadas para inducir temor y crear la impresión de una aparición. Al igual que en el caso del tratado de Brewster, aquí no había ninguna intención de engañar al público con esos fantasmas folclóricos y con aire cómico; es más, se dedicaban a pregonar que demostraban la «insensatez» de la creencia en los fantasmas e insistían en el carácter educativo del espectáculo. En este breve periodo que transcurrió entre el decaimiento de la linterna mágica y la llegada del cine, los fantasmas eran una buena manera de atraer al público. Surgieron espectáculos similares en Estados Unidos a mediados de la década de 1860 de la mano de Underwood & Underwood, una empresa dedicada a la publicación de láminas estereoscópicas cuyo nombre es un simpático antecedente del veterano investigador británico de los fenómenos paranormales.

En este periodo se asistió al desarrollo paralelo de algo más oscuro, que sí tenía la intención de ser un engaño. El espiritismo era uno de los grandes escenarios del universo victoriano y los espiritistas se mostraron encantados de hacer uso de esta nueva tecnología como medio de comunicación con los espíritus de los fallecidos. Entre las farsas más famosas se encuentra la del grabador bostoniano William Mumler (1832-1884), quien anunció en 1861 que había fotografiado accidentalmente el fantasma de un primo fallecido mientras manipulaba un equipo fotográfico que pertenecía a un amigo.

En poco tiempo se encontró tan desbordado de solicitudes por parte del público que dejó su empleo como grabador para montar en Boston un taller dedicado en exclusiva a la fotografía de espíritus. Fue un éxito rotundo. Su clienta más famosa fue la viuda de Abraham Lincoln, que visitaba a Mumler con regularidad cuando este se pasó a la fotografía, para regocijo de todos los involucrados.

Sin embargo, las cortinas del cuarto oscuro se descorrerían en 1869, cuando Mumler fue acusado de fraude y juzgado. Sorprendentemente, lo absolvieron a pesar de quedar demostrado que uno de sus fantasmales visitantes ni siquiera estaba muerto²⁰⁵. Sus abogados, y no era la primera vez que esto se hacía en un juicio

moderno, ni sería la última, citaron el pasaje de la bruja de Endor y especularon con la idea de que, de haber tenido la posibilidad, el profeta Samuel habría aprovechado la oportunidad de utilizar una cámara. En 1875, el fotógrafo Edouard Buguet —que tenía un estudio en la londinense Baker Street y otro en el número 5 del parisino Boulevard Montmartre— se enfrentó a un juicio por fraude, y su confesión se difundió profusamente en la época por toda Francia e Inglaterra. Su forma de simular los espíritus había consistido en realizar una exposición fotográfica preliminar de una muñeca de madera envuelta en gasas a la que añadía las fotografías de unos rostros pegados a un cartón de forma bastante burda. En el registro de su estudio, la policía halló doscientas cuarenta muestras. El aspecto de muñeca del fantasma de Raynham Hall tal vez apunte al uso de este método, aunque sin aquellas caras de una falsedad tan obvia.

La práctica de la fotografía de fantasmas no tardó mucho en ser algo que ciertos espiritistas realizaban para otros espiritistas, un universo cerrado de embelesada creencia en las apariciones. El número de octubre de una publicación francesa de espiritismo, *Revue spirite*, pedía que diesen un paso al frente los «médiums fotógrafos», y muchos de ellos se hicieron un nombre por sí mismos. En 1895, el periodista William Stead posó para uno de estos fotógrafos, Richard Boursnell; mientras este le fotografiaba, Stead tuvo siempre presente al espíritu guía de Boursnell, Julia. Apareció la imagen de una bella mujer, como mandan los cánones, aunque más adelante, al comunicarse con él a través de su canal habitual, la escritura automática, Julia informase a Stead de que aquella imagen no era en realidad ella, sino una «forma del pensamiento». La fotografía del pensamiento, o fotografía psíquica²⁰⁶, tal y como a veces se la denomina, cobró interés a mediados del siglo xx, y eran muchos quienes creían que las imágenes se podían capturar directamente en película química por medio tan solo del pensamiento y sin el uso de una cámara. El término «fotografía del pensamiento» (*thoughtography*, en inglés) fue acuñado por Tomokichi Fukurai, profesor de Psicología de la Universidad Imperial de Tokio a comienzos del siglo xx. Esta es otra posible explicación del fantasma de Raynham Hall: que fuera una imagen mental generada de algún modo por los presentes.



25. Ted Serios: lanzamiento de imágenes mentales a una cámara.

El más conocido de todos cuantos se dedicaron a las imágenes mentales fue un botones llamado Ted Serios. Trabajaba en un hotel de Chicago a comienzos de la década de 1960. Más adelante, los escépticos apuntaron a su alcoholismo y una incipiente sociopatía como factores de descrédito. Serios descubrió que era capaz de fijar imágenes en cámaras de cajón y, más adelante, en película instantánea Polaroid. El psiquiatra y parapsicólogo de Denver Jule Eisenbud investigó a Serios, lo sometió a infinidad de pruebas y generó cientos de fotografías misteriosas. Serios no solo generó imágenes —el hotel Hilton de Denver, cruces, gente de pie— en entornos controlados e incluso dentro de una jaula de Faraday, sino que produjo cientos de imágenes conocidas como «negruzcas» y «blancuzcas», fotografías con una subexposición o sobreexposición exageradas.

Una de las más intrigantes es una imagen del rancho de Eisenbud a las afueras de Denver, que, al ser «fotografiado» por Serios, mostraba la casa sin las contraventanas blancas que Eisenbud le había añadido años atrás. Había también diferencias en el establo, al que le faltaba la puerta de tipo holandés. Quizá fuese una fotografía paranormal del pasado, pero a Eisenbud también le recordó a las distorsiones oníricas de sus pacientes de psiquiatría. En 1845, el físico Alexandre Brierre de Boismont publicó un estudio

sobre las alucinaciones en el que describía los fantasmas simplemente como «la materialización, el daguerrotipo de una idea». Por aquel entonces, lo que teníamos eran los daguerrotipos.

En las fotografías, Serios tiene un aspecto demacrado, neurasténico, con un mechón de pelo cayendo sobre unas facciones débiles y agotadas. Todo acabó para él con el desvanecimiento de sus poderes en el mes de junio de 1967; la última imagen que generó fue la de un telón. Aunque se difundió ampliamente la información de que James Randi —profesional del escepticismo— había duplicado las fotografías del pensamiento de Serios, su único intento conocido de hacerlo, en el programa *Today* del día 4 de octubre de 1967, acabó siendo un fracaso²⁰⁷.

En septiembre de 2005, el Museo de Arte Moderno de Nueva York albergó una exposición titulada «The Perfect Medium: Photography and the Occult» («El medio —o médium— perfecto: fotografía y lo oculto») en colaboración con, entre otros, La Maison Européenne de la Photographie de París. Representó en muchos sentidos un funeral para la doble exposición, sobre todo porque desde aquel año se extinguió prácticamente el uso de película química. Aún aparecen fotografías, y las páginas web las recopilan, por supuesto; e incluso logran llegar hasta los medios informativos, especialmente en épocas de crisis económica y de ansiedad pública. Ahora son digitales, y la gente confía en ellas todavía menos.

Han desaparecido los ectoplasmas, los miembros de animales que ocultaban introducidos en las cavidades corporales y también los algodones regurgitados y embadurnados en grasa de oca de los falsos médiums, y en su lugar tenemos los orbes que flotan aquí y allá, con programas gráficos cada vez más sofisticados al alcance de los aficionados a la manipulación de imágenes. En nuestros días, alguien habría capturado a la Dama de Marrón con el teléfono móvil y la habría compartido al instante en Internet.

Asesinato en la casa del párroco

«Toda historia de fantasmas comienza con una historia de amor».

Stacy Horn

Tarde, en la noche de uno de los últimos días del mes de febrero de 1958, un detective privado aguardaba sentado en el vestíbulo de un hotel de Dakota del Norte. Estaba esperando a Marianne Foyster, también conocida como la Viuda de Borley. Habían contratado a aquel detective en parte por el atractivo de sus facciones duras, ya que era bien conocido el buen ojo de Foyster para la belleza masculina. La dama era un personaje misterioso y un tanto siniestro: una mujer fatal, bígama, posible asesina y el vínculo de uno de los fenómenos paranormales más famosos del siglo xx. Terminada la guerra, Foyster protagonizó un espectacular número de desaparición y consiguió esquivar con habilidad las pesquisas de la policía de Suffolk, que por entonces la buscaba en Inglaterra. Y allí estaba ahora, entrando de las nevadas calles invernales, dos universos en colisión: un sabueso al estilo de Raymond Chandler y directo de un castin interrogando a la esposa de un párroco que parecía salida de las páginas de una novela de Agatha Christie.

Cuando ella se dio cuenta de que habían descubierto su tapadera, su inmediata reacción, presa del pánico, fue amenazar con el suicidio. Resultaba comprensible: tenía mucho que ocultar. Había quebrantado la ley en incontables ocasiones y le aterrorizaba la posibilidad de que la deportasen a Inglaterra y la enviasen a la cárcel. Sin embargo, tras una amable negociación y una charla tranquilizadora, que incluyó la promesa de crear un fondo para la educación de su hijo adoptivo, la mujer accedió a someterse a un interrogatorio sobre sus experiencias en la rectoría de Borley, «la casa más encantada de Inglaterra».

En una mañana del mes de junio de 1929, un editor subalterno del *Daily Mirror* abrió una carta de un párroco de Essex dirigida a la sección de «Ruegos y preguntas» del periódico. El vicario no tenía intención alguna de que se publicase, quería más bien que lo aconsejaran sobre la forma de ponerse en contacto con la Society for Psychical Research. El reverendo Guy Smith era nativo de la

India, un antiguo funcionario jovial y bien alimentado al que le habían concedido la ocupación de Borley en octubre de 1928.

Aquella nueva vida, que había adoptado en parte para fortalecer la salud de su neurasténica esposa, se estaba convirtiendo en un desastre. La cultura rural británica le resultaba totalmente ajena y, sencillamente, no se veía capaz de afrontar otro lluvioso invierno inglés. Y había un segundo y extraño problema: la casa estaba encantada. El *Mirror* envió enseguida a un reportero y a un fotógrafo para verificar la historia. Se quedaron allí una semana y, convencidos de que el fenómeno era real, comenzaron a entregar noticias de primera plana.

A lo largo de nueve meses, Smith y su señora se habían visto asediados por todo tipo de fenómenos. Tras la mudanza, Mabel Smith había encontrado en la biblioteca una calavera envuelta en papel de estraza, lo cual no fue de gran ayuda. El personal se había marchado después de ver fantasmas. La silueta de una mujer se paseaba por el jardín y un espectral coche de caballos se detenía ante la puerta. Las campanillas Cracknell & Mercury del personal de servicio sonaban solas una y otra vez en el pasillo de la cocina. Entre otros ruidos no deseados, se oían los «sibilantes susurros» y la voz de una mujer que, al parecer, era víctima de un ataque.

Resulta extraño que Smith se pusiera en contacto con un periódico en lugar, digamos, de hablar con su superior, el obispo de Chelmsford, pero Smith tenía pocos amigos en Inglaterra. Había aceptado su traslado a Borley sin ver siquiera la casa. Construida en 1863 por el reverendo Henry Bull, Borley no era cómoda ni mucho menos, y requería una extensa plantilla de servicio para llevarla. Smith no tenía ni idea de que otros doce clérigos ya la habían rechazado ni de que aquella enorme mansión de veintitrés habitaciones carecía de agua corriente o electricidad.

Resumiendo, Smith quería trasladarse en cuanto fuera posible, pero tenía que darle a su obispo un buen motivo, así que necesitaba un informe de una reputada organización que respaldase sus afirmaciones. Aunque la autoridad de que gozaba en sus orígenes victorianos se encontraba en un lento declive, la SPR continuaba estando bien considerada como una organización fundamentalmente escéptica y dirigida por reconocidos científicos y diversos lores muy bien relacionados. No sería igual en nuestros días, pero por aquel entonces un obispo podía tomarla muy en serio, aunque solo fuese porque entre sus filas aún había poderosos

miembros de la clase dirigente.

Smith se quedó desconcertado cuando le abrió la puerta a un reportero que se presentaba lápiz en mano mientras su fiel compañero fotógrafo disparaba el flash de la cámara. Y cuando los Smith se quejaron de aquella publicidad que no buscaban, el periódico envió a alguien todavía menos apropiado para manejar situaciones delicadas.

Un personaje cadavérico que tenía el aspecto de un exorcista secular, Harry Price, llegó a la rectoría de Borley sin imaginarse que aquel edificio tan feo levantado en un insignificante lugar de Inglaterra llegaría a dominar su vida durante los siguientes veinte años. Aseguró a Smith que recibiría su informe sobre la actividad fantasmal para que, a su vez, él pudiese mostrárselo al obispo²⁰⁸.

Price descubrió que, aunque el edificio en sí era relativamente nuevo, existía una tradición a propósito de que su emplazamiento estaba encantado. En un principio la casa se había construido sobre una planta de tipo urbano que era del todo inapropiada para su situación, y se añadió otra ala poco después.

Para su constructor, el reverendo Henry Bull, lo de lucir la vestimenta de los domingos se había convertido en una especie de tedio. Las tierras del entorno de Sudbury le proporcionaban unos ingresos suficientes como para poder permitirse el mantener a sus (por lo menos) doce hijos, y la casa se iba ampliando conforme estos iban llegando. Bull se dedicaba a volar por la campiña en una veloz calesa, a golpe de látigo, o a disparar al azar a través de la cristalera abierta de la biblioteca contra los conejos que se movían torpemente por el césped. Sobre aquel mismo césped había levantado un cenador para observar —eso decía él— al fantasma de una monja que gustaba de pasearse por sus tierras en el crepúsculo, bajo un cedro del Líbano cuya existencia parecía datar de la época de una casa anterior. Se decía que la historia del fantasma era una broma familiar que Bull solía compartir en especial con sus siete hijas.

Su hijo, otro Henry al que por comodidad se le suele llamar Harry, se hizo cargo de la vivienda cuando falleció su padre. Harry Foyster Bull (1862-1927) fue un hombre sensible y bastante inútil al que le resultó muy difícil estar a la altura de su padre.

Con su espeso bigote al estilo Kitchener, Harry pagaba a los muchachos del pueblo para que fuesen a la rectoría a boxear con él. Le gustaba llevarse a su gato a la iglesia, y en ocasiones se le veía

por el East End de Londres —dedicado sin duda a los asuntos del Señor—, donde se mostró muy capaz de defenderse solo ante el violento ataque de unos jóvenes que pretendían robarle. Contrajo matrimonio de buenas a primeras a la edad de cuarenta y nueve años, y les pidió a sus hermanas que abandonaran la casa: ninguna de ellas se había casado y todas confiaban en pasar el resto de sus días en la rectoría de Borley. Para la recién casada Ivy y su hija, Constance, hijastra de Bull, la vida en la rural Essex resultó de lo más aburrida. Cuando murió Harry, sus hermanas comenzaron a rumorear que su esposa lo había asesinado, con el propósito fundamental de desacreditar su testamento. A los fantasmales inquilinos de Borley se añadió el fantasma de Harry, con una bata de color ciruela y por lo general con un pequeño portafolios, sin duda su propio testamento.

En vida, Harry había asegurado a sus hermanas que se había ocupado de ellas en su testamento, pero tras su deceso resultó que no lo había hecho. La odiada esposa y la detestada hijastra hicieron las maletas, se marcharon indignadas de Borley y se llevaron el dinero de Harry consigo.

En consecuencia, cuando Ethel Bull se enteró de que Harry Price iba a ir a la rectoría, insistió en celebrar una sesión de espiritismo en la Habitación Azul, sobre la biblioteca, el dormitorio principal de la casa en el que habían fallecido tanto Henry como Harry Bull. Las hermanas Bull mantenían que Ivy había asesinado a su hermano Harry por el dinero, de manera que no fue ninguna sorpresa que la sesión de espiritismo confirmase que, en efecto, Ivy era sin duda una asesina. Price no publicó este detalle en su momento, ya que era difamatorio, y tan solo mencionó que las hermanas conversaron durante una hora con el espíritu de su hermano sobre «asuntos privados».

Como experimentado (y bastante cínico) cazador de fantasmas que era, Harry Price sería consciente de que prácticamente todo lo relacionado con aquellos fenómenos tenía un carácter folclórico. La ventana del comedor tapiada por el reverendo Henry para evitar que la monja fantasma los viese, el descubrimiento de una calavera humana en la casa, el cuento de una monja emparedada tras haber huido con un monje y haber perdido su virtud, un coche de caballos fantasma a veces guiado por un cochero sin cabeza, el hombre decapitado del jardín, los rumores de unos túneles subterráneos, el sonido de unos pasos, siempre pasos... todos ellos típicos fantasmas

de la época.

El primer encuentro de las hermanas Bull con los fantasmas se había producido cuando eran unas niñas. El 28 de junio de 1900, al regresar a casa de una celebración vespertina en Sudbury, Ethel, Freda y Mabel entraron en los terrenos de la rectoría por la cancela del lado este y vieron claramente a una persona de pie en el césped. Parecía una monja que estuviera contando las cuentas del rosario. En un principio, las hermanas la confundieron con su madre, y después se dieron cuenta de que era la silueta que solía ver su padre. Era un fantasma. Y a plena luz del día. Llamaron a otra de las hermanas, Elsie, para que fuera a ver el fantasma. «¡Menuda bobada! Voy para allá a hablar con él». Cuando Elsie se acercó, la monja levantó la mirada y se desvaneció en el aire.

Aquellos calores veraniegos victorianos de su infancia en Borley jamás abandonarían a las hermanas Bull. Sus hermanos Alfred y Walter siempre dijeron que no había ningún fantasma en la casa, y ni la esposa ni la hijastra de Harry experimentaron fenómeno alguno en diez años. Sin embargo, Harry, al igual que sus hermanas, se sentía cómodo con la idea de los fantasmas. Un vecino observó que «era capaz de saludar a un fantasma con la misma facilidad con la que yo saludo a un amigo». Se pasaba horas en el cenador en los anocheceres de verano con la esperanza de ver al fantasma y de «estar en íntima comunión» con él.

Desde su época de estudiante, Harry tenía fama de quedarse dormido sin previo aviso; puede que sufriera de narcolepsia. Con todo, y dado que también sabemos que tenía severos problemas respiratorios, una explicación más probable de su somnolencia sería que sufriese de apnea del sueño y que, en consecuencia, estuviese la mayor parte del tiempo viviendo en una ensoñación.

La primera vez que se vio a la monja fue en 1843, tan solo dos años después de que el edificio georgiano original de la rectoría ardiese hasta los cimientos. Tardó unos veinte años en reconstruirse, y durante todo ese tiempo permaneció en ruinas junto a la iglesia. No resulta en absoluto sorprendente que en la localidad se empezase a contar historias de fantasmas sobre este lugar. La monja nunca entraba en la casa, aunque se solía adjudicar a su influjo el sonido de los pasos, las puertas que se abrían y los cerrojos que se cerraban; «la monja estuvo anoche muy activa», le contaba Harry a la gente con mirada solemne.

Al echar un vistazo a las fotografías de la vieja casa tal y como

estaba amueblada en tiempos de los Bull, se ve una chimenea que Henry supuestamente compró en la Exposición Universal. Y allí estaba esta siempre que los niños se sentaban a la mesa en el comedor. A cada lado del hogar había una estatuilla tallada en piedra con vestimenta religiosa y rezando: una era un fraile tonsurado y la otra, una especie de monje con un hábito y una capucha puesta, como dos fantasmas surgidos de la pared.

En una casa llena de niños y con un padre bastante capaz de inventarse historias sobre estas misteriosas figuras, resulta sencillo entender cómo se generaban y se extendían ese tipo de leyendas. Henry Bull anunció que había tapiado la ventana de aquella misma habitación no porque diese al camino, desde donde cualquiera que pasase vería a la familia desayunando huevos con beicon, sino porque la monja curioseaba desde fuera a través de ella²⁰⁹.

Aquella visita de Price a Borley en el mes de junio lo dejó intrigado; despertó su interés. A primera vista, la doncella Mary Pearson parecía un testigo creíble. En la tarde del 12 de junio, Price presenció cómo caían diversos objetos por la escalera principal y sonaban por su cuenta las campanillas desconectadas de la casa. Sin embargo, cualquier esperanza que albergase de lograr un mayor acceso quedaría frustrada cuando el obispo, furioso a causa de la publicidad, las seis primeras planas del *Daily Mirror* y los autobuses de mirones que empezaban a aparecer por la casa, decidió que aquello estaba empañando la reputación de la Iglesia de Inglaterra. El 20 de abril de 1930, Smith dio su último sermón en la iglesia de Borley, y la rectoría quedó desocupada a partir de entonces.

Ethel Bull aprovechó la oportunidad y renovó la influencia de su familia sobre la parroquia y la rectoría al ingeniárselas para lograr el nombramiento de un vicario, el reverendo Lionel Foyster, emparentado con ella por el lado de su madre. Foyster llegó de Canadá con su esposa, mucho más joven que él: Marianne. Poca gente se casaría con una chica a la que habían bautizado cuando tenía siete años, pero Foyster era una de esas personas. Aquella muchacha sería la mujer fugitiva con la que se iba a encontrar muchos años después nuestro detective privado en un hotel de Dakota del Norte.

En los fenómenos que parecen durar un periodo extenso, siempre conviene fijarse en los patrones repetitivos que presentan las situaciones domésticas, y así nos encontramos una vez más ante un

clérigo anglicano débil, de sexualidad ambigua, con una esposa católica más joven y dueña de sí misma. Y, al igual que Harry Bull, Foyster era un hombre enfermo cuya mala salud bien pudo afectar a su estado mental.

Una vez que se hubieron marchado los Smith, y con el registro cerrado, no cabe duda de que Price pensó que la historia de Borley había terminado. Pero estaba a punto de comenzar la segunda fase del encantamiento.

En octubre de 1930 entraron los obreros a trabajar en la rectoría de Borley, aunque poco pudieron hacer para conseguir que fuese un lugar más acogedor. Cuando se marcharon, los incidentes se precipitaron en rapidez e importancia. Marianne, que se estaba recuperando de una operación seria, imaginó haber oído que alguien la llamaba por su nombre. Se escuchaban pasos. Aparecieron unos libros de himnos que les eran desconocidos. Cayeron carbones, planchas, piedras, carretes de algodón, bastones. En uno de los episodios más siniestros, el 28 de marzo de 1931, Marianne sintió en el hombro el roce de lo que ella describió como «una monstruosidad». Un intento de exorcizar la casa acabó con un violento diluvio de pedrisco. Aparecían y desaparecían objetos, por ejemplo anillos de boda (sin identificar). Una mesa de la cocina apareció patas arriba, y la ventana de un dormitorio se las apañó para cerrarse sola.

Un fragmento de ladrillo cayó sobre la mesa de la cena junto al plato del reverendo Foyster, y otro hizo que Marianne se tropezara al salir del cuarto de baño. Se encontraban objetos ardiendo en el suelo de las habitaciones desocupadas. El matrimonio solía despertarse y hallar pilas de piedras dispuestas alrededor de sus almohadas; trozos de leña rodaban por la cocina, y piedras por las escaleras. Por toda la casa aparecieron hojas de papel con la palabra «Marianne», e incluso pintadas en las paredes que le pedían que dijese unas oraciones.

Igual que los Smith, los Foyster no eran felices. La salud de Lionel se estaba deteriorando. A la alta burguesía de la zona le resultaba sospechosa la familiaridad que mostraban con los lugareños, a quienes, a su vez, les desagradaba su amabilidad con los vagabundos. En el mes de mayo, los sucesos paranormales cobraron tal intensidad que los Foyster huyeron de la rectoría y corrieron a casa de sus vecinos, sir George y lady Whitehouse. Lady Whitehouse era una espiritista, y su sobrino Edwin, traumatizado por la guerra y

camino de convertirse en monje, se obsesionó con los poltergeists de la casa y comenzó a pasar demasiado tiempo en la rectoría, hasta convertirse en algo malsano.

El día de San Miguel, el 29 de septiembre, Price estaba trabajando en su laboratorio paranormal de Mayfair cuando Ethel Bull y una de sus hermanas pasaron a hacerle una visita, y varios días más tarde, ante la insistencia de estas, el reverendo Foyster envió a Price una carta en la que lo invitaba a presenciar con sus propios ojos los últimos fenómenos.

Harry Price no se granjeó muchas simpatías cuando llegó a Borley en octubre de 1931. Marianne se quedó sorprendida ante su manera de plantarse allí, acompañado, con una cesta de sándwiches y la intención de organizar una vigilia a gran escala. De igual modo, Price apenas fue capaz de disfrazar su irritación al descubrir que unos expertos de la rival SPR habían estado allí unos días antes y, lo que era peor, que Foyster había seguido el consejo de la SPR de que obligara a Price a firmar un documento que limitaba su posibilidad de hacer declaraciones públicas acerca de ellos y de su casa.

A Price no lo impresionó cuanto halló en Borley, y tuvo la sensación de que le estaban tomando el pelo. Le dejó bien clara su opinión al reverendo Foyster: su opinión era que Marianne estaba fingiendo todos los fenómenos. Tras aquel episodio, y después de despedirse con malos modos de los Foyster, Price no volvió a tener acceso a la casa²¹⁰.

En Marianne, Price había encontrado la horma de su zapato. La mujer se había inventado tantas historias fantásticas sobre sí misma como él había hecho. Entre otros logros patológicos, había evitado de manera voluntaria el divorcio de su primer marido antes de casarse con Foyster, que prácticamente le doblaba la edad; ya en Borley, no transcurrió mucho tiempo antes de que Marianne tuviese el descaro de alojar en la casa como inquilino a su novio, Frank Peerless, un timador *cockney* que vendía flores a las puertas del cementerio de Stoke Newington; este hombre describió a Marianne ante su hijo con toda tranquilidad como «una maniaca sexual». Algunos de los pasos que se oían en el pasillo estaban más relacionados con sus inquilinos humanos rondando los dormitorios que con apariciones de los muertos.

Inmovilizado por la artritis, el reverendo Foyster quedó confinado a una silla de ruedas hacia el final de su etapa al frente de la parroquia de Borley. El matrimonio comenzó a depender cada vez

más de las técnicas católicas para sobrellevar la situación; para desbloquear las puertas que cerraban los fantasmas empleaban una reliquia de Jean-Baptiste Vianney, el Cura de Ars (un sacerdote francés canonizado en 1925), que Foyster llevaba consigo a todas partes. Introducir la reliquia en la Biblia fue la única forma que Foyster encontró de evitar que los fantasmas le moviesen el sermón, o al menos eso le contó al señor Salter, de la SPR.

En el manuscrito mecanografiado de su libro *Fifteen Months in a Haunted House* («Quince meses en una casa encantada»), Foyster menciona también el regalo que Edwin les hizo a él y a su mujer: una medallita que ambos se sujetaban con un imperdible a la ropa interior y «nos cambiábamos al desvestirnos para ponernos el pijama». Teniendo en cuenta el trajín de cama en cama que había en la casa, es un detalle encantador que pusiesen tanta confianza en su ropa interior.

Lady Whitehouse diría más adelante que Marianne era una loca y que sus atenciones no le hicieron a Edwin «ningún bien en absoluto». Desde luego, Borley pudo definitivamente con él: acabó pasando una temporada en un psiquiátrico de St. John's Wood.

A comienzos de 1932, Marianne se desmayó después de ver el fantasma de Harry Bull, pero el espectro que de verdad ensombrecía la vida de los Foyster era una cada vez más lamentable situación económica. Y cada vez más a la desesperada, de una forma cada vez más alocada, empezaron a tramar planes para conseguir dinero, planes verdaderamente estrambóticos.

En una maniobra calculada con frialdad, Marianne se convirtió en bigama por partida doble durante el último año del matrimonio Foyster en Borley. El 23 de febrero de 1935, se casó en Ipswich con un viajante llamado Henry Fisher, y utilizó Voyster como nombre de soltera. Básicamente se trataba de un timo, pero Foyster estaba metido en el ajo²¹¹. En un momento dado, Marianne llegó incluso a trasladar a Fisher a Borley, y Foyster se hizo pasar por el padre de ella, y sus dos hijos adoptivos, niño y niña, por sus hermanos. Después de que Foyster se desmayase mientras leía uno de sus sermones en la iglesia, se vio obligado a renunciar a su beneficio eclesial y a trasladarse a Ipswich con su mujer y el nuevo marido de esta. Marianne describió a Foyster en aquella época como un «chalado» que no dejaba de gritar y despotricar sobre el pecado.

Sin embargo, sería Fisher quien acabase en un manicomio, y el reverendo Foyster no tardó en fallecer. Crecía la lista de víctimas de

Marianne²¹². El certificado de defunción de Foyster revela que cuando exhaló su último aliento estaba cubierto de úlceras de decúbito. Marianne había adoptado a una niña muy pequeña y la había hecho pasar por suya para conseguir que Fisher se casara con ella, y volvió a hacer lo mismo meses después, al adoptar a otro niño, un bebé²¹³, cuando conoció a un militar norteamericano llamado Robert O'Neil y se casó con él apenas cuatro meses después de la muerte de Lionel Foyster. Parece que en ese momento seguía casada con Fisher, como si no hubiese podido aguantar la ausencia de la bigamia más que unas pocas semanas²¹⁴.

Por obra de una extraña carambola, al menos para los interesados en las historias célebres de fantasmas, Marianne pasó sus últimas horas en Inglaterra en una base militar de Hampshire. Se trataba de un campamento de tránsito para los soldados norteamericanos y sus novias. Aquel campamento se llamaba Tidworth (una grafía posterior de Tedworth) y se encontraba en los terrenos de la antigua finca de Zouch Manor, más conocida como Tedworth Manor²¹⁵, que en aquella época se estaba utilizando como comedor de oficiales. El lugar donde un diabólico tamborilero aterrorizase antaño a una familia del siglo xvii era el mismo por donde la Viuda de Borley abandonaba ahora Inglaterra.

En Essex, la Comisión de la Iglesia²¹⁶ estaba a punto de alquilar Borley... a Harry Price.

Casa encantada. Se busca personas responsables con tiempo libre e inteligencia, intrépidas, críticas e imparciales, para unirse a un equipo de observadores durante una investigación de un año, noche y día, en una supuesta casa encantada sita en los condados próximos a Londres. Se suministran las instrucciones por escrito. Se valorará la formación científica o la capacidad de manejo de instrumental simple. La casa se encuentra en una aldea aislada, así que es esencial contar con vehículo propio. Escribir al apartado de correos H989, *The Times*, EC4.

Aquel anuncio de Price quedó situado entre una reseña de un salón floral en Chelsea y un anuncio de una residencia para perros de raza terrier. Era 1937.

Price recibió un total de unas doscientas respuestas. Algunas eran de damas aburridas de la alta sociedad que buscaban un poco de emoción, otras de periodistas y de oficiales del ejército retirados que querían cobrar por sus esfuerzos. Un amable ocultista envió un pentáculo bordado para ofrecer «protección» ante cualquier espíritu maligno que pudiese rondar las numerosas y destartalladas

habitaciones de la rectoría. Sin embargo, Price no dejaba de volver una y otra vez a la primera carta que había recibido, remitida por Sidney Glanville.

Aunque Glanville no estaba especialmente cualificado —como consultor de ingeniería—, era, nos asegura Price, un «descendiente colateral» de aquel notable hombre que investigó el caso del Tamborilero de Tedworth en 1661²¹⁷. Se convertiría en uno de los investigadores de mayor confianza de Price en «la casa más encantada de Inglaterra».

Para desconcierto de muchos, Price dejó bien claro desde el principio que él no quería participar demasiado en el proyecto de Borley. Simplemente pretendía gestionar y supervisar una especie de vigilancia sistematizada del inmueble que duraría de seis meses a un año. Nunca se había intentado hacer nada similar. Preparó un «Libro azul de instrucciones» para sus nuevos reclutas y pidió a cada uno de ellos que firmase una declaración que limitaba su posibilidad de utilizar en beneficio propio cualquier cosa que descubriesen a raíz de aquella experiencia. Se les exigió también que no revelasen la ubicación ni el nombre de la casa, que ya era famosa, no obstante, después de las portadas que ocupó en el *Mirror*. Los participantes tampoco podían fotografiar nada sin permiso dentro de la finca, ni dibujarlo siquiera. Y lo más importante, se harían cargo de sus propios gastos y facilitarían a Price un informe de su estancia allí.

Sería causa de polémica que Price les entregara también una versión resumida de la historia de la casa encantada y les mencionara los diversos fenómenos conocidos, incluidos el sonido de las campanillas y la monja fantasma. En años posteriores se le echaría en cara que les hubiera sugestionado en exceso.

El 2 de junio de 1937, Price condujo hasta Borley desde su casa en Sussex acompañado por uno de sus recientes descubrimientos, Ellic



Howe²¹⁸, quien más adelante, durante la guerra, se dedicaría a falsificar sellos alemanes para el SOE, el grupo Ejecutivo de Operaciones Especiales británico. Price se concentró en montar una «habitación base» en la biblioteca de la planta baja, debajo de la Habitación Azul encantada; aquella era la misma biblioteca desde la que Henry Bull disparaba al azar a los conejos por el césped, y donde su hijo Harry solía dirigir las oraciones de la familia mientras el jardinero hacía muecas desde el otro lado de la cristalera, a su

espalda. Esa cristalera contaba con unas contraventanas bien sólidas de lado a lado que le daban a la estancia un aire de fortificación.

Tras un viaje a Sudbury en busca de suministros, Price le dio por fin a su campamento base un aire tolerablemente cómodo. Instaló un camastro metálico de cámping con un colchón, una lámpara de mesilla de parafina, una tetera con un quemador de alcohol y un suministro de té, leche condensada y azúcar. Había también veinte libros «legibles», sobre materias neutras, para matar el aburrimiento.

Price y Howe colocaron toda una serie de «objetos desencadenantes» por la casa —una práctica común ahora en las expediciones a la caza de fantasmas—, objetos que ellos esperaban que fuesen de interés para los fantasmas y los indujeran a moverlos. Price los registra como una «caja de cerillas» y un «paquete de cigarrillos» —estaba claro que esperaban atraer a un fumador—, así como diversos cachivaches.

Mientras rodeaban todos los objetos de la casa con un círculo de tiza de colores, incluidos los objetos desencadenantes o «de control» y todas y cada una de las pintadas de las paredes, se encontraron con un abrigo de sarga²¹⁹ raído colgado en la Habitación Azul, en la planta superior. El abrigo no estaba allí dos semanas antes, la última vez que Price había estado en la casa. La aparición inexplicable de prendas de vestir, como surgidas de la nada, era uno de los fenómenos de aquella época, pero se trataba más bien de una prueba de que los lugareños se citaban en la casa abandonada, y no de aportes aleatorios de una actividad poltergeist.

Tras examinar la casa y comprobar los terrenos, ambos decidieron quedarse allí el resto de la noche. Pasadas las nueve, comenzaron a oír golpes procedentes de un pasillo justo al otro lado de la pared, y a continuación, casi de inmediato, una vez los dos hubieron comprobado el pasillo, escucharon dos golpes secos y sonoros en el piso de arriba, como si alguien hubiera tirado al suelo una bota pesada y después la otra, y el ruido de un fuerte portazo.

Prácticamente lo primero que hizo Sidney Glanville fue dibujar unos planos de la planta baja y la primera planta de la casa. A continuación, él y su hijo se dedicaron a asegurar las puertas con cera y cinta adhesiva. El silencio les pareció opresivo e inquietante. La casa se encontraba muy aislada. «Los únicos sonidos que se oían eran el correteo de algún ratón y el intermitente y lastimero ulular

de los búhos en los árboles; muy rara vez pasaba por el camino algún vehículo tardío». Hacían rondas por toda la casa en intervalos regulares, incluyendo el ático y las bodegas, y comprobaban el sellado de cada puerta.

Más adelante, Sidney se quejaría de «la continua tensión en los oídos para capturar algún sonido, en especial durante las primeras noches». Algunos de aquellos sonidos tenían una fácil explicación: un rosal silvestre que rascaba el cristal de la ventana, el goteo de un grifo, el ocasional escarbar de los ratones en los suelos y las paredes.

Otros no.

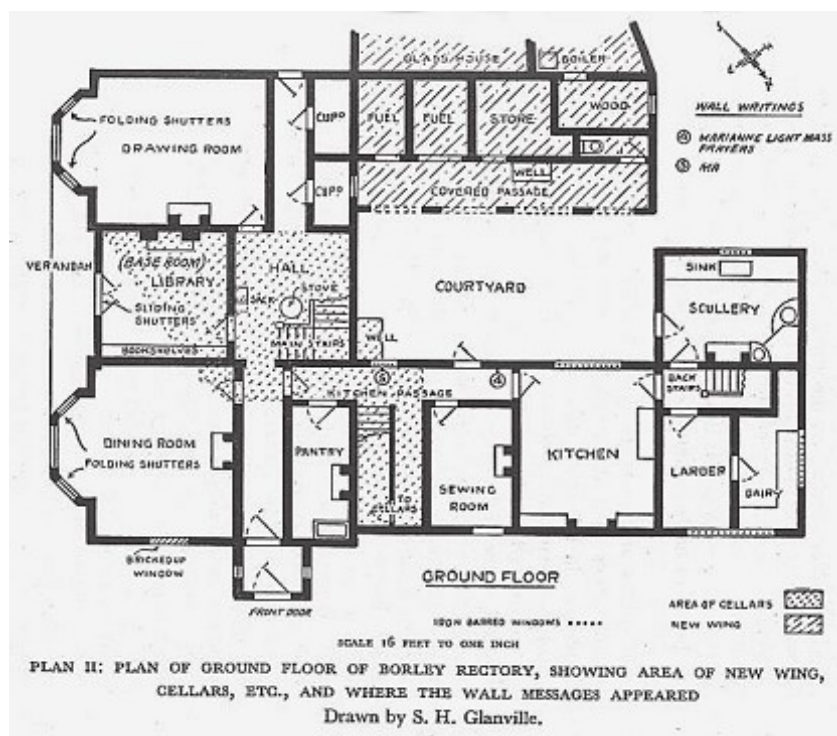
En septiembre se produjo lo que parecía ser un delito de allanamiento totalmente humano a través de la ventana del estudio. La verdad es que aquello no estaba resultando ser un entorno controlado. Aun así, Glanville y su hijo Roger iban y venían. Un día fueron por allí de visita dos amigos oficiales de la RAF²²⁰. Aquella tarde, Glanville cogió el coche para ir a una localidad cercana a comprar aceite para las lámparas.

A su regreso, los oficiales de la RAF, a los que habían dejado allí guardando la casa, les informaron de que, mientras estaban sentados en la habitación base con las puertas abiertas, habían oído con claridad meridiana unos pasos ligeros que bajaban por las escaleras y después se detenían. Muy poco antes habían escuchado el sonido de discos en un gramófono al tiempo que alguien cantaba. El último escalón se encontraba apenas a dos metros y medio de donde ellos estaban sentados, pero allí no había nadie, nadie en absoluto.

El 19 de septiembre, Glanville escribió a Price para decirle que «los fenómenos han decaído en los últimos tiempos de manera definitiva», y añadió que «tal vez esté causando un efecto negativo el hecho de que yo, personalmente, no tenga la más mínima capacidad de percepción psíquica».

Justamente por eso Price quería a Glanville en la rectoría de Borley, porque de médium no tenía un pelo. Lo cierto es que Price tenía la cabeza en otro sitio. Estaba terminando un libro y parece que se encontraba en la fase crítica de su intento por vender íntegro su Laboratorio Nacional de Investigación Psíquica a la Universidad de Bonn. Había ido montando aquel «laboratorio» con el paso de los años y contaba con una buena cantidad de equipamiento llamativo.

Aquella venta supondría una cantidad considerable en metálico y, además, la posibilidad de acceder de alguna manera a un puesto académico. Su vida estaba en esas fechas a punto de sufrir una transformación y él estaba a punto de lograr todo cuanto había deseado; una caza de fantasmas en una pequeña y destartalada rectoría de Essex, que él ya había decidido que era un fraude, no ocupaba un lugar muy alto en su lista de prioridades.



27. Plano de la planta baja de Borley dibujado por Sidney Glanville que muestra dónde aparecieron los mensajes de Marianne.

Sorprendentemente, dado su carácter metodológico y sus inclinaciones científicas, Glanville inauguró siete sesiones de espiritismo a base de golpes en la mesa y de *planchette*²²¹. Estas sesiones revelaron que había una monja enterrada bajo el edificio y que los espíritus de la casa estaban planeando quemar la rectoría.

Al final la rectoría no ardió, o al menos no lo hizo en la noche que había predicho la tablilla. El beneficio eclesial de Price (tal y como se denomina en la literatura sobre el tema, casi como si él

fuese un párroco más) se aproximaba a su fin. En abril de 1938 se movieron algunos de los objetos de control y se oyeron algunos golpeteos, pero se les acababa el tiempo. Tras una evaluación de la Comisión de la Iglesia, Borley fue declarada inapropiada para los fines del sacerdocio moderno y vendida al capitán William Hart Gregson en octubre de aquel mismo año. Price y Glanville sacaron de allí todo su equipamiento.

Llegado el mes de diciembre, Price se enteró de que su máspreciado sueño había fracasado. Había dejado de hacerles gracia a sus amigos nazis, y se hizo patente que su laboratorio no viajaría a Alemania; el equipo ya estaba desfasado, y el trabajo de J. B. Rhine en la Universidad de Duke estaba haciendo que todos los logros de Price pareciesen anticuados y poco profesionales. Desmontaron el laboratorio, lo empaquetaron en ochenta y siete cajas y las dejaron almacenadas. Vendieron la enorme máquina de rayos X al Guy's Hospital. Se cuenta que entre los tesoros de aquel laboratorio hay una botella de teleplasma tomado de los pseudópodos de la médium Helen Duncan y un equipo portátil para la caza de fantasmas; incluye unas cómodas zapatillas de andar por casa, píldoras para el dolor de cabeza y cigarrillos. Allí continúa el laboratorio británico paranormal de Hitler, a la espera de que alguien lo traslade.

El 27 de febrero de 1939 se incendió la rectoría de Borley. Parece que los espíritus, con su lamentable noción del tiempo, simplemente se habían equivocado de fecha.

En el solsticio de verano de 1939 se celebró una «feria benéfica paranormal» en los terrenos de la rectoría, junto a las ruinas, con el fin de recaudar dinero para el fondo de la iglesia de Borley.

Price puso al mal tiempo buena cara y allí se rodeó de sus admiradores; fue con el capitán Gregson, menuda pareja: Price, que había escrito personalmente a Hitler solicitándole una entrada para asistir a un mitin en Núremberg, y Gregson, que había sido organizador de zona de los Camisas Negras de Oswald Mosley y de la Unión Británica de Fascistas en la localidad de Maldon antes de mudarse a Borley.

Muchos años después, el hijo de Gregson afirmó que su padre había quemado la casa para timar al seguro. Está claro que la aseguradora tuvo sus fuertes sospechas ante las diez mil libras que reclamaba por una casa que le había costado quinientas. La historia a la que Gregson se aferró fue que había volcado una lámpara de

aceite mientras ordenaba unas pilas de libros que estaban distribuidas por el suelo para que se secaran. En Borley se vieron nuevos fantasmas: un hombre con un bombín ante las llamas de la casa incendiada y una mujer entre las ruinas del edificio en un lugar donde no había suelo, su silueta recortada contra la Habitación Azul, o al menos en el lugar donde antes se encontraba esta habitación encantada.

Borley era y es un torbellino de anomalías inquietantes. En los años noventa, el hijo de Marianne, Vincent, se ocupó de mantener el sitio web definitivo sobre los fenómenos de Borley, antes de apartarse de todo el asunto de la noche a la mañana y afirmar que no quería alentar a los turistas a ir a Borley, ya que estaban molestando a los vecinos de la localidad. Ahora se niega a hacer cualquier comentario público o a cruzar correspondencia al respecto del tema.

En el año 2002, un libro causó revuelo en el mundo editorial con su provocativo título: *We Faked the Ghosts of Borley* («Nosotros fingimos los fantasmas de Borley»); resultó ser él mismo una farsa, obra de otro narcisista más que se hacía llamar Louis Mayerling (cuyo nombre de nacimiento era George Carter, de Wood Green, Londres). Mayerling decía haber sido un niño prodigio violinista que conoció a Marilyn Monroe y a George Bernard Shaw, además de haberse encargado del mantenimiento de la motocicleta de T. E. Lawrence (más conocido como Lawrence de Arabia) y de haber trabajado como acompañante del chófer del príncipe de Gales y la señora Wallis Simpson. Sin embargo, parece que en realidad jamás estuvo en la localidad de Borley, y no digamos ya que se alojara en la rectoría con los Foyster, los Smith y los Bull.

El fantasma que ronda Borley es el engaño. Hasta Harry Price se inventó pruebas.

En abril de 1944, Price hizo su última visita a la rectoría, justo cuando estaban demoliéndola. Más adelante, recordaría aquel incidente en su libro *The End of Borley Rectory* («El final de la rectoría de Borley»).

Quando el señor Scherman pulsó el disparador que acciona el mecanismo de obturación de la cámara, un ladrillo, o un fragmento de ladrillo, se alzó del suelo de repente algo más de un metro, en el aire, en lo que quedaba del pasillo de la cocina [...], caminamos hacia el pasillo, donde había muchos ladrillos tirados [...]. No había cuerdas ni cables atados a ninguno de ellos, ni tampoco vimos a ninguno de los obreros en aquel lado de la

rectoría.

La ahora famosa fotografía del ladrillo en pleno vuelo se publicó con el siguiente pie de foto: «De ser esto un verdadero fenómeno paranormal, entonces tendríamos la primera fotografía jamás tomada de un proyectil de un poltergeist en pleno vuelo».

Se percibe el astuto, casi legalista, equilibrio de la frase. Más adelante se pondría en tela de juicio aquella fotografía, y Price, en un característico ataque airado y sin duda bramando de irritación, escribió en respuesta:

Entregaré mil libras a cualquier entidad benéfica que tenga usted a bien indicar si es capaz de demostrar que es un fraude [...]; la única explicación posible es que el ladrillo se arrojase desde una gran distancia [...] o que la señorita Ledsham [que estaba escribiendo un artículo sobre Borley para la revista *Life*], Dave Scherman y yo mismo actuásemos en connivencia. Aún se puede contactar con ellos, y jurarán ante cualquier tribunal de justicia que no hubo truco de ninguna de clase.

De nuevo Price escogía sus palabras con el mayor de los cuidados, y en su mención de los tribunales había una amenaza implícita. Tras su muerte en 1947, los enemigos de Price tardaron menos de diez años en acabar con él, y su prueba más convincente fue el ladrillo de Borley. En 1956 publicaron un informe titulado «The Haunting of Borley Rectory» («El encantamiento de la rectoría de Borley»). Recogiendo el guante que les había arrojado Price, se habían puesto en contacto con la señorita Ledsham para hablar sobre lo que recordaba de aquel día de abril. La mujer seguía enfadada por aquello.



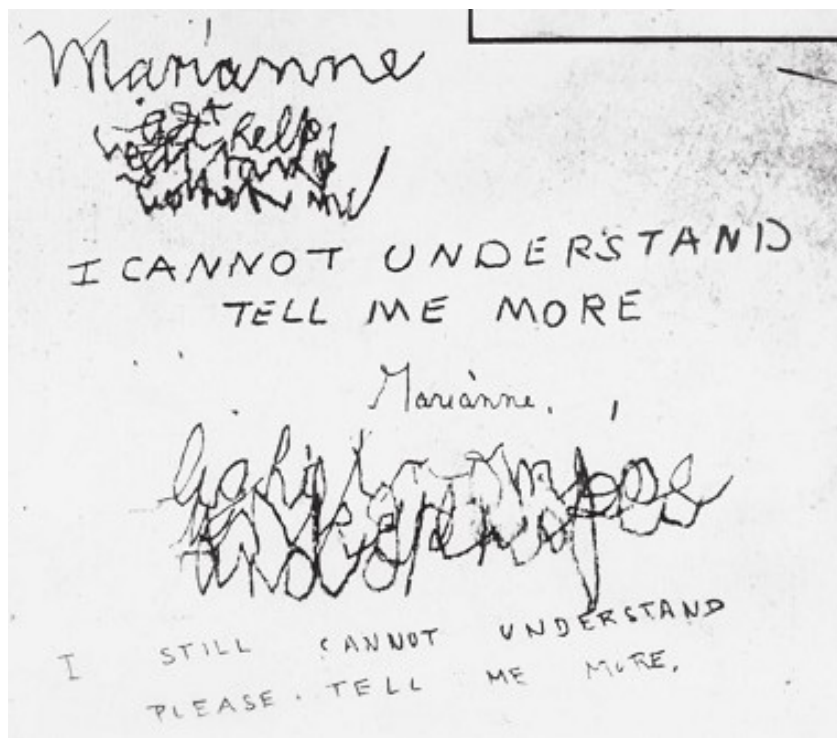
28. Versión sin recortar de la famosa imagen del ladrillo volante (en el círculo) del 5 de abril de 1944. Price insinuó con insistencia que se trataba de «un proyectil de un poltergeist en pleno vuelo». Vemos, sin embargo, la presencia del obrero (también en un círculo) que estaba lanzando los ladrillos y que fue recortado en la versión que Price publicó.

Viví en directo la trampa más descarada por parte del difunto Harry Price [...] en referencia a un misterioso ladrillo volante fotografiado por el señor Scherman. Tal y como señala el señor Price, no había hilos ni cables atados, pero lo que se le olvidó mencionar fue que aún quedaba un obrero musculoso trabajando al otro lado de la pared. Lo vimos los tres al pasar por delante de la casa hacia el lugar donde se sacó la fotografía. No cabe la menor duda, en absoluto, de que era este obrero quien arrojaba los ladrillos volantes, varios de los cuales aparecieron en intervalos regulares, como parte de sus trabajos de demolición.

El fotógrafo confirmó la historia: se suponía que todo aquel episodio era una frivolidad para el artículo de la revista. En las palabras de Scherman había más diversión que irritación: «Más adelante descubriríamos que el señor Price, que formaba parte de la broma, tuvo el descaro de hacer pasar el incidente como una auténtica prueba de los poltergeists».

En los últimos veinte años se han publicado otras pruebas condenatorias: la versión sin recortar de la fotografía del ladrillo de Borley que se observa sobre estas líneas muestra al obrero en la esquina de la zona de la demolición mientras se tomaba la imagen del «ladrillo volante»²²². Las muestras de la letra de Marianne en los documentos norteamericanos oficiales revelan que su firma se asemeja casi con exactitud a los ruegos que aparecieron en las paredes de Borley diciendo «Marianne, por favor, busca ayuda», que, al igual que el ladrillo, se reprodujeron una y otra vez en libros de temática sobrenatural en los años sesenta y setenta. Ahora se acepta de forma generalizada que aquellas pintadas fueron hechas, consciente o inconscientemente, por Marianne.

Aunque fuera ella la autora de los mensajes en la pared, al parecer continuaban surgiendo aunque no estuviese allí. Sin embargo, no hay duda de que los lugareños se metían en la casa. Ni Price ni Glanville repararon casi hasta el final en la presencia de la trampilla que conducía al sótano. La casa permaneció vacía durante largos periodos de su existencia, y la utilizaban parejas de novios, niños que se retaban e indigentes que se colaban desde los caminos.



29. La pintada «Marianne» de la rectoría de Borley: tiempo después se descubrió que la letra de la mujer era casi exactamente igual.

Había un total de cuatro puertas exteriores además de la trampilla de entrada al sótano. Marianne afirmaría más adelante que muchos de los fuegos espontáneos en realidad los provocaban los vagabundos que los encendían en los dormitorios, pero resulta curioso que nunca pillasen a nadie, dada la cantidad de gente que estuvo observando la casa durante un lapso relativamente largo, escuchando, vigilando y corriendo hacia el lugar de donde provenían los pasos.

Los fenómenos no cesaron con la destrucción de la casa: Gregson ganaría aún más dinero al cobrar por acampar en los terrenos de la rectoría. El 27 de junio de 1947, la BBC retransmitió un programa sobre los fenómenos de Borley que incluía el sonido de un golpeteo que los productores Peter Eton y Alan Burgess habían grabado procedente de los sótanos de la rectoría. Muchos comenzaron a pensar que los fantasmas se habían trasladado a la iglesia, donde se oían golpes y traqueteos, había cosas que se movían, y se escuchó

sonar el órgano cuando no había nadie dentro de la iglesia. Y la gente seguía viendo a la monja al pasar en coche por delante de la rectoría —en 1965, por ejemplo, el canónigo Leslie Pennal—, y su avistamiento solía ir acompañado de algún tipo de problema mecánico en el vehículo.

Tras apuntar que en el periodo de 1885 a 1943 un total de diecisiete personas habían visto la aparición, Harry Price también alteró algunas de las historias sobre el fantasma para hacerlas más atractivas. El famoso relato de Ethel Bull —el que afirmaba que aquel verano ella y sus hermanas habían visto a la monja en el césped— pasó del escenario de un anochecer a una luminosa tarde, y Price también retocó la descripción de la religiosa para darle un semblante triste. No le habían visto la cara, ni tampoco las cuentas del rosario que se suponía que estaba contando.

Borley destaca por la falta de fiabilidad de sus testigos. Muchos de los más importantes —incluidas Ethel Bull, Marianne Foyster, Mabel Smith y la doncella Mary Pearson— o bien se desdijeron de sus primeras declaraciones o bien dieron a entender que no habían dicho toda la verdad. Harry Price enumeró más de dos mil sucesos en Borley que él consideró paranormales solo durante el periodo de los Foyster, y en *The Most Haunted House of England* detalló una lista enorme de visiones y fenómenos que incluyen las apariciones de la monja, la de Harry Bull, un hombre alto y oscuro, una niña de blanco o de azul, una mano negra, un hombre sin cabeza, un anciano, una silueta con un bombín, un coche de caballos y una columna de humo en el jardín. Los fenómenos auditivos eran todavía más numerosos: pasos, campanillas, golpeteos y portazos. Pero el perímetro de la casa nunca estuvo asegurado. Resultaba imposible hacerlo.

De los más o menos cincuenta parapsicólogos profesionales que hay en la actualidad, solo un par de ellos salen del laboratorio y se implican con regularidad en el aislamiento de casas encantadas. Borley demostró que no era posible asegurar un entorno común, y que tampoco era posible confiar en que nadie llevase a cabo observaciones precisas.

Podríamos decir que Borley fue un fenómeno de encantamiento viral. La gente «se contagió». Uno de los datos utilizados para desacreditar el relato de los fenómenos que hizo el reverendo Foyster, tal y como descubrió por vez primera la SPR, se encontraba en su manuscrito *Fifteen Months in a Haunted House*, del que Price

se valió para escribir varios de sus libros y que, según Marianne Foyster, Price les robó y dijo haberlo «perdido» cuando le pidieron que lo devolviese. En el manuscrito, Foyster novela la visita de un grupo espiritista a Borley, y da a uno de sus miembros el inusual apellido de Teed. Da la casualidad de que este es el apellido del cuñado y la hermana de Esther Cox, la mujer que estuvo en el epicentro del Gran Misterio de Amherst de 1878²²³. Los Foyster vivían cerca de Amherst cuando residían en Canadá, y parece probable que conociesen la historia. Esta sola palabra, «Teed», se esgrime como prueba de que Foyster estaba tratando de vender una historia de ficción.

También el reverendo Henning escribió un libro sobre los fantasmas de Borley, con una introducción de Elizabeth Goudge. Él mismo se encargó de publicarlo y resulta que es uno de los mejores y más evocadores de todo el lote.

El investigador de la SPR Eric Dingwall²²⁴ compró un ejemplar de la obra de Henning, *Haunted Borley* («La embrujada Borley»)²²⁵, en el puesto que había enfrente del estanque, en una excursión que hizo un día hasta allí. Una de las anotaciones menos punzantes que escribió en sus márgenes la encontramos en el capítulo diez, donde el autor profundiza en su creencia de que «los fenómenos de Borley se deben o bien a la celebración de una misa negra o bien a la brujería, o tal vez a ambas [...]; una anciana de la parroquia me contó que, al llegar a Borley cuarenta años atrás, se decía que allí había un brujo: un hombre, no una mujer». De forma críptica, en tinta azul y con su letra densa y fluida, Dingwall anota algo que, hasta donde yo sé, no recoge la literatura existente sobre Borley: «De celebrarse una misa negra, lo hizo Harry Bull».

Como parte de su investigación, Price se había dedicado a buscar un panteón oculto en la iglesia. El 17 de agosto de 1943, antes de que excavasen los sótanos de la casa, Price se dirigió a la iglesia para echar un breve vistazo al panteón Waldegrave.

La tumba Waldegrave, del siglo xvii, tiene una notable presencia en la iglesia y, supuestamente, continúa siendo un foco de actividad paranormal. Además, no es muy distinta de la tumba que M. R. James imaginó en su relato *El conde Magnus*, cuyo clímax tiene lugar apenas a cinco kilómetros de Borley, en Belchamp St. Paul²²⁶.

Levantaron una losa grande bajo el escalón del presbiterio, pero no hallaron nada debajo, salvo arena. No obstante, el albañil que lo

hizo sugirió que la losa podría haber sido el altar original de la iglesia, oculto durante la época de la Reforma.

Una vez finalizada la guerra, en 1947, Henning puso en marcha un proyecto de restauración del altar. Era lo menos que podía hacer, y Price se ofreció voluntario para dar una charla y recaudar fondos. Según recordaba Henning más tarde, el día de la conferencia hacía un calor sofocante. Price quería ver el altar restaurado, así que Henning lo acompañó a la iglesia a las cinco y media de aquella tarde. No había nadie por allí y, al entrar ambos en la iglesia, dejaron abierta la puerta de la fachada oeste.

Estábamos allí de pie, charlando sobre el altar, cuando nos interrumpió el escándalo insistente y prolongado de pájaros en la fachada oeste. Casi podría describirlo como si los grajos que anidan en los olmos que cuelgan sobre la torre chillasen de pánico. He oído con mucha frecuencia el sonido habitual de esos pájaros al ir y venir de sus nidos, pero nada semejante a aquel estruendo que se escuchaba a nuestra espalda.

Price me preguntó: «¿Siempre se ponen así?», y yo tuve que decirle que, hasta donde yo sabía, aquel ruido era inusual. Lo que yo quería decir con aquello, supongo, es que me había acostumbrado tanto al sonido de aquellos pájaros que ni siquiera reparaba en ellos, y que el simple hecho de que ahora sí me llamasen la atención resultaba indicativo de que el escándalo era fuera de lo común.

El sonido acabó desvaneciéndose y, en la quietud después de que los pájaros se volviesen a calmar, se oyeron unos pasos en el porche. Pensé para mis adentros: «Qué lástima. Viene alguien de visita justo cuando queríamos estar tranquilos para charlar». Aguardamos a que apareciese, pero no entró nadie. Me apresuré por la iglesia pensando que alguien nos había oído hablar y no quería entrar. Me quedé sorprendido al no hallar a nadie en el porche y, tras atravesar a la carrera el camposanto, miré camino arriba y abajo. Allí no había un alma.

Verdaderamente, parece una escena extraída de M. R. James. Se había perturbado un elemento de la iglesia. Los Waldegrave se removían en su tumba. Harry Price entraba entonces en los últimos días previos a su muerte, y puede que aquellos pasos que tanto alarmaron a los grajos lo siguieran de regreso a Pulborough, donde lo hallaron muerto, sentado muy erguido, tan solo seis meses después, el 19 de marzo de 1948.

Una de las cosas que se puede decir de Borley con toda certeza es que pudo atraer o no a los fantasmas, pero sin duda atrajo a toda una serie de autores en busca de un buen tema. Cuando se vendió la biblioteca de Dennis Wheatley a comienzos de los ochenta, su ejemplar de *Harry Price. The Biography of a Ghost Hunter* («Harry

Price. Biografía de un cazador de fantasmas») apareció anotado con la siguiente observación: «Lo utilicé al escribir mis relatos de trasfondo ocultista». Upton Sinclair escribió un guión sobre Borley después de firmar un acuerdo con Price por diez libras en 1947²²⁷.

Todos los actores que se subieron al escenario de Borley mostraban una cierta tendencia a la mitomanía, así que tampoco resulta sorprendente que también ellos quisieran escribir la historia de la rectoría.

La secretaria de Price, Lucy Kay —con la que Price tenía una aventura— escribió una obra inédita sobre Borley²²⁸. Mabel Smith discutió más tarde con Price cuando este no la ayudó a vender su novela a una editorial: el manuscrito se titulaba *Murder at the Parsonage* («Asesinato en la casa del párroco») y estaba basado en las insidias que le habían contado las hermanas Bull. Marianne Foyster, que parecía sentir debilidad por la literatura y también por escribir, siempre tuvo en mente su autobiografía, además de querer escribir la «gran novela norteamericana».

Trevor Hall, némesis de Price y Marianne Foyster, publicó una novela detestable titulada *The Last Case of Sherlock Holmes* («El último caso de Sherlock Holmes») en la que el detective se implica en el caso de Borley, investiga la muerte del reverendo Harry Bull y señala a su esposa, Ivy, por haberlo envenenado. Es un montón de material en bruto, producto de diversas investigaciones que el autor dejó sin analizar y que disfrazó de novela. Más adelante, Hall sería decisivo a la hora de localizar a Marianne Foyster, aunque sería ella quien riesa la última. Básicamente, Hall estaba esperando a que ella falleciese para publicar su obra, un libelo; sin embargo, Marianne consiguió vivir más que él y murió a los noventa y tres años, en 1992, cuatro décadas después de salir de entre las sombras en aquel anochecer nevado de febrero en un hotel de Dakota del Norte.

El Rey de los Terrores y otros relatos tecnológicos

«Estos fenómenos tan perturbadores parecen contradecir todas nuestras ideas científicas habituales. ¡Cuánto desearíamos desacreditarlos! Por desgracia, las pruebas estadísticas, al menos al respecto de la telepatía, son abrumadoras».

Alan Turing

El hecho de ver fantasmas siempre ha estado tan envuelto en emotividad e histeria que la mejor manera de demostrar su existencia es por medio de la ciencia y la tecnología y, efectivamente, durante muchos años se ha dedicado a esta tarea toda una serie de prácticas basadas en el trabajo de laboratorio. Aun así, la tecnología no siempre ha estado al servicio de la verdad en tales cuestiones: más bien ha sido al revés.

El optimismo al respecto de la posibilidad de que la ciencia fuese capaz de descubrir la verdad sobre lo paranormal fue amplio durante tres décadas en particular: la de 1890 en Inglaterra y Francia, y las de 1930 y 1960 en Estados Unidos y la Unión Soviética. Empecemos por la de 1890. En los primeros meses de 1896, con un intervalo de pocas semanas, llegaron a Londres dos nuevas formas de tecnología que ponían los pelos de punta. Ambas parecían abrir una ventana a otro mundo, un mundo de espíritus, justamente en el momento en que las sesiones de espiritismo comenzaban a decaer.

La primera de estas tecnologías era la llamada «fotografía invisible», cuyo pionero fue Wilhelm Röntgen. En aquella etapa primitiva de los rayos X, el uso médico no se encontraba entre los prioritarios, y su aparición inicial no se produjo en hospitales, sino en ferias, espectáculos y eventos comerciales ambulantes. La gente pagaba y se colocaba frente a aquella máquina. Se movían y se reían de sus propios huesos y de los de los demás. Era divertido y, por supuesto, extraordinariamente tóxico²²⁹. Por primera vez en la historia, la gente podía ver esqueletos danzando a plena luz del día.

Treinta años antes, en 1866, Lionel Beale había ideado un juguete óptico en el cual una simple manivela generaba un esqueleto danzarín²³⁰, y el hecho es que la idea de aquella criatura —que se

quita y se pone la cabeza como si fuese una boina— tiene detrás una larga historia folclórica. No había ambigüedad de ninguna clase en aquellos encuentros espectrales en los que un sujeto decapitado estaba muerto de manera evidente y gratuita.

De modo que los rayos X resultaron ser un atractivo para las masas en las semanas más lóbregas y deprimentes del año nuevo. Incluso el primer ministro, lord Salisbury, acudió a que le mostraran el esqueleto de su propia mano por medio de lo que entonces se denominaba esquiagrafía o imagen de las sombras. Enseguida le surgió un rival. El 21 de febrero de 1896, la Royal Polytechnic Institution de Regent Street presentó la primera proyección pública de una película en el Reino Unido, de la mano de los hermanos Lumière²³¹, y el público no tardó en acudir en masa a ver esta segunda novedad.

Durante una temporada, se consideraron la esquiagrafía y las películas como formas rivales de entretenimiento; durante unos pocos meses ambas tecnologías coexistieron en algunos de los mejores espectáculos ambulantes para las clases populares británicas.

Maxim Gorki fue uno de los primeros que escribieron sobre la inherente condición fantasmagórica del cinematógrafo cuando reseñó aquel mismo programa de los hermanos Lumière proyectado en la feria de Nizhni-Novgorod en julio de 1896. «Verlo resulta aterrador, y no es más que el movimiento de unas sombras, tan solo sombras. Fantasmas y maldiciones, espíritus malignos que han adormecido a ciudades enteras», observaba Gorki estremecido. Al respecto del corte que mostraba a unos hombres jugando una mano a las cartas, dice: «Es como si esa gente hubiera muerto y sus sombras hubieran sido condenadas a jugar a las cartas en silencio por toda la eternidad». Se refería al cine como «el reino de las sombras», algo que en cierto modo evoca algunas primitivas descripciones babilónicas del más allá, donde unas formas oscuras se arrastran por el polvo²³².

Durante un año los rayos X fueron la principal amenaza del cinematógrafo como forma de entretenimiento. Esa es la razón de que en 1897 Georges Méliès rodase una película titulada *Desaparición de una dama en el teatro Robert Houdin*²³³, en la que una mujer se convierte en un esqueleto, y de que hacia 1900 Thomas Edison lanzase películas como *Uncle Josh in a Spooky Hotel* («El tío Josh en un hotel espeluznante»)²³⁴ con un actor de funestas

connotaciones, Charles Manley²³⁵, que se veía asediado por un alborotador de rostro cadavérico. Muchos de los primeros metrajes rodados por Edison y Méliès giran en torno a bromas sobre esqueletos y decapitaciones, y así, el primero de los efectos especiales en una película fue la decapitación de María Estuardo, reina de los escoceses, en un film de Alfred Clark en 1895.

La convergencia de la tecnología y la creencia en los fantasmas se ha venido produciendo desde hace siglos. Allá por la década de 1530, el ocultista Enrique Cornelio Agripa escribía a propósito de la manera de utilizar espejos para crear ilusiones ópticas sobre el escenario y expresaba su regocijo, además, al dominar aquel procedimiento cuando la mente del hombre era tan proclive al engaño. Cuando «el hombre ignorante» ve aquello que cree que son «las apariciones de espíritus y almas», no tiene la menor idea de que tales imágenes «carecen de vida».

En el Renacimiento, para observar el sol y sus eclipses se utilizaba la cámara oscura: una caja con una lente convexa proyectada sobre una superficie blanca en una sala a oscuras. No obstante, tendría que llegar el noble y erudito napolitano Giambattista della Porta (1540-1615) para retocar aquella técnica de manera que la imagen no se viese bocabajo y para aportar un sustituto del sol en forma de actores y decorados²³⁶.

Un sólido competidor en calidad de inventor de la linterna mágica es el matemático y erudito Christiaan Huygens, que descubrió los anillos de Saturno. Aun así, fue el sacerdote jesuita e inventor Atanasio Kircher (1602-1680) quien popularizó la linterna mágica.

El teólogo Johann Grienel, monje capuchino convertido en luterano, también era célebre en Núremberg por su espectáculo de linterna mágica. La primera constancia de su proyección en Inglaterra data del 19 de agosto de 1666, en la casa de Samuel Pepys en Seething Lane, dos semanas antes del gran incendio de Londres. El fabricante londinense de material óptico Richard Reeves fue el hombre que encendió aquella «linterna». Parece probable que algunas de las imágenes fuesen de fantasmas, ya que Huygens preparó un pase para la proyección: esqueletos danzarines²³⁷.

En Leipzig, Johann Schröpfer, propietario de un café, solía proyectar sus imágenes sobre una cortina de humo, una técnica que tal vez derivase en la expresión inglesa «smoke and mirrors» para referirnos al humo y artificio. El pionero de esta técnica en el siglo

xviii fue el francés Edme-Gilles Guyot, y sus espectáculos solían recibir el apelativo de «fantasmagoría».

El *Gespenstermacher* de Schröpfer, o «creador de fantasmas», parece haber surgido en parte de su interés por los aspectos más teatrales de la masonería²³⁸, y fue la primera persona de la que sabemos que gustaba de utilizar aquella nueva tecnología para el engaño: pretendía que el público creyese que él tenía los poderes de un hechicero para resucitar a los muertos. Vestido con el atuendo de un mago, celebraba sesiones de necromancia, con su esposa y un equipo de ayudantes generando siniestros ruidos ambientales fuera de escena. Parece que también dominaba el arte de hablar como un ventrílocuo, ya un siglo antes de que los médiums victorianos hicieran lo mismo. Y también parece que había opiáceos junto al incienso que echaban sobre el carbón para producir el humo, de manera que conseguía un público altamente sugestionable, al borde de la alucinación.

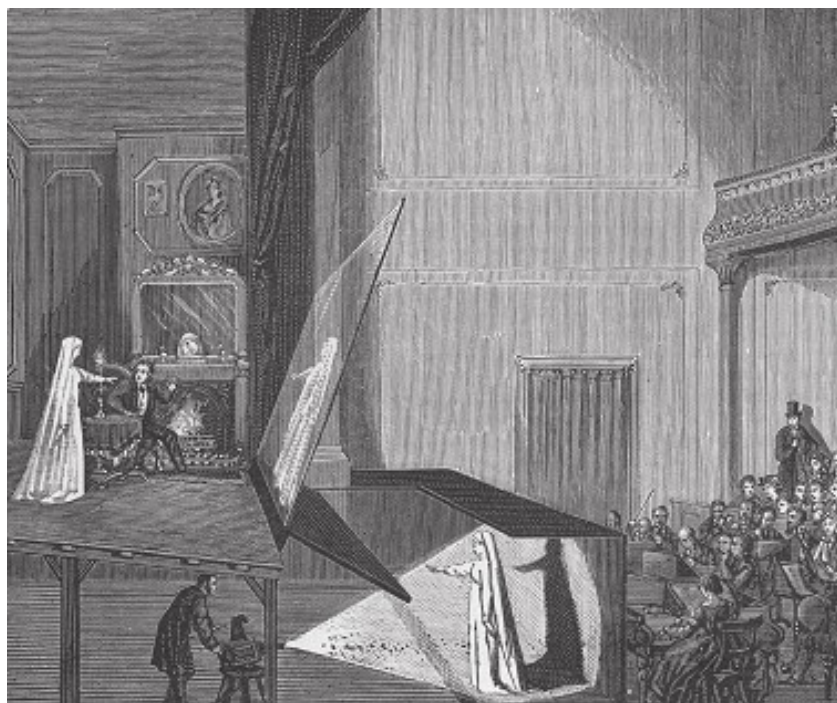
Estos espectáculos por lo general privados no tardaron en convertirse en lucrativos negocios de cara al público. Étienne-Gaspard Robertson (1763-1837), de formación religiosa en un principio, montó un espectáculo en la cripta de un convento capuchino abandonado cerca de la Place Vendôme de París en 1797. Con el objeto de que diese la impresión de que los esqueletos se acercaban para luego retirarse, montaba su cámara sobre cuatro ruedas tras una pantalla suspendida, manteniendo el enfoque, tal y como hoy en día lo hace un experto ayudante de cámara en un plano de cine. A Robertson le vino de maravilla la inquietud social generalizada tras la Revolución francesa; parece que se cree más en los fantasmas en tiempos de tensión social. Le cerraron el negocio por la supuesta naturaleza antirrevolucionaria de algunos de sus espectáculos, y se marchó de Francia a Inglaterra.

En 1801, una producción de fantasmagoría del innovador germano Paul Philidor (conocido asimismo como Paul de Philipsthal) se presentó en el Teatro del Liceo de Londres. Philidor también había prosperado en París, aunque la percepción de un mensaje antirrevolucionario en su trabajo había hecho que las autoridades arremetiesen contra él tras sus espectáculos de 1793. Fue Philidor quien inventó la retroproyección móvil, una técnica que aún se utiliza de tanto en tanto en el cine. Tal y como apuntó la revista *Britannic*: «Con la ayuda de su inglés rudimentario y un intérprete de lo más sublime, no cabe duda de que convierte con

rapidez sus sombras en una sustancial cantidad de guineas inglesas».

El mejor ejemplo de este efecto es el llamado «fantasma de Pepper», la primera ilusión creada en tres dimensiones. Lo inventó un ingeniero jubilado de Liverpool²³⁹, y consistía en un actor metido en un foso oculto delante del escenario. Su imagen se proyectaba en directo sobre una lámina de vidrio situada con el mismo ángulo. Esta técnica aún se utiliza en ciertos lugares, por ejemplo en la atracción de la casa encantada de los parques temáticos de Disney.

Mostrado al público por vez primera en 1863²⁴⁰, se convirtió en un éxito de taquilla que llegó a atraer a la familia real en su primera asistencia al teatro Windsor desde el ascenso al trono de Jorge III. Al otro lado del charco, esta técnica se utilizaba en el melodrama *True to the Last* («Verídico hasta el final») en el Wallack's Theater de Nueva York, donde el empresario que lo producía trató de salvaguardar su secreto pegando papel de estraza «en todos los ojos de las cerraduras del teatro»²⁴¹.



30. Un grabado (hacia 1865) del fantasma de Pepper, la primera ilusión óptica

tridimensional utilizada en teatros.

Este efecto óptico por medio de espejos lo inventó Henry Dircks y, más adelante y con mayor fama, fue perfeccionado por John Henry Pepper.

Un fantasma, un esqueleto denominado el Rey de los Terrores, era en un saco de huesos con un horrible propósito; fue el primer fantasma mecánico que rondó los escenarios neoyorquinos. Se consideró lamentable dada la circunstancia de que, más allá de las tablas, muchos de los caídos en la guerra civil seguían tirados en los campos de batalla sin recibir sepultura²⁴². Cuando aparecía el fantasma, se reducía la intensidad de la iluminación, la orquesta tocaba una música para crear expectación y el tramoyista le daba ligeramente a la manivela de la máquina que simulaba el grave sonido del viento. En 1876 se procesó a un artista ambulante por emplear aquella técnica patentada en un espectáculo en Old Street, en Shoreditch, no muy lejos del viejo teatro shakesperiano de Curtain Road, donde se estrenó *Romeo y Julieta*. Su espectáculo de veinte minutos al aire libre —que incluía un hombre decapitado que se volvía a poner la cabeza— iba acompañado de un órgano y del ocasional tintineo de un triángulo.

El fantasma de Pepper se convirtió en un elemento cultural, una música que anuncia cierto tipo de desapariciones. En 1864 corrió en Ascot un caballo con ese nombre, *Pepper's Ghost*, y en Londres los taxistas incluyeron el término en su argot para referirse a los que se largaban sin pagarles la carrera.

Resulta complicado imaginarse ahora cuán perturbadora debió de ser la radio para los primeros que se toparon con ella, pero lo fue, y mucho. Parecía un misterio, más allá de la razón, que una máquina fuese capaz de canalizar una voz humana del éter, un tono en el silencio. En 1894, el espiritista sir Oliver Lodge inventó el cohesor de ondas de radio, que se convirtió en un componente esencial de los primeros aparatos de radio de Marconi. La idea de que las propias personas fueran similares a los aparatos de radio, capaces de sintonizar unas voces etéreas, dejó de repente de ser descabellada: los médiums que afirmaban hacerlo como una especie de «radios mentales» de pronto ya no parecían tan ridículos como una década antes.

Gran parte de la tecnología primitiva que desembocó en el tubo de rayos catódicos y en el uso de cables y ondas de radio para retransmitir voces disociadas echó a andar en la mente de hombres

como Lodge y William Crookes²⁴³, hombres convencidos de que la ciencia podría utilizarse para ponerse en contacto con los muertos o, como mínimo, para aclarar de una vez por todas la cuestión de si podía hacerse o no. Así, no resulta extraño que un fantasma salga de la televisión en la película de terror *The Ring: el círculo* si se piensa en los devaneos de Crookes con jovencitas fallecidas²⁴⁴ en apariciones de cuerpo entero. Tampoco es de extrañar que en el ruido blanco del televisor en la película *Poltergeist* sea donde el ente se encuentra más cómodo.

En la década de los años treinta, la investigación se centró en los que estaban vivos y respiraban, no en los muertos. Lo sobrenatural se convirtió oficialmente en lo paranormal²⁴⁵. En 1930, un joven académico montó el primer laboratorio de parapsicología en la Universidad de Duke; era el mismo joven que a los veintitrés años y como sargento del cuerpo de Marines había ganado el President's Match, un concurso de francotiradores en el que compiten todos los cuerpos del Ejército estadounidense²⁴⁶. ¿Cómo llegó el mejor tirador de Estados Unidos a convertirse en el investigador paranormal más respetado de la historia?

J. B. Rhine era un heterodoxo en la tradición del más conocido Alfred Kinsey, el sexólogo que también se inició como botánico, una de las mejores bases que uno podía tener en el campo de la taxonomía.

Aunque Rhine se había interesado en la prédica de Conan Doyle, adoptó lo que constituía fundamentalmente la línea de la SPR y la ASPR (American Society for Psychical Research): los fantasmas eran producto del tejido cerebral vivo que, por medio de procesos aún desconocidos, recopilaba y transmitía información. En 1934 publicó una monografía en la que detallaba noventa mil ensayos que había realizado sobre el tema de la percepción extrasensorial con el empleo por vez primera de las cartas Zener, fabricadas *ex profeso*: se trata de un conjunto de símbolos muy familiar en la actualidad que incluye círculos, rectángulos, unas líneas onduladas y el signo más. Algunos experimentos implicaban la administración de una inyección de pentotal sódico al sujeto de ensayo.

En 1943, Rhine publicó un ensayo sobre los denominados efectos psicoquinéticos. Con el tiempo, estos experimentos y su metodología se fueron automatizando cada vez más, pero su importancia reside en la recopilación eficiente de ingentes

cantidades de datos, algo que jamás se había hecho en el campo de lo paranormal.

Al final, sin embargo, Rhine se convertiría en un esclavo de su laboratorio, condenado a repetir una y mil veces lo que, en esencia, eran los mismos experimentos por mucho que se sofisticaran y se automatizasen. Y en algunos aspectos, Rhine también tenía cierta tendencia al espectáculo. Envío su libro de 1934 sobre la percepción extrasensorial a cuatrocientos individuos que había escogido del *Who's Who*²⁴⁷. A pesar de haber recibido la invitación del pastor luterano que se encontraba en el epicentro de un caso de posesión en 1949 —que se convertiría en la base de la película *El exorcista* de 1973, aunque el caso real era de un niño, no de una niña—, Rhine no sacó su tecnología a realizar trabajos de campo. Esta es por fuerza una de las grandes preguntas de esta área, «¿Qué hubiera pasado si...?»²⁴⁸. El trabajo de campo quedaría para que fuese el público norteamericano quien lo llevase a cabo muchas décadas después.

Si la década de 1890 fue la de la tecnología espeluznante y los años treinta del siglo xx fueron los del laboratorio, la década de los años sesenta sería la del teorema de Bell. ¿Son los fantasmas sucesos cuánticos? En 1964, John Stewart Bell publicó su trabajo sobre el teorema del entrelazamiento, que trataba de dar respuesta a algo que el mismísimo Einstein había denominado «acción fantasmal a distancia» (*spukhafte Fernwirkung*). La esencia de la teoría de Bell es que dos partículas que se han «entrelazado» continúan actuando incluso a una gran distancia como si estuviesen vinculadas. A ojos del lego, esta teoría, denominada de «no localidad», parece darles la vuelta a todas las leyes de la física conocidas, por mucho que los físicos nos digan que no es el caso. Había otro aspecto añadido: las partículas observadas se comportaban de manera diferente a las no observadas, lo cual indicaba que el hecho de observarlas, de que la consciencia se centrara en un objeto más allá del cuerpo, parecía alterar el modo en que se comportaba dicho objeto²⁴⁹.

En 1994, el anestesiólogo Stuart Hameroff, de la Universidad de Arizona, propuso que los túbulos citoesqueléticos, unas partículas nanométricas que se encuentran dentro de las neuronas, podrían ser el lugar donde se registraran los efectos cuánticos en el cerebro. Tal vez los espectros que parecen saltos en el tiempo, los fantasmas que parecen atrapados en un bucle repetitivo, sean por tanto sombras

citoesqueléticas. Puede que sea este el motivo de que tengamos más probabilidades de ver el fantasma de personas que conocemos, porque estamos entrelazados con ellas (en Inglaterra, hasta el siglo xviii la gente solo veía fantasmas de personas a las que conocía).

Quizá sea esta la razón de que, según señala un informe, el fantasma viaje entrelazado con las fibras de la madera cuando se venden los paneles que revisten los vestíbulos isabelinos. Unos experimentos recientes han demostrado que los diamantes se entrelazan cuánticamente²⁵⁰, lo cual indica que objetos más grandes también pueden ser presa de estas fuerzas. En la Universidad de Óxford, Ian Walmsley ha conseguido que una estructura de fonones vibre en simpatía después de separar dos diamantes entrelazados, y todos los objetos de mayor tamaño pueden tener estas estructuras de fonones, aunque los efectos tan solo puedan medirse en picosegundos. No es de extrañar que sean tantas las joyas malditas: sus cualidades fonónicas han recibido un baño de sangre humana.

También en esa década, la posibilidad de que Rusia hubiera desarrollado aplicaciones para la percepción extrasensorial cobró muchos enteros cuando en 1961 surgió la noticia de la existencia de un laboratorio de parapsicología en la Universidad de Leningrado. Los rusos llevaban desde 1916 llamando radio biológica a la percepción extrasensorial. La CIA y el Ejército estadounidense emplearían recursos económicos en proyectos similares durante los años sesenta e incluso los setenta, aunque nunca llegó a materializarse el esperado proyecto paranormal bautizado como Manhattan, una enorme inversión de fondos gubernamentales norteamericanos propuesta por J. B. Rhine²⁵¹.

También se experimentó en los años sesenta con los estados de sueño y telepáticos, y de nuevo pareció quedar claro que la esencia del fantasma se encontraba en el cerebro vivo de la persona que lo veía²⁵². En 1965, el mismo año en que J. B. Rhine se jubiló de la Universidad de Duke, se postuló que las ondas cerebrales de unos gemelos separados se encontraban entrelazadas. Sin embargo, el que quizá sea el golpe maestro de la década de los sesenta se produjo bajo los auspicios de la famosa antropóloga Margaret Mead: la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AAAS) reconoció formalmente la parapsicología como una ciencia, y la Sociedad de Parapsicología fue aceptada en su seno. Fue el 30 de diciembre de 1969 y, de repente, todas las historias de fantasmas del mundo se hicieron realidad a falta de unas pocas horas para que

concluyese la década.

Aún quedan laboratorios de parapsicología activos (dos principales en el Reino Unido, uno en Liverpool y el otro en Edimburgo, además de otros centros de parapsicología entre los que se incluye uno en Northampton y una «unidad de psicología anómala» en el londinense Goldsmiths). Pese a una serie de libros escritos con elegancia por Dean Radin sobre esta disciplina en 2012, es difícil no tener la sensación de que el proyecto de J. B. Rhine ha fracasado. Tenemos ahora ochenta años de datos acumulados y, a pesar de la cauta aceptación de algunos de sus aspectos por parte de científicos como Carl Sagan y el escéptico Richard Wiseman, la parapsicología nunca se ha convertido en interdisciplinar y no ha logrado reclutar a las figuras consagradas de la ciencia²⁵³.

El individuo con poca imaginación tiende a descartar de plano la totalidad de una fuente si se detecta un solo ejemplo de fraude y, así, cuando salió a la luz la condición fraudulenta del sucesor de Rhine en la Parapsychological Association, tan solo cuatro años después de que la ciencia de la parapsicología se aceptase como tal, aquel momento álgido llegó a su fin antes incluso de haber empezado.

Con los avances año tras año en el mapeado del cerebro, ¿no podría estar cerca de repuntar ese ciclo de treinta o cuarenta años de presencia de lo paranormal? ¿Podría estar la próxima década de lo paranormal relacionada con la ciencia y el conocimiento del cerebro?

Una vez que la parapsicología se había mostrado reacia a abandonar el laboratorio, se produjo una interesante democratización de la tecnología. Entusiastas normales y corrientes, sin formación, empezaron a salir a buscar fantasmas, pero se convirtieron en un engorro para las figuras de la parapsicología, ya que se diría que su vulgar entusiasmo estaba desmontando todo el meticuloso trabajo de los parapsicólogos en busca de la respetabilidad. En esto los científicos (de clase media, por lo general) se ajustaban a un modelo occidental de actitudes sociales que contaba con siglos de antigüedad²⁵⁴.

Lloyd Auerbach, uno de los pocos parapsicólogos norteamericanos interesados en las apariciones²⁵⁵, era harina de otro costal. En una ocasión se dedicó a perseguir por una casa, medidor Trifield en mano, lo que él decía que era «un campo electromagnético en

movimiento», para así regresar, cerrando el círculo, a la idea de que los fantasmas actúan de un modo similar al concepto de la electricidad que se tenía en la década de 1890 o, para ser más precisos, a una idea folclórica de la electricidad.

Ningún cazador de fantasmas estadounidense de hoy en día deja de equiparse con todo un arsenal de aparatos de detección eléctrica, que se venden en páginas web especializadas. Un equipo completo de cazador de fantasmas cuesta unos cien euros e incluye lectores de campos electromagnéticos, gaussímetros programados para cortar las interferencias de la instalación eléctrica, y el todo en uno Trifield («Este es nuestro medidor preferido, a un precio asequible y con unas lecturas rápidas y fiables de los campos eléctricos, electromagnéticos y las ondas de radio y microondas», afirma una web)²⁵⁶. Viendo un programa de televisión como *TAPS*, con su extraordinario énfasis en la tecnología de detección y supervisión, se diría que la creencia norteamericana moderna en los fantasmas resulta una mezcla de *Los cazafantasmas* de Dan Aykroyd²⁵⁷ y la teología jacobea protestante inglesa con un toque estilo Halloween de catolicismo irlandés y tradición pagana.

El idilio norteamericano con la tecnología para detectar fantasmas se remonta a los años setenta, cuando un extraño fenómeno causó furor. Se trataba de las EVP (Electronic Voice Phenomenon), «fenómenos de voz electrónica» o psicofonías. En 1971 se tradujo al inglés un libro sueco que afirmaba que, si dejabas una cinta magnetofónica grabándose sola en algún lugar y después escuchabas atentamente la grabación, podías oír cómo te susurraban los muertos. El hombre que se encontraba detrás de aquella obra, Konstantin Raudive (1909-1974), era psicólogo clínico en Uppsala, y se había inspirado en un excéntrico artista llamado Friedrich Jürgenson. En 1959, Jürgenson estuvo grabando el canto de unos pájaros y descubrió que unos fantasmas le habían dejado varios mensajes, entre ellos comunicaciones directas de su esposa, su padre y su madre. Raudive trabajó con Jürgenson y reunió decenas de miles de comunicaciones de ese estilo, a menudo en condiciones controladas y monitorizadas electrónicamente, que solían consistir en una palabra o una frase. Estas grabaciones de Raudive se han vuelto a reproducir en público no hace mucho, en la exposición artística de Susan Hiller²⁵⁸ en la Tate Britain Gallery de Londres en mayo de 2011.

Su atractivo es evidente. Sarah Estep, fundadora de la Asociación

Americana de las EVP en 1982, apuntaba que no hacía falta que uno fuese una «superestrella de la adivinación» para experimentar el misterio; en otras palabras, no solo se liquidaba a los científicos, sino también a los médiums. Se trataba de una democratización profunda y verdadera. Thomas Edison, Nikola Tesla y Alexander Graham Bell estaban convencidos de que el alma sobrevivía a la muerte y pasaba a otro estado, posiblemente como una fuerza paraeléctrica. Se suele señalar que el padre de la electricidad moderna, Michael Faraday, era un escéptico recalcitrante —inventó una mesa que no se podía empujar para poner a prueba a los médiums que las inclinaban haciendo fuerza con los dedos de los pies—, pero lo que no es tan conocido es que era tan escéptico por motivos de fundamentalismo cristiano, no por razones científicas. Edison no tuvo tales escrúpulos. En su *Diary and Sundry Observations* («Observaciones diarias y diversas») menciona que está ocupado con el diseño de un aparato para hacer posible «que quienes han dejado esta tierra se comuniquen con nosotros». Sin embargo, a su muerte los planos de aquel aparato no se encontraron entre sus efectos²⁵⁹.

En estos días, los fantasmas se comunican por medio de todo tipo de canales tecnológicos, incluido el corrector ortográfico del procesador de textos del ordenador²⁶⁰. Existe todo un género de historias de fantasmas de aparente veracidad relacionadas con los teléfonos móviles, sobre todo mensajes de texto de los muertos, llamadas silenciosas de personas que han sido enterradas con el móvil dentro del ataúd y cosas por el estilo. Estos fenómenos extraños que uno recibe a través de todo tipo de aparatos, desde mensajes de texto en el teléfono móvil hasta la pantalla luminosa del despertador, tienen nombre: transcomunicación instrumental.

Algunos dirán que las psicofonías y otros murmullos fantasmales tecnológicos son pareidolias (fenómenos vagos y aleatorios que uno percibe como significativos), aunque una cosa está clara: el uso de la tecnología —fría como un cadáver— como forma de encantamiento dista mucho de haber tocado a su fin en la historia de la experiencia humana. Pronto llegarán los encantamientos virtuales.

La más encantada de todas

«Pues cuando estos entiendan que han sido falsamente adoctrinados y que no eran las almas de los hombres las que se aparecían, sino más bien falsos monjes o bien ilusorios demonios, desesperadas figuraciones o cualquier otra vana o frívola convicción, entonces considerarán beneficioso [...] apartar sus dineros de tan codiciosos gusanos».

Lewes Lavater, 1572

La cuestión de los fantasmas siempre ha ido bastante de la mano del negocio. Siempre parece haber alguien que obtiene un beneficio de una buena historia fantasmal. Horace Walpole ya reparó en la forma en que las tabernas de Smithfield sacaban partido de las multitudes que estiraban el cuello tratando de echar un vistazo al cercano fantasma de Cock Lane. En opinión de la Policía Metropolitana londinense, las movilizaciones de masas espontáneas en la época victoriana solían generarlas las bandas de carteristas con la intención de formar aglomeraciones de gente distraída, crédula y boquiabierta. En el siglo xviii, fuera de Londres, en las costas de Devon, Sussex y la isla de Wight, eran los contrabandistas del canal de la Mancha los que hacían correr los rumores de historias de fantasmas para ocultar sus actividades ilícitas a altas horas de la noche.

Tal y como ya descubrió la incipiente prensa con el caso de Cock Lane, una buena historia de fantasmas vende muchos periódicos. Esa fascinación continúa hoy día. Los programas sobre el contacto, las experiencias e incluso la búsqueda de lo sobrenatural dominan ciertos canales de televisión por cable o por satélite (en el Reino Unido, por ejemplo, existe uno con el paradójico nombre de Living TV²⁶¹). El veterano programa de la televisión británica *Most Haunted* generaba unos considerables ingresos para sus productores a base, simplemente, de popularizar la caza de fantasmas y convertirla en un negocio lucrativo²⁶².

En 2010, la venta de una finca en Portsmouth llamó la atención de la prensa nacional cuando un agente inmobiliario afirmó que se trataba de «la casa más encantada de Inglaterra». No lo era, pero, dado que el equipo de *Most Haunted* la había tenido bajo vigilancia en su séptima temporada, el agente inmobiliario consideró que sus

fantasmas constituían un buen argumento para la venta. De igual modo, en 1936 el *Times* ofreció a la venta una casa encantada con el convencimiento de que era un aliciente añadido, como quien menciona que la casa tiene invernadero o calefacción central. Esta práctica puede obrar en ambos sentidos, por supuesto. En 1947, el Comité de Evaluación de Luton recibió la petición de que rebajase el impuesto municipal de una vivienda por el simple motivo de que estaba encantada.

Esto demuestra como mínimo el poder de aquella etiqueta comercial de Harry Price, «la casa más encantada de Inglaterra»²⁶³. ¿Por qué es tan necesario encontrar y definir cuál es la más encantada de todas? Casi con toda certeza, la respuesta es: por dinero. ¿Dónde te pueden garantizar que vas a vivir una experiencia paranormal? Si fuese posible señalar ese lugar en el mapa, tendría un valor incalculable, en todos los sentidos.

Allá por 1858, la caza de fantasmas se consideraba una actividad ociosa. En su obra *Guide to the Lake District* («Guía del distrito de los Lagos»), publicada aquel año, Harriet Martineau menciona lugares encantados, sugiriendo claramente que pueden resultar de particular interés para sus lectores. En 2002, la ciudad de York se autopromocionaba como la localidad más encantada de Inglaterra con la intención de darle tirón turístico. En la página web del pub The Golden Fleece²⁶⁴ («La taberna más encantada de York»), el establecimiento se vale de los fantasmas como forma de promocionar las cuatro habitaciones de que dispone y, en el momento de escribir estas líneas, incluye un enlace a un investigador paranormal, por si acaso tienes una experiencia de ultratumba antes de bajar a disfrutar de un completo desayuno inglés. En hauntedrooms.com uno puede escoger el hotel o pub encantado en el que le gustaría pasar la noche, además de suscribirse a un boletín digital. Pluckley, en Kent, se enorgullece de ser la aldea «más encantada» de Inglaterra, tanto que ha aparecido en un artículo de viajes en el *Telegraph*²⁶⁵.

Los dueños de casas solariegas que se desmoronan buscan con creciente frecuencia obtener ingresos alquilando sus fincas para cacerías nocturnas de fantasmas. Tanta atención ha acelerado el desarrollo de las historias de fantasmas. En la década de los setenta, Appuldurcombe House, en la isla de Wight, apenas merecía la consideración de casa encantada: todo cuanto tenía era el fantasma

de un monje, una clásica invención folclórica. Sin embargo, gracias a una visita que el programa *Most Haunted* hizo a la casa dos décadas después, y a la existencia de un recorrido turístico local sobre fantasmas, esta pintoresca casa de estilo barroco inglés, en ruinas, prácticamente sin techo y con un escandaloso pasado, ahora abierta al público, ha tenido éxito simplemente porque da el pego y tiene algo de historia. En la actualidad la gente la suele considerar la casa más encantada de la isla de Wight.

Esta idea de «la más encantada» no es nueva. El número 50 de Berkeley Square, en el londinense barrio de Mayfair, ostentó durante casi un siglo la fama de ser «la casa más encantada de Londres». En noviembre de 1872, en *Notes and Queries*, uno de sus remitentes plantearía por primera vez la cuestión de sus fantasmas. La pregunta la respondería el melancólico George, cuarto barón Lyttelton.

«Hay ciertas historias extrañas al respecto de la misma», escribió, «en las cuales no puede entrar este deponente». Tres años después el barón se suicidó tirándose por unas escaleras sin haber revelado la naturaleza de ninguna de aquellas historias, lo cual solo sirvió para aumentar el interés cada vez más histérico que la prensa victoriana tenía en la casa.

En 1879, el semanario *Mayfair* retomó la historia de la casa de Berkeley Square, que había sido la residencia del primer ministro George Canning y, después, de su solterona hija. En 1865 la había ocupado un hombre apellidado Myers, y fue entonces cuando la casa adquirió una reputación siniestra. Myers vivía recluido: se decía que una novia lo había dejado plantado y que él se había apartado de todo contacto con la humanidad, que vivía en una pequeña habitación en lo alto del edificio y que solo abría la puerta para recibir las comidas que le llevaba su único criado. Myers tenía la costumbre de pasearse por la casa de noche con una vela encendida, una visión que aterrorizaba a los transeúntes de las calles oscuras. En 1873 recibió una citación judicial por no pagar sus impuestos, pero el juez se mostró indulgente y comentó que en el barrio era de todos sabido que la casa estaba encantada.

Buena conocedora de sus lectores, la revista *Mayfair* sabía perfectamente cómo presentar la escena.

Si el ladrillo y el mortero tuviesen fisonomía, diríase que esta casa ha visto perpetrar el asesinato [...] un valioso inmueble en aparente abandono, con las ventanas cubiertas y ennegrecidas por el polvo, llena de silencio y

vaciedad, y aun así carente de anuncio alguno, en ninguna parte, que mencione la posibilidad de alquilarla. Se la conoce como la casa encantada de Berkeley Square.

Mencionaba también la popular historia que circulaba sobre (el ya difunto) lord Lyttelton: que había permanecido en vela en la habitación encantada del ático armado con dos escopetas de caza cargadas con monedas de plata de seis peniques (la plata era un material profiláctico contra lo maligno). Durante la noche, disparó una contra algo que, de inmediato, «cayó como un cohete»²⁶⁶. Pero la luz de la mañana no reveló más que unas tablillas dañadas en el suelo.

El trimestral *Notes and Queries* publicaba regularmente correspondencia sobre el tema, y en diciembre de 1880 incluyó una carta dirigida al difunto obispo Thirlwall en la que se describía la habitación endemoniada, donde una doncella había caído literalmente muerta de miedo y donde encontraron después a otro inquilino, un hombre, en estado de *shock*, «con la mirada fija en el mismo lugar en que ella la había clavado la noche anterior». Aquel hombre abandonó la casa sin haberle revelado a nadie sus experiencias.

Las historias continuaron surgiendo. Un tal Bentley ocupó la casa con sus dos hijas adolescentes, que se quejaban de un olor almizclado, animal, como si una bestia estuviese rondando la casa. Una doncella se topó con un invitado, el capitán Kentfield, que gritaba «¡No dejen que me toque!» mientras se encogía horrorizado en su dormitorio; más tarde el hombre cometió la torpeza de regresar a la habitación, y lo encontraron muerto de miedo. Otras historias posteriores incluyen el espectro de un niño sollozante o bien torturado o bien aterrorizado hasta la muerte en el cuarto de los niños, y el fantasma de una mujer que se tiró por la ventana para huir del acoso de su libidinoso tío. Otra, que data de los años veinte, hablaba de unos marineros que habían entrado en la casa y se habían llevado un susto de muerte a causa de aquel mismo fantasma²⁶⁷, por lo general descrito como informe y como una nube de humo. En 1975, Peter Underwood reafirmaría la condición de aquella casa como la más encantada de Londres en su *Gazetteer of British Ghosts* («Nomenclátor de fantasmas británicos»), donde dice, muy cuidadoso él, que es «el más famoso de todos los lugares encantados de Londres».

Todavía queda gente que afirma en Internet que la casa está

encantada, y que en la entrada hay un aviso policial enmarcado que prohíbe subir a la planta superior; si bien un rápido correo electrónico enviado al comercio de libros antiguos Maggs Brothers, situado en los bajos de ese edificio desde 1938, obtuvo la siguiente respuesta: «No hay ningún testimonio directo de NADA en absoluto. Es un caso en que la ficción desplaza y ocupa el lugar de la realidad, algo similar a lo que los folcloristas denominan “ostensión”».

Son las propias historias las que se apoderaron del 50 de Berkeley Square. Tan extraño parecía a ojos de los transeúntes el ver un inmueble vacío en un barrio tan exclusivo de Londres que la imaginación del público se puso en marcha para explicarlo. Se trata de uno de los mejores ejemplos documentados de un relato viral sobre una casa encantada, intensificado por los artículos de las revistas y por la venta de libros, como ocurrió en el caso de Arthur Machen y los Ángeles de Mons, una ficción que surgió de las páginas de un periódico o (en este caso) de un semanario y que llegó a considerarse verídica, a la que le iba añadiendo matices el público que pasaba por delante de la casa a diario y se estremecía ante las persianas echadas en sus ventanas y los desconchones en la pintura de la puerta. El proceso sigue en marcha hoy en día en Internet, con páginas web que afirman que se producen nuevos incidentes y que adornan y alteran los antiguos de manera que la imagen de la casa se oscurece más y más con cada historia. Existe una extensa tradición de casas que, vacías durante un tiempo, atraen una fantasmal reputación. En las memorias de su vida de proletario en Salford, Robert Roberts dice que las casas «rara vez permanecen vacías más allá de una quincena, antes de que las ocupen los fantasmas»²⁶⁸.

En los años setenta, cuando era un escolar obsesionado con los fantasmas, jamás llegué a la conclusión de que Inglaterra fuese la más encantada de todas las naciones, afirmación que leí en tantos libros sobre la materia. No hay manera objetiva de verificarlo. Era una afirmación de orgullo, aunque bastante vana, dadas las circunstancias. Económicamente, todo parecía hallarse en un estado de declive y abandono, aunque en su día contamos al menos con un impresionante despliegue de damas de gris, cocheros decapitados y poltergeists, todo un parque temático. Inglaterra bien pudo ser la

nación más encantada simplemente porque en Inglaterra hubiese más gente que creyese en los fantasmas. Creer en lo paranormal se ha convertido en una forma de religión venida a menos en tiempos seculares: los fantasmas son el fantasma de la propia religión.

Un conjunto muy específico de circunstancias ha hecho de Inglaterra un lugar extraordinariamente encantado. A lo largo y ancho de la Europa medieval, la idea de que los muertos en ocasiones podían regresar a rondar a los vivos era algo totalmente aceptado. La Iglesia católica racionalizó la ancestral creencia en los fantasmas (y en gran medida se apoderó de ella) por medio de la doctrina que establecía que dichas apariciones eran las almas de quienes vagaban por el purgatorio, incapaces de encontrar la paz hasta que hubiesen expiado sus pecados. Con el fin de adoctrinar, el clero se sirvió de la mayoría de las historias medievales de fantasmas que se conservaron, pertenecientes a un género que los entendidos en la materia (M. R. James entre ellos) conocen como *miracula*. En una de las más primitivas, san Beda el Venerable (672-735) habla de una monja llamada Tortgith, que se relaciona con una abadesa fallecida que regresa para ayudarla a decidir la fecha en que la religiosa enferma desea abandonar el mundo terrenal, con todos sus ardides y pecados. Otros relatos hablan del monje fantasma Boisil de la abadía de Melrose²⁶⁹, que da instrucciones a todo aquel peregrino que le presta atención para que se dirija a Irlanda y no a Alemania. Aquí se ve la mano de la Iglesia en su intento de fomentar el negocio local. De nuevo, todo es cuestión de dinero.

Muchas de las historias primitivas de fantasmas eran fábulas morales explícitas en las que el fallecido regresaba, con la pesada carga de sus pecados, para advertir a los vivos. El castigo que recibían solía ser pertinente, como en la historia de aquel alcohólico al que, al morir, le tocó pasar toda la eternidad bebiendo de una copa de azufre que nunca se vaciaba.

En tiempos medievales, la Iglesia tomó medidas drásticas contra las historias de fantasmas. Los tribunales eclesiásticos juzgaban a quienes decían ver los fantasmas de sus parientes fallecidos, eran acusados de «generar escándalo». Cualquier intento de ir en busca de un fantasma se consideraba absolutamente impropio, aunque resulta obvio que no cesaron estas actividades, ya que las

regulaciones de ciertos gremios medievales incluían una cláusula que prohibía cualquier intento por parte de los vigías nocturnos de entretenerse invocando a los fantasmas durante las horas de oscuridad. La existencia de los fantasmas era tan evidente que jamás se ponía en tela de juicio.

La violenta abolición de la Iglesia católica en Inglaterra a finales del siglo xvi lo cambió todo. Tal y como observó Christina Hole, «la transferencia de las propiedades eclesiásticas a manos seculares durante la Reforma dejó a su paso toda una estela de lugares encantados, tanto porque los monjes que habían sido expulsados con violencia regresaban después de la muerte a sus hogares perdidos, como porque aquellas propiedades ya llevaban su propia maldición consigo»²⁷⁰. Se encalaron los muros de las coloridas iglesias, se retiraron las estatuas de los santos y se destruyeron, las ricas comunidades de monjas y monjes quedaron dispersas. Se cambió para siempre el paisaje espiritual de Inglaterra.

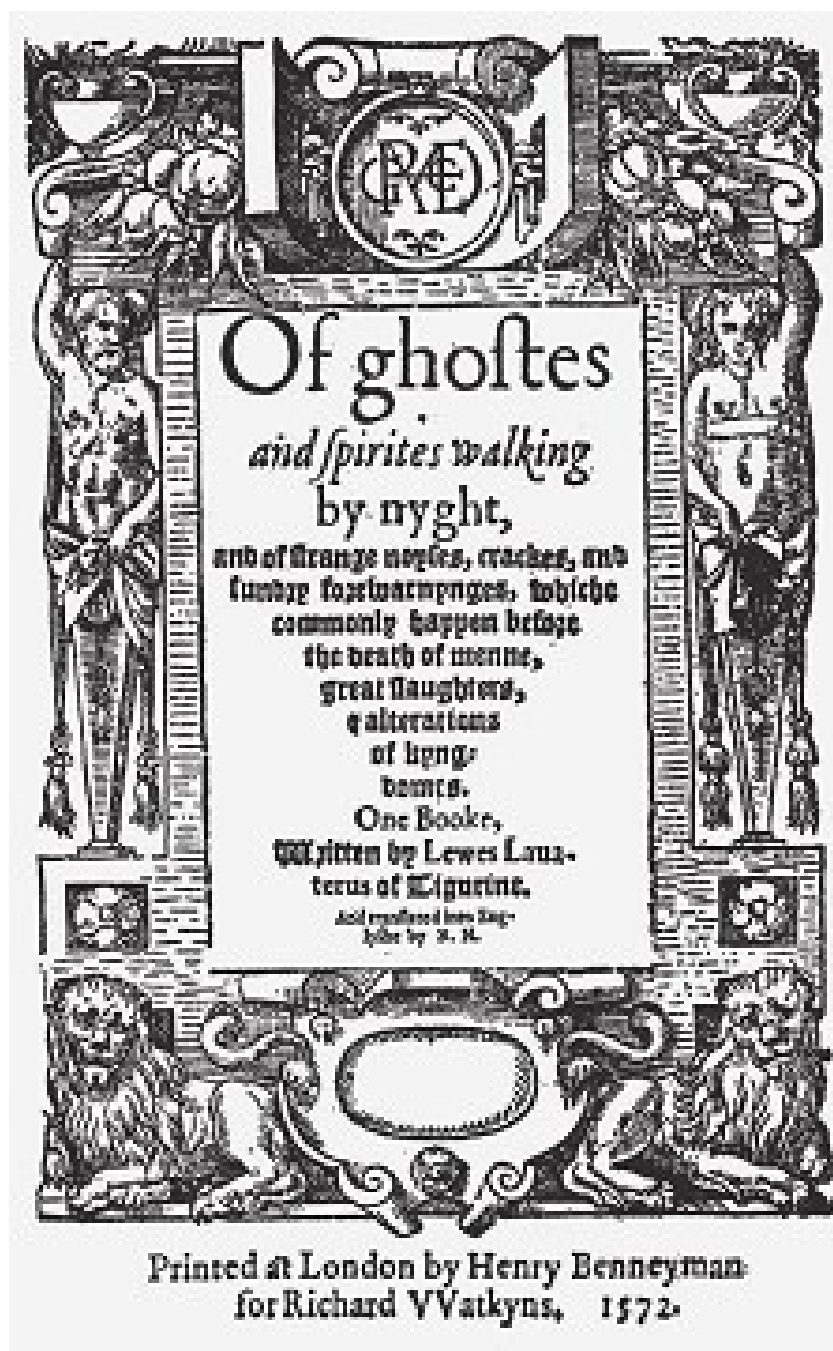
Libres ya de la vigilancia de los tribunales eclesiásticos, los fantasmas fueron surgiendo lentamente de las abadías y los camposantos. Algunos espectros predecían el futuro (la duquesa de Mazarin regresó al Palacio de St. James para asegurarle a su amiga madame de Beauclair que sí que había un más allá, y anunciarle que moriría esa misma noche); otros estaban condenados a repetir el pasado, como el espectro de la batalla de Edgehill, donde los soldados monárquicos de tendencias católicas cruzaron sus armas con el ejército puritano. Al carecer de ritos de exorcismo, la gente (un campesino de Canvey Island en 1709, por ejemplo) recurría cada vez más a las hechiceras y a los sacerdotes que habían renegado de su fe en busca de ayuda con los encantamientos, lo cual reforzaba la idea general de que los fantasmas eran una faceta de la brujería.

Tampoco sería de gran ayuda el hecho de que uno de los principios fundamentales de los primeros reformadores protestantes fuese la negación del purgatorio: en el momento de la muerte, todas las almas se dirigían directamente al cielo o al infierno. La cuestión de si uno creía o no en los fantasmas suponía ahora una diferencia entre católicos y protestantes, tanto como creer en la transustanciación en la eucaristía o en la infalibilidad del papa. Eran muchos los que veían las historias de fantasmas del pasado como un intento por parte de la Iglesia católica de explotar la credulidad popular con el fin de mejorar su propio bienestar y

posición. Ningún verdadero protestante podía creer en fantasmas.

Pero como, contra toda lógica, la gente siguió viendo fantasmas tras la Reforma, se les decía que no creyesen en ellos. Aquellas apariciones que aún se producían no serían reconocidas como las almas de los fallecidos, sino como espíritus, por lo general malignos, enviados por el diablo. En su obra *Religion and The Decline of Magic* («La religión y el declive de la magia»), Keith Thomas cita el ejemplo de lady Fanshawe: después de ver un fantasma²⁷¹ en Irlanda en el mes de noviembre de 1650, la dama y su marido permanecieron en vela el resto de la noche debatiendo el motivo de que tales apariciones fuesen mucho más habituales en Irlanda, hasta llegar a la conclusión de que los irlandeses eran mucho más supersticiosos y carecían de una fe lo bastante fuerte como para protegerlos de los ataques del diablo²⁷².

A veces se representa a Ana Bolena como una figura frívola, pero sus convicciones religiosas eran serias y profundas. Quizá incluso su compromiso con la Reforma protestante fuera superior al de su esposo el rey. Los católicos, obligados ahora a mantener su fe en secreto so pena de muerte, consideraban a la reina su mortal enemiga, así que había una cierta y sombría justicia en aquello de tener múltiples réplicas²⁷³ de su fantasma decapitado²⁷⁴ vagando por la tierra: era un desafío frontal a las creencias que ella había luchado tanto por imponer. Resulta igualmente interesante que la espectral recreación de la batalla de Edgehill solo la viera el bando monárquico de inclinaciones católicas.



31. Frontispicio de la obra *Of Ghosts and Spirits Walking by Night* (1572), de

En 1572 se publicó la obra *Of Ghosts and Spirits Walking by Night* («De los fantasmas y espíritus que se pasean en la noche»), de Lewes Lavater, con la que parece que Shakespeare estuvo familiarizado. Queda bastante claro que el autor considera que el fomento de la creencia en los fantasmas es una conspiración papista.

Aun así, aquel rigor de los primeros protestantes en el rechazo de los fantasmas resultó difícil de mantener. Eran demasiado populares. *Hamlet* (1601) arranca con la sensacional visión del rey muerto. Igual que Marcelo, cualquier asistente de firmes convicciones protestantes entre el público habría visto aquel fantasma como un ente diabólico, y la matanza resultante como la consecuencia de escuchar al diablo. Sin embargo, el fantasma de Hamlet no es una alucinación: está allí, de un modo bastante claro y físico, y el público también lo ve²⁷⁵.

Joseph Glanvill y el círculo de pensadores de Ragley de 1665 eran todos unos buenos protestantes que un siglo antes no se habrían atrevido a tratar de experimentar directamente lo paranormal y a redactar una crónica de todo tipo de fenómenos de esta naturaleza. En *Saducismus Triumphatus* (el título hacía referencia al triunfo sobre los saduceos, quienes, al igual que los epicúreos y los *diggers* ingleses, negaban la existencia del alma y la posibilidad de una vida más allá de la muerte), Glanvill defendió sus intentos de obtener indicios científicos de la existencia de la brujería y los fantasmas con el fin de ofrecer una prueba incontrovertible de la existencia del alma. El ateísmo se había convertido ya en una amenaza para la verdadera religión aún mayor que el propio catolicismo, y la creencia en los fantasmas, por mucho que doliese a ciertos protestantes estrictos como Thomas Hobbes, al menos constituía una forma de creencia en un mundo espiritual. Reunir las pruebas de su existencia suponía fortalecer el cristianismo, o al menos ese era el plan. Sin embargo, sin la estructura que proporcionaba el catolicismo medieval, estos fantasmas fueron mucho más problemáticos y aterradores.

Para los primeros reformadores, la experiencia de los fantasmas era similar a la de la brujería. Al contrario que la Iglesia católica, estos no pretendían apropiarse de las historias de fantasmas (como forma fundamental de realzar sus relatos morales de cara a una congregación inculta, algo que retomarían más adelante los metodistas), sino que las rechazaban de plano. De modo que,

cuando los avistamientos de fantasmas continuaron a ritmo acelerado, se vieron empujados más y más al terreno del folclore y la leyenda urbana.

La creencia en los fantasmas quedó de nuevo abiertamente reconocida en la época en que se levantaron por fin las prohibiciones legales contra el catolicismo en el siglo xviii. El coste asequible de las imprentas y de la producción de libros y panfletos llevaría aparejado el que se empezasen a escribir por primera vez los relatos de los avistamientos. La cantidad de panfletos que se conservan hoy en día es una muestra de la tremenda popularidad de la que gozaron estas historias.

Y todas se vendían como historias verídicas. Como es obvio, quienquiera que contase el relato le añadía su propio giro, ya fuese con la intención de helar la sangre al lector o de impartirle un mensaje de moralidad: lo importante era vender. Los retoques que Daniel Defoe le dio a la historia de Mary Veal supusieron que de ella disfrutasen fascinadas unas clases medias que por lo general no se habrían rebajado a comprar los panfletos más sensacionalistas que proliferaban por todas partes. Su panfleto pasó por varias reimpressiones, y aquel éxito bien pudo haberlo inspirado para regresar en 1727 al tema de los fantasmas con su *Essay on the History and Reality of Apparitions* («Ensayo sobre la historia y la realidad de las apariciones»).



32. Dibujo de un fantasma en *A Treatise on Spectres* («Tratado sobre los espectros», 1658), de Pierre le Toyer, que muestra un espíritu que sostiene una candela, un tipo barato de vela, pues tal era la concepción que de ellos se tenía.

Creer en fantasmas jamás sería algo respetable, pero su popularidad se acrecentaría aún más por una nueva forma de cristianismo que también propugnaba de manera tácita una creencia en fantasmas y espíritus: el metodismo. En su juventud, John Wesley, fundador del metodismo, había recibido la fuerte influencia de los fenómenos que se produjeron en su hogar familiar en Epworth, y estas experiencias se trasladaron a la corriente religiosa que fundó, criticada con regularidad por la Iglesia de

Inglaterra a causa de su interés en la brujería y en la magia. Incluso después de su muerte, Wesley se mantuvo activo. En 1846 se publicó un tratado que exhortaba a los metodistas a no perder los buenos hábitos, a mantenerse fieles a las creencias de su fundador. Wesley queda representado como un fantasma —cosa que resulta intrigante—: se aparece vestido con una sábana blanca ante un creyente sentado junto a la chimenea, una iconografía de los fantasmas que por entonces ya tenía cerca de doscientos años de antigüedad.

Aunque el metodismo evangélico se hallaba lejos de ser una religión monolítica, en sus primeros años se convirtió casi en sinónimo de creencia en lo sobrenatural. Algunas de las grandes figuras del Siglo de las Luces estaban igualmente deseosas de experimentar por sí mismas algún indicio del mundo de los espíritus: Samuel Johnson solía hablar de su anhelo de ver el fantasma de su fallecida esposa, y formó parte del comité que —para su decepción— declaró que el poltergeist de Cock Lane era una farsa. Otro de los miembros de aquel comité era el metodista William Legge, lord Dartmouth, cuya relación familiar con Hinton Ampner²⁷⁶ pudo haber alentado también sus convicciones.

Con su brusco y enérgico rechazo de las tradiciones y supersticiones del pasado, las revoluciones europeas de finales del siglo xviii resultaron hostiles para los fantasmas. Otros elementos que también actuaron como potentes modificadores fueron la rápida industrialización de Gran Bretaña y el abismo entre las creencias de la gente del campo y el materialismo de las ciudades. Además, conforme el metodismo fue adquiriendo respetabilidad, se fue liberando de su anterior tolerancia e interés por lo paranormal; en gran medida, prescindió de su historia. Se trataba de un cambio social general que no se limitó al metodismo. En 1830, la creencia en los fantasmas prácticamente se había venido abajo en Inglaterra, y no fue la primera vez que se dijo que no resurgiría jamás.

Sin embargo, menos de veinte años después, la creciente fascinación germana por la tradición de los fantasmas caló en Inglaterra cuando Catherine Crowe publicó *The Night Side of Nature* en 1848 (el mismo año en que las hermanas Fox inventaron las sesiones de espiritismo en Estados Unidos). La nueva familia real británica era también germana, y resultó que la fascinación de la casa de Hanover/ Sajonia-Coburgo y Gotha por los fantasmas no le andaba a la zaga a la de los Estuardo, quienes habían presionado

para que se les informara puntualmente sobre el fantasma de la madre de los Leakey²⁷⁷, en Minehead en 1636, el Tamborilero de Tedworth y el fantasma de la señora Veal, entre otros.

Durante muchos años, la reina Victoria vivió en un sepulcro. Tras la muerte del príncipe Alberto en 1861 y a lo largo de cuatro décadas, ella le guardó un riguroso luto, vistió de negro a diario y mantuvo su hogar exactamente como estaba el día en que él murió. Un busto o un cuadro del príncipe aparecía de forma ostensible en prácticamente todas las representaciones fotográficas de la familia real. Cada mañana, el servicio preparaba la ropa de Alberto, traía agua caliente para el cuenco de su afeitado, fregaba su orinal y le cambiaba la ropa de cama. La reina Victoria vivía, en sentido literal, con un fantasma.

WESLEY'S GHOST.

BY VETUS.



"Then a spirit passed before my face, the hair of my flesh stood up, and I heard a voice saying."—Jon iv. 13, 16.

MANCHESTER:

J. GADSBY, NEWALL'S BUILDINGS, MARKET-STREET.

LONDON:

R. GROOMBRIDGE AND SONS, 5, PATERNOSTER ROW;
AND J. GADSBY, BOUVERIE-STREET.

1846.

PRICE TWOPENCE.

33. «Wesley's Ghost» («El fantasma de Wesley»), un panfleto de 1846.

Mucho se ha especulado al respecto de si la reina participó alguna vez en algo tan poco respetable como las sesiones de espiritismo. Oficialmente no lo hizo. Un reloj conocido como «el reloj de Vicky» permaneció expuesto durante muchos años en el College of Psychic Studies de Londres. Tenía la siguiente inscripción: «Obsequio de Su Majestad a la señorita Georgiana Eagle por su meritoria y extraordinaria clarividencia efectuada en Osborn [sic] House, isla de Wight, 15 de julio de 1846».

Aquel reloj lo robaron en 1963, pero sus orígenes han sido fuente de especulaciones desde entonces. Georgina Eagle, nieta de un tabernero de Shoreditch bautizado en la iglesia de St. Leonard e hija de un hombre que representaba un espectáculo de magia, realizaba actuaciones como clarividente, y tendría tan solo once años en 1846. En aquella época, los niños clarividentes eran poco habituales, aunque había casos²⁷⁸. Sin embargo, «Osborn» está mal escrito (debería decir «Osborne»), y resulta altamente improbable que el reloj fuera un verdadero regalo de la reina, y sí podría ser que se utilizase como garantía de la autenticidad de la niña.

La creencia en los fantasmas ya casi había alcanzado la respetabilidad hacia el final del periodo victoriano, cuando eran muchos los científicos que confiaban en estar a punto de demostrar —de una vez por todas— que Gran Bretaña lideraba al resto del mundo en esta particular cruzada científica.

Una serie de hombres y mujeres socialmente bien relacionados fundaron en 1882 la Society for Psychical Research. Tenía como fin la investigación de lo paranormal, y lo hacía bajo el prisma de que los fenómenos espectrales eran aspectos de una ciencia que aún no se comprendía. No obstante, incluso ellos se quedaron sorprendidos ante lo que desataron. Cuando publicaron el llamado «Censo de alucinaciones», las diecisiete mil respuestas recopiladas entre 1889 y 1894 demostraron que la creencia en los fantasmas estaba ampliamente extendida. Sin embargo, los grandes y esperados avances científicos que demostrasen su existencia —o inexistencia— de una vez por todas jamás se produjeron.

Los eduardianos recibieron el obsequio de la llegada de los relatos de fantasmas de M. R. James en 1904. Este hombre tan erudito y particular parecía guardar una cierta afinidad con J. M. Barrie y Lewis Carroll. Pese a que no se le considera un autor infantil, se suele olvidar que James escribió varios de sus relatos de fantasmas especialmente para niños. Como rector de Eton, justo tras el final de

la Primera Guerra Mundial conoció al escolar en el que estaba parcialmente inspirado Peter Pan, y alojó a Barrie en sus propias habitaciones de la escuela en la festividad escolar anual del 4 de junio. Su *Corazones perdidos*, un relato que, de manera cordial y misteriosa, le disgustaba, trata de los planes de venganza de los fantasmas de un niño y una niña asesinados²⁷⁹.

El impresionante número de víctimas mortales de la Primera Guerra Mundial dejó a la gente aturrida y la inclinó una vez más hacia la creencia en lo sobrenatural. El fenómeno de los golpes en las mesas, que ya estaba al borde de la desaparición, volvió de repente a ser popular. Incluso la clase dirigente británica se aferraría a la propaganda paranormal al convertir la historia ficticia de los Ángeles de Mons en un fenómeno atestiguado. El poeta Robert Graves consideraba algo común aquello de ver el fantasma de los recién caídos en el frente, dando tumbos aún como si no hubiesen asimilado su desgracia, y también los veía la gente en la patria, en los condados rurales. Lo mismo sucedería en la Segunda Guerra Mundial. En junio de 1944, las ventas de tablas de la güija —prácticamente nulas en 1943— ascendieron a las cincuenta mil unidades tan solo en unos grandes almacenes de Nueva York²⁸⁰. Después de la guerra se retornó a los intentos de convertir la caza de fantasmas en una ciencia. De repente, los poltergeists estaban en boga.

En los años treinta, gran cantidad de lo que ahora llamaríamos «analistas culturales» establecieron una relación implícita entre los poltergeists y el ascenso del nazismo en Alemania, pues el nacionalsocialismo era —entre otras cosas— una fuerza de inminente destrucción que se alimentaba de la energía de los jóvenes. Tampoco ayudó mucho el hecho de que ciertos altos cargos del nazismo mostrasen un interés público evidente en la creación de una nueva disciplina que estudiase lo paranormal como algo fundamentalmente anglosajón en sus orígenes.

A pesar de décadas de difamación, muchos años después resultó que el mayor legado de Harry Price habían sido sus pioneras retransmisiones en directo. Este astuto manipulador de los medios dirigió en 1936 su primera retransmisión desde «la casa más encantada de Inglaterra» y, bueno, el resto es historia.

Hay tres cosas que intervienen una y otra vez en nuestra creencia en los fantasmas: la religión, los medios de comunicación y el

estatus social. Al ser tres elementos que cambian, nuestros fantasmas han cambiado en concordancia con ellos.

Allá donde un babilonio veía una sombra polvorienta y lacrimógena del inframundo, un jacobeo podría haber visto una silueta blanca envuelta en un sudario, y un victoriano vería a una asesina muerta vestida de satén negro con guantes largos. Durante siglos el fantasma fue reconocible y siempre tuvo un propósito. Después de la Reforma se veía el *shim* (un antiguo término de la isla de Wight) de desconocidos, pero su regreso desde la tumba no parecía responder a ningún fin evidente. A comienzos del siglo xix, eran solo los criados quienes veían fantasmas, al menos en opinión de las clases medias. A mí me parece bastante plausible que entre las muchas razones del surgimiento del relato navideño inglés de fantasmas se encuentre el hecho de que —como sucedió con el poltergeist de Epworth— existiese la tradición de contratar al personal de servicio de la casa por San Martín, a comienzos de noviembre. En Navidades el servicio estaría recién llegado a una casa absolutamente desconocida y, si se trataba de jóvenes, tal vez se encontrasen lejos de su familia por vez primera.

Las apariciones son hoy en día mucho más complejas y hacen referencia a un rango mucho más amplio. Hasta que Aldous Huxley publicó en 1952 *Los demonios de Loudun* y William Peter Blatty hizo lo propio en 1971 con *El exorcista*, la creencia en las posesiones casi se había extinguido en Estados Unidos. Ahora se encuentra extraordinariamente extendida, tanto como la creencia en los ángeles, un retorno tan directo a una mentalidad jacobea que debería ir acompañada de su típico cuello liso y almidonado, y los lacitos en las rodillas.

Cuando comencé este recorrido de regreso a mi infancia, escogí el título *Historia natural de los fantasmas* como una cierta provocación. Sin embargo, me he encontrado con que sí que existe una historia natural de los fantasmas. Hay una forma aristotélica de clasificación; o diferentes géneros, si es que se puede considerar a los fantasmas como una forma orgánica de espectáculo.

No obstante, de ciencia no tienen mucho, y los intentos de «medirlos» no nos llevan a ninguna parte. Son varias las generaciones de científicos que han tratado de catalogar y concretar los detalles, pero la mejor prueba de la historia natural de los fantasmas reside en lo ordinario, lo que se pasa por alto, lo cotidiano. Ser parapsicólogo es ser un incomprendido, aunque los

avances recientes en el conocimiento del cerebro ofrecen nuevas esperanzas. Dean Radin, que ha dedicado una gran cantidad de tiempo a la investigación de los fenómenos psíquicos (telepatía, telequinesia), nos da una idea de cómo es una típica semana para él:

El lunes me acusan de blasfemia unos fundamentalistas que piensan que los fenómenos psíquicos amenazan su fe en la doctrina religiosa revelada. El martes me acusan de culto religioso unos militantes del ateísmo que piensan que los fenómenos psíquicos amenazan su fe en la sabiduría científica revelada. El miércoles me acosan unos esquizofrénicos paranoicos que insisten en que consiga que el FBI deje de controlarles la mente. El jueves solicito unas becas de investigación que me van a denegar porque los comisarios del tribunal que las concede desconocen la existencia de ninguna prueba legítima de los fenómenos psíquicos. El viernes recibo una montaña de correspondencia de alumnos que me piden copia de todo cuanto he escrito en mi vida. El sábado recibo llamadas de científicos que quieren colaborar en la investigación siempre que les garantice que nadie tendrá noticia de su secreto interés. El domingo descanso e intento pensar en alguna manera de conseguir que los esquizofrénicos paranoicos empiecen a dirigirse a los fundamentalistas en vez de venir a hablar conmigo.

Tal y como he apuntado, uno de los pocos parapsicólogos que salen a buscar fantasmas es Loyd Auerbach. El fantasma de una mujer le dijo en una ocasión que, cuando supo que estaba exhalando su último aliento, sintió de repente un miedo atroz a ir al infierno. Se concentró en volver a estar en su casa y, casi al instante, se encontró allí de regreso. No tenía mucho que contar sobre el otro barrio, simplemente porque ella nunca había estado en él, y se describía a sí misma como una «bola de energía» sin forma que proyectaba su apariencia en la mente de quien la estaba mirando.

Y es que ver es precisamente la cuestión. Nadie te pregunta si alguna vez has oído un fantasma; la gente pregunta si lo has visto, ya que las apariciones no existen a menos que haya alguien que las vea.

Nos encantan los relatos de fantasmas, pero no porque expliquen lo que nos sucede al final de nuestra vida, sino porque nos llevan al comienzo y retomamos el contacto con nuestra infancia de un modo agradable. La sensación placentera de temor que nos transmiten resulta muy atractiva, tanto que muchos no queremos que se nos pase. Creer en secreto en los fantasmas es un placer, un hilo de luz

que nos traslada a nuestra infancia. A los niños se les enseña ahora a muy temprana edad que no han de ver fantasmas, ya que creer en ellos viola la ley natural, y no hay más severo guardián de esta ley que el científico de clase media o el universitario culto que se dedica a escribir reseñas. Ya no se ha de tener miedo a los fantasmas, pero sí a la creencia en ellos, sin la menor duda. Aun así, persisten las apariciones y los fenómenos paranormales.

Estadísticamente, es más probable que veamos un fantasma si estamos dormitando en la cama, si hemos perdido a algún ser querido de manera reciente, si sufrimos algún daño cerebral limitado, si tenemos un historial de ataques de epilepsia en el lóbulo temporal o si consumimos drogas que interfieran con los niveles de dopamina (como las anfetaminas o la cocaína). Podríamos haber pasado el día en la biblioteca trabajando con libros antiguos, en cuyo caso podríamos haber ingerido las esporas alucinógenas de algún tipo de moho²⁸¹. Ayuda el hecho de que haya actividad en las manchas solares, o algún tipo de ruido de baja frecuencia procedente de estratos geológicos que se mueven a una enorme profundidad por debajo de nuestra cama, y también que nos encontremos en algún lugar saturado por filtraciones de campos eléctricos. Ah, y que no seamos franceses. Los franceses, que con tanta firmeza separaron lo secular de lo religioso, se clasifican siempre entre los más descreídos de toda Europa en lo referente a los fantasmas.

Mientras escribía esta obra, me encontré charlando sobre fantasmas con todo tipo de gente. Con bastante frecuencia se produce un arrebato inicial de vergüenza, pero luego surge algo más. Ya estoy familiarizado con esa mirada seria, repentina y tímida que se apodera del rostro de alguien que ha decidido que puede confiar en ti y que estás dispuesto a creerte su historia. Toda clase de personas me ha hecho sus confidencias, desde directores de grandes corporaciones públicas y privadas o abogados de éxito hasta guardias de seguridad de la Biblioteca Británica. Me han enseñado fotografías de fantasmas que llevan en el móvil y me han hablado de fenómenos en sus casas que tan solo su mujer y su hija pueden ver.

Dos amigos que se mostraban amablemente escépticos con mi redescubierto interés en la materia admitieron haber visto un espíritu paseándose a plena luz del día en el parque de London Fields. Estas historias están por todas partes, y hay en ellas algo que

resulta profundamente íntimo y personal. Me han contado cosas que no han llegado a compartir ni con los respectivos cónyuges.

En la introducción mencioné una historia folclórica de fantasmas que conocí de niño, sobre un centurión romano que vagaba por un bosque a las afueras de Bembridge. Solíamos atravesarlo en coche camino de la playa, cuando íbamos a visitar a mi abuela. En el transcurso de los trabajos de documentación para el libro descubrí el nombre de este bosque: St. Urian, que era el nombre de una iglesia y una aldea devastadas por la peste negra. No se repobló la aldea, que quedó engullida por la vegetación. La pronunciación de Saint Urian se convirtió en «centurión». El nombre fue el origen de la historia del fantasma.

Quien desde luego afrontó de lleno las complejidades humanas de la creencia en los fantasmas fue Harry Houdini. Igual que Harry



34. Una fotografía claramente manipulada que reúne a un sentencioso Houdini con el espíritu de Abraham Lincoln. Las intenciones de Houdini de demostrar la existencia o inexistencia del mundo de los espíritus eran muy ambiciosas.

Price, en lo tocante al mundo de los fantasmas había sido cocinero antes que fraile: al comienzo de su carrera, Houdini y su mujer, Bess, se habían ganado la vida celebrando falsas sesiones de espiritismo. Durante las mismas, Houdini hacía flotar las mesas y tocaba instrumentos musicales mientras permanecía atado a una silla. En 1899, cuando dirigió aquellas habilidades hacia el escapismo, abandonó el negocio de los médiums. Consternado por la muerte de su madre en 1913, acudió a toda una amplia gama de médiums y videntes, pero, irritado ante su evidente falsedad, se convirtió en un comprometido activista contra el espiritismo. Le dio por asistir disfrazado a las sesiones de espiritismo: su habilidad con la magia y con los trucos sobre el escenario le brindaba la posibilidad de destapar los fraudes. Escribió un libro sobre sus experiencias, *A Magician among the Spirits* («Un mago entre los espíritus», 1924), cuya introducción finalizaba de manera categórica: «Hasta el momento presente, todo cuanto he investigado ha sido el resultado de unas mentes ilusas».

A pesar de su recelo, o quizá a causa del mismo, Houdini hizo una promesa: si de verdad existía el más allá, él regresaría. Le dejó a su mujer un código que nadie podría adivinar o falsear.

Tras varios años de sesiones de espiritismo celebradas el día de su muerte (en Halloween, no podía ser más oportuno), en 1929 sucedió algo verdaderamente emocionante: un médium profesional, Arthur Ford, se presentó con el mensaje secreto. De repente parecía que los médiums estaban en lo cierto y Houdini se equivocaba²⁸². Sin embargo, la abrumadora emoción que sintió Bess pronto quedó en nada. Era un timo, una farsa. Al investigarlo, supo que por lo visto ella misma le había revelado el código sin darse cuenta a un periodista hacía un tiempo.

Bess insistió en aquellas sesiones durante otros siete años, pero en 1936 anunció a los estadounidenses (la sesión se radió en directo): «Houdini no se ha manifestado. He perdido mi última esperanza. No creo que Houdini pueda volver a mí, ni a nadie más [...]. El altar de Houdini ha permanecido encendido durante diez años. Ahora, respetuosamente [...], apago su luz. Se acabó. ¡Buenas noches, Harry!».

Su incredulidad no ha impedido que continúe llevándose a cabo la sesión de espiritismo de Houdini, convertida en una especie de institución. Se ha celebrado desde entonces cada año, el día 31 de octubre.

El mensaje acordado, lleno de matices personales y sentimentales, decía «Rosabelle: answer - tell - pray, answer - look - tell - answer, answer - tell²⁸³». El anillo de boda de Bess Houdini llevaba la inscripción «Rosabelle», título de la canción que ella cantaba sobre un escenario cuando se vieron por primera vez, y el resto de las palabras corresponde a un código secreto de deletreo que utilizaban el mago y su ayudante para pasarse información en los números de mentalismo.

Una vez determinada la identidad de Rosabelle, la señal secreta de Houdini habría deletreado una orden clara desde el más allá.

Y aquella orden era, simplemente, «Believe»: cree.

Cronología

100-109: Plinio escribe su relato sobre la casa encantada de Atenas.

731: san Beda el Venerable publica *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum*, con su historia del fantasma de una abadesa que visitaba a la monja Tortgith.

1534: se promulga *The Act of Supremacy*, que supone la ruptura definitiva de Enrique VIII con Roma y la expulsión efectiva de la Iglesia católica del territorio inglés.

1536: ejecución de Ana Bolena.

1612: el Diablo de Mâcon ronda la casa de un pastor calvinista.

1642: batalla de Edgehill, seguida de su espectral recreación prenavideña.

1661: el primer cazador de fantasmas de Inglaterra, Joseph Glanvill, investiga el fenómeno del Tamborilero de Tedworth.

1665: Joseph Glanvill viaja a Ragley, donde conoce a lady Conway y entra a formar parte de su extenso círculo, en el cual se debate sobre teología y la creencia en los fantasmas.

1705: Daniel Defoe escribe *La aparición de la señora Veal*, el primer relato inglés formal sobre fantasmas, que transcurre en Canterbury, basado en una historia en apariencia verdadera.

1716: un poltergeist se alimenta de las discordias familiares y pone patas arriba la rectoría de Epworth, el hogar de la infancia de John Wesley.

1734: nace Franz Mesmer.

1762: el poltergeist de un hogar de clase trabajadora en Cock Lane, en Londres, atrae a grandes multitudes y a diversas celebridades; es el primer circo mediático.

1765: Mary Ricketts se traslada a Hinton Ampner, en Hampshire, con su familia y no tarda mucho en lamentarlo.

1778: Gran Bretaña aprueba la llamada Ley de Desagravio Católico y sienta las bases para la plena legalización de la práctica del catolicismo en su territorio por primera vez desde la Reforma.

1788: Elizabeth Bonhôte advierte a los padres de clase media de que no permitan que sus hijos escuchen las historias de fantasmas de su personal de servicio.

1791: el librero berlinés Friedrich Nicolai ve fantasmas y se

pregunta si podría haber una explicación médica para esas visiones.

1803: se produce una verdadera histeria en la zona oeste de Londres con el fantasma de Hammersmith.

1813: el médico de Manchester John Ferriar publica *An Essay towards a Theory of Apparitions*.

1816: lord Byron y el matrimonio Shelley inventan historias de terror en su villa de Ginebra, inspirados por un libro de cuentos alemanes.

1829: Walter Scott publica el relato breve *La habitación tapizada*, el primer relato de fantasmas británico moderno.

1843: Dickens publica *Cuento de Navidad*.

1848: Catherine Crowe publica *The Night Side of Nature*, que introduce el folclore germano y el término «poltergeist» en la cultura anglosajona. Se convierte en un superventas. En Estados Unidos, las hermanas Fox inventan las sesiones de espiritismo.

1852: llega a Londres la última moda norteamericana: la señora Hayden, mujer del editor de un periódico de Boston, celebra sesiones de espiritismo.

1856: sir David Brewster publica *The Stereoscope*, que pone de manifiesto por primera vez la posibilidad de trucar fotografías de fantasmas.

1861: William Mumler afirma haber fotografiado un fantasma de manera accidental en Boston.

1863: primera aparición sobre los escenarios de Londres y Nueva York de la ilusión óptica conocida como fantasma de Pepper.

1868: el más famoso de todos los médiums, D. D. Home, comparece ante un tribunal londinense acusado de fraude.

1871: publicación del primer relato de los fenómenos de Hinton Ampner.

1872: en Francia, Charles Richet presencia el uso del hipnotismo y transforma su carrera de medicina en una ocupación que englobe también su interés por lo paranormal. La revista *Notes and Queries* menciona por primera vez la casa encantada del número 50 de Berkeley Square.

1873-1874: sir William Crookes estudia a la médium adolescente Florence Cook entre los rumores de que ambos tienen una aventura.

1874: una multitud de unas cinco mil personas se reúne cada noche en Westminster con la esperanza de ver un fantasma en el cementerio de Christ Church, en Broadway.

1878: se congrega un gentío cuando alguien dice haber visto el

fantasma de la asesina Maria Manning en una ventana en el sur de Londres.

1882: se funda en Londres la Society for Psychical Research.

1885: se funda la American Society for Psychical Research.

1894: George du Maurier publica *Trilby*.

1895: el arzobispo de Canterbury le cuenta a Henry James en el transcurso de una cena la historia en la que se inspirará *Otra vuelta de tuerca*.

1896: los rayos X, el cine y la radio llegan a Londres con un intervalo de meses. La ciencia parece haberse adentrado en una nueva dimensión de lo ultraterreno.

1897: Georges Méliès filma una de las primeras películas primitivas de fantasmas, *Desaparición de una dama en el teatro Robert Houdin*.

1904: M. R. James publica su primera colección de relatos, *Historias de fantasmas de un anticuario*.

1911: Eleanor Jourdain y Charlotte Moberly publican *Una aventura en el tiempo*.

1914: Ethel Hargrove presencia la aparición de un salto en el tiempo en Knighton Gorges, en la noche de fin de año. Arthur Machen publica en un periódico londinense el relato corto de ficción *The Bowmen* y pone en marcha la leyenda de los Ángeles de Mons.

1916: sir Oliver Lodge, pionero de la electricidad y la radio, publica *Raymond, or Life and Death*, sobre sus intentos por contactar con su hijo en el más allá.

1917: botadura del submarino alemán U65 en Hamburgo.

1929: Harry Price visita por primera vez la rectoría de Borley, a la que más adelante apodaría «la casa más encantada de Inglaterra».

1930: J. B. Rhine monta un departamento de parapsicología en la Universidad de Duke. Upton Sinclair publica *Mental Radio*.

1936: la BBC realiza la primera retransmisión en directo desde una casa encantada, presentada por Harry Price. En Norfolk, Indre Shira y un colega toman una fotografía de la famosa Dama de Marrón de Raynham Hall. En Estados Unidos, la viuda de Houdini realiza su última sesión pública de espiritismo dedicada a su difunto marido.

1937: la Universidad de Bonn, regida por los nazis, presenta la parapsicología como una nueva «ciencia nórdica». Harry Price toma la rectoría de Borley en alquiler durante seis meses.

1944: Se disparan las ventas de tablas de la güija en Estados Unidos.

1959: el cantante sueco de ópera y pintor Friedrich Jürgenson graba unas voces misteriosas cuando trataba de grabar el canto de un pájaro.

1961: se desvela la existencia de un laboratorio de parapsicología en la Universidad de Leningrado. Se inicia una supuesta guerra fría paranormal que duraría una década.

1969: reconocimiento formal de la parapsicología como ciencia por parte de la AAAS (American Association for the Advancement of Science).

1971: el doctor Konstantin Raudive (1909-1974) publica *Breakthrough*, con sus extensas descripciones del fenómeno de las psicofonías.

1973: estreno de *El exorcista*, de William Friedkin.

1977: el poltergeist de Enfield en acción.

1984: estreno de *Los cazafantasmas*, de Ivan Reitman.

Para saber más

- Abbott, G., *Ghosts of the Tower of London*, David & Charles, 1986.
- Ackroyd, Peter, *The English Ghost, Spectres Through Time*, Chatto & Windus, 2010.
- Adams, Paul, Paul Eddie Brazil y Peter Underwood, *The Borley Rectory Companion*, History Press, 2009.
- Aykroyd, Peter H., *A History of Ghosts: The True Story of Séances, Mediums, Ghosts, and Ghostbusters*, Rodale Books, 2009.
- Babbs, Edward, *Borley Rectory: The Final Analysis*, Six Martlets Publishing, 2003.
- Baldwin, Gay, *Ghosts of Knighton Gorges*, Baldwin, 2010.
- Blum, Deborah, *Ghost Hunters: William James and the Search for Scientific Proof of Life after Death*, Penguin Press, 2006.
- Bywater, Hector, *Their Secret Purposes: Dramas and Mysteries of the Naval War*, Constable, 1932.
- Chambers, Paul, *The Cock Lane Ghost: Murder, Sex and Haunting in Dr Johnson's London*, History Press, 2006.
- Clarke, Andrew, *The Bones of Borley*, www.foxearth.co.uk.
- Clarke, David, *The Angels of Mons: Phantom Soldiers and Ghostly Guardians*, Wiley, 2004.
- Cox, Michael, *M. R. James: An Informal Portrait*, Oxford University Press, 1983.
- Crowe, Catherine, *The Night Side of Nature*, T. C. Newby, 1848.
- Davies, Owen, *Ghosts: A Social History*, 5 volúmenes, Pickering & Chatto, 2010.
- , *The Haunted: A Social History of Ghosts*, Macmillan, 2009.
- Felton, D., *Haunted Greece and Rome: Ghost Stories from Classical Antiquity*, University of Texas Press, 1999.
- Finucane, R. C., *Ghosts: Appearances of the Dead & Cultural Transformation*, Prometheus Books, 2006.
- Gauld, Alan, y A. D. Cornell, *Poltergeists*, Routledge & Kegan Paul, 1979.
- Geiger, John, *El tercer hombre. El secreto de la supervivencia en entornos extremos*, Ariel, 2009.
- Green, Andrew, *Ghosts of Today*, Kaye & Ward, 1980.
- , *Ghost-Hunting: A Practical Guide*, Mayflower, 1976.
- Haining, Peter, *The Mammoth Book of True Hauntings*, Robinson,

2008.

Hall, Trevor, *The Spiritualists: The Story of Florence Cook and William Crookes*, Helix Press, 1973.

Handley, Sasha, *Visions of an Unseen World: Ghost Beliefs and Ghost Stories in Eighteenth-Century England*, Pickering & Chatto, 2007.

Hole, Christina, *Haunted England: A Survey of English Ghost Lore*, Scribners & Sons, 1941.

Hood, Bruce, *Supersense*, Souvenir Press, 1980.

Horn, Stacy, *Unbelievable: Investigations into Ghosts, Poltergeists, Telepathy, and Other Unseen Phenomena, from the Duke Parapsychology Laboratory*, Ecco Press, 2009.

Irwin, Henry J., y Caroline A. Watt, *An Introduction to Parapsychology*, McFarlane, 5ª ed., 2007.

Iwasaka, Michiko, Barre Toelken y David J. Hufford, *Ghosts and the Japanese: Cultural Experience in Japanese Death Legends*, Utah State University Press, 1994.

Jones, Andrew, *Medieval Ghost Stories: An Anthology of Miracles, Marvels and Prodigies*, Boydell Press, 2001.

Lamont, Peter, *The First Psychic: The Peculiar Mystery of a Victorian Wizard*, Abacus, 2006.

Lang, Andrew, *El libro de los sueños y los fantasmas*, Erasmus Ediciones, 2012.

Lavater, Lewis, *Of Ghosts and Spirits Walking by Night*, 1572.

Mackenzie, Andrew, *Hauntings and Apparitions*, Heinemann, 1982.

Marshall, Peter, *Mother Leakey and the Bishop*, Oxford University Press, 2008.

Maxwell-Stuart, P. G., *Ghosts: A History of Phantoms, Ghouls and Other Spirits of the Dead*, History Press, 2007.

McBryde, Gwendolen, *M. R. James: Letters to a Friend*, Edward Arnold, 1956.

McCorristine, Shane, *Spectres of the Self*, Cambridge University Press, 2010.

Melechi, Antonio, *Servants of the Supernatural: The Night Side of Victorian Nature*, Heinemann, 2008.

Morris, Richard, *Harry Price: The Psychic Detective*, Sutton, 2007.

O'Hara, Gerald, *Dead Men's Embers*, Saturday Night Press, 2006.

Oppenheim, Janet, *The Other World: Spiritualism and Psychical Research in England, 1850-1914*, Cambridge University Press, 1988.

Owen, Alex, *The Darkened Room: Women, Power, and Spiritualism in Late Victorian England*, University of Chicago Press, 2004.

Playfair, Guy Leon, *This House is Haunted: The Investigation of the Enfield Poltergeist*, Souvenir Press, 1980.

Price, Harry, *The End of Borley Rectory*, George Harrap & Co, 1946.

—, *Poltergeist over England: Three Centuries of Mischievous Ghosts*, Country Life, 1945.

—, *The Most Haunted House in England: Ten Years' Investigation of Borley Rectory*, Longmans, Green & Co, 1940.

Radin, Dean, *Entangled Minds*, Pocket Books, 2006.

Roach, Mary, *Spook: Science Tackles the Afterlife*, W. W. Norton, 2006.

Sitwell, Sacheverell, *Poltergeists: Fact or Fancy*, Faber & Faber, 1940.

Smajic, Srdjan, *Ghost-Seers, Detectives and Spiritualists: Theories of Vision in Victorian Literature and Science*, Cambridge University Press, 2010.

Steedman, Gay, y Ray Anker, *Ghosts of the Isle of Wight*, Steedman/Anker, 1978.

Tabori, Paul, y Peter Underwood, *The Ghosts of Borley*, David & Charles, 1973.

Thomas, Keith, *Religion and the Decline of Magic*, Weidenfeld & Nicolson, 1971.

Underwood, Peter, *Gazetteer of British Ghosts*, Souvenir Press, 1971.

VV. AA., *Folklore, Myths and Legends of Britain*, The Reader's Digest Association, 1973.

Weisberg, Barbara, *Talking to the Dead: Kate and Maggie Fox and the Rise of Spiritualism*, Harper Collins, 2005.

Westwood, Jennifer, y Jacqueline Simpson, *The Lore of the Land: A Guide to England's Legends, from Spring-heeled Jack to the Witches of Warboys*, Penguin, 2006.

Wood, Robert, *The Widow of Borley*, Duckworth, 1992.

Agradecimientos

Desearía agradecer su enorme apoyo, su sabiduría y su aliento a mi agente y viejo amigo Piers Blofeld, de Shiel Land Associates. También me gustaría darle las gracias a mi maravillosa editora, Georgina Laycock, que ha hecho verdaderos malabarismos con su bondadosa paciencia y un enorme entusiasmo a partes iguales mientras, además, formaba una familia. No lo podría haber conseguido si me hubiese faltado alguno de los dos. Mi más sincero agradecimiento a mi sufrida correctora, Sarah Day, por su metódica atención al menor de los detalles. Muchas gracias también a Tom Ruffles por su lectura del manuscrito; poca gente sabe más de este tema que él. Gracias a mi sufridísima media naranja, Simon Su, que se toma esto de los fantasmas con un enorme y honesto humor chino. Gracias a Tom Blofeld y Robert Barret por estar siempre ahí, especialmente a Tom por prestarme la biblioteca del siglo xviii de Hoveton, lugar donde se redactó la propuesta para realizar esta obra. Gracias a Ian Smith por comprar el portátil en el que se escribió la mayor parte de esto; alguien acabó robándomelo en un pub del Soho de Londres junto con todos mis cuadernos de investigación. Gracias a Adam Roberts por ofrecer siempre su apoyo. Gracias a Johnny Mains por ser Johnny Mains. Gracias también a George Prosser, guardia de seguridad de la Biblioteca Británica, quien me prestó un libro que incluía la historia del U65. En mi proceso de documentación para esta obra he leído mucho, pero desearía rendir un particular homenaje al experto sin igual en la materia, Owen Davies, cuyo *The Haunted* y su obra genérica en cinco volúmenes *Ghosts: A Social History* son una lectura esencial. Gracias a Sarah Hutton por su asesoramiento sobre lady Conway, a George Malcolmson del Portsmouth Submarine Museum por su ayuda sobre el submarino maldito U65, y a Ed Maggs de la librería Maggs Brothers sobre el caso de la casa encantada de Berkeley Square. Gracias a los difuntos Andrew Green y Tony Cornell por su amabilidad con mis pasiones de adolescente, y a Peter Underwood por tomarse muy en serio mi interés cuando yo solo tenía catorce años.

Créditos de las ilustraciones

Tanto el autor como los editores han hecho todos los esfuerzos posibles por localizar las imágenes originales y a los poseedores de sus derechos, y están absolutamente dispuestos a incorporar cualquier corrección que se estime necesaria. Desearían agradecer a la Bridgeman Art Library su permiso para reproducir el grabado de William Faithorne del Tamborilero de Tedworth (7) y a Look and Learn/The Bridgeman Art Library por el submarino maldito (21) y a Archives Charmet/The Bridgeman Art Library por la Dama de Marrón de Raynham Hall (23); a Fortean/ Top Foto por el grabado de la rectoría de Epworth (9) y la fotografía del ladrillo volante (28); a Topham Picturepoint/TopFoto por los Arqueros de Mons (22) y a TopFoto por las pintadas en las paredes de la rectoría de Borley (29); al Hulton Archive y a Getty Images por la fotografía de M. R. James (11) y a Time Life Pictures/ Getty Images por la fotografía de Ted Serios que tomó Gerald Brimacombe (25) y a Archive Photos/Getty Images por la imagen del fantasma de Pepper (30); a Mary Evans Picture Library/Harry Price por la fotografía de Katie King (19) y la fotografía del vestíbulo de la rectoría de Borley (26); y al director y bibliotecario de la John Rylands Library de la Universidad de Manchester por el panfleto *Wesley's Ghost* (33).

1 La isla de Wight fue la última región de Inglaterra que se convirtió al cristianismo, en el año 686 d. C.

2 El rey Bran. Se dice que los cuervos de la Torre son suyos. 3* Conocidos como Beefeaters, son los custodios del Real Cuerpo de Alabarderos del Palacio Real y Fortaleza de la Torre de Londres. Aunque su tarea más popular es la de hacer de guías turísticos de la Torre de Londres y custodiar las joyas de la Corona, su oficio ha sido históricamente el de carceleros. Se trata de un puesto de honor dentro del Ejército británico al que solo se puede acceder tras superar los veintidós años de profesión con una hoja de servicios impoluta. Viven con sus familias en la fortaleza. 4 *Notes and Queries*, 8 de agosto de 1860. 5 El clero siempre mostró interés por Knighton Gorges y por su último propietario, George Maurice Bisset, al cual se hace referencia en uno de los tratados religiosos de mayor difusión en la era victoriana, *La hija del lechero*, de Legh Richmond, un diácono de Brading —también en la isla de Wight— que fue a Knighton a visitar a una de las criadas de Bisset, una muchacha tísica llamada Betsey Wallbridge que se encontraba en proceso de convertirse en una especie de santa y cuya bondad y pobreza se ponían como ejemplo de la devoción previctoriana. En la época de la destrucción de Knighton Gorges, Richmond era capellán del duque de Kent, padre de la reina Victoria.

Se ha calculado que el tratado baptista de Richmond ha vendido unos cuatro millones de ejemplares y se ha traducido a diecinueve idiomas. Los turistas devotos que visitaban la tumba de Betsey Wallbridge bien podían haberse acercado a echar un vistazo a los restos de Knighton y a meditar concienzudamente sobre la maldad y la sofisticación de sus últimos propietarios y la vanidad de los ricos. Betsey es casi con toda certeza el modelo que utilizó Dickens para la desinteresada Nell Trent de *La tienda de antigüedades*; el propio Dickens menciona el tratado por el título en su posterior cuento de Navidad *Doctor Marigold*, publicado en 1865.

6 Supuestamente, esta cama enorme, mencionada tanto por Shakespeare como por Byron y trasladada de manera reciente desde el Victoria and Albert Museum a otro museo especial en Ware, se hizo para el rey Eduardo IV. Se dice que cualquier persona que no sea de sangre azul y se atreva a dormir en ella recibe la visita de su airado fabricante, Jonas Fosbrooke. 7 La folclorista Christina Hole (*Haunted England*, 1940) diría que esto es prueba de una creencia ancestral en las hadas: uno jamás se atrevería a mirar a un hada cuando esta pasa por delante, sino que se cubre el rostro con un delantal o cualquier cosa que se tenga a mano. Por muy curioso que pueda parecer para el individuo moderno sumido en la cultura popular, en el pasado se consideraba que las hadas y los elfos eran extraordinariamente peligrosos. Una película como *Paranormal Activity* está mucho más próxima a la tradición de las hadas que *El señor de los anillos*. 8 Lo más probable es que se trate del que fuera primer ministro Arthur Balfour, que en un momento dado fue secretario de la Society for Psychical Research. 9 Un ejemplo serían los *draugr* en las sagas islandesas. Suelen surgir de sus túmulos funerarios por la noche, como cadáveres reanimados. M. R. James, medievalista familiarizado con el norte de Europa y Escandinavia, sería conocedor de la tradición de que estas entidades

son capaces de «luchar» con el ser humano; muchas de sus historias consisten en una lucha con un cadáver. ¹⁰ Si bien los puristas de la parapsicología pondrán en tela de juicio que sean fantasmas siquiera. ¹¹ La niña que fue el centro del caso, Janet Hodgson, tiene ahora más de cuarenta años, y hace poco que ha estado hablando con los medios de comunicación acerca de la noticia de que Hollywood va a hacer una película al respecto. La fotografía de la niña levitando sobre la cama con los pósters de David Soul de fondo es prácticamente un icono. Los inquilinos del número 284 de Green Street aún dicen sufrir fenómenos como la sensación de estar vigilados y de oír a alguien hablando en el piso de abajo, tal y como narra el *Daily Mail* (28 de octubre de 2011). ¹² Sobre este caso se han escrito diecisiete libros y se han filmado dos largometrajes, uno de los cuales es *Maleficio* (2006). Se supone que uno de los testigos fue el general (más tarde presidente) Andrew Jackson, y es una de las pocas historias en que un fantasma parece haber matado a alguien, administrándole un veneno. Esto, sin embargo, iría en contra de todos los demás casos de poltergeists declarados, donde incluso los objetos pesados que vuelan contra alguien se limitan a rozarlo con la suavidad de una pluma; es como si hubiera una especie de ley inmutable según la cual los poltergeists pueden amenazar, pero jamás hacer daño. ¹³ «Había bajado a mi camarote con la idea de escribir unas cartas. Descorrí la cortina de la entrada, puse un pie en el interior y, para mi asombro, vi a Wilfred sentado en mi silla. Sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo con una fuerza devastadora, y con ello noté cómo mi rostro palidecía. No eché a correr hacia él, sino que entré en el camarote a trompicones, como si tuviera agarrotadas las extremidades y no me respondiesen. No me senté, sino que le miré y le dije en voz baja: “Wilfred, ¿cómo has llegado hasta aquí?”. No se levantó, y vi que se encontraba inmóvil contra su voluntad por más que sus ojos, que no se apartaron de los míos en ningún momento, estuviesen vivos, con esa mirada tan familiar que trataba de hacerme comprender; cuando le hablé, en su rostro irrumpió una sonrisa lóbrega de lo más dulce y adorable. No sentí temor —no tuve miedo ninguno al descorrer la cortina y verlo allí—, tan solo un placer mental exquisito al contemplarlo de aquel modo. Wilfred vestía uniforme, y recuerdo haber pensado cuán fuera de lugar se encontraba aquel tono caqui contra el mobiliario del camarote. Con aquel pensamiento debí de apartar los ojos de él; cuando volví a mirar, la silla de mi camarote estaba vacía [...]. Me pregunté si había estado soñando, pero me miré y me di cuenta de que continuaba de pie. De pronto me sentí terriblemente agotado, me desplacé hasta mi catre y me tendí; al instante caí en un sueño profundo e inconsciente. Al despertar supe con absoluta certeza que Wilfred estaba muerto». *Journey from Obscurity*, 1963. ¹⁴ Véase el siguiente capítulo, «El diván visible: una breve historia de la caza de fantasmas». ¹⁵ El cazador de fantasmas Hans Holzer encontró una mecedora encantada en Ash Lawn, Virginia (Estados Unidos), aunque yo diría que no es posible catalogar como «encantada» una pieza del mobiliario a menos que esta repita el mismo comportamiento en otro lugar distinto. ¹⁶ El rubí del Príncipe Negro es una espinela de ciento setenta quilates arrebatada al cadáver del príncipe nazarí Abu Said. El diamante Koh-i-Noor tiene una historia igualmente violenta y atribulada, y se supone que trae el infortunio a los hombres, mas no

a las mujeres. 17 El perro que acompaña a Odín, tal vez, con unos ojos tan grandes como platos. 18 El juicio de las brujas de Pendle, en 1612, que tuvo gran influencia en el posterior juicio de las brujas de Salem en Estados Unidos, contó con pruebas de un «espíritu familiar» llamado Tibb que se aparecía como un perro pardo, una liebre y también como un gato. Hablando de la bruja Elizabeth Demdike: «Se diría enfadado el mencionado espíritu, por lo que la empujó o la tiró a la acequia, de ahí que ella desparramase la leche que llevaba en un recipiente o un tarro: y así fue que el espíritu se desvaneció de su vista en aquel instante; pero inmediatamente después de esto, dicho espíritu se le volvió a aparecer en la forma de una liebre, y así marchó con ella por un cuarto de milla, aunque nada le dijo la liebre a la mujer, ni esta a la liebre». Esta colisión de animal y espíritu es una ancestral marca distintiva en la cultura humana. 19 No creo que esto se haya mencionado en general con anterioridad, ya que el orbe en las imágenes digitales es algo relativamente nuevo, por mucho que la idea del alma vista como una esfera sea ancestral. Entre los que escribieron sobre el tema está el teólogo Orígenes (nacido hacia el año 185 d. C., probablemente en Alejandría, y muerto en Egipto hacia el 254 d. C.). 20 O'Donnell estaba orgulloso de su autoatribuida sangre real irlandesa y expresaba su interés en los fantasmas como una parte de su identidad nacional. Escribió unos cincuenta libros dentro del género y su perfil se asemeja mucho al del fanático; en el año 2009 se rumoreó que se estaba preparando una biografía de este personaje, pero aún no ha aparecido. En 1898, O'Donnell presenció cómo un elemental particularmente repugnante caía al agua desde los árboles de Greenwich Park: «Una figura medio humana, medio animal; atrofiado, abotargado, carnoso y amarillo. Se desplazaba de lado como un cangrejo, se dirigió hacia el matarral de la otra orilla y desapareció». 21 Marianne Foyster. Véase más adelante el capítulo «Asesinato en la casa del párroco». 22* Acento propio de la población del East End de Londres, tradicionalmente de clase obrera. 23 Estos relatos, una forma híbrida de los géneros detectivesco, científico y de terror, eran obra de William Hope Hodgson, figura de culto entre los entusiastas del género. En ellos se convocaba a la gente a una casa en Cheyne Walk y se contaban historias alrededor del fuego. 24 Durante veinte minutos desde las ocho de la tarde, Price describió el escenario y sus preparativos, incluido el uso de micrófonos y la demostración de unos contactos eléctricos que daban la alarma en caso de que se abriese alguna puerta. También se utilizaban una cámara y un termógrafo (para registrar las variaciones de temperatura). Se volvió a conectar con los oyentes desde las 23:45 hasta la medianoche. Al parecer, la retransmisión debió de ser una mezcla de momentos grabados con anterioridad y otros en vivo. No sucedió nada digno de mención. 25 Joad (1891-1953) propuso que los fantasmas podrían ser un ente híbrido, el espíritu incorpóreo de un difunto en combinación con algún «fragmento de materia» para generar una inteligencia temporal, aunque muy rudimentaria. Son muchos los que han percibido esta naturaleza fracturada de los fantasmas. «Basándome en las cosas que la gente cuenta que dicen, los fantasmas se me antojan bastante seniles», escribe Mary Roach en *Spook* (2006). 26 No hay verdaderas pruebas de que fingiese nada, más allá de tratar diversos incidentes con una considerable parcialidad. Un

ejemplo típico de esto es la fotografía del «ladrillo volante» en las ruinas de la rectoría de Borley que se publicó en uno de sus libros y su inferencia de que lo «podría» haber lanzado un poltergeist, cuando sabía perfectamente que lo habían tirado unos obreros. 27 Entre los ensayos que presentó ante la Royal Society había una investigación sobre las aguas sanadoras de Bath y otra sobre las minas de plomo cercanas. 28 Los testimonios de avistamientos primitivos de fantasmas hacían hincapié en que tanto el pelo como la ropa de estos estaba chamuscada a causa de su condición vinculada al purgatorio; habían estado demasiado cerca de las llamas del infierno. 29 Nadie que se encontrara en el cielo regresaría. ¿Por qué iba a hacerlo? 30 La mención más conocida es la de la bruja de Endor, que invoca al fantasma del profeta Samuel en el primer libro de este en el Antiguo Testamento. 31 Hilary Evans, *Intrusions: Society and the Paranormal* (1982). 32 Podría ser Winston Churchill, pero el más probable es Arthur Balfour. El papel de este en la creación de Israel llevó a los teóricos de la conspiración a otorgar un significado oculto a sus decisiones como primer ministro a causa de la labor de su hermana como parapsicóloga (y su propia pertenencia a la Society for Psychical Research), todo lo cual, huelga decirlo, carece de sentido. 33 Descubrió también por qué es azul el cielo, la eterna y preferida pregunta de los niños. La teoría que sustenta su explicación se conoce hoy como la «dispersión de Rayleigh». 34 Hoy resulta un tanto pintoresco, pero sigue estando lleno de consejos sensatos, en especial sobre el estado de ánimo del investigador, algo que nadie parece tener en cuenta en esta época. 35 Esta tardía y vergonzosa explotación de una supuesta casa encantada guarda una notable semejanza con lo sucedido en la carrera de Harry Price. En el caso de Amityville, la historia ha sido exhaustivamente desacreditada. 36 *Poltergeist* (1982), de Tobe Hooper, y ciertas novelas de Stephen King, como *Cementerio de animales* (1983), son dos buenos ejemplos. 37 Obituario, *New York Times*, 29 de abril de 2009. 38 *Where the Ghosts Are: The Ultimate Guide to Haunted Houses*, Hans Holzer (1997). 39 TAPS en Estados Unidos y *Most Haunted* en el Reino Unido. 40* Variedad británica del juego de la petanca. 41 Las familias Ricketts y Jervis tendrían fuertes vínculos con la Marina Real durante un periodo de tiempo considerable, que finalizó con uno de los descendientes de la señora Ricketts, Robert St. Vincent Sherbrooke, condecorado con la Cruz de la Reina Victoria por su papel en la defensa de un convoy en el Báltico en 1943. 42 *The Hinton Mystery*, colección de manuscritos de la Biblioteca Británica, 30011. 43 La seda constituye un motivo recurrente en relación con los fantasmas en el transcurso de los tiempos, y se remonta nada menos que a 1587, cuando un fantasma descrito como «una cosa brillante de largas proporciones y carente de forma, como si fuera vestido de seda» se apareció a la esposa de un bracero de Hertfordshire con instrucciones referentes a la seguridad de la reina. 44 Es posible que esta sea la señorita Parker que más adelante se casaría con John Jervis, el hermano de Mary. 45 En el acuerdo conyugal entre George William Ricketts y Letitia Mildmay del 2 de noviembre de 1791, el registro de la plantación jamaicana de New Cannan incluye un listado de doscientos esclavos. 46 Se diría que Streeter se había convertido en un objetivo de los espíritus. No había oído nunca los ruidos y «expresó de manera irreflexiva el deseo de saber más de ellos, y desde aquella noche hasta

que abandonó la casa apenas pasaba una noche sin que ella oyese a alguien que caminaba hasta su puerta y la empujaba, como si tratase de abrirla a la fuerza». 47 Para entonces, lady Stawell se había casado en segundas nupcias con el conde de Hillsborough, secretario de América en el Gobierno británico y hombre de confianza de Jorge III en la época previa a la guerra de Independencia de Estados Unidos. 48 Muchos años después contaría su propia versión Frances Williams: el capitán Jervis se queda para ayudar a su hermana a empacar cosas; ella se sienta a descansar en la habitación del ama de llaves (en el piso de abajo, entre el salón y la cocina) y se apoya contra «un ropero grande cuyo contenido acababan de vaciar». De repente, se quedan «ambos sorprendidos por un ruido cerca de sus oídos, que ella comparó con el movimiento de unos huesos secos dentro de una caja. Sir John abrió de golpe la puerta del armario ropero y exclamó: “El diablo está aquí dentro, y nosotros lo haremos salir”; Sin embargo, no apareció nada». 49 Eran muy íntimos para ser cuñados: habían hecho negocios juntos, y en 1766 cada uno compró algo más de ocho mil hectáreas de terreno en Florida, en la zona del río St. Johns, sin duda con la intención de montar plantaciones de azúcar que habría que labrar en terreno virgen. De no haber estallado la guerra de Independencia de Estados Unidos en el momento en que lo hizo, bien podría haber acabado Jervis siendo un importante propietario de plantaciones y esclavos en el profundo sur norteamericano. La esclavitud merodea en el trasfondo de esta historia. 50 Jervis llega incluso a dejar constancia del interés que el propio duque de Gloucester se tomó en el caso durante el largo viaje por mar hasta Italia; cuenta que el duque se estaba convirtiendo en un verdadero experto en los detalles de aquella historia, y que solicitaba entusiasmado que lo mantuviesen al día a través de las cartas que le enviaba a Jervis con el mensajero real. 51 La correspondencia le fue reenviada a lady Hillsborough mientras la familia disfrutaba de sus vacaciones de verano en Irlanda, tan solo unas semanas antes de una de las escasísimas ocasiones en que Hillsborough recibió con algo de cortesía a su némesis, Benjamin Franklin. Franklin era un escéptico, pero le interesaban los fantasmas, y escribía sobre ellos en publicaciones norteamericanas. Resulta llamativo que sus enemigos se encontrasen a un paso de la propietaria de Hinton Ampner, y que sus amigos se hallasen a otro paso de los inquilinos de Hinton Ampner. Sin embargo, y por desgracia, no existe ninguna prueba de que él supiese jamás de esta historia. 52 En realidad, el derecho canónico de la Iglesia de Inglaterra prohibía de forma explícita la práctica del exorcismo desde 1604. El artículo 72 afirmaba que ningún ministro debería «intentar, cualesquiera que fueren las circunstancias, [...] la expulsión de un demonio o demonios». 53 El obispo de St. Asaph fue uno de los pocos miembros de la Cámara de los Lores que condenaron las medidas punitivas adoptadas contra las colonias tras el Motín del Té de Boston. No es descabellado pensar que tuviera noticia del fantasma de los Ricketts; se dice que el apoyo del obispo a los rebeldes norteamericanos le costó el puesto de arzobispo de Canterbury. Benjamin Franklin se alojó en su casa, no muy lejos de Hinton, y allí escribió parte de su autobiografía. 54 Mary Ricketts pasó muchos años viuda, desde que su marido murió en Jamaica en 1799 con solo sesenta y dos años. Ella falleció en Bath en 1828. Según parece, Mary mantuvo

una estrecha relación con su hija y con el único de sus hijos que sobrevivió: le cedió la casa a su hija y se alojaba allí con frecuencia. ⁵⁵ Mary hace lo mismo que la práctica totalidad de los participantes en esta historia: confundir al señor Legge y a lord Stawell; el señor Legge nunca se convirtió en lord Dartmouth, pero sí lo hizo su hermano. Está claro que ambos hombres resultaban igualmente antipáticos para sus criados, y ambos gozaban de mala reputación en la localidad. ⁵⁶ Frances Williams Wynn, *Diaries of a Lady of Quality* (1864). ⁵⁷ Existen pocas descripciones detalladas de sueños que daten de este periodo, y no digamos ya que tengan alguna relación con fantasmas. ⁵⁸ Esta parece una versión escrita por Mary unos años después, y obligó a su hijo, Edward Jervis, a presenciarlo. ⁵⁹ Jamás se localizó el cráneo, pero Harry Price decidió destacarlo en su libro y bautizar toda aquella historia, con su vis comercial de vodevil, «La calavera de Hinton Ampner». Parece tratarse de otra pista falsa dentro de esta historia; se mire como se mire, no hay ninguna prueba de que existiese siquiera. ⁶⁰ El reverendo Hughes estaba relacionado con esta historia por otra vía: fue tutor del joven duque de Cumberland, y tanto su distrito de Uffington como Hinton Ampner eran en parte propiedad de la abadía de St. Swithun's, en Winchester. ⁶¹ Mary Ann Hughes fue también autora de *Letters and Recollections of Sir Walter Scott*, publicación póstuma de 1904. ⁶² La realidad que se oculta detrás de esto podría ser tan simple como que al anciano clérigo no le pareciese apropiado el tema para su esposa o para sus hijos. Dado que apuntaba a una conducta sexual inapropiada entre las clases altas y a una brecha en la barrera entre «arriba» y «abajo», se trataba de un tema que no les haría ni pizca de gracia a los victorianos. ⁶³ El comportamiento de sus dos hermanos, los duques de Cumberland y Gloucester, al casarse ambos en secreto, obligó al rey Jorge III a aprobar la Ley de Matrimonios Reales el año siguiente, en 1772. Esta ley se ha modificado recientemente para permitir que una posible primogénita del príncipe Guillermo se convirtiese en reina. ⁶⁴ En aquella época, Hillsborough ostentaba el cargo de secretario para América, que venía a ser en esencia un virrey de las colonias en el Nuevo Mundo, ya que los poderes que consiguió aunar durante varios años superaban los de cualquiera salvo los del propio rey. Fue Hillsborough el primero en enviar a los casacas rojas, en contra del consejo de Benjamin Franklin, y fue el increíble trato prepotente que Hillsborough dio a Franklin el que provocó entre ellos una de las grandes enemistades de la historia. El historiador norteamericano Hiller Zobel dijo de él que «únicamente la imposibilidad de que la pérdida de Estados Unidos fuera obra de un solo hombre le evita a Hillsborough ostentar tal distinción». ⁶⁵ Esto resulta difícilmente creíble, pero ahí está, negro sobre blanco. Si fuese posible verificarlo de algún modo, tal cosa sugeriría que se estaban produciendo vacunaciones contra la viruela en Hampshire al menos un año antes de la fecha de la primera constancia de una vacunación, en Yetminster, Dorset. Sí que tenían ganado, al fin y al cabo. Hoadly escribe el 12 de mayo de 1773: «No es poca la alegría que hemos sentido ante el feliz suceso de la inoculación de su pequeño y querido hijo. Ojalá mi hija hubiese podido compartir con él la destemplanza. Se encuentra bien, y animada a pesar de su melancólica situación, pues no me atrevo a llevarla al exterior ni hay visita agradable para ella [...]. En esta parte del mundo, todos expresan gran temor

ante una tos reiterada como ante cualquier otro moquillo infeccioso». No obstante, la explicación más simple es que dicha «inoculación» fuese el proceso natural de inmunización a través de los portadores comunes de la enfermedad.

66* Los llamados «fencibles» eran voluntarios locales que se unían de manera temporal al Ejército británico bajo el mando de un militar de carrera para realizar labores exclusivamente defensivas y de vigilancia a finales del siglo xviii y comienzos del xix. 67 El último de sus descendientes directos masculinos y primogénitos, por entonces sometido a un tratamiento antipsicótico, se suicidó en 2001 a la temprana edad de veinte años con la escopeta de su padre, y el título de conde fue revertido a un primo octavo emparentado con un familiar que antecedió a Mary Ricketts. Sigue siendo uno de los títulos nobiliarios más antiguos de Escocia. 68 En noviembre de 1797, Jervis detuvo en seco un motín a bordo del *HMS Marlborough* al dar a sus barcos la orden de rodear el navío y, de ser necesario, aplastarlo con el fuego de sus cañones. Tras obligar a los amotinados a colgar a su propio líder, a Jervis se le oyó comentar a sus oficiales: «Se ha preservado la disciplina». 69 Pisa, 18 de noviembre de 1771; Biblioteca Británica. 70 Una investigación reciente ha trasladado esta fecha a 1666. 71 Él, desde luego, no era un puritano con el cuño de Plymouth, según atestigua el relato del diario de Samuel Pepys que data justo de aquella época. Entre los meses de septiembre y noviembre de 1665, Pepys se alojó en la casa londinense de Glanvill en diversas ocasiones, y allí conoció a una de las compañeras sexuales de este, la señora Pennington, y se vio él mismo bebiendo, flirteando y de jarana al calor de la chimenea al más puro estilo de la Restauración. 72 Sin duda bajo la atenta mirada de su bibliotecaria, Sarah Bennet, acompañante de lady Conway ya desde 1651. Bennet viajó con ella a Francia en 1656, cuando, como último recurso ante sus dolores de cabeza, consideró seriamente la posibilidad de someterse a una operación para que le abriesen el cráneo con una sierra y sin anestesia. Ojalá supiéramos más sobre la señorita Bennet. 73 Gracias, principalmente, al efecto que este causó en Cotton Mather, el impulsor de los juicios. La obra de Mather *Wonders of the Invisible World* sigue en gran medida el patrón del libro de Glanvill y sus convicciones. 74 El cronista John Evelyn dice del hogar de la infancia de lady Conway en 1666 que «se alza en una avenida de árboles muy elegante». El edificio jacobeo original que ella conoció se conserva dentro de las alas y adiciones diseñadas por Wren. La casa está ahora más asociada a la figura de Diana, princesa de Gales, y, con su énfasis puesto en la muestra de vestidos y la búsqueda de tesoros, en el Palacio de Kensington poco espacio queda en estos días para la verdadera hija de la casa, Anne Conway, autora del *Principia Philosophiae Antiquissimae et Recentissimae* publicado póstumamente en 1690, que tuvo una gran influencia en el filósofo Leibniz. En el momento de escribir estas líneas, en la página web del palacio se puede «votar a tu princesa favorita», pero, lamentablemente, no a tu defensora favorita de la teodicea y la monadología. 75 Podemos hacernos una idea de cuánto la debilitaban estas migrañas por algo que su marido escribió en 1658: «Hizo siete semanas el domingo pasado desde que quedó confinada en su habitación, y sale muy poco de la cama, incapaz de poner un pie delante del otro; y cuando la sostienen entre dos personas [...] la aborda una tristeza incommensurable; y sus suspiros y quejidos

surgen tan profundos de su ser que me aterroriza acercarme a ella». 76 Al ser un médico adinerado, Harvey utilizaba instrumental médico de plata, algo que, sin saberlo él, le otorgaba una ventaja antibacteriana sobre los otros médicos con su instrumental de hierro, y es probable por tanto que aumentase la tasa de supervivencia de sus pacientes. 77 Como médico del rey, Harvey examinó a Jennett Hargreaves y a Mary Spencer en busca de pruebas fisiológicas de brujería, por lo general las protuberancias en la piel que se suponía que eran falsas tetillas para que mamasen las criaturas diabólicas. Con la ayuda de no menos de diez comadronas y un ayudante médico, desestimó la idea de que se tratase de pezones funcionales, de manera que cuatro de las siete acusadas fueron perdonadas. A los diez años de edad, Hargreaves había acusado a su madre de brujería, sentando así un precedente legal que los jueces de Salem siguieron muy de cerca. 78 No mucho después de unirse al salón de Ragley, Glanvill publicó su primera obra sobre el tema de la brujería. En un golpe de deliciosa ironía, prácticamente toda la edición de la obra se quemó en el almacén durante el gran incendio de Londres de 1666. 79 Existe una versión ficticia de los encuentros sobre parapsicología que lady Conway celebraba en Ragley en la novelucha victoriana de J. H. Shorthouse *John Inglesant* (1881), versión que la muestra como una mujer crédula, supersticiosa y «cascarrabias». Esto supone un ultraje para el mundo académico filosófico y feminista, que ahora trata de rehabilitar su legado intelectual, caído en el olvido. 80 Al escuchar la historia, Glanvill también apunta que la Biblia no solo estaba abierta, sino que lo estaba en un punto relevante: en el capítulo 3 del Evangelio de San Marcos, que trata de los espíritus impuros. 81 He de decir que no puedo evitar que esta imagen de un espíritu dentro de una bolsa de tela blanca me recuerde a la película seminal del género de terror japonés *Audition* (1999), de Takeshi Miike. 82 El Tamborilero de Tedworth reaparece en Estados Unidos en 1730, curiosamente gracias al periódico *Pennsylvania Gazette*. En un satírico intercambio epistolar casi con toda seguridad escrito por Benjamin Franklin (amigo del mismo obispo de St. Asaph que ayudó a Mary Ricketts), uno de los correspondientes hace referencia a la historia de dos clérigos acosados por un espíritu que no era «ni una pizca menos bullicioso que el timbalero de Tedworth». A los clérigos, que compartían habitación en una posada, los tuvo despiertos toda la noche un tamborilero fantasma, primero por un lado de la cama y después por el otro. 83 Se suele olvidar que Londres tenía la arraigada tradición de trasladar a los delincuentes a las colonias de América, y es probable que se siguiera haciendo; esto precede con mucho los bien conocidos traslados a Australia. 84 Véase *New Light on the 'Drummer of Tedworth': Conflicting Narratives of Witchcraft in Restoration England* (2005) de Michael Hunter, en Birkbeck ePrints (BIROn - Birkbeck Institutional Research Online). 85 Me quedé maravillado al leer esta afirmación, por su similitud con la introducción de Dean Radin a su obra *The Conscious Universe* («El universo consciente», 1997) y esa experiencia de tener siempre que explicarles a los escépticos que, en realidad, un siglo de ensayos constantes en los laboratorios ha demostrado la existencia de los fenómenos parapsicológicos, de lo cual ya dejó constancia la estadística Jessica Utts de la Universidad de California en 1995. «A nadie le gusta que le den una conferencia, y pensé que ojalá tuviera

un libro que les pudiese ofrecer y que explicara todo esto [...]. Este es ese libro». ⁸⁶ Albergo la ardiente esperanza de que algún día se pueda demostrar que el cantante country Conway Twitty forma parte de dicha conexión. ⁸⁷ Robert Boyle conoció esta historia de primera mano cuando era poco más que un escolar, ya que realizó un recorrido por Europa después de salir del Eton College, donde se formó, y se encontraba en Ginebra de regreso a casa tras visitar a Galileo en Florencia en 1644. Se trata de un poltergeist bastante clásico con sartenes volando y sábanas arrancadas de las camas, además de un sonido como una descarga cerrada de mosquetes bajo la tarima del suelo que recuerda mucho al fantasma de Hinton Ampner. ⁸⁸ *Cock Lane and Common-Sense*, Andrew Lang (1894). ⁸⁹ Hay un ligero toque de Glanvill en una historia como *El tratado Middoth*, uno de los primeros relatos de James que fueron adaptados para el público norteamericano (como *The Lost Will of Dr Rant*, en el programa televisivo *Lights Out*, de 1951, protagonizado por Leslie Nielsen), ambientado en una biblioteca entre textos antiguos; y en *La rosaleda y El fresno*, con la inminencia de la brujería del siglo xvii. *Corazones perdidos* transcurre en una casa muy al estilo de la moderna Ragley, y en la descripción del señor Abney, el erudito malvado que colecciona corazones infantiles para prolongar su vida, se dice que posee libros «neoplatónicos», como los de Ragley. ^{90*} El primer trimestre del año escolar, o «de San Miguel», de primeros de septiembre a mediados de diciembre. ⁹¹ El análisis que Gauld y Cornell hicieron de casi doscientos años de casos de poltergeist ingleses y norteamericanos, en los que había un evidente foco individual de las manifestaciones, reveló que cerca del 75 por ciento de dichos focos individuales eran del sexo femenino, y de estos el 78 por ciento se hallaban por debajo de los veinte años de edad. ⁹² David Parsons, *The Supernatural at War*, citado en *The Guardian*, 25 de julio de 1941. ⁹³ No puedo evitar preguntarme si esta identificación de los nazis con los poltergeists es una de las razones de que el término no sea de un uso tan común en Alemania. ⁹⁴ Junto con otro hermano llamado Charles Wesley, quien escribió el himno *Hark the Herald Angels Sing*. ^{95*} Se refiere a los *cunning men*, nombre con el que se conocía en Gran Bretaña a la figura del mago, brujo o hechicero que surge en Europa en la Edad Media. Trabajaban por encargo y con todo tipo de fines. ⁹⁶ Se dice que su matrimonio a la fuerza sirvió de inspiración para la novela de Samuel Richardson *Clarissa, o la historia de una joven dama*. ^{97*} Desde 1616, poeta designado oficialmente por la Casa Real inglesa. ⁹⁸ Toda la estética moderna de Halloween procede de estos viajeros, que habían llegado de Irlanda y que después llevaron sus rituales a Estados Unidos en una oleada de emigración. ⁹⁹ «Some Remarks on *Ghost Stories*», M. R. James (1929). ¹⁰⁰ Aunque ahora se acepta de modo general que Defoe es el autor de esta historia, y como tal ha figurado desde 1790, hay opiniones que disienten. En 2003, George Starr defendió en una revista académica que Defoe jamás habría escrito tal cosa, por la simple razón de que no creía en fantasmas, aunque esto parece obviar lo que sería capaz de hacer este autor eternamente endeudado y perseguido por los acreedores a cambio de un poco de dinero contante y sonante. ¹⁰¹ Entre las numerosas curiosidades de la historia de la señora Veal está el hecho de que menciona a unos tales doctor Sherlock y capitán Watson. No habría, al fin y al

cabo, trama detectivesca sin esa historia de fantasmas que la precede, algo de sobra conocido para el ardiente espiritualista Arthur Conan Doyle. La esencia de Sherlock Holmes consiste en la explicación racional de lo extraordinario; clavadito a un cazador de fantasmas. 102 La lápida de Defoe se puede ver en el Hackney Museum. 103 Henry More creía que la humedad del aire de la noche ayudaba a los fantasmas a materializarse y hallar su forma. 104 Esta carta se conserva en forma de manuscrito en la correspondencia de John Flamsteed. 105 Hay varias notas adicionales manuscritas por un autor desconocido de las cuales no parece haber dejado constancia toda la literatura previa. La apretada letra de un rebelde, tanto como Defoe lo era, añade a partir de una fuente desconocida que «algo se mencionó en esta conversación sobre los tiempos de antaño en que el rey Carlos II persiguió a quienes se rebelaban», ante lo cual la señora Veal dice: «No deberían perseguirse los unos a los otros cuando todos ellos van camino de la eternidad». 106 Sasha Handley, *Visions of an Unseen World* (2007). 107 Crusoe no escapa al siguiente pensamiento: «No sé yo en este punto si hay tales cosas como apariciones, espectros o gente que se pasea después de haber muerto...». 108 *Ghosts and the Japanese: Cultural Experiences in Japanese Death Legends*, de Michiko Iwasaka y Barre Toelken (1994).

La noche siguiente, hacia la siete, vino la aparición y abrió la puerta del negocio de Goddard, y allí se quedó en pie con las mismas vestimentas de antes, mirándolo a la cara pero sin decir nada. Y la siguiente noche, cuando Goddard salió a la parte de atrás con una vela en la mano, se le volvió a aparecer con la misma forma; sin embargo, atemorizado, Goddard entró corriendo en la casa y no lo vio más en aquella instancia. No obstante, el jueves 12 del mes corriente, cuando llegaba él de Chilton a caballo por la colina entre la gran mansión y los campos de la finca de Axford, vio que se cruzaba en su camino algo similar a una liebre, ante lo cual su montura se asustó y lo tiró al suelo. En cuanto pudo ponerse de nuevo en pie, otra vez salió a su paso la misma aparición y del mismo modo, y, de pie a unos dos metros y medio de él, habló de nuevo.

109 Más conocido posteriormente por los círculos en las cosechas que aparecieron allí a finales de la década de 1980. 110 Entre los incidentes que parecen responder a un engaño de los criados a sus señores pero le echan la culpa a un fantasma se encuentran el poltergeist de Stockwell, los fenómenos de la rectoría de Borley y los del Tamborilero de Tedworth. 111 Además de esto, se daba un efecto climático global que estaba en su punto álgido: al llamado mínimo de Dalton aún le quedaban otros quince años de actividad solar inusualmente reducida. 112 «Manfredo, indeciso entre la huida de Isabella, que ya había alcanzado la escalera, y su incapacidad para apartar los ojos de la pintura, que empezaba a moverse, había sin embargo avanzado algunos pasos tras la joven, pero sin dejar de mirar atrás, al retrato. Vio entonces que este abandonaba su tabla y descendía hasta el suelo con gesto grave y melancólico». 113 Era la hija de un tendero de Holborn, así que nació en unas circunstancias similares al investigador de lo paranormal del siglo xx Harry Price. 114 El más reciente, Peter Ackroyd en *Albion* (Vintage, 2004). 115 El coadjutor de Newcastle Henry Bourne apunta en la avanzada fecha de 1725 que es «común que el presente vulgo diga que nadie puede expulsar a un

espíritu salvo un *cura papista*». 116 La ceremonia de las Nueve Lecciones y Villancicos de las tres de la tarde fue instaurada el año antes de que M. R. James se marchase, en 1918, y parece que el escritor no aprobaba ni mucho menos aquella innovación inventada, por cierto, por E. W. Benson en la catedral de Truro en 1880. Recordemos que Benson se convertiría más tarde en arzobispo de Canterbury y sería él quien le contase a Henry James la historia que pudo ser la semilla de *Otra vuelta de tuerca*. 117 El silbato, por el otro lado, lleva la inscripción «Fur, Flavis, Flebis», que significa «Ladrón, sopla, llora». James siempre solía referirse a esta historia como «Fur, Flebis» en lugar de utilizar su título original, «Oh Whistle, And I'll Come To You, My Lad», extraído de una canción del poeta Rabbie Burns. 118 Gildersleeve y Lodge, 1867: «la persona a quien uno habla o señala». 119 Ese muchacho es Monty James, o más bien una representación de su yo de la infancia, el que vio el fantasma desde la ventana, aunque esta vez se encuentra de pie en el lugar del fantasma. 120 La carta iba dirigida a Gwendolyn McBride, y su correspondencia con ella se publicó en 1958 como «Letters to a Friend» (Edward Arnold). Una de las grandes revelaciones de estas cartas fue el enorme interés que M. R. James tenía por los gatos, y su tendencia a trabajar sentado en el borde de la silla mientras su gato, Job, ocupaba la mayor parte del asiento. ¿Estarían las historias de James contagiadas con el parásito *Taxoplasma gondii*, que pasa de felinos a humanos? Según el número del 27 de agosto de 2011 de la revista *New Scientist*, uno de los efectos de este ingrato protozoo, protagonista de uno de los episodios de la serie televisiva *House*, es convertir el miedo en algo «agradable». 121 Mark Bond sería presidente de la Dorset Natural History and Archaeological Society (Sociedad Arqueológica y de Historia Natural de Dorset) entre 1972 y 1975. Podemos estar seguros de que jamás olvidaría aquel anochecer en que escuchó a M. R. James con su retahíla de fantasmales túmulos y yacimientos ancestrales, que quizá quedase alojada para siempre en su mente. A James, al menos, le habría parecido estupendo. 122 Horace Walpole a Horace Mann, 29 de enero de 1762. 123* Nombre popular del edificio londinense del Tribunal Penal Central de Inglaterra y Gales. 124 Curiosamente, Parsons ocupaba un puesto al que ya se hacía referencia con anterioridad en los anales de la literatura inglesa; en *Pedro el labriego* (hacia 1362), Langland habla de «Clarice, de *cokkeslane*, y el secretario de la iglesia». 125 Publicación gemela del *Old Bailey Proceedings*, era un panfleto periódico que contenía las biografías de los prisioneros ejecutados en Tyburn. 126 Véase el capítulo «Nos adentramos en la escala de Epworth». 127 Douglas Grant, *The Cock Lane Ghost*, St. Martin's Press, 1965. 128 Paul Chambers, *The Cock Lane Ghost: Murder, Sex and Haunting in Dr Johnson's London*, Sutton, 2006. 129 Pertenecía a la familia Legge, la misma que era propietaria de Hinton Ampner, una extraña coincidencia. 130[Tascar cáñamo era uno de los trabajos forzados habituales en Bridewell. 131 Se destruyó, por cierto, la casa de lord Mansfield, quien da la casualidad que fue el juez del caso de Cock Lane y también quien presidió el juicio contra el capitán Bisset de Knighton Gorges. 132 Sorprendentemente, la casa de Nicolai es una de las pocas viviendas de los siglos xvii y xviii que aún quedan en pie en el Berlín moderno. 133 Un productor de televisión que realiza programas para la cadena

Sky ha sugerido que al mago británico Derren Brown le sucede algo similar. 134[Sector de la Iglesia anglicana, protestante, que relativiza la importancia de los rituales, los sacramentos y la autoridad del clero. 135[En inglés, el término *spirits* se utiliza también para hacer referencia a los licores u otras bebidas alcohólicas de alta graduación. 136[En inglés, «infierno». 137 En términos estrictos, ganó el Nobel en la categoría de Fisiología o Medicina. 138 Financió a Louis Charles Breguet (1880-1955), con quien creó el primer antecesor del helicóptero; el giroplano Breguet-Richet despegó en el año 1907. 139 Conforme transcurría el verano de 1838, sin embargo, se fueron desvaneciendo los aspectos médicos de toda aquella empresa y creció la sospecha de que las hermanas O'Key habían fingido todo el asunto. Corrió el rumor de que formaban parte de una Iglesia evangélica apocalíptica de Islington Green cuya congregación era dada a la glosolalia, pero los aristócratas que asistieron a su «velada» parecieron encantados con el descaro infantil de las chicas y su tendencia a quedarse dormidas sobre sus elegantes regazos. Caído en la ignominia, Elliotson se vio obligado a renunciar a su puesto en el hospital. 140 Max Dessoir, en *The Psychology of Legerdemain*, opina que el investigador con formación es en realidad mucho más crédulo. «El inculto es mucho más difícil de engañar que el culto, dado que el primero ve a cada paso una evidente falta de confianza en su inteligencia e intentos de embaucarlo, contra los cuales opone toda su resistencia, mientras que el segundo se rinde a la ilusión sin resistencia ninguna, pues ha acudido con el único fin de que lo engañen». 141[En inglés, se llama Svengali a quien controla a otra persona por medio de la influencia hipnótica que ejerce sobre ella, por lo general con fines siniestros. 142 Diversos estudios entre los cuales se halla el del neurólogo Peter Brugger de Zúrich sugieren que los individuos con niveles elevados de dopamina (uno de los efectos del consumo de éter) muestran una mayor creencia en lo paranormal. La dopamina es un neurotransmisor relacionado con la sensación de bienestar y con la tendencia a hallar patrones. Los estudios con ratas que llevó a cabo la Academia Rusa de Ciencias Médicas de Moscú en 1999 concluyeron que «las ratas hembra eran más propensas al refuerzo provocado por los vapores del éter que las ratas macho». Del mismo modo, el consumo de cocaína inyectada por parte de Sherlock Holmes (que afecta a la dopamina) habría aumentado su capacidad para identificar patrones. 143 *Testifying in Court as an Expert Witness*, Andrew M. Colman, Universidad de Leicester. Aquella aparición pionera de Notzing en calidad de testigo experto constituye hoy uno de los elementos básicos de los programas estadounidenses de máxima audiencia. 144 Walter Randall y Steffani Randall, «The Solar Wind and Hallucinations — A Possible Reaction Due to Magnetic Disturbances», *Bioelectromagnetics* 12, 1991. 145 La doctora Blackmore, que acudió como invitada del programa de ciencia *Horizon* de la BBC, escribe: «Al final, estas observaciones no son más que correlaciones. No demuestran que la actividad neuronal en los lóbulos temporales genere experiencias psíquicas, ni siquiera que sea un efecto de la experiencia psíquica. Lo que ha faltado en una demostración directa de que se pueden crear ciertas experiencias concretas por la estimulación específica de las neuronas en esta parte del cerebro». Sorprendentemente, esto podría ser posible a nivel tecnológico dentro de poco

gracias al trabajo del profesor Ed Boyden en el MIT. Su grupo de neurobiología sintética ha conseguido grabar proteínas de algas en neuronas cerebrales reales utilizando un virus programado, lo cual supone que estas neuronas puedan ser estimuladas después con una fuente de luz. Dicho de otra manera, es capaz de encender y apagar fragmentos del cerebro como si fuesen luces. 146 Unas líneas que inspirarían a T. S. Eliot: «¿Quién es el tercero que va siempre a tu lado? / Cuando cuento, solo estamos tú y yo, juntos, / pero al levantar la mirada hacia la senda blanca / siempre hay otro que camina junto a ti» (*La tierra baldía*). 147 Un episodio fugaz e incontrolable de sueño que puede durar desde una fracción de segundo hasta los diez segundos. Se trata de una reacción fisiológica natural a la fatiga, que puede ser muy peligrosa cuando quien la sufre trabaja con maquinaria pesada. 148 Según la leyenda, su gusto por el satén y el satén de su vestido negro hicieron que aquel tejido fuese impopular durante décadas. Sin embargo, su biógrafo, Albert Borowitz, descubrió que el satén siguió estando de moda durante las décadas posteriores; dos años después, en la Gran Exposición, fueron siete los satenes negros que obtuvieron galardones en el apartado textil. 149 Aunque solo tuviese nueve años en aquel momento y no llegase en realidad a presenciar la ejecución, la imagen de aquel vestido y la propia ejecución atormentó a Thomas Hardy. Así describiría el ahorcamiento, muy posterior, de la esposa de un obrero, Elizabeth Martha Brown: «Recuerdo la figura tan elegante que ofrecía la mujer contra el cielo, allí colgada en la neblinosa llovizna, y cómo destacaba sus formas aquella seda negra ajustada mientras ella daba vueltas y vueltas». El vestido lo había impuesto su imaginación, era una especie de fantasma en sí mismo. 150 Más recientemente ha sido encarnada como la señorita O'Brien de la serie de televisión *Downton Abbey*. 151 Era la doncella de la duquesa de Sutherland, que resultaba ser Mistress of the Robes en la corte de la reina Victoria [una dama de compañía de rango elevado, encargada del vestuario de la reina], un detalle que tal vez realizase el elemento del vestido y la tela de este fantasma en concreto. La revista satírica *Punch* denominó su atuendo «corpiño a la *condamnée*». 152 Manning asesinó a Patrick O'Connor en Manver Place por el dinero y las posesiones de este; a continuación, enterró su cadáver en cal viva bajo el suelo de la cocina. La descripción que la policía hace de ella después de que se fugase la dibuja con 1,70 metros de estatura, «corpulenta» y con una cicatriz en el lado derecho de la barbilla que descendía hacia el cuello. 153 Para la mentalidad inglesa, el color negro de su vestido sirvió en muchos sentidos para poner énfasis en la condición de extranjera de Manning. 154 En el momento de escribir estas líneas, la adaptación teatral en el londinense Fortune Theatre está a punto de alcanzar las nueve mil representaciones después de veintitrés años y una estimación global de unos siete millones de espectadores. 155 Véanse los casos del Tamborilero de Tedworth, la aparición de la señora Veal, el fantasma de Cock Lane o la casa encantada de Hinton Ampner, además del caso de 1634 del fantasma de Halloween de la Madre Leakey en Minehead, Somerset, que Carlos I ordenó investigar a su consejo privado. 156 Balcón interior en los grandes salones de los castillos y mansiones medievales británicas donde se situaban los músicos, apartados, para amenizar las reuniones de los nobles. 157 Al menos una de las actuaciones de Acorah se

ha dado por fraudulenta: el parapsicólogo Ciarán O'Keeffe le pasó información sobre un personaje ficticio y, en el momento acordado, Acorah fue poseído por dicho personaje inexistente. 158 Esto se acabó después de que la oficina británica de supervisión de las comunicaciones (Ofcom) investigase el programa en 2005 por supuestas irregularidades normativas. Ofcom absolvió a los responsables de *Most Haunted* al llegar a la conclusión de que el programa tiene «un grado tan alto de espectáculo que se sitúa fuera del rango de lo que esta oficina cree que por lo general se entiende y acepta como una investigación reglamentaria». A partir de entonces, el programa se refirió siempre a sí mismo como un espectáculo de entretenimiento. 159 No tengo muy claro por qué motivo el mar Rojo tiene tanto peso en la teología protestante al respecto de la creencia en los fantasmas. Asumo que se trata de un claro eco de los textos del Antiguo Testamento, incluida la huida de Egipto, cuando se abrieron las aguas del mar Rojo y los impíos fueron relegados a sus profundidades. 160 Se señalaba la capacidad para hacer crujir los dedos de los pies y otras articulaciones como una característica fundamental de los farsantes. De esto se acusó a Betty Parsons, la niña a la que descubrieron fingiendo el fantasma de Cock Lane. 161[Médium, vidente, adivino; se dice, en general, de una persona con poderes psíquicos. 162 En estos tiempos es más común verlo expresado en gaélico: *Buaidh no bas*. 163 El primer libro del profesor George Bush, sobre la vida de Mahoma y no demasiado compasivo con el fundador del islam, se convirtió en uno de los temas candentes en el mundo árabe en el año 2004, cuando se sugirió que el desprecio por el islam era un claro rasgo distintivo de la familia Bush. El Departamento de Estado norteamericano se apresuró a redactar una nota de prensa para confirmar que el autor de la obra no era más que un pariente muy lejano del entonces presidente: una especie de primo en quinto grado de George W. 164 El hotel Cox era también el lugar de trabajo de la segunda esposa del prácticamente olvidado marajá Duleep Singh, propietario del diamante Koh-i-Noor. Ada era camarera en el hotel antes de que el glamuroso potentado hindú se casara con ella en la década de 1880. 165 Se dijo que después de haber sido encarcelado en la prisión de Mazas, en París, se casó de manera inmediata con una ahijada del zar de Rusia que se llamaba Sacha. Alexandre Dumas fue su padrino de boda. 166 Home advirtió al joven soldado al respecto de los horribles fantasmas que rondaban por allí, pero, por exasperante que resulte, parece que no se conserva ninguna de sus descripciones. Home, que describió «diversos espíritus de la Torre con un lenguaje muy gráfico», le dijo a Lindsay que no tardaría en ser obsequiado con un encuentro. Más adelante, Lindsay confirmó que efectivamente ocurrió, pero sin dejar constancia ninguna de qué fantasma era. 167 Un tiempo después, cuando la organización científica Dialectical Society analizó el incidente, las cosas se complicaron al declarar lord Lindsay que el suceso se había producido en un edificio distinto, y hubo ciertos desacuerdos al respecto de si había una cornisa en el exterior de la ventana o no. 168 Varley entendía la electricidad con un sentido místico, pero lo cierto es que no tuvo igual hasta la llegada de Nikola Tesla. Véase, por ejemplo, esta descripción: «Para un electricista, un cable metálico no es más que un orificio perforado en la sólida roca del aire para que la electricidad pueda fluir

libremente». 169 En *The First Psychic* (2005) Peter Lamont habla de 60.000 libras de entonces. 170 Su exitosa hidroterapia en el balneario de Malvern tiene una importante presencia en la película *La duda de Darwin* (2009), construida en torno a las visitas que este realizó al balneario en 1851. 171 Ha habido cierta controversia al respecto de la edad de Florence Cook, pero la Society for Psychical Research ha confirmado su fecha de nacimiento con los registros públicos: 3 de junio de 1856 (Medhurst y Goldney, 62). 172 Tras la muerte de la esposa de Blackburn, la hermana de Florence —Kate— y la madre de ambas se trasladaron a vivir con él para cuidar del hombre y de su hija, que sufría un trastorno clínico. Hay por lo menos un biógrafo que mantiene que esto constituye una prueba de la conspiración criminal por parte de las Cook para echarle el guante a la fortuna de Blackburn. 173 Ahora Mornington Terrace, en Camden. 174 Dos años después, en 1876, la investigación judicial de la muerte por envenenamiento de Charles Bravo, de Balham, arrastró el nombre de Gully por el fango cuando salió a la luz que el médico había mantenido una relación sexual ilícita con Florence. 175 No eran solo las mujeres quienes hacían uso de sus cavidades corporales; en una sesión de espiritismo celebrada en Grenoble en 1916, el médium australiano de aportes paranormales Charles Bailey coló en secreto unos gorriones vivos que se había introducido por el ano. 176 *The Darkened Room*, Alex Owen (1989). 177 Edmund Gurney (1847-1888) fue uno de los miembros fundadores de la SPR, y así se convirtió en el primer investigador de fenómenos psíquicos de la historia con dedicación plena. Miembro del Trinity College de Cambridge por un tiempo, con posterioridad estudió bajo la dirección del físico Oliver Lodge, quien desarrolló su interés en lo sobrenatural por influencia de su discípulo. En 1886, fue el principal autor de *Phantasms of the Living*, un innovador estudio sobre las alucinaciones de carácter «telepático». Se dice que el Daniel Deronda de George Eliot está basado en él. Murió en un hotel de Brighton a causa de una sobredosis de cloroformo, posiblemente para tratarse una neuralgia. 178 Myers (1843-1901), hijo de un clérigo y también del Trinity de Cambridge, uno de los fundadores de la SPR. Algunas fuentes lo llaman «el padre de la investigación psíquica». William James pensaba que Myers era de una «genialidad no muy distinta de la de Charles Darwin». También se le considera cada vez más como uno de los pioneros del campo de la psiquiatría. 179 El mobiliario estilo *shaker* tiene algo que parece atraer la atención de los poltergeists. 180 Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), fue un socialista utópico. 181 Cuando las pruebas implicaban que tuviese que agarrar un asa en lugar de que le colgaran monedas, le bastaba con sujetar el asa debajo de la rodilla y utilizar la mano libre para tocar una guitarra y recortar siluetas de papel. Cuando no hace mucho se descubrió uno de los galvanómetros de Crookes en el Museo de Ciencias de Londres, las pruebas que se hicieron demostraron que trucarlo era un juego de niños: una de las formas era metérselo por dentro del calcetín. 182[Hipocorístico de Hellen. 183 Unos años después de publicar esta historia de fantasmas, escribió un libro en defensa de las fuerzas del orden británicas, *The Thin Blue Line* («La delgada línea azul», 1965). 184[Guía de publicación anual que contiene los navíos de guerra de todo el mundo. 185 En el margen del ejemplar de este libro que

conserva la Biblioteca Británica hay un comentario a lápiz que llama la atención sobre el hecho de que 65 es el resultado de multiplicar 5 por 13. 186 El *USS Hornet* es otro navío de guerra con una extensa tradición de estar maldito. 187 En el Reino Unido, es la forma habitual de dirigirse a una enfermera jefe. 188 «The Huns» era el apodo despectivo que empleaban los británicos para referirse a los soldados alemanes durante la Primera Guerra Mundial. 189 *Many Inventions*, 1893. 190 Esto inspiró la película *Juana de Arco* (1916), de Cecil B. DeMille, y ayudó a lograr su canonización al cabo de cinco siglos, en 1920. 191 Helen de G. Verrall, «An Enquiry Concerning “The Angels at Mons”», *Journal of the Society for Psychical Research*, diciembre de 1915. 192 Imperial War Museum, «The Angels of Mons», folleto informativo número 24, catálogo n.º 1256A. Londres, Imperial War Museum, sin fecha. 193 K. McClure, *Visions of Angels and Tales of Bowmen*, 1994. 194 Da la casualidad de que estuve en la mansión de Woodchester para asistir al programa especial de verano de *Most Haunted*. Se puede decir que la experiencia fue una extraña mezcla de una producción televisiva de bajo presupuesto con un meticuloso cuidado a la hora de situar al público invitado, pero si conseguías evadirte del disparate, el escenario era de lo más inquietante. 195 Los otros tres tipos de fantasma griegos eran los lastimeros *âôroi*, niños y bebés principalmente; los atribulados *ataphoi*, que no habían recibido apropiada sepultura; y los rencorosos *agamoi*, quienes morían sin haberse casado. De ser femeninos, eran los fantasmas de unas implacables solteras. 196 A pesar de estas informaciones, sigue siendo objeto de controversia entre los estudiosos de la Antigüedad clásica el hecho de si había siquiera caballos en la batalla de Maratón. 197 Hay otra cuestión interesante acerca de Philip, duque de Wharton. En 1729 el rey y el hermano de Dorothy —Robert Walpole— acusaron a lord Wharton de alta traición, le retiraron sus títulos y le confiscaron sus bienes. Ese fue el año en que falleció Dorothy. ¿Podría ser cierta la leyenda familiar de que Dorothy se dejó morir de inanición a consecuencia de la absoluta ruina de Wharton a manos de su propio hermano? 198 Uno de los cuales, Edward, se convertiría en deán de Norwich. 199 La idea de un retrato cuya mirada sigue al observador por la habitación, tan popular especialmente en las comedias sobrenaturales, parece tener su origen en un relato breve, *The Yellow Gown* («El vestido amarillo», 1858), de G. J. Whyte Melville, en el cual el narrador se queda sorprendido ante la «extraña ilusión óptica» de que la mujer del cuadro lo está observando. 200 La mayoría de las fuentes hace referencia a él como el «coronel Loftus», pero, dado que Gwladys lo llama «mayor» y al fin y al cabo era su pariente, yo seguiré su costumbre. 201 Uno de los favoritos de Hemingway y alabado por Joseph Conrad, el ahora olvidado Frederick Marryat fue una de las influencias de Patrick O'Brian en sus libros de marinería. El capitán Marryat (1792-1848) escribió *El guardiamarina Easy* y *Los cautivos del bosque*, y su boceto de Napoleón en su lecho de muerte es una de las imágenes más conocidas de la época. Marryat había comandado el balandro *Beaver* en 1820, que fue el navío encargado de llevar a Inglaterra la nueva de la muerte de Napoleón en Santa Elena. Y escribió también sobre lo sobrenatural: su obra *El buque fantasma* (1839) es muy del estilo de *Piratas del Caribe*. 202 Sin duda, muestra una forma blanquecina translúcida suspendida

sobre el decimotercer peldaño de la escalera, y han sido muchos desde entonces los que han comentado su apariencia «mariana», es decir, que tiene el aspecto de una imagen convencional de la Virgen María. Esto resulta de especial interés dado que lady Townsend era católica y sentía especial devoción por un santuario católico muy venerado, cerca de Walsingham. 203 Tom Ruffles, «The Brown Lady of Raynham Hall», *nthposition.com*, enero de 2009. 204 Todavía hay quien supone que lady Townsend había contratado en realidad a Indre Shira, en cuyo caso, viendo a quién beneficiaba, parece más que posible que se tratase de una sofisticada maniobra publicitaria para el libro, que arranca con la historia de la Dama de Marrón. Tengo que decir que lady Townsend se muestra en su libro bastante vivaracha y ligeramente traviesa, más como una alegre jovencita que como la gran dama católica y adusta que otros insinúan. En un relato, al hablar de la Habitación Monmouth, dice que en una de sus fiestas «la debutante más encantadora del año» le había insistido en quedarse allí a dormir con la esperanza de ver al caballero. No lo consiguió, pero apenas dos días después una dama mayor que durmió allí sí que lo vio. 205 Se produjo un similar desenlace con William Hope (1863-1933), un carpintero reconvertido a fotógrafo que, en 1920, reveló la fotografía del espíritu de alguien que estaba bastante vivo. 206 El término inglés *thoughtographs* (fotografías del pensamiento) fue sustituido más adelante por *nengraphs* (de la raíz japonesa *nen*, «pensamiento»). 207 En 2007, una entrevista al matemático Persi Diaconis en la revista *New Scientist* volvió a arrojar dudas sobre todo aquel procedimiento al afirmar el entrevistado que había visto a Ted Serios hacer trampas. Sin embargo, esto no implica la conclusión de que todo cuanto hiciera Serios fueran trampas. 208 Smith jamás consiguió su informe. 209 Recuerdo una explicación similar en Knighton Gorges (véase el capítulo «Mis casas encantadas») y la pequeña cabaña del jardín que aún sobrevive allí, en ruinas. Un experto local me contó en confianza que la razón de que en la antigua casa no hubiera ventanas que dieran al jardín era que a uno de los dueños «no le gustaban las cosas que veía por la noche» cuando los fantasmas se encontraban más ajetreados, por utilizar una expresión jamesiana. En realidad, en tales casos el motivo solía ser que el servicio no pudiese espiar a sus señores mientras estos tomaban el té en el jardín. 210 Regresó una vez durante el periodo de beneficio eclesiástico de Foyster para examinar otra pintada en la pared, pero eso fue todo. Una vez más, su relación con Borley había finalizado cuando apenas acababa de empezar. 211 En una carta dirigida a Ian Greenwood muchos años después, Marianne comentaba que «Fisher picó [...], creyó que yo tenía dinero, y yo piqué, creí que él lo tenía». 212 También se cuenta que, en 1941, Marianne embaucó a otro hombre apellidado Davies, un médico viudo, al fingir que canalizaba el espíritu de su esposa fallecida, Tweatie, especialmente en situaciones de clímax, como cuando mantenían relaciones sexuales. Le sacó a aquel hombre dinero y regalos durante un periodo de seis meses. Después de romper con él, Marianne le devolvió la ropa de su mujer retorcida «con la forma de una muñeca» y acompañada de fragmentos de cartón en los que había dibujado «símbolos cabalísticos». Davies creyó que Marianne le estaba echando una maldición (*The Widow of Borley*, 1992). 213 En algún momento, Marianne

abandonó a dos de sus tres hijos adoptados, y se quedó solo con el último, Vincent O'Neil. De manera similar, un evacuado de la capital al que Marianne estuvo cuidando brevemente se encontró un día, de buenas a primeras, con que lo llevaban a la estación y lo metían en un tren de regreso a Londres. O'Neil solo supo de la relación de su madre con Borley tras la muerte de esta en 1993, y durante una temporada estuvo llevando una web pionera sobre el caso, hasta que a partir de 2004 rechazó cualquier otra relación con la historia de Borley. 214 Marianne se tomó tales molestias a la hora de encubrir su bigamia — incluidos nombres, fechas y domicilios falsos en documentos oficiales— que sus «apaños» no están del todo claros. En los años cincuenta, Trevor Hall trató de desenmarañar la madeja: parece que Marianne vivió con Fisher e hizo pasar a Lionel Foyster por su anciano padre en Ipswich y en Rendlesham después de marcharse de Borley. Es bastante posible que el marido número dos creyese que el marido número uno era el inválido padre de su esposa. 215 Véase el capítulo «Una especie de América». 216[Organismo que se encarga de la gestión del patrimonio histórico de la Iglesia de Inglaterra. 217 Mi agradecimiento al genealogista Robert Barret, que tras investigar esta materia no ha podido encontrar prueba alguna de que ambos estén emparentados.

26. Una fotografía del vestíbulo de Borley en la época en que Price residió allí. Numerosos objetos eran arrojados al vestíbulo desde arriba.

218 Ellic Howe era un escritor interesado en el movimiento ocultista denominado Amanecer Dorado; sus habilidades en diseño gráfico fueron decisivas para el esfuerzo bélico británico a la hora de falsificar documentos nazis mientras trabajaba para Sefton Delmer, maestro falsificador del SOE británico en 1942. 219 Price escribiría más adelante al vicario, el reverendo Henning, sobre aquel abrigo: «El señor Henning me informó de que no sabía nada sobre el abrigo, que jamás lo había visto en la rectoría y que no tenía ni idea de cómo podía haber “aparecido” allí. Es más, preguntó en el pueblo, y nadie había perdido un abrigo ni sabía nada al respecto [...]; el abrigo se quedó en el lugar donde lo encontré. Durante mi año de alquiler en la rectoría, desapareció por completo durante una semana, según el informe de nuestro observador». (Harry Price, *The Most Haunted House in England*). Por desgracia, no habían asegurado la casa tan bien como Price creía. 220 Roger Glanville se alistaría en la RAF durante la Segunda Guerra Mundial y llegaría a ser comandante de las fuerzas aéreas. 221 Una forma de tabla de la güija que implica el uso de un puntero con forma triangular o de corazón en lugar de un vaso. Causaron furor, especialmente en Estados Unidos, en la década de 1860. De manera más reciente, se han utilizado en las películas de la saga *Paranormal Activity*. 222 Si bien, para ser justos con quienes respaldaron a Price, el ladrillo se halla a una distancia considerable del único obrero visible. 223 A finales de agosto de 1878, a Esther, de dieciocho años, la violó un hombre a quien ella conocía; eso desencadenó una serie de misteriosos repiqueos, golpes y sonidos susurrantes en la pequeña casa en la que vivía. Recibió muchas visitas, clérigos incluidos; sobre su cama apareció la frase «Esther Cox, te mataré si quiero», y ella empezó a sufrir ataques e hinchazones por el cuerpo. 224 El antropólogo Eric J. Dingwell (1890-1986) no era precisamente un fan de Harry

Price; aparte de ser una especie de doberman intelectual de la SPR, su vida profesional discurrió más que nada como catalogador en la biblioteca del Museo Británico en calidad de «ayudante honorario del conservador», donde, entre otras cosas, se encargaba del «material de la colección privada», de carácter erótico e inaccesible al gran público. Una de sus donaciones a la biblioteca fue «Prospectos y anuncios eróticos en diversos idiomas, fechados entre 1890 y 1970». 225 Puede encontrarse en la Biblioteca Británica, donde él trabajó una vez como bibliotecario. 226 Great Livermere, donde M. R. James pasó su infancia, se encuentra solo a unos kilómetros de Borley; con lo mucho que le gustaban las iglesias de East Anglia, James habría visitado Borley en algún momento casi con toda certeza. 227 El guion se conserva en la Colección Harry Price de la Universidad de Londres, y nunca se llegó a desarrollar en serio. Hoy a Sinclair se le conoce más por haber escrito la historia que se convirtió en la película *Pozos de ambición*, interpretada por Daniel Day-Lewis en 2007. 228 Podría tratarse, o quizás no, del manuscrito titulado «The Ghost That Kept Harry Price Awake». 229 Ahora, después de que se hayan analizado sus cenizas en busca de residuos radiactivos, existen pruebas de que Marie Curie no murió por la exposición al radio con el que trabajaba, sino por la exposición a las máquinas primitivas de rayos X. 230 Es posible ver una versión del aparato en la última adaptación filmada de la novela de Susan Hill, *La mujer de negro* (2012). 231 Para ser exactos, la primera proyección de la historia en el Reino Unido la realizó el pionero británico Birt Acres el 10 de enero de 1896 en el Lyonsdown Photographic Club de High Barnet, pero parece que la proyección de la Royal Photographic Society en Marlborough Hall fue la primera que se realizó de forma pública. 232 «A la casa cuyos moradores están privados de la luz, / donde el polvo es su sustento, el barro su alimento, / No ven la luz y viven en la oscuridad, / visten como las aves con alas por vestiduras / y el polvo se acumula en la puerta...», Descenso de Ishtar a los infiernos. Según transliteración en R. Borger, *Babylonisch-assyrische Lesestücke*, vol. 1, Roma, 2006. 233 <https://www.youtube.com/watch?v=K4MnFACzKfQ> 234 <https://www.youtube.com/watch?v=8ZrATNzuzsQ> 235 Abraham Lincoln fue asesinado en el teatro Ford de Washington D. C. mientras asistía a una representación con este actor sobre el escenario. Lincoln sigue siendo uno de los presidentes norteamericanos más asociados con lo sobrenatural: supuestamente, su fantasma rondaba la Casa Blanca y se apareció en una fotografía de espíritus de Mumler. Lincoln creía en los presagios proféticos: una vez se miró al espejo y vio una imagen duplicada de sí mismo, y otra vez soñó con su funeral de cuerpo presente. Se suponía que el general Ulysses Grant y su mujer, Julia, debían acompañar al presidente Lincoln en el teatro Ford, pero aquella mañana la señora Grant sintió la convicción de que debían marcharse con urgencia de Washington y regresar a su hogar en Nueva Jersey. En un principio, Grant se negó: apenas habían pasado unos días desde que aceptó la rendición del general Lee, y aquella noche le iban a rendir un homenaje. Sin embargo, su esposa fue muy insistente y le envió varios mensajes a lo largo del día rogándole que abandonasen la capital de inmediato. Después del asesinato, ocasión en la cual Grant tenía que haber estado sentado en el palco con Lincoln, se descubrió que el general también estaba en la lista de víctimas

potenciales de Booth. 236 Quizá su propuesta de un «telégrafo sensible» en su *Magiae Naturalis* de 1585 tuviese más de tabla de la güija que de telégrafo: consistía en una aguja que se balanceaba sobre las letras de un abecedario. 237 Inspirados por la *Danza de la muerte* de Holbein. 238 Parece que también creó su propia orden masónica. 239 Henry Dircks. 240 Algunas versiones hablan de una representación en la Nochebuena de 1862. 241 *Herald*, agosto de 1863. 242 Lucy E. Frank, *Representations of Death in Nineteenth-century US Writing and Culture*, 2007. 243 Röntgen descubrió los rayos X utilizando el tubo de Crookes en 1895. 244 Véase el capítulo «La vibrante emoción de las mesas». 245 Ambos términos tienen significados opuestos, motivo por el cual es absolutamente incorrecto el título de la saga *Paranormal Activity*. Lo paranormal no es más que una concesión a unas leyes físicas de la ciencia que aún están por descubrir. Lo sobrenatural desafía las leyes de la ciencia. Los demonios no son paranormales. 246 Estalló una fuerte tormenta durante la celebración del concurso, pero él ni se inmutó, y logró una puntuación de 289 blancos de un total de 300. 247[«Quién es quién», publicación que consiste en una lista de las personas importantes en un campo concreto. 248 El reverendo Luther Schulze, de Washington D. C., escribió en 1949 a Rhine sobre el hijo de trece años de un miembro de una congregación de Maryland. Era como si la posesión empeorase cuando intervenían los sacerdotes católicos, el niño se masturbaba delante de los sacerdotes y se retorció en la cama de manera sugerente. Una vez le apareció en la piel una erupción rojiza con forma de flecha que le señalaba el pene. En el relato de Schulze, un profesional de una institución mental opinó que el niño «no deseaba hacerse mayor». Los fenómenos acabaron por desvanecerse sin hacer ruido. Rhine conoció a Schulze una vez concluido todo aquel incidente. 249 Aunque hay resultados experimentales que demuestran casos de no localidad en la materia orgánica — tetrafenilporfirina ($C_{44}H_{30}N_4$)—, la ciencia parece hallarse aún muy lejos de explicar el modo en que esta física exaltada podría actuar sobre nuestras percepciones. Véase *Multiscale Methods in Quantum Mechanics: Theory and Experiment* de Philippe Blanchard y G. F. Dell'Antonio, 2004. 250 *Science*, diciembre de 2011. 251 El Ejército estadounidense y otros organismos gubernamentales no se distanciarían de estos proyectos paranormales especiales de manera oficial hasta 1995. 252 Algunos de aquellos estudios se realizaron bajo la influencia de drogas, tan de moda en esa época, como el LSD. 253 Es cierto que gran parte del escepticismo sobre la parapsicología es tendencioso, pero aun así, uno puede generar todos los datos que quiera, que si no hay nadie preparado para interpretarlos, básicamente carece de sentido. 254 Véase el capítulo «Sobre la vulgaridad de los fantasmas». 255 En estos días, los parapsicólogos europeos parecen más dispuestos a levantarse de la silla: Ciarán O'Keeffe es uno de los que me vienen a la cabeza. 256 www.lessemf.com 257 «La gente me suele preguntar cómo es que escribí *Los cazafantasmas*», decía Dan Aykroyd en el prólogo del libro de su padre, *A History of Ghosts*, en 2009. «La verdad es que a comienzos del siglo xx mi familia formó parte de un fenómeno cultural y social mundial impulsado por el deseo de ponerse en contacto con el espíritu de los muertos, lo quisieran estos o no». 258 *Magic Lantern*, 1987; proyección de diapositivas de 35 milímetros con sonido. 259 A

menos que lo tengan en ese programa de televisión sobre objetos encantados, *Warehouse 13*. 260 En 1998, la SPR investigó un caso en Staffordshire, en Westwood Hall: su conserje estaba escribiendo un documento sobre lady Prudentia Trentham, cuyo fantasma se suponía que rondaba el lugar; cuando el corrector ortográfico subrayó «Prudentia», las alternativas que ofrecía fueron «muerta», «enterrada» y «bodega». 261[«Vivir la televisión», o «la televisión viva», aunque también podría traducirse como «la televisión de los vivos», de ahí el comentario del autor. 262 Lo ingenioso consistía en implicar al espectador a cada paso. Se alentaba a los telespectadores a participar a través de Internet y a que accediesen a la retransmisión en directo de unas cámaras fijas situadas en habitaciones y pasillos mal iluminados, y que comunicasen al equipo del programa cualquier actividad de carácter anómalo. 263 Etiqueta que en primer lugar le colgó a Dean Manor, y después a la rectoría de Borley, dependiendo de cuál de las dos generase mayor interés en la prensa. 264 www.thegoldenfleeceyork.co.uk 265 Igual que Borley, aunque los lugareños ya están hartos de los cazadores de fantasmas que rondan sus cementerios por las noches. 266 Con casi total certeza, esta historia es una intromisión folclórica que procede del incidente del capitán Marryat en Raynham Hall, que ya hemos analizado en el capítulo «La Dama de Marrón de Raynham Hall». Esta costumbre de tomar prestados los fenómenos y trasladarlos a otras situaciones es muy típica de la forma en que se cuentan y transmiten las historias de fantasmas, y cómo van cambiando siempre sus detalles. Véase también el caso del centinela de la Torre de Londres que carga con la bayoneta ante el avance de un fantasma, en el primer capítulo del libro. 267 Esta la urdió en diciembre de 1924 el cazador de fantasmas Elliot O'Donnell para su obra *Ghosts Helpful and Harmful* («Fantasmas útiles y perjudiciales», 1924). 268 *A Ragged Schooling*, Fontana, 1979. 269 La abadía de Melrose fue objeto de gran atención por parte de sir Walter Scott, cuyo relato sobre la habitación encantada constituye el primer cuento de fantasmas moderno. El corazón de Robert Bruce y el cuerpo del ocultista Michael Scot yacen enterrados en dicha abadía. Michael Scot fue una especie de John Dee celta, quien invocaba a los espíritus para que le trajesen viandas de las cortes de Francia y España, y sobre quien escribieron Dante y Boccaccio. Mil doscientos años después, el nombre de la abadía continúa asociado al misterio. Según parece, cuando una edificación está encantada, encantada se queda prácticamente para siempre. 270 *Haunted England: A Survey of English Ghost Lore*, 1941. 271 Era una mujer pálida y pelirroja que se introdujo por la ventana; «a mí me pareció que su cuerpo, más que el aspecto de la materia, tenía la apariencia de una espesa nube». 272 *Memoirs of Lady Fanshawe*, 1830. 273 Su fantasma se asocia con numerosas casas de la campiña inglesa, como Blicking Hall, Hever Castle, Bollin Hall en Cheshire y la iglesia de Salle, en Essex. Se la puede oír clamar justicia en el sótano de la casa del arzobispo de Canterbury en Lambeth Palace, y también se aparece en una barca espectral en las aguas del Támesis, repitiendo su último recorrido por el río hasta la Torre de Londres. 274 Aunque los fantasmas sin cabeza son tradicionales por toda Europa, y ciertos cementerios sajones en Inglaterra muestran indicios de que se decapitaba a los cadáveres para evitar que saliesen de la tumba, las historias sobre fantasmas

sin cabeza en Inglaterra suelen ser posteriores a la de Ana Bolena. 275 El actor del siglo xviii David Garrick, que se hizo un nombre interpretando a Hamlet, se fabricó una peluca mecánica que permitía que los mechones de pelo metálico se le pusieran de punta, aterrorizado, en el momento preciso. 276 Véase el capítulo «Una casa encantada hasta los cimientos». 277 Justo antes de Navidad, y tan solo seis semanas después de su muerte, se oyeron «golpes y ruidos en la habitación y alrededor de la cama, que se desplazó como un rebaño de ganado». Después llegarían las apariciones de cuerpo entero de la madre de los Leakey, una detrás de otra, con el fantasma vestido de negro salvo por un peto triangular de color blanco. Cuando le preguntaban si estaba en el cielo o en el infierno, desaparecía con un gemido. 278 Si la pequeña Georgina hubiese acudido a Osborne House, el príncipe Alberto aún habría estado vivo. Lo más probable es que la niña hubiese actuado ante la reina durante alguna de sus numerosas giras por los teatros ingleses, y que su padre, siempre con la mirada puesta en la promoción, hubiese encargado él mismo que le hiciesen el reloj. 279 Al contrario de lo que mucha gente piensa, son muy pocos los fantasmas infantiles de los que se tiene constancia en el Reino Unido, en comparación, digamos, con Escandinavia y los países bálticos, regiones con las que M. R. James estaba familiarizado. 280 En un principio, la tabla de la güija se vendió como un juego para niños. William Fuld la patentó como el producto de «la acción muscular involuntaria de los jugadores, o de algún otro agente». 281 El doctor R. J. Hay, que escribe en el *Lancet*, ha redactado un informe sobre las propiedades alucinógenas de los hongos que merodean por los libros viejos. Es uno de los principales micólogos del Reino Unido, además de profesor de dermatología en el Guy's Hospital. 282 Más adelante, hubo quien hizo la histérica afirmación de que la Iglesia espiritista había organizado la muerte de Houdini. 283[Rosabelle - responde - dilo - reza, responde - mira - dilo - responde, responde - dilo.

Título original: *A Natural History of Ghost. 500 Years of Hunting for Proof*

Edición en formato digital: febrero de 2016

En cubierta: Un pasillo en la rectoría de Borley

© Roger Clarke. The author has asserted his moral rights

© De la traducción, Julio Hermoso, 2016

© Ediciones Siruela, S. A., 2016 c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16638-61-1

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com